

LUCHA ARMADA

FEBRERO | MARZO | ABRIL | 2006
REVISTA TRIMESTRAL - AÑO 2 - NÚMERO 5 \$ 15

EN LA ARGENTINA

- » **Walsh y la conducción Montonera**
ERNESTO SALAS
- » **Década del 70: violencia de las ideas**
OSCAR TERÁN
- » **Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP**
VERA CARNOVALE
- » **La polémica sobre la lucha armada**
PABLO POZZI
- » **El asalto al Comando Sanidad del Ejército**
Entrevista a **HERNÁN INVERNIZZI**
- » **Moral y política en la praxis militante**
ANA GUGLIELMUCCI
- » **Acerca de la carta de Oscar del Barco**
HÉCTOR RICARDO LEIS
- » **Combatientes chilenos en Nicaragua**
VIVIANA BRAVO VARGAS
ROLANDO ÁLVAREZ VALLEJOS

Documentos

Consejo Ejecutivo Nacional de la OPM "Montoneros"

Respuesta de **RODOLFO WALSH**

5

LUCHA ARMADA

EN LA ARGENTINA

Dirección

Sergio Bufano
Gabriel Rot

Edición y producción
Luciana Anapios

Colaboran en este número

Rolando Álvarez Vallejos
Viviana Bravo Vargas
Vera Carnovale
Ana Guglielmucci
Hernán Invernizzi
Héctor Ricardo Leis
Licia López de Casenave
Pablo Pozzi
Ernesto Salas
Oscar Terán

Agradecemos a

Roberto Baschetti

Diseño

Juan José Olivieri

Imprenta

Nuevo Offset
Viel 1444 - Capital Federal

Editor Responsable: Lavalleja 253 (C1414DTE)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
ejercitarlamemoria70@yahoo.com.ar

Distribución en kioscos

Librería Sin fin
Pichincha 180 - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción parcial o total. ISSN 1669-7855

Las colaboraciones firmadas expresan la
opinión de sus autores y no reflejan
necesariamente la de la revista.

Año 2 - Nº 5

Febrero / Marzo / Abril

Buenos Aires - 2006

Editorial

Cuando decidimos encarar este proyecto editorial nos animaban dos ideas fuerza. Por un lado, contribuir a la historización de la guerrilla argentina que, según nuestra evaluación, era insuficiente en extensión y profundidad. Por el otro, incentivar un debate que trascendiera los estrechos y cuestionables límites de la épica y el anecdotario nostálgico.

Creemos que el primero de nuestros propósitos se está cumpliendo poco a poco. Numerosos artículos, entrevistas y documentos abordaron el desarrollo de diversas organizaciones prácticamente ignoradas, como FAL, OCPO, ERP 22, EGP, GOR, FRP, MR 17, PCML y JRP, hasta ahora ocultas por la dimensión que alcanzaron Montoneros y PRT-ERP.

Continuando con ese objetivo próximamente nos ocuparemos de otros grupos a los que la historiografía especializada aún no le ha prestado merecida atención: FAR, FAP, CPL, MR Che, GARDEL, Fracción Roja, Descamisados, PROA, América en Armas y Juventud Guevarista, entre otros. También es nuestra pretensión avanzar sobre estudios regionales, una de las más notorias ausencias en la historia que nos ocupa.

Sigue pendiente, en cambio, el debate sobre las experiencias armadas. A lo largo de nuestro primer año de vida hemos recibido centenares de comentarios elogiosos y críticos, pero sólo dos textos que se aventuraron en la polémica, uno de los cuales fue publicado en el número dos y el otro en este. Investigadores especializados y ex militantes se han mantenido distantes de una intervención pública sobre los trabajos presentados, a pesar de que gran parte de los mismos se funda en argumentos no siempre compartidos. Aventurar una conclusión sobre esta carencia parece apresurado, pero el fenómeno resulta sintomático y preocupante. La falta de polémica también debe ser un objeto de reflexión y ensayo.

En la presente edición hemos incorporado notas que pueden constituir disparadores de una discusión. Ernesto Salas analiza una polémica fundamental: la que mantuvo Rodolfo Walsh con la conducción montonera en 1976; Oscar Terán reflexiona sobre la violencia de las ideas en la década del setenta; Pablo Pozzi aborda algunas de las producciones más importantes sobre el tema delimitando un campo de exploración crítica; Ana Guglielmucci y Vera Carnovale se adentran en algunos de los aspectos fundamentales de las organizaciones armadas, como fueron sus visiones acerca de la moral y las relaciones cotidianas dentro de ellas y, finalmente, Héctor Leis participa en el reciente debate desatado por el filósofo Oscar el Barco. El entrevistado en esta ocasión es Hernán Invernizzi, quien pasó más de doce años en la cárcel luego del frustrado asalto a una guarnición militar. La sección latinoamericana está a cargo de Viviana Bravo Vargas y Rolando Álvarez Vallejos, autores chilenos que narran la experiencia de las escuadras internacionalistas de su país en Nicaragua. Cierran el número los documentos elaborados por la conducción montonera -uno de ellos inédito hasta ahora- y las propuestas que merecieron de Rodolfo Walsh.

Los editores

Sumario

04 El debate entre Walsh y la conducción Montonera

Ernesto Salas

Después del golpe de 1976, la conducción montonera dispuso no replegar la actividad armada a pesar de que las evidencias de la derrota política eran indudables. Rodolfo Walsh fue una voz solitaria entre los cuadros superiores de la organización que cuestionó la línea impuesta. En este artículo se analiza los elementos fundamentales de aquella polémica y en la sección documentos se reproducen los textos controversiales entre la dirección y el escritor.



20 La década del 70: La violencia de las ideas

Oscar Terán

La proclamada aspiración a un mundo más justo estuvo entrelazada con visiones que se contraponían a estos mismos ideales. Se analiza aquí la presencia de la violencia en la sociedad argentina, los niveles de responsabilidad que le correspondía a las organizaciones político militares y la represión ejercida por los militares sobre el conjunto de la sociedad.

30 Postulados, sentidos y tensiones de la proletarianización en el PRT-ERP

Vera Carnovale

"Si queremos hacer nuevos Vietnam en América Latina, como quería nuestro Che, sepamos aplicar creadoramente a nuestra realidad las enseñanzas de la experiencia vietnamita no sólo en la práctica de la estrategia y la táctica militar, de la educación ideológica y la labor política, sino también, y ante todo, en el campo de la moral revolucionaria". Declaración del PRT.

44 Para continuar con la polémica sobre la lucha armada

Pablo A. Pozzi

El autor analiza numerosos textos testimoniales y de

interpretación sobre el tema de la guerrilla argentina. En su recorrido cuestiona diversas hipótesis acerca del desarrollo, la derrota, el golpe militar, y la relación de los grupos marxistas con el peronismo. Se pregunta, además, acerca de los mitos y los silencios en torno a la lucha armada.

54 Entrevista a HERNÁN INVERNIZZI

Sergio Bufano - Gabriel Rot

Protagonista en 1973 del intento de copamiento del Comando de Sanidad del Ejército, Invernizzi permaneció más de doce años en la cárcel, varios de ellos aislado en un establecimiento militar. A tres décadas de su liberación, reflexiona sobre aquella operación armada y la estrategia política del PRT-ERP al que pertenecía.



72 "Dar la vida y la muerte por la revolución": moral y política en la praxis militante

Ana Guglielmucci

La praxis militante cambia su forma de acuerdo al contexto socio-político en el cual se expresa. Lo que entendemos por violencia varía según la clave de lectura ideológico-política que adoptemos sobre la "realidad"

que aprendemos cotidianamente. Con estas premisas la autora propone aproximarse a los idearios de militancia política de las décadas del sesenta y setenta, intentando comprender cómo fue posible que miles de hombres y mujeres concibieran -en sus propios términos- "dar la vida y la muerte por la revolución".

91 Los límites de la política: acerca de la carta de Oscar del Barco

Héctor Ricardo Leis

"La experiencia internacional -dice el autor- muestra que, sin el espíritu de reconciliación, la verdad nunca llega y los actores continúan reivindicando su propia verdad-identidad". La polémica generada por la revista cordobesa *La Intemperie* continua provocando respuestas. Esta es una de ellas.

96 La Memoria de las Armas. Una historia de los combatientes chilenos en Nicaragua

Viviana Bravo Vargas
Rolando Álvarez Vallejos

Cuando se produjo el golpe pinochetista, más de cien jóvenes chilenos estudiaban medicina en Cuba. Los becarios de alrededor de 20 años de edad fueron convocados para abandonar sus estudios universitarios para incorporarse a las Fuerzas Armadas de Cuba. En abril de 1975 se inició su formación como oficiales. Esta es su historia.



DOCUMENTOS

106 Informe sobre las conclusiones políticas de la reunión del consejo ejecutivo nacional de la OPM Montoneros.

128 Documento Montonero: "Hacia una política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo argentino".

132 Propuestas de Rodolfo Walsh al documento de la conducción.

Donde comprar Lucha Armada en la Argentina

Librerías: Prometeo Av. Corrientes 1916 y sucursales - **Norte** Av. Las Heras 2225 - **Madres de Plaza de Mayo** Hipólito Irigoyen 1584 - **Universitaria de Buenos Aires** Tucumán 1726 - **De la Mancha** Av. Corrientes 1888 - **Gandhi** Av. Corrientes 1743 - **Del Centro** Julio Cortázar Av. Corrientes 1543 - **Antígona** Av. Corrientes 1555 - Callao 737 - Las Heras 2597 - **Hernández** Av. Corrientes 1436 / Av. Corrientes 1311 - **Guadalquivir** Callao 1012 - **Paidos al Fondo** Av. Santa Fe 1685 - **Mascaró** Av. Santa Fe 2928 - **Losada** Av. Corrientes 1551 - **El Aleph** Corrientes 4857 - Corrientes 4137 - **Cedinci** Fray Luis Beltrán 125 - **Ay Carmela!** Ciudad de la Paz 2867 - **Del Mármol** Gorriti 3538 - **Norte** Las Heras 2225 - **Odilon** Independencia 3018 - **Biblos** Puan 378 - **Nuestra América** Rodríguez Peña 466 - **Rayuela** Pza. Italia esq. 44 (La Plata) - **De la Campana** Calle 7 N° 1288 esq. 58 (La Plata) - **Discépolo** Calle 49 N° 543 (La Plata) - **Capítulo 2** Calle 6 esq. 47 (La Plata) - **Laborde** (Rosario) - **Homo Sapiens** (Rosario) - **Rubén Libros** (Córdoba) - **Espejo** (Córdoba)

Solicite información sobre otros puntos de venta a: ejercitarlamemoria70@yahoo.com.ar

El debate entre Walsh y la conducción Montonera

En 1976 la conducción montonera dispuso no replegar la actividad armada a pesar de que la derrota era indudable. Rodolfo Walsh fue una voz solitaria que cuestionó la línea impuesta. En este artículo se analizan los fundamentos de aquella polémica y en la sección documentos se reproducen los textos controversiales entre la dirección y el escritor.

ERNESTO SALAS*

*Historiador UBA.

¹ Miembro de la Conducción Nacional de Montoneros.

² Gregorio Levenson, militante del partido Comunista, se integró al peronismo en la década del '40 y a Montoneros en los '70. En el momento de esta entrevista era tesorero del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero. Su esposa y sus dos hijos murieron en la lucha

³ LEVENSON, Gregorio: *De los bolcheviques a la gesta montonera*, Buenos Aires, Colihue, 2000, pág. 209.

“—Cuando se resolvió pasar a la clandestinidad, sabíamos que quedaban muchísimos compañeros sin seguridad”, le dijo Roberto Perdía¹ a Goyo. Gregorio Goyo Levenson², había iniciado gestiones ante la conducción para que el partido solventara los gastos de la instalación en Roma de la familia Bettanin. Como Goyo era tesorero del Movimiento, ya les había adelantado algún dinero de la organización. Por eso no entendió cuando el *Pelado* Perdía le dijo que no gastara un peso más y que devolviera lo prestado; que después del golpe militar habían calculado el presupuesto para dar cobertura contra la represión a todas las columnas (traslados, nuevas casas, locales operativos, etc.) y que habían dado marcha atrás porque no podían usar semejante cantidad de dinero en eso, ya que lo necesitaban “para hacer política”. Con indignación, Levenson le contestó: “—¿Cuántos de los que hoy figuran en las listas de muertos y desaparecidos estarían con vida entre nosotros?”³

Durante los años 1976 y 1977, centenares de militantes de distintos niveles de Montoneros abandonaron su participación en la organización, ya sea de sus frentes de masas o de la lucha armada. Muchos de ellos plantearon en su ámbito de militancia las causas de su disidencia; otros refluieron de manera instintiva, como la mayoría popular, ante la carnicería que se avizoraba. No sólo —como creía Walsh— hacia su última identidad conocida —el peronismo—, sino hacia los ámbitos mínimos de las redes familiares y sociales que los cobijaron. Otros cambiaron de ciudad, o lograron abandonar el país, la mayoría por sus propios medios. Todos ellos sobrevivieron en un exilio interior o exterior, marcados en sus cuerpos, en sus historias, por una experiencia terrible y a la vez inolvidable.

Durante 1975 los frentes de masas de Montoneros, ya semiclandestinizados, fueron progresivamente militarizados, y transformados hacia fin de año en milicias con un vago entrenamiento insurreccional; muchos militantes fueron trasladados desde los frentes políticos para realizar diversas tareas logísticas en electrónica, fabricación de armas, apoyo al combate, etc. A principios de 1977, el vínculo con las estructuras populares, que alguna vez acompañó el crecimiento de Montoneros, era el más débil de toda su historia. Particularmente, los frentes territorial y uni-

versitario sufrieron un fuerte descenso de su actividad política, al tiempo que la represión los obligó a la retirada o a una clandestinización aun mayor.

En la primera mitad de 1976, en el comienzo de la campaña de exterminio de la dictadura, Montoneros implementó la práctica del rastillaje zonal de sus pelotones con la orden de eliminar policías indiscriminadamente. Fue entonces que muchos militantes plantearon sus dudas al enfrentamiento entre aparatos armados, en el que las masas no participaban y en el que ellos tenían todas las de perder. Por las características de reflujo e inseguridad de la época en la que se plantearon estas objeciones, la crítica condujo a que muchos militantes emprendieran la retirada personal ya descripta, sin esperar demasiado del resultado de sus demandas.

El golpe militar provocó incertidumbre entre los revolucionarios por varios meses. Una vez despejada la idea de que la nueva dictadura se comportara como las anteriores, tras comprobar la magnitud del horror que estaban dispuestos a ejecutar, resultaba evidente que la existencia misma de Montoneros se encontraba amenazada. Cuatro años más tarde, la organización prácticamente se desintegró; 5.000 de sus militantes habían muerto, habían tenido dos fracturas en el exilio, en 1979 y 1980 y, al contrario de las predicciones triunfalistas de su dirección, no obtuvieron el reconocimiento de las masas populares; su única influencia política en 1983 derivaba del dinero que pudieran aportar a dudosos caudillos regionales de la burocracia peronista.⁴

¿Hubo de parte de la conducción de la organización un debate con las voces divergentes que se alzaban contra sus políticas? Las críticas a los errores de la conducción, ¿alcanzaron a plantearse como proyectos alternativos? Los únicos documentos conocidos que alcanzaron tal grado de sistematización fueron las notas, comunicaciones e informes elaborados por Rodolfo Walsh entre noviembre de 1976 y enero de 1977. También surgieron brotes de disidencia interna en la Columna Norte de la Organización y demandas menores en otras columnas, como La Plata y Sur.

Durante el mes de octubre de 1976, el Consejo Nacional⁵ de Montoneros redactó un documento con rectificaciones a las políticas llevadas a cabo en el año, en el que se alertaba sobre el peligro del cerco militar que se cernía sobre la organización y planteaba las soluciones que permitirían romperlo.

Rodolfo Walsh, oficial 2º de Montoneros, miembro del Servicio de Informaciones⁶ y creador de la *Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA)*, contestó el 23 de noviembre planteando serias objeciones al militarismo y al ideologismo que seguía observando en los documentos de la conducción. Tiempo después, resumió lo debatido en la reunión de su ámbito y también alcanzó sus críticas a la dirección. Con fecha del 2 de enero de 1977, alternando la escritura de su *Carta a la Junta Militar*, Walsh escribió dos informes: en el primero planteó una estrategia para la resistencia que daba cuenta de un plan político de largo plazo y descentralizaba drásticamente la organización, el plan era complementario de sus críticas anteriores; el segundo documento, junto con otro fechado el 5 de enero explicaba el *Curso de la guerra en enero-junio de 1977 según la hipótesis enemiga* y el *Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977*. Todos ellos han sido conocidos como los *Papeles de Walsh*.⁷

Los *Papeles de Walsh* han sido frecuentemente transitados y publicados en los últimos veinticinco años en diversos libros y revistas. De ellos, se han valorado sus aspectos teóricos y su crítica general, fijando la atención en su concepto de vanguardia, en su concepción de la política y del peronismo. Pero el debate entre la conducción nacional y Rodolfo Walsh recupera historicidad y se percibe plenamente al confrontar los *Papeles...* con el documento del Consejo Nacional de Montoneros, al que el escritor hace referencia, y también la respuesta de la conducción nacional, que aparece en el balance semestral de abril de 1977.⁸ Por otro

⁴ Tal el caso de Vicente Leonidas Saadi, ambiguo caudillo de Catamarca, que supo aprovechar los fondos montoneros para su promoción política personal.

⁵ El Consejo Nacional del Partido Montonero era, en la práctica, la conducción ampliada de Montoneros. El Consejo se había reunido en septiembre pero el documento elaborado comenzó a conocerse los meses posteriores. La fecha del 11 de noviembre es la que aparece en los escritos de Rodolfo Walsh.

⁶ Pese a que Mario Firmenich afirma que Walsh dirigía la inteligencia de la organización, la mayoría de los testimonios afirman que el jefe era Horacio Campiglia, quien tenía un grado superior al del escritor.

⁷ Los Papeles de Walsh fueron publicados originariamente por un sector disidente, el grupo Montoneros-17 de Octubre, en *Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico*, 1979; con posterioridad fueron publicados en varios libros y revistas. Aquí se reproducen los editados en: BASCHETTI, Roberto: *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, ediciones de la Flor, 1994, que son copia textual de los publicados en *Cuadernos...* ya citados.

⁸ Montoneros: "Reunión de conducción nacional", abril de 1977 (Archivo del autor). Por razones de espacio, se publican los documentos de Walsh y el documento del Consejo Nacional de Montoneros de octubre de 1976 y se omite el documento de abril de 1977.

lado, me parece importante analizar en conjunto las políticas y acciones montoneras del año 1976, que incluyen las disidencias internas como las de las columnas Norte, Sur y La Plata, la construcción del Partido Montonero, el debate sobre el agotamiento del peronismo y la propuesta de construcción del Movimiento Montonero en su reemplazo, junto con el recrudecimiento de los atentados altamente especializados de la organización y la implementación de las campañas milicianas, aspectos poco conocidos pero fundamentales a la hora del análisis de los alcances del debate.

Montoneros ante la dictadura

Montoneros llegó al golpe de marzo con la convicción de que el enfrentamiento que se avecinaba sería fundamentalmente militar. Plantearon que todos los métodos de lucha se sintetizaban en la "guerra popular integral", pero que para "enfrentar una dictadura militar, el método principal era la lucha armada, o sea los métodos militares acompañados y complementados por los paramilitares". Calculaban que las luchas de masas pasarían a un segundo plano ante la agresión represiva de las Fuerzas Armadas y que los métodos políticos tendrían "menor trascendencia en el conjunto de las formas de lucha."⁹ La etapa fue denominada como "defensiva estratégica."¹⁰ Durante 1975 habían reestructurado los frentes de masas como embriones del Ejército Montonero y los habían militarizado mediante la construcción de las milicias.

La herramienta organizativa para el "salto cualitativo" de la organización fue transformarla en un Partido, al estilo de los clásicos partidos leninistas de cuadros. En diciembre de 1975, la detención de Roberto Quieto,¹¹ número tres en la escala jerárquica de la conducción, había acelerado esta transformación. El Partido se planteó, entonces, como la herramienta que garantizaba "el reemplazo de la conducción estratégica unipersonal" por el de una organización. La necesidad de realizar el "salto cualitativo" de la organización se originaba en la creencia de que el peronismo se hallaba agotado como movimiento de liberación, y que se había producido un salto cualitativo en la conciencia de los obreros, que debía ser acompañado por el correspondiente salto de su vanguardia, como consecuencia de que "la potencialidad revolucionaria de las masas peronistas ha destruido el último intento de la política integracionista [...] sólo queda la organización burocrática de las sectas."¹² La conclusión inmediata de la creencia del agotamiento del peronismo era que se debía construir un nuevo movimiento que fuera "la continuación y a la vez la superación histórica del peronismo", y se animaban a pronosticar que, dado que "el nombre de una nueva expresión política es el reflejo de la adhesión popular a la conducción estratégica", la nueva expresión política popular sería el *montonismo*. Sus estructuras serían el Partido, el Ejército, el Movimiento y el Frente.

La nueva estructura no era un mero cambio de nombre sino que, en lo inmediato, significaba una pérdida de la autonomía operativa de las columnas y las zonas. Dado que la OPM Montoneros¹³ se había construido de manera federativa a partir de las múltiples fusiones y adhesiones de diversos grupos y organizaciones en todo el país, de ello derivaba una importante independencia de las conducciones zonales. Al integrarse a la estructura partidaria, todos debían acatar las directivas de los órganos del mismo (Conducción Nacional, Consejo Nacional y la autoridad máxima que se depositaba en el Congreso del Partido) a la vez que se implementaba el "centralismo democrático" para la toma de decisiones.

El Ejército Montonero debía reducir el tiempo de avance de las Fuerzas Armadas mediante ataques al "centro de gravedad del enemigo", lo que —pronosticaban— estimularía a las masas a realizar diversas formas de resistencia. En abril, lanzaron la 4ª Campaña Ofensiva Táctica contra la policía. Entre otros, se realizaron cuatro grandes atentados contra esa fuerza: el 18 de junio, 700 gramos de trotyl colocados debajo de la cama acabaron con la vida del jefe de la Policía Federal, general Cesáreo Cardozo; el 2 de julio una bomba destruyó el comedor de

⁹ Conducción Nacional: "Hacia una política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo argentino", *El Montonero*, n° 11, 24 de abril de 1976.

¹⁰ La etapa defensiva estratégica es aquella "en que las fuerzas reaccionarias tienen globalmente más fuerzas que las fuerzas revolucionarias." *El Montonero* n° 11, pág. 10.

¹¹ Roberto Quieto fue detenido en una playa de la zona norte de Buenos Aires mientras se reunía con su familia, que no integraba la organización. Montoneros comenzó una campaña de agitación para lograr su liberación, pero la interrumpió abruptamente cuando aparecieron evidencias de que Quieto había pasado información a sus captores. Fue juzgado en ausencia y condenado a muerte por un tribunal revolucionario. Continúa desaparecido.

¹² *El Montonero* n° 11, pág. 6.

¹³ Organización Político Militar.



Rodolfo Walsh

Coordinación Federal; el 12 de septiembre, un explosivo detonado a distancia destruyó un transporte de la policía en Rosario, matando a nueve agentes y dos civiles; el 9 de noviembre, un poderosa bomba detonó en el despacho del subjefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, dejando un muerto y once heridos graves. El objetivo adicional era romper la fuerte censura de prensa de la dictadura con audaces atentados que no pudieran ser ignorados. Las represalias fueron más duras aún: decenas de detenidos fueron dinamitados en Pilar y Lomas de Zamora, en su iglesia del barrio de Belgrano fueron asesinados varios sacerdotes de la orden de los palotinos, etc. Al finalizar el año, Amnistía Internacional estimó que en 1976 las fuerzas de seguridad y los grupos parapoliciales habían causado 1.000 víctimas, mientras que la izquierda armada había causado entre 400 y 500 muertes.¹⁴ A finales

de 1976, los golpes selectivos de los Montoneros abarcaron también objetivos estratégicos militares y, mediante métodos de acción indirecta, contra empresarios y directivos de establecimientos industriales en conflicto.

De todas maneras, los Montoneros no pudieron resistir la implacable represión implementada mediante el método de la desaparición, tortura sin límite en los campos de concentración, nuevas detenciones a partir de la información arrancada, y la fuerte censura de prensa. Según Richard Gillespie: "Un año después del golpe militar de marzo de 1976, las bajas montoneras ascendían a 2.000, un tercio más de lo que habían previsto los propios guerrilleros."¹⁵

La evidencia cotidiana con que contaban los combatientes y militantes de que no podrían resistir el embate de la dictadura, provocó una de las disidencias más importantes de la historia de la organización. Según algunas versiones, la disidencia había comenzado antes del golpe, pero dado que no se conocen documentos que permitan establecer con precisión los puntos centrales de la crítica, debemos basarnos en testimonios personales para acercarnos a ella. La Columna Norte del Gran Buenos Aires reclamó apoyo económico de la dirección para refugiar a los combatientes y militantes encuadrados (plan de viviendas, documentos de identidad que elaboraba el Área Federal y armas).¹⁶ Este parece ser el punto central de las demandas: el conservar la autonomía de las columnas y la descentralización del presupuesto. Pero la disidencia también criticaba la decisión de construir el Movimiento Montonero, acusando a la conducción de centralista por avanzar en la definición de políticas que no habían sido plenamente discutidas. De acuerdo a los documentos posteriormente emitidos por la Conducción Nacional, la Columna Norte consideraba al reciente Partido Montonero como un partido de cuadros, por lo que la estructura debía refugiar a los militantes y sostener el desarrollo del Ejército Montonero en la zona. Si el documento de abril había definido la primacía de las armas militares en el enfrentamiento contra la dictadura, los disidentes creían razonable que el aparato financiara el repliegue de los cuadros más probados hacia lugares seguros, provistos por el abundante dinero que la organización había juntado. En agosto de 1976, la Columna Norte presentó un plan de emergencia para replegar a los militantes de Astarsa¹⁷ y "solicitó que les entregaran mil dólares [a cada uno] para la compra de viviendas económicas."¹⁸ Según Gillespie "el secretariado de la Zona Norte de Buenos Aires pedía que se asignaran diez millones de dólares al plan anual de viviendas, con el fin de albergar clandestinamente

¹⁴ Informe de Amnistía Internacional citado por Richard Gillespie: *Soldados de Perú. Los Montoneros*, Grijalbo, 1987, pág. 287.

¹⁵ *Idem*, pág. 290.

¹⁶ Roberto Caballero y Marcelo Larraquy afirman, de acuerdo a los dichos de Rodolfo Galimberti que la disidencia se había planteado antes y, por ello, la conducción había reemplazado, a finales de 1975, la conducción de la columna, colocando en el mando a Eduardo Carlón Pereyra Rossi, un cuadro formado en la organización. CABALLERO, Roberto y LARRAQUY, Marcelo: *Galimberti*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

¹⁷ Sobre el caso Astarsa, ver *Lucha Armada* n° 2.

¹⁸ CABALLERO, Roberto y LARRAQUY, Marcelo: *Op. Cit.*, pág. 276.

a los militantes industriales perseguidos por las fuerzas de seguridad.¹⁹ Años después la conducción ridiculizó la disidencia de la Columna Norte argumentando que querían transformar el Partido Montonero en un Banco Hipotecario Nacional,²⁰ pero sus argumentos centrales contra los críticos fueron expuestos en el documento del Consejo de octubre de 1976.

La herramienta central mediante la cual los disidentes pensaban imponer sus demandas era la convocatoria al Primer Congreso Nacional del Partido que debía decidir sobre las políticas implementadas y sobre la legitimidad de la conducción. Pero en septiembre, la Conducción Nacional²¹ emitió un documento en el que admitía la disidencia pero rechazaba la convocatoria al Congreso, por considerar que no era la política central del Partido desarrollar el internismo, abandonando la actividad externa ante la ofensiva del enemigo. La dirección planteó como incorrecta la posición de la Columna Norte de reemplazar el concepto de pueblo por el de clase obrera y "definir al Partido como un organismo de cuadros que conducen al conjunto del pueblo con la ideología de la clase obrera [...]".²² En reemplazo del Congreso, la conducción convocó a votar a los oficiales superiores, mayores, primeros y segundos en un referéndum, con sólo dos mociones,²³ lo que en la práctica la autorizaba a imponer la hegemonía de la línea mayoritaria. Incluso las columnas Norte, La Plata y Sur apoyaron con su voto a la dirección. La conducción consiguió un respiro al internismo, intervino la Columna Norte y logró la legitimidad necesaria para llamar a reunión del Consejo Nacional, con la idea de redefinir autocríticamente las políticas llevadas a cabo durante el año. El Consejo se reunió en septiembre y sus resoluciones fueron conocidas en los meses posteriores.

"Retorno a las masas".

El documento de octubre de 1976. Las notas de Walsh

Richard Gillespie ha considerado que el documento del Consejo Nacional (DCN) contiene elementos autocríticos, y señala en particular el llamado a subordinar las armas militares a las políticas y la insistente crítica al militarismo.²⁴ Para Rodolfo Walsh, en cambio, el documento era militarista, ideologista y triunfalista. Si sus concepciones acerca del repliegue, sobre el movimiento y la vanguardia, y su antimilitarismo, lo acercaba en los temas al documento del Consejo, lo hacía desde miradas y propuestas antagónicas.

En términos generales, el planteo del DCN fue que la organización se encontraba amenazada por una "feroz campaña de cerco y aniquilamiento" militar. El profundo avance del enemigo en su campaña estaba "basado en la delación, [la] inteligencia y [la] fiscalización de la población." Analizaba que la campaña de cerco se cernía fundamentalmente sobre "el aparato" montonero y que el enemigo avanzaba de la periferia hacia el centro, tendiendo a arrinconar a las fuerzas montoneras en Buenos Aires. Lo grave era que la política enemiga había sido favorecida por la tendencia de los militantes a refugiarse en el aparato de la organización y por el internismo. Sin embargo, dado que el cerco era fundamentalmente militar, podía romperse políticamente abandonando la seguridad del aparato para mimetizarse en las masas. Al obligar al enemigo a avanzar profundamente en lo que el Consejo definía como "nuestro territorio" éste debería dispersar sus fuerzas al tener que fijarlas en el terreno social y político. Para ello insistía sobre el agotamiento del peronismo y volvía sobre la necesidad de avanzar en la creación del Movimiento Montonero.

Las observaciones de Rodolfo Walsh fueron planteadas en dos documentos complementarios entre sí: *Observaciones sobre el documento del Consejo del 11/11/76* y *Aporte a la discusión del Informe del Consejo*. El planteo general de los documentos fue que se debía partir del reconocimiento del peronismo como el movimiento de liberación nacional y de los Montoneros como la vanguardia creada por dicho movimiento. Sin embargo, dado que la organización aún debía ganar la hegemonía en el peronismo, proponía que era necesario llamar a la resistencia

¹⁹ GILLESPIE, Richard: op. cit., pág. 294.

²⁰ Idem., pág. 295.

²¹ Para la fecha del golpe, la Conducción Nacional (el equivalente a un *politburó* del Partido) estaba compuesta de cuatro miembros: Mario Firmenich, Roberto Perdía, Carlos Hobert y Raúl Yáguer. El cargo de Hobert, muerto en ese año, fue cubierto por Julio Roqué. Cuando Roqué cayó en 1977, fue reemplazado por Horacio Mendizábal.

²² Conducción Nacional: "Las contradicciones políticas existentes y su forma de resolución", 7 de septiembre de 1976, en BASCHETTI, Roberto: *Documentos 1976-1977, volumen I, Golpe militar y resistencia popular*, Buenos Aires, De la campaña, 2001.

²³ Los oficiales debían decidir si la conducción debía imponer la línea mayoritaria del partido, o no; de triunfar la negativa se produciría una crisis, que los militantes decidieron no apoyar, inclusive los disidentes de la columna Norte. No pocos opinaron que la conducción tenía las facultades para intervenir la columna sin consultar al partido.

²⁴ GILLESPIE, Richard: Op. Cit., pág. 291

peronista sin exclusiones, y acompañar el repliegue de las masas hacia los ámbitos de esa resistencia.

En cuanto al DCN, Walsh pensaba que las rectificaciones eran sólo parciales "porque no corresponden a una autocrítica profunda sobre los errores que nos condujeron a la actual situación, sino que tienden a corregirlo de facto ante la evidencia del mal resultado obtenido. Con este método el acierto o el error son azarosos y empíricos."²⁵ La propuesta del Consejo de crear el Movimiento Montonero, derivaba de confundir la lucha en la Argentina con una guerra anticolonial, mientras Walsh consideraba que se estaba desarrollando un conflicto de clases, que todavía no había alcanzado la característica de una guerra. Para él, de acuerdo con la experiencia histórica: "En nuestro país es el Movimiento el que genera la vanguardia, y no a la inversa, como en los ejemplos clásicos del marxismo. Por eso, si la vanguardia niega al Movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación. Esa es la nota distintiva de la lucha de la liberación en nuestro país, que debemos tener siempre presente. La vanguardia -Montoneros- generada por el Movimiento -el peronismo- debe conducirlo hacia su transformación en el curso de la lucha por el poder y el socialismo."²⁶

Les recordaba que la organización en Movimiento, Frente, Partido y Ejército tenía sentido sólo si se presuponía la unidad del pueblo detrás de su conducción y contra un invasor extranjero: los Montoneros tenían "que empezar por ganar la representación de nuestro pueblo a partir de los elementos con que contamos."

Walsh consideraba que después del 24 de marzo se daban las condiciones para hablar con todo el mundo y hacer política en nombre del peronismo, pero en lugar de ello se había decidido que las armas principales del enfrentamiento eran militares y se habían dedicado esfuerzos a profundizar acuerdos ideológicos con la ultraizquierda. Consideraba un grave error que la vanguardia pretendiera crear su propio movimiento para reemplazar al peronismo, en lugar de pelear por su conducción: "Nuestras formas organizativas deben ser la organización o el Partido Montonero -que incluye todo lo que genéricamente llamamos fuerza propia- y el Movimiento Peronista. Eso es lo que existe y a partir de ahí debemos construir."²⁷

Análisis de la situación nacional y del cerco militar

Al analizar la situación nacional, el Consejo consideraba que el gobierno había fracasado en su política aperturista respecto de los partidos políticos y la Iglesia y que estaba aislado internacionalmente, aunque planteaba como debilidad política la "ausencia del centro de gravedad que aglutine a todas las fuerzas populares", la desaparición de toda la izquierda no peronista, armada y no armada y, a pesar del lanzamiento de la CGTR²⁸ que veían como positivo, concluían que la organización no había podido realizar el salto cualitativo equivalente al dado por el peronismo, debido a la presencia del internismo. Pero al analizar la situación de las propias fuerzas señalaban el éxito de haber "[...] centralizado totalmente el mando sin otorgar autonomías tácticas a las partes, como paso necesario para garantizar la coherencia en el accionar."²⁹

En cuanto al Ejército Montonero, el DCN consideraba que se había dado un salto cualitativo mediante "los contragolpes al centro de gravedad enemigo basado en el explosivo y la inteligencia", pero se había sufrido un retroceso cualitativo considerable a partir del cerco militar sobre el asentamiento aparatista (vivienda, locales, lugares de reunión, autocoberturas, documentación, etc.), por lo que el salto cualitativo del Ejército Montonero no había acompañado "el salto de calidad dado por el enemigo."

El Consejo consideraba que la característica central del cerco (contra el aparato, de la periferia al centro) era esencialmente militar y basaba su estrategia en el aislamiento de los Montoneros del pueblo. El cerco es esencialmente militar -afirmaba el documento-, porque el régimen carece de espacio político propio. Las políticas antipopulares de la dictadura les ofrecían la posi-

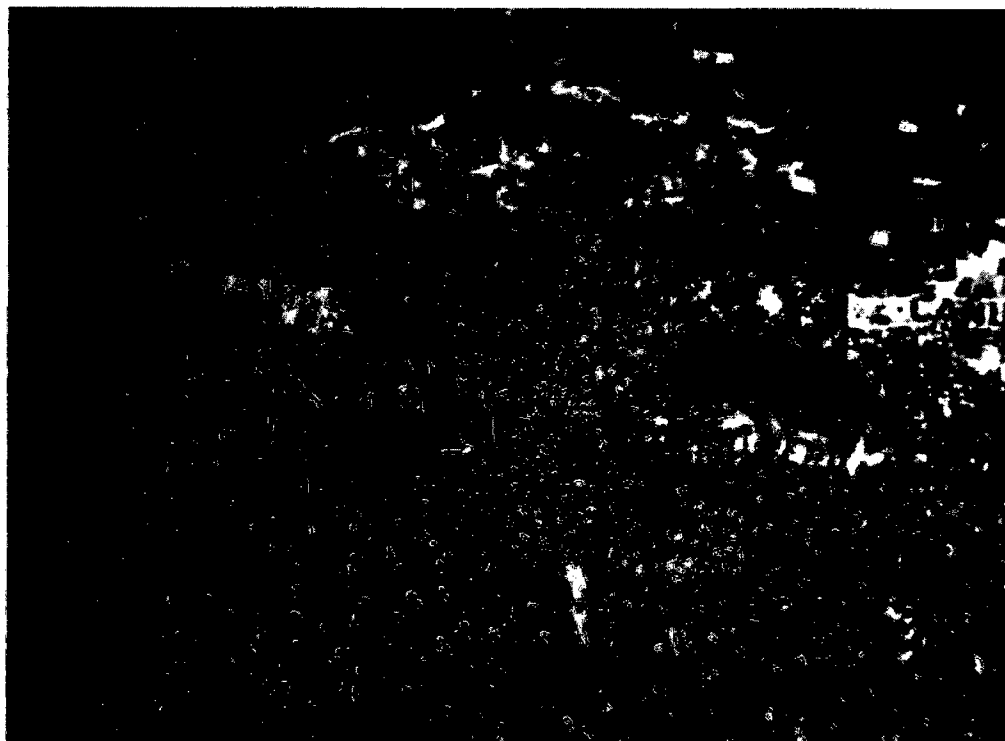
²⁵ PW: Observaciones...Introducción.

²⁶ PW: Observaciones...1. Definiciones políticas.

²⁷ Idem.

²⁸ Confederación General del Trabajo en la Resistencia, organismo gremial lanzado por Montoneros en 1976.

²⁹ DCN: 1.4.2.Situación militar de nuestras fuerzas



bilidad de aprovechar el espacio político vacante, dado que "[...] el espacio político no puede ser cercado con las actuales políticas antipopulares." Finalmente, pensaban que la dictadura, aislada nacional e internacionalmente iría generando las "condiciones para cercarla políticamente."³⁰ Por ello, concluían que la dictadura les planteaba una guerra corta de aniquilamiento porque sus políticas antipopulares terminarían inevitablemente en un estallido insurreccional de masas. En el documento montonero es permanente la relación entre guerra corta y característica social del enfrentamiento.

Montoneros se planteaba una guerra larga mediante el hostigamiento a las fuerzas policiales y militares y la vinculación de la lucha armada con la lucha político-social, porque "[...] los combates prolongados [...] permiten un mayor desarrollo de la conciencia y organización de las masas; una mayor destrucción de la estructura productiva y un mayor desgaste de sus fuerzas militares."³¹ En el DCN subyace la idea de la unidad pueblo-vanguardia, o sea que todo acto de resistencia popular puede ser inmediatamente vinculado con un éxito de la organización. Se admitía que una de las armas más efectivas del cerco era la censura de los medios y el control total del aparato de prensa y difusión. A pesar de ello —concluían— "el cerco político de las fuerzas revolucionarias se hace imposible."³²

Walsh propuso que el análisis debía empezar por la situación de las masas, que él definía como "de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales."³³ En cuanto a la izquierda no peronista, les recordaba que "hace unos meses el proyecto de vanguardia pasaba por el debate ideológico en la OLA, ahora no existen más." Tampoco era cierto que la dictadura no poseyera armas políticas y sociales, ni era cierto que los partidos políticos y la Iglesia no colaboraban con el gobierno, dado que no rompían totalmente y, en muchos casos, trabajaban abiertamente con él: "Ellos hablan con todos los que nosotros dejamos de lado para irnos a discutir con el ERP y el PC. [...] Los subestimamos mucho, y esto está mal porque nos equivocamos."³⁴ Si la dictadura se autoaislaba, Montoneros también, y para Walsh, "en ese trueque ganan ellos."

³⁰ DCN: 2.1.1. Análisis de la situación actual. Espacio.

³¹ DCN: 2.1.2. Análisis de la situación actual. Tiempo.

³² DCN: 2.1.3. Análisis de la situación actual. Armas. Subrayado en el original.

³³ PW: Aporte...: 1.2.2. Situación de las fuerzas populares.

³⁴ PW: Observaciones...2.1.3. Armas.

Repliegue

"Nuestra práctica objetiva hoy –afirmaba el DCN– no tiende a romper el cerco tendido por el enemigo sino a abandonar espacios permitiendo que el cerco se estreche cada vez más." Ello sucedía porque los militantes habían elegido incorrectamente los espacios sobre los cuales se replegaban, particularmente de las agrupaciones al aparato, de la inserción de masas al aparatismo, y del interior a Buenos Aires. Una correcta política de repliegue requería "[...] la ampliación del espacio político y el mantenimiento del espacio geográfico nacional; el repliegue sobre el aparato implica el abandono del espacio político y del espacio geográfico nacional, ampliando en consecuencia el espacio militar del aparato, fácilmente cercable por el enemigo."³⁵

La conducción argumentaba que la incorrecta política de repliegue se originaba: 1) "en la insuficiencia de una política de poder clara para las masas", 2) en que no había sido suficientemente comprendido el "salto cualitativo del Peronismo", 3) en el infantilismo de izquierda con la negación de la vigencia de la experiencia peronista en las masas populares, y 4) en el hecho de "[...] considerar las contradicciones internas de la clase obrera y de ésta con el resto del pueblo como antagonica, haciendo una propuesta para los sectores más concentrados y dinámicos de la clase obrera que no incorpora los restantes sectores, proponiendo de hecho una fractura en las masas."³⁶ Se referían, concretamente, a la declaración "clasista" de la Columna Norte.

La presunción de la política de repliegue del Consejo era que si la organización ampliaba su espacio político replegándose hacia las masas y conservaba su presencia en el espacio geográfico nacional, los conflictos sociales iban a obligar a las Fuerzas Armadas a dispersarse y fijarse en el territorio. Al dispersarse, el enemigo perdería en potencia y movilidad, virtudes que serían ganadas por los pelotones montoneros. En definitiva, el planteo del retorno a la política se ponía al servicio de la espera de la etapa favorable de la contraofensiva militar.

Rodolfo Walsh estaba de acuerdo en que no había una política de poder clara para las masas. Pero ello sucedía porque Montoneros había hecho un anuncio prematuro del agotamiento del peronismo. Tal pronunciamiento había sido la consecuencia de analizar las movilizaciones obreras del "Rodrigazo" meramente como un combate de la clase obrera contra un gobierno peronista, sin observar que los obreros y sus sectores dinámicos estaban dispuestos a superar al peronismo mientras luchaban contra un gobierno antipopular, pero retrocederían hacia él frente a la represión de la dictadura. El párrafo que sigue es una verdadera clase de estrategia: "Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado [...]. En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas [...]."³⁷

Walsh pensaba que todavía había tiempo para que el Partido mismo se replegara hacia el peronismo. Para él, las contradicciones entre la conducción y sus críticos (masas-aparato, interior-Buenos Aires, etc.) eran de ejecución, y por lo tanto secundarias, mientras los ejes políticos que estaba planteando eran materia de concepción. Pero cuando Walsh analizaba el repliegue hacia el peronismo, evitaba considerar dicho espacio como un espacio geográfico, sino como el espacio de la conciencia de las masas. Considerar el espacio político como el espacio geográfico a mantener y al que se repliega el aparato, era uno de los rasgos militaristas que cuestionaba. Además, "[...] las masas no son un espacio seguro para nosotros. Lo perdimos por nuestro error." Respecto de la "guerra larga", opinaba que: "La con-

35 DCN: 2.2.La estrategia que estamos desarrollando nosotros

36 DCN: 2.2.1.Nuestra estrategia. Espacio.

37 PW: Aporte...2.2.Nuestra estrategia en el espacio.

tradicción entre guerra corta y naturaleza social del enfrentamiento valdría si se tratara de un enfrentamiento contra el conjunto del pueblo, pero lamentablemente lo que hay es una lucha militar contra nosotros.”³⁸

Peor aún le parecía que la conducción negara información acerca de la gravedad de la situación militar que los militantes estaban padeciendo, y hacía notar que nada se decía de los porcentajes de pérdidas humanas ni de los territorios que se habían evacuado, mientras se afirmaba que el Ejército Montonero daba saltos cualitativos a partir de la unificación del mando.

Militarismo

Tal como ha señalado Pilar Calveiro, a partir de noviembre de 1976 la estructura de los documentos de la Conducción Nacional y del Consejo Nacional contenían esencialmente variables militares e incorporaban los conceptos fijos de “espacio”, “tiempo” y “armas.”³⁹ Aunque Rodolfo Walsh les planteara que en algunos puntos analizaban la realidad como una guerra colonial bajo la influencia vietnamita y maoísta, la influencia de Clausewitz y la simplificación de la política en clave militar ya constituían su teoría para el análisis.

Para el Consejo, el Partido estaba superando el militarismo que se había instalado en la organización debido a una apreciación incorrecta del documento de abril de 1976. La desviación militarista había conducido a la “aceptación de la estrategia enemiga de guerra puramente militar, de ejército a ejército, de aparato a aparato.”

Para superar esa contradicción, la táctica correcta debía “...consistir en la subordinación de todas las armas a la lucha de masas, garantizando la acumulación de pequeños éxitos, con el hostigamiento y aniquilamiento de pequeñas parcialidades de las fuerzas dispersas del enemigo.”⁴⁰ Al abrir el espacio político, aprovecharían también sus “[...]dos grandes cualidades: la más amplia y segura retaguardia y la más poderosa fuerza insurreccional, única capaz de imponer la contraofensiva estratégica.”⁴¹

Como consecuencia directa de la decisión de abrir el espacio político, se cuestionaba que los blancos montoneros hubieran priorizado el enfrentamiento directo mediante ataques a las fuerzas militares, en lugar de las tácticas indirectas del ataque político militar sobre las patronales. A partir del repliegue, el enemigo se vería obligado a penetrar en los territorios populares por lo que deberá “combatir en nuestro propio espacio: “Esto le significará un enorme despliegue en el territorio dejando blancos débiles, fáciles presas para nuestro aniquilamiento.”⁴²

Walsh consideraba que la conducción analizaba la realidad con las anteojeras del ideologismo y que era peligrosísimo encubrir con teoría y textos herméticos el desastre militar y el aniquilamiento al que estaban siendo sometidos: Para él, todo el documento del Consejo “[...] critica el militarismo, pero en términos militaristas. [...] Para hacer política, hay que empezar por pensar en términos políticos, y expresarlos con sencillez y claridad.” Propuso que Montoneros desechara el lenguaje militarista y definiera que las operaciones militares debían estar al servicio de la lucha política “[...] y no para construir un ejército cuando todavía no tenemos ganada la representación de nuestro pueblo.”⁴³

Walsh opinaba que el concepto de repliegue al espacio seguro de las masas era militarista, porque concebía la “política como movimiento militar” y también “[...] ideologista, al aplicar conceptos de otras realidades transplantados mecánicamente [...]”.⁴⁴ La pretensión del Consejo de obligar a las fuerzas enemigas a penetrar en el espacio político militar le parecía “[...] una manera militarista de decir que nos convendría que se pelearan con todo el pueblo. Y para ello lo fundamental no es que ellos penetren sino que nosotros estemos con el pueblo. [...] De otro modo seguimos en el ideologismo: si penetran, se convierten en ejército de ocupación, y entonces sí, podemos aplicar los conceptos vietnamitas. Hay que pensar en términos nuestros.”⁴⁵

38 PW:

Observaciones...2.2.3.

Armas.

39 CALVEIRO, Pilar: *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años*

70, Buenos Aires, Grupo

Editorial Norma,

2005, pág. 158.

40 DCN: 2.4.2. Corrigiendo rápidamente nuestra estrategia.

41 DCN: 3.1.1. Espacio político de las fuerzas propias.

42 DCN: 3.1.1. Espacio Político. Objetivo para las fuerzas enemigas.

43 PW:

Observaciones...2.2.1.

Nuestra estrategia. Espacio.

44 PW:

Observaciones...2.2.3.

Armas.

45 PW:

Observaciones...3.1.1.

Espacio político.

Fuerzas propias.

Y les observaba que el militarismo y el triunfalismo seguían invadiendo el pensamiento montonero pese a que dijeran que los estaban abandonando: "Todo el documento parece la receta para que un Ejército rompa el cerco de otro y luego lo derrote. Hay que ser más modestos. Nosotros tenemos que resistir junto con el pueblo a la dictadura."⁴⁶

Aparatismo

Dado que los militantes habían tendido a refugiarse en los recursos de la organización, como consecuencia de su repliegue desordenado ante la represión, el Consejo propuso eliminar parcialmente el aparato con el argumento de que se estaba consumiendo mucho más dinero que el que podían producir.⁴⁷

Al eliminar el aparato como espacio de repliegue de las fuerzas propias, los militantes debían abastecerse de las masas, con lo que se los forzaba al repliegue sobre el "espacio político". Tal vez previendo la cantidad de bajas que tal acto provocaría, apelaron a un darwinismo brutal y afirmaron que: "Esto permitirá un objetivo inmediato que es la preservación de nuestras mejores fuerzas, organizadas por medio de la mimetización en los niveles sociales más numerosos."⁴⁸

Se llegó incluso a proponer que la forma correcta de "moverse como pez en el agua" consistía en pensar cómo resolvería un obrero común tal situación. La conducción, "[...] bajo el argumento de que la relación con las masas debía sostener a la guerrilla y no a la inversa, retaceó recursos con los que contaba y dejó indefensos a militantes populares que debía proteger."⁴⁹ Aunque fuera una respuesta a las críticas "aparatasistas" de la Columna Norte, el retaceo de los fondos se argumentaba como herramienta para la ampliación del espacio político, lo que permitiría la "máxima dispersión defensiva y el máximo desgaste ofensivo" (sabotaje, milicias y luchas de masas en sus múltiples formas). De todas maneras, una porción del aparato fue mantenida para "cubrir necesidades infraestructurales altamente especializadas que no pueden ser cubiertas por el asentamiento de masas" y para "obligar al enemigo a mantener una gran concentración de fuerzas en el mantenimiento del cerco militar."⁵⁰

Respecto de las Fuerzas Armadas, apuntaban el tremendo costo que significaba para las mismas mantener el aparato represivo y, dado que habían debido disponer de la totalidad de las fuerzas en el combate, preanunciaban que carecían "de reserva estratégica en sus fuerzas nacionales. En cambio, "nuestras fuerzas disponen como reserva estratégica a la totalidad del potencial humano del pueblo [...]"

Walsh les contestó que: "La contradicción con nuestra base social [...], no es porque gastamos más de lo que producimos, sino por nuestros errores políticos. Ahí está el aparatismo. Es querer imponer nuestros esquemas a la realidad. Negamos el Movimiento Peronista y el Movimiento Montonero no existe. [...] El error no está en que los compañeros son unos cómodos o vagos y por eso se refugian en el aparato, sino en que nuestra política ideologista e irreal hace imposible una buena relación con el pueblo. Si no corregimos eso, todo seguirá igual aunque la gente trate de irse a vivir a otro lado."⁵¹

Respecto de los planes de las Fuerzas Armadas, en abril, el propio Walsh le había alcanzado a la conducción un informe sobre las etapas del plan de aniquilamiento de las organizaciones armadas,⁵² por lo que le parecía falso que carecieran de reservas tácticas: "Nos están dando muy duro y sólo empeñan una parte mínima de sus fuerzas. Les sobran reservas tácticas. Este es un error gravísimo. Nos corresponde a nosotros esta crítica⁵³ porque evidentemente no informamos bien cual era la situación. Pero hay que corregir esa apreciación."⁵⁴

Triunfalismo

Pese a que el Consejo advertía en el documento que la campaña de aniquilamiento estaba poniendo en peligro a la organización, también anunciaba en tono

46 PW: Observaciones...4. Desmedida ambición de poder.

47 DCN: 2.3.1.Relaciones de fuerza. Económico.

48 DCN: 3.1.3. Aparato. c) Metodología

49 CALVEIRO, Pilar: Ob. Cit., pág. 164.

50 DCN: 3.1.3. Aparato. Objetivos para las fuerzas propias.

51 PW: Observaciones...2.3.4.Militar.

52 Se trata de "Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones", de abril de 1976. Testimonio de Lilia Ferreyra, en "Las divergencias de Walsh con la conducción de Montoneros"; BASCHETTI, Roberto: **Rodolfo Walsh, vivo**, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994. No hay copia de este documento.

53 Se refiere a la secretaría de inteligencia montonera (SIMON).

54 PW: Observaciones: 2.3.4.Militar.

triumfalista que al corregir el militarismo, el aparatismo y el organizativismo, se darían las condiciones de desgaste de la dictadura y de contraofensiva popular. Formulaciones como: "El resultado ha sido un claro avance militar y un claro retroceso político del enemigo [...]", tendían a compensar el escaso resultado de la política montonera. Pronosticaban fríamente que "[...] en el plano militar, la cantidad de bajas se mantendrá en los ritmos actuales pero su incidencia cualitativa será sustancialmente inferior por la capacidad de regeneración por el crecimiento político."⁵⁵ Su confianza en el triunfo final y en el inevitable estallido insurreccional de las masas, que acompañarían con la contraofensiva, los hacía decir que: "El enemigo fracasará en su intento de cerco y aniquilamiento y nosotros avanzaremos con su desgaste y fractura. Sin posibilidad de cercarnos, su ofensiva de aniquilamiento llegará al límite del enfrentamiento directo con las masas, [y] se gestarán las condiciones de contraofensiva popular y la fractura del enemigo."⁵⁶

La postura del Consejo respecto de la tortura, que estaba causando la mayor cantidad de bajas a la organización, también estaba imbuida de militarismo y triunfalismo. El documento proponía que la "contratáctica defensiva" frente a la tortura consistía en no contar nada. Afirmaban que la tortura "[...] aún la más salvaje, es soportable; cientos de compañeros heroicos nos lo han demostrado, del mismo modo en que los traidores y delatores nos han demostrado que su colaboración con el enemigo no se originó esencialmente en la tortura, sino en sus propias debilidades ideológicas."⁵⁷

Walsh contestó que: "Ellos avanzaron en lo militar y también en lo político. Nosotros retrocedemos en ambos campos. Y esto porque sin política no es posible avanzar. Hay que admitirlo así aunque duela."⁵⁸ Al no analizar las causas del crecimiento de los Montoneros y de su representación popular "[...] llegamos a pensar [...] que somos geniales, y si somos geniales es accesorio que acertemos o nos equivoquemos. Todo lo que hagamos estará bien."⁵⁹

Respecto de la tortura, relata Lilia Ferreyra que Walsh ya había cuestionado, como idealista, la posición oficial de que la tortura era un combate que se podía vencer y había argumentado que la seguridad del conjunto no podía recaer exclusivamente en la fortaleza moral o física de los individuos.⁶⁰ Para él, el resultado obtenido en la tortura no era consecuencia de las debilidades ideológicas, sino por falta de confianza en el proyecto "debido a los graves errores cometidos." Si para la conducción, la efectividad del método era consecuencia de las debilidades ideológicas de los militantes, para Walsh la responsabilidad recaía en la conducción, por la desilusión de los combatientes ante el proyecto. En ningún caso se proponía una metodología para superar la delación. Y, aunque en el caso de Walsh nos faltan elementos para conocer su posición, en su nota no plantea alternativa alguna.

El llamado a la resistencia peronista

Aferrados a la unificación del mando y al mantenimiento a toda costa de los territorios, los documentos de la conducción montonera realizaban un análisis burocrático y fríamente matemático de las bajas que estaban dispuestos a soportar, sin pensar ni remotamente en cambiar el grotesco análisis militar que les dictaban supuestas teorías político-militares propias.

Mientras tanto, Rodolfo Walsh entendió que debía descartarse la posibilidad de un triunfo por la vía de las armas, y puso en "[...] primer plano la necesidad de una producción política que, permitiendo evitar el aniquilamiento, corrigiera las concepciones que habían llevado a esa situación sin salida."⁶¹ Los estaban destruyendo, y cada militante de aquella época tiene su recuerdo personal en este sentido. En junio había caído su amigo, Francisco Paco Urondo, cuando lo enviaron a Mendoza a sostener el territorio; el 29 de septiembre había muerto en combate su hija Victoria, cuando las fuerzas de represión los aniquilaron en la casa donde se refugiaba el Secretariado Político Nacional. Reconsiderar la estrategia, para evitar el desastre, le resultaba cada día más urgente.

⁵⁵ DCN: 2.3.5. Síntesis

⁵⁶ DCN: 2.4.2. Corrigiendo rápidamente nuestra estrategia.

⁵⁷ DCN: 3.3.3. Organizativas. Objetivos para las fuerzas enemigas.

⁵⁸ PW: Observaciones...: 2.3.5. Síntesis.

⁵⁹ PW: Observaciones...: 3. Triunfalismo.

⁶⁰ FERREYRA, Lilia: Op. Cit., pág. 196.

⁶¹ FERREYRA, Lilia: Op. Cit., pág. 197; y Walsh, Rodolfo: "Aporte a una hipótesis de resistencia", 2 de enero de 1977, en este número de *Lucha Armada*.

Si las masas retrocedían hacia su identidad, su psicología y su cultura, también lo hacían hacia su experiencia histórica, que Walsh afirmaba sería tomada de la primera resistencia peronista. Por su edad, y por su propia experiencia de investigador militante, Walsh conocía de primera mano aquellas luchas que las masas peronistas habían librado desde 1955, despojadas de estructuras organizativas unificadas. Su propuesta no dejaba de ser novedosa y, en cierto modo, antagónica de las posturas con que las propias organizaciones de la izquierda peronista habían reflexionado sobre aquellas luchas. En efecto, en la segunda mitad de los sesenta, los grupos de la tendencia peronista habían afirmado que ellos eran la continuidad y a la vez la superación de dicha experiencia, a la que consideraban inorgánica, espontaneísta y ligada a objetivos economicistas.

Para Walsh, había que reconocer en primer lugar la derrota militar y su correspondencia en el plano político con el repliegue de las masas. Como consecuencia de esto, se debía: 1) "definir la etapa como retirada en el aspecto estratégico y como de resistencia en el aspecto táctico, sin fijarle límites temporales; 2) retirarse al terreno del conjunto del pueblo y, en particular, del pueblo peronista; 3) definir al peronismo y la clase trabajadora "como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia Montonera como parte de la resistencia popular"; 4) retirar del territorio nacional a la Conducción Nacional y a las figuras "históricas"; y 5) mantener la estructura del Partido, asignar a la Conducción Estratégica en el exilio la función de conducir la retirada, y a la Conducción Táctica [que debía nombrarse], la función de conducir la resistencia.⁶²

Propuso que el aspecto dominante de la resistencia debía ser obtener la seguridad individual y colectiva de los militantes y el criterio para elegir los miembros de la Conducción Táctica debía basarse en los "resultados obtenidos [...] en la preservación de las estructuras confiadas a su mando." Las estructuras militares se debían acomodar a la definición de la etapa, ligando la resistencia en forma absoluta a la política de masas, lo que significaba privilegiar las estructuras militares defensivas (documentación, información, comunicaciones) y las estructuras políticas ofensivas (propaganda, agitación, prensa clandestina, etc.).⁶³ Dado que la supervivencia de la organización estaba ligada a la desaceleración del enfrentamiento militar, el primer paso de la guerra a la resistencia debía ser el ofrecimiento de la paz y el "cese de toda acción militar antipersonal." Además, dado que la estructura para la resistencia era diferente de la organización para la guerra, Walsh proponía la organización de "grupos reducidos e independientes cuyo nexo principal [fuera] la unidad por la doctrina."⁶⁴ Sus propuestas antagonizaban directamente con el criterio de unificación del mando sin otorgar autonomías tácticas fijado en el documento del Consejo. Resulta claro que nada parecía estar más lejos de las ideas de la conducción nacional que descentralizar la organización y otorgar plena autonomía política y financiera a las partes.

Lo que Walsh debatió con la dirección montonera fue una reorganización profunda de las estructuras basada en el modelo peronista de la resistencia. Para ello, propuso la reducción del "Área Federal" a tres secretarías (Secretaría General, Internacional y Conducción Táctica), disolviendo el resto y redistribuyendo los recursos en las resistencias zonales. La única excepción era el servicio de documentación, que permitiría la reubicación de los cuadros "penetrados." Las finanzas de la organización debían "asegurar la autonomía táctica de las zonas de resistencia distribuyendo los recursos con gran anticipación y por períodos prolongados." Se debía abandonar la producción de armas de guerra "fabricando y enseñando a fabricar explosivos, 'caños'⁶⁵ y bombas incendiarias."⁶⁶ Y recomendaba a todos los militantes la lectura de las líneas de acción en la "Correspondencia Perón-Cooke: Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FAL y la Energa, las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño."⁶⁷

62 PW: Aporte a la discusión...3.2. Juan Gasparini ha considerado que Walsh pretendía suplantarse a la Conducción Nacional, que en el exilio no podría conducir la lucha, por la Conducción Táctica en el país; véase: GASPARIINI, Juan: **Montoneros. Final de cuentas**, Buenos Aires, Puntosur, 1988, pág. 129.

63 PW: Aporte a la discusión...3.2.

64 PW: Aporte a una hipótesis de resistencia; 2. El cambio organizativo.

65 Los "caños" habían sido rudimentarios explosivos, muy extendidos en los años posteriores al derrocamiento de Perón.

66 PW: Aporte a una hipótesis...2.5. Reducción del Área Federal.

67 PW: Aporte a una hipótesis...3. Los métodos de acción.

Una burocracia pseudorevolucionaria

Hacia fines de 1976, Mario Firmenich y parte de la conducción nacional partió al exilio el resto lo haría meses después. Rodolfo Walsh y Lilia Ferreyra, que vivían en un pequeño departamento en Buenos Aires, decidieron emprender la "expedición al sur" que les permitiera romper el cerco represivo que se aproximaba. Como Rodolfo "no podía vivir sin agua", tomó un mapa y marcó la laguna más cercana. A fines de diciembre se mudaron a San Vicente. Fue allí, en su última casa, donde redactó sus aportes para una hipótesis de resistencia, alternando el tiempo de su escritura con la *Carta a la Junta Militar*. Tenía tiempo todavía de rastrillar la tierra y sembrar; en esos meses comenzó a disfrutar la vida simple de un hombre común. A principios de marzo, los nuevos vecinos participaron de una concentración en la intendencia local, en demanda de la luz, sin ser detectados. El 25 de marzo de 1977, una patota de la Escuela de Mecánica lo asesinó mientras cubría una cita envenenada en el centro de Buenos Aires.⁶⁸

La respuesta a sus críticas apareció en abril de 1977 en un documento aún más autista que los anteriores, precisamente aquel en el que se lanzaba —finalmente— el Movimiento Peronista Montonero.⁶⁹ Ya desde el comienzo, se afirmaba que "Algunos compañeros han criticado ese documento [Consejo Nacional, Octubre de 1976] sosteniendo que el lenguaje utilizado (sic) se manifiestan tendencias militaristas. Bajo la forma de estas críticas metodológicas suelen plantearse, en muchos casos, críticas a la caracterización de la etapa y a las políticas centrales decididas por los organismos centrales del Partido."⁷⁰

Las críticas "metodológicas" consistían en cuestionar apreciaciones erróneas o análisis parcialmente equivocados, mientras que la negación de los conceptos básicos que la conducción utilizaba para el análisis de la contradicción principal encubría diferencias de fondo con la estrategia. Por ejemplo, "negar que el Partido debe pensar militarmente la situación de guerra que enfrenta al pueblo con la dictadura militar" era una diferencia con la política y la estrategia que se estaba desarrollando. Con lo que volvían a plantear, sin necesidad de demostrarlo, a la política montonera como una guerra del pueblo.

La novedad que la conducción decía haber aportado a la teoría revolucionaria consistía en "[...] enriquecer el concepto de armas haciéndole abarcar no sólo a las militares, sino también a las organizativas y políticas, [por lo que] se crea la condición teórica que nos obliga a pensar como un todo la lucha armada y la lucha de masas."⁷¹

La negación de estos avances teóricos había conducido —según el documento— hacia diferentes tipos de desviaciones: "basistas", "militaristas", "materialistas mecanicistas" y "organizativistas". En la primera —que consideraban la más extendida entre los militantes—, se encuentra la respuesta a los planteos de Rodolfo Walsh. Para la conducción:

La desviación "basista" o "policlasista" negaba el componente militar y desconocía o degradaba "el papel de la lucha armada y en especial la necesidad del Ejército", convirtiendo la actividad militar en "mera autodefensa de masas." Con ello negaba "el aporte de la actividad militar del Ejército para el desarrollo de la conciencia y la elevación del nivel del conciencia de las masas."

La desviación militarista conducía a no percibir la "potencialidad militar de la lucha de masas", porque planteaba "el crecimiento lineal de la fuerza militar propia hasta que esté en condiciones de derrotar a la del enemigo."

Los materialistas mecanicistas extraían "conclusiones generales del mero análisis de las fuerzas productivas [...]"⁷²

Los "organizativistas" tenían una visión sectaria de la realidad de masas que los llevaba a formular que "lo que no está conducido orgánicamente y estructura-

⁶⁸ FERREYRA, Lilia: *Esa Carta*, en Página 12, [fechar]

⁶⁹ El agregado de Peronista surgió de la presión de los cuadros históricos que compusieron el Consejo Superior del mismo.

⁷⁰ Montoneros: "Reunión de Conducción Nacional", documento interno, abril de 1977, Pág. 1.

⁷¹ Idem

⁷² Idem. 1. Introducción sobre aspectos teóricos y metodológicos.



do por pelotones, no pertenece a nuestra fuerza ni a nuestra estrategia.”⁷³ La conducción superaba el sectarismo afirmando como propias aquellas acciones que coincidieran objetivamente con su política, por lo que creían que su hegemonía abarcaba no menos de dos millones de personas.

Sin embargo, tal como Walsh planteaba en su último documento, la situación no había cambiado sustancialmente para los montoneros desde octubre sino que más bien había empeorado.⁷⁴ Fue entonces que el triunfalismo de la conducción devino en burda mentira y ocultamiento de la realidad. Si el documento de octubre de 1976 todavía alertaba sobre la gravedad de la situación, el balance de abril de 1977, planteaba que: “[...] la evaluación general de los resultados obtenidos en este período por nuestras fuerzas y por las fuerzas enemigas, arrojan un saldo altamente positivo a nuestro favor.”⁷⁵ Para muestra, las siguientes afirmaciones: “El autocerco político ha sido roto por la reversión del internismo” (Pág. 4); el lanzamiento público del M.P.M. [...] nos permitirá pasar del nivel de una simple propuesta al de una efectiva opción para las masas” (Pág. 4); “[el enemigo] no tiene más alternativa que penetrar profundamente en nuestro espacio político, lo cual era nuestro objetivo” (Pág. 5); “[...] el enemigo no pudo concretar el aniquilamiento y nuestras fuerzas volvieron a regenerarse y reorganizarse con gran rapidez” (Pág. 6); “[...] estamos imponiendo nuestro tiempo estratégico, [...] estamos imponiendo nuestra estrategia de guerra prolongada” (Pág. 7); [estamos] desarrollando una verdadera guerra popular por medio de la masificación de la resistencia en todas sus formas” (Pág. 9); “la constitución del MPM nos permite la conducción política de las luchas populares” (Pág. 9), y siguen.

Algunos elementos del desvarío de la organización, que otrora había sido aglutinante del conjunto de la izquierda peronista ya han sido señalados por Pilar Calveiro, pero merecen recordarse. El concepto de “unificación del mando” de las propias fuerzas desembocó en un burdo personalismo. Mario Firmenich unió en su persona los más altos cargos del Partido, el Movimiento y el Ejército. El argumento para su nombramiento como secre-

⁷³ Idem. 3.4.2. Ejército Montonero.

⁷⁴ Walsh, Rodolfo: Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977, 5 de enero de 1977.

⁷⁵ Idem. 2. Análisis de situación.

⁷⁶ Idem, 3.2.3. Relación contradictoria permanente entre Partido y Movimiento.

⁷⁷ CALVEIRO, Pilar: Op. Cit., Pág. 175/176.

⁷⁸ La única excepción fue la disidencia, en los orígenes, de la llamada "Columna Sabino Navarro"; ver el testimonio de Ignacio Vélez en "Lucha Armada", n.º 2, marzo-abril-mayo de 2005.

⁷⁹ Montoneros: "Reunión....", op. cit. 4.2.3. Objetivos particulares para el Partido.

tario general del Consejo Superior del naciente movimiento (cargo que no era delegable en los otros miembros de la conducción) fue que como secretario del Partido garantizaba la "hegemonía de los intereses de la clase obrera" en el mismo.⁷⁶ La clase obrera ni se enteró. En el mismo documento, la conducción asimiló los grados de la organización con los del Ejército Argentino y estableció la obligatoriedad del uso del uniforme y de los saludos militares. Así, Montoneros, "en lugar de ampliar los espacios de libertad, creatividad y participación que había tenido, quedó atrapada en la formalidad de los uniformes militares, la altisonancia de las órdenes y la rigidez de la disciplina militar."⁷⁷

Conclusiones

Al analizar las críticas de Rodolfo Walsh a la dirección de su organización, aparecen varias dudas que no pueden dejar de figurar en el análisis. Resulta claro que la irrupción de la dictadura con su voluntad de guerra total a la "subversión" mediante el método de la desaparición de personas y los campos de concentración, significó una encrucijada para las organizaciones armadas. En esta encrucijada se plantearon las críticas más profundas a las políticas de la organización, desde su fundación.⁷⁸ Pero llama la atención el hecho de que, en encrucijadas anteriores como el atentado contra Rucci en 1973, el pase a la clandestinidad de 1974, o la militarización de las bases en 1975, no se alzaran voces como las que resuenan en el debate que analizamos. El propio Rodolfo Walsh declaró en los "Papeles" que: 1) la política seguida respecto del peronismo antes del golpe había sido la correcta, y 2) que había acordado con la conducción que el enfrentamiento a la dictadura iba a tener un carácter principalmente militar. Aquí sólo podemos aproximarnos a una respuesta a esta contradicción mediante acercamientos indirectos. Walsh, pese a su larga militancia política revolucionaria, se había integrado tardíamente —en 1973— a Montoneros, atraído por la capacidad que estos habían demostrado de representar masivamente a la izquierda peronista. Esta característica pudo haber alentado en muchos militantes el silencio frente a lo que consideraban políticas erróneas de la organización, sin que por ello dudaran de su validez para enfrentar a los sectores reaccionarios del peronismo y encabezar la lucha por construir el socialismo. Es verdad que las guerrillas, al observar las acciones de la Triple A, el año previo al golpe militar, tuvieron señales claras de los nuevos métodos que se usarían para aniquilarlos. Para responder a estos, muchos militantes entendieron que era inevitable que se protegiera a los frentes de masas mediante la vuelta a la clandestinidad, acompañada de la especialización militar en tácticas de autodefensa.

Pero en 1976, la transformación de la lucha social y política en guerra planteó en todos los militantes de los frentes de masas la decisión de convertirse en combatientes clandestinos o permanecer en los barrios y las fábricas, donde eran públicamente conocidos y fáciles presas de la represión. La pretensión de la conducción de "no abandonar ninguna de las zonas en que actualmente nos mantenemos, a pesar de la ofensiva del enemigo"⁷⁹ no sólo negaba la posibilidad del repliegue, sino que no era una verdadera solución frente al problema de sus propios militantes. Mucho más, si se les negaba los fondos para continuar con la actividad política en sus frentes con cierto grado de seguridad. La conducción nacional y muchos oficiales montoneros creyeron legítimo imponer las políticas originales de la organización, la guerra popular y prolongada. Al subestimar el ciclo de participación política directa en los espacios populares, cuando formularon el retorno al espacio político ya no podían hacer pié en él.

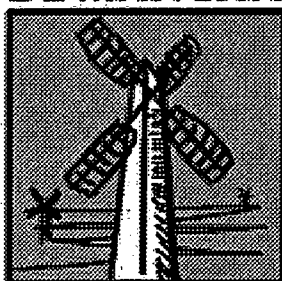
Muchos de los más conocidos críticos de los Montoneros abandonaron la organización en el exilio en los tardíos años de 1979 y 1980, cuando las evidencias de la derrota política eran indudables. Sin que ello invalide sus aportes para entender aquel período, Rodolfo Walsh fue una voz solitaria entre los cuadros superiores de la organización. Pero sintetizó mejor que nadie las alternativas posibles que reclamaban muchos de sus compañeros:

Rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
asedió a las respuestas con preguntas
tuvo una enojosa obsesión por la verdad
cómo no iban a odiarlo si sabían que sabía
maltrecho o pertrecho con su cara de insomnio
sus ojos pálidos de testigo
sus opiniones de pedernal
su seriedad de clown en día de asueto
(...)

Rodolfo convirtió la realidad en su obra maestra
uno podía abrirla en cualquier tiroteo
y salían volando inocencias fervores
pases y guerras extraños ciudadanos
que se sabían comprendidos a la exacta medida
de su justicia visceral modestísima
como no iban a odiarlo si era justo
y no tuvo vergüenza de saberlo.⁸⁰

⁸⁰ Mario Benedetti: "Rodolfo convirtió la realidad", en BASCHETTI, Roberto: Rodolfo Walsh, vivo, op. cit. Pág. 332.

DE LA MANCHA



LIBROS

LIBROS Y LIBREROS

ESTÉTICA - FILOSOFÍA - HISTORIA - LITERATURA
POESÍA - PSICOLOGÍA - SOCIOLOGÍA

DE LA MANCHA - LIBROS

Av. Corrientes 1888 - PB - C1045AAN - Buenos Aires

Tel.: (5411) 4372-0189 / delamanchalibros@sion.com

La década del 70: la violencia de las ideas

La proclamada aspiración a un mundo más justo estuvo entrelazada con visiones que se contraponían a estos mismos ideales. Se analiza aquí la presencia de la violencia en la sociedad argentina, los niveles de responsabilidad que le correspondía a las organizaciones armadas y la feroz represión ejercida por los militares.

OSCAR TERÁN
UBA - UNQ

He tratado de ser fiel a los propósitos de la convocatoria* allí donde dice que "las acciones humanas se sostienen en algún orden de ideas", de modo que en el caso argentino "resulta imperioso penetrar en el rico movimiento de ideas" de los años sesentas y setentas. Esta fidelidad responde a la convicción de que indagar en las creencias de los agentes históricos ayuda a describir las representaciones imaginarias que impulsan y dan sentido a sus prácticas. Y si, como toda premisa general, ésta requiere verificarse, pienso que así como existen épocas en las cuales las ideas desempeñan un papel menos activo en la arena política, en cambio las décadas del sesenta y setenta estuvieron habitadas por intensas pasiones ideológicas. Más concretamente, pienso que en ese período los actores involucrados en violentas confrontaciones políticas resultaron en buena medida configurados por concepciones con fuertes tendencias totalizadoras, cuando no realmente integristas.

Por otra parte, el tratamiento de dicho período se complejiza por la gravedad ético-polí-

tica de las cuestiones que aquellas décadas contienen y por el hecho de que muchos de quienes pretendemos analizarlas fuimos en diversa medida partícipes de sus acontecimientos. De allí que me considere obligado a explicitar algunas cuestiones ya no sobre el objeto considerado sino sobre la mirada que lo mira.

En ella reconozco una subjetividad incapacitada para la estricta "neutralidad" dado que allí conviven inevitablemente un carácter memorístico y una pretensión heurística. Y sin embargo, forma parte de este emprendimiento intelectual tratar de dar sentido a los fenómenos de aquel pasado a partir de los diversos regímenes simbólicos ofertados por la cultura a la que pertenezco, así como tornar transmisibles estas consideraciones rehuendo la inefabilidad de la experiencia. Esto último para eludir el "síndrome Fabrizio" que me ha asaltado muchas veces al escuchar interpretaciones de estos sucesos: quienquiera haya leído La cartuja de Parma sabe que Fabrizio ha sido protagonista de la batalla de Waterloo, pero no cree en la batalla de Waterloo cuando la encuentra

[* Sobre la base de la intervención en el Encuentro Internacional "Violencia y Memoria" organizado por el CEA, Universidad Nacional de Córdoba, 3 de noviembre de 2005]



Devoto, 25 de mayo de 1973

narrada, porque le resulta imposible reconocer en esos relatos su propia experiencia de la batalla, la innumerable riqueza de la percepción frente al monismo del concepto, planteando tempranamente ese desfase entre la experiencia y su representación que llevó a Benjamin a proclamar el fin de la experiencia y recientemente a Sebald a decir que "la realidad no se parece a nada". De allí que, en lo que sigue, intento instalar esta reflexión en el interior de una construcción histórica, suponiendo tradicionalmente que aquella puede permitir la articulación entre la pluralidad irreductible y a veces azarosa de la realidad con la potencia esclarecedora del concepto.

En este terreno, considero que toda época tiene su propia textura, para la cual demanda consideraciones específicas. Por consiguiente, los sucesos de las vidas humanas no pueden adosarse a ningún sistema previo; deben en cambio ser considerados en relación con individuos y grupos particulares en situaciones históricas igualmente específicas. Dudo entonces de la intemporalidad del sentido de los actos humanos porque creo que el mismo no es autosuficiente sino que se basa en su conexión con el mundo y con una determinada atmósfera histórica. Se trata de una vieja idea

que, traducida por los contextualistas actuales, advierte que todo hecho o discurso sólo cobra su sentido cuando se lo inserta en el marco preciso de su "lengua" y de su ocurrencia.

Reconozco también que los significados de los actos históricos suelen permanecer invisibles para quienes los viven, en el sentido en que Marx decía que los hombres hacen la historia pero no saben la historia que están haciendo. Mas a esta máxima debe agregársele que aquello que los hombres creen que están haciendo contribuye a hacer la historia que están haciendo.

Asimismo, y ahora con Koselleck, adopto la consigna de que en la historia ocurre más o menos lo que tiene que ocurrir, pero que sobre ese más o menos están los seres humanos. Todo monismo desde esta perspectiva me parece insuficiente y aun empobrecedor, y por ende -según el pensamiento de Arquíloco retomado por Isaiah Berlin- sería bueno aprender menos del erizo, que sabe una sola gran cosa, que del zorro, que sabe muchas pequeñas cosas.

Por fin, introduzco el problema clásico de las consecuencias no queridas de los actos. Sabemos que Weber argumentó que los puritanos, queriendo salvar su alma, contribuyeron a la generación del capitalismo. ¿Serían responsables de todo lo que este régimen económico conllevó y conlleva? En nuestro caso, ¿cómo pensar la responsabilidad de quienes quisieron un mundo mejor y resultaron uno de los metales que se fundieron sin residuo en la caldera del diablo de la política argentina?

Recientemente Claudia Hilb ha recordado las reflexiones de Hanna Arendt en el sentido de que -por definición de la acción humana- el actor no posee nunca el control fiel sobre los efectos de su acción. Si esto fuera así, aunque siempre habrá que atender al tipo de consecuencias no queridas, el único modo de establecer un criterio de responsabilidad sobre las conductas humanas reside en aceptar que los hombres y las mujeres somos responsables de las historias en las nos involucramos, y por eso debemos responder de la inconmensurabilidad estructural entre la intención y el resultado de la misma.

Hasta aquí la demarcación del territorio desde donde quisiera hablar. Vayamos ahora al objeto de esta reflexión, que como siempre depende en buena medida de las preguntas que se le formulen. Éstas son: cómo y por qué la vio-

lencia política que involucró a revolucionarios y defensores del orden establecido; qué tipos de violencia aplicaron estos contendientes; qué responsabilidades les corresponden.

Para comenzar con la larga duración, sabemos que la facciosidad política siguió recorriendo con diversas intensidades buena parte del siglo pasado, hasta el punto de que ya Joaquín V. González en *El juicio del siglo*, editado en medio de los fastos del Centenario, colocaba como un punto que oscurecía el futuro lo que llamaba "el espíritu de discordia entre los argentinos". Poco después, dicho fenómeno se manifestó en el complejo ingreso de la Argentina en la República de sufragio universal masculino efectivo, puesto que el triunfo del partido radical yrigoyenista en la segunda década de dicho siglo desató una inmediata denegación de legitimidad por parte del resto del espectro político.

De todos modos, el régimen liberal democrático no se vio alterado mientras el país mantuvo exitosos estándares macroeconómicos, redistributivos y de movilidad social ascendente. Cuando la crisis económica, política e institucional de 1930 barrió con ese escenario, sobre el mismo se instalaron las fuerzas armadas como fracción relativamente autónoma y/o como brazo político de los sectores conservadores y económicamente dominantes. Dentro de ellas el Ejército desempeñó el rol hegemónico al par que resultaba profundamente penetrado por una ideología nacional-católica integrista. Como es harto sabido, fue así como la institución armada del Estado, que como tal detentaba el monopolio de la fuerza legítima, se constituyó en un actor político central en el medio siglo transcurrido entre 1930 y 1980, dotado de capacidad para desempatar o decidir situaciones generadas por la ineficiencia de las clases poseedoras para dotarse de representación política eficaz o por coyunturas que desbordaban a los partidos políticos y a toda institucionalidad republicana.

La emergencia e instauración del peronismo desencadenó una intensificación de la denegatoria de legitimidad que partió literalmente a la sociedad en dos bandos irreconciliables, situación que erosionó el pacto de convivencia en el disenso. En 1946 los actores político-sociales dirimieron centralmente a su entender una elección entre la justicia social y los valores democráticos asociados al antifascismo. Y en

efecto, evaluado en sus rendimientos a partir de su victoria electoral (que era el triunfo del primer término del binomio), el período se caracterizó por una notable y nunca reiterada redistribución económica en favor de las clases trabajadoras; fenómeno acompañado de una caída de la deferencia de los sectores populares hacia las escalas superiores de la sociedad. Junto con ello, y a través de un liderazgo carismático con rasgos plebiscitarios, el gobierno consensuado por la mayoría no dejó de apelar a la coerción, violando expresamente las libertades cívicas de los opositores. Los bombardeos de Plaza de Mayo en 1955 marcaron un punto extremo de la violencia pero, en tanto ésta se ejecutó con una tecnología mortífera y sobre una población civil en sus actividades cotidianas, marcó el punto de clivaje de la violencia a la barbarie. Es nuestro Guernica sin Picasso.

Este trasfondo donde se hunde la genealogía de la violencia política en nuestro país no se despliega empero como un destino fijado para siempre desde el origen. Será enriquecido y complejizado por una serie de fenómenos novedosos y decisivos. Voy por ello a reiterar muy sintéticamente la versión que al respecto he suscripto en otros espacios.

En aquella sociedad literalmente partida en facciones radicalmente enfrentadas, el golpe de Estado de 1955 fue rápidamente seguido de un nuevo posicionamiento de sectores de izquierda sobre todo juveniles, que comenzaron a desconfiar de los "libertadores" cuando éstos revelaron una actitud dispuesta a disecar autoritariamente hasta las fuentes simbólicas de la identidad peronista. Tratando de dar cuenta de la "ceguera" de la izquierda ante el 17 de octubre del 45 como acto fundacional del nuevo movimiento, aquellos jóvenes cuestionarán la herencia de sus padres y producirán una auténtica ruptura generacional. Esta ruptura activó una culpabilización de clase y una serie de ideologemas de la tradición populista. Uno de ellos remitía a la imagen de intelectuales y de clases medias colocados siempre de espaldas al pueblo y al país verdaderos. Arturo Jauretche explotará exitosamente este tópico en libros como *Los profetas del odio*, texto que se abrió con un epígrafe de Gandhi denunciando "el duro corazón de los hombres cultos."

Retornaba también con ello el tema de "las dos Argentinas", así como el de una falaz historia oficial y otra verdadera expresamente

ocultada y falsificada por los vencedores. En este punto se articulará el revisionismo histórico que, nacido desde una constelación política opuesta, va a teñir de allí en más la cultura política de la nueva izquierda. Se trataba de un síntoma y un efecto del abandono de dicha izquierda de su relación con la por cierto débil tradición liberal, que ya no será considerada como un eslabón dentro de un sendero constructivo, sino como una etapa de la dependencia nacional. Detrás de estas tomas de distancia, era así la misma democracia liberal la que caía impugnada por ser considerada un régimen político ligado a los intereses de la clase dominante, al igual que las libertades y derechos humanos que, por dizque burgueses, pasaron a ser considerados despectivamente "formales".

Pero resulta imposible comprender el despliegue de este y otros movimientos intelectuales si no se los proyecta sobre el fondo poderoso de la revolución cubana, ya que difícilmente podría exagerarse su gravitación tanto en la Argentina como en toda Latinoamérica. En ese período signado de tal modo en la franja contestataria de los intelectuales por la relectura del peronismo y por el deslumbramiento de la revolución cubana, el marxismo se tornó hegemónico en sectores más amplios que los estrictamente intelectuales.

Pero así como modernización cultural y radicalización política describen ya a mediados de la década del 60 una dialéctica en ascenso, junto con ellas operaría la intervención de fuerzas conservadoras y reaccionarias desde el Estado y la sociedad. Entonces el partido militar promoverá la implantación de valores nacionalistas, tradicionalistas y familiaristas, para lo cual se apelará al acervo antimodernista de la Iglesia y a su mencionada influencia sobre el Ejército. En el clima de la guerra fría y de la teoría de las fronteras ideológicas interiores, la contradicción se polarizó en torno del eje comunismo-anticomunismo.

Un punto de condensación en este sentido se alcanzó en 1966 con el shock autoritario desencadenado por el golpe de Estado liderado por el general Onganía, cuya gravitación sobre el campo político-cultural fue de serias consecuencias. Imbuido de una mirada autoritaria incapaz de discriminar entre el modernismo experimentalista y las actitudes políticas expresamente orientadas al cambio revolucionario, es muy conocido el efecto destructivo que respecto de

la universidad implicó su intervención autoritaria emblemática en la llamada "noche de los bastones largos."

Pero además la radicalización avanzaba por caminos poco antes impensados, como el que recorría el universo católico. Ese impulso recogía experiencias y reflexiones externas, coincidentes con el papado de Juan XXIII y diversas encíclicas. Era natural que entonces cundiera la alarma entre los sectores tradicionalistas al ver que la rebelión se expandía en las propias filas, como lo mostraban la revista *Cristianismo y revolución* y el reclutamiento para el accionar armado organizado dentro de la iglesia católica.

De manera que tanto desde la izquierda peronista como marxista la pregnancia de la política se comunicaba con la idea de una transformación social por vía de la violencia armada. Un imaginario revolucionario iluminó y simplificó el panorama privilegiando al mismo tiempo la práctica material sobre el saber libresco y al hombre de acción sobre el contemplativo. En el año 1968 existían evidencias de que esos posicionamientos tenían de su lado el huracán de la historia. Los mismos diarios que informaban de la fundación de la CGT de los Argentinos daban cuenta de la incontenible ofensiva del Tet en Vietnam y del grito libertario que otra vez provenía del París de las barricadas. En la Argentina, otro mayo, pero esta vez de 1969 y en Córdoba, vino a cerrar el decenio, llevando al extremo las esperanzas revolucionarias de años no escasamente esperanzados.

Sobre aquel trasfondo de alta conflictividad, organizaciones político-militares provenientes de la izquierda marxista y peronista comenzaron a operar de manera creciente tras el objetivo de una revolución que proclamaba la liberación nacional y social. Este objetivo implicó (como se lee en un documento del ERP de julio de 1970 y con un sentido que todas las organizaciones armadas compartían) "desorganizar las fuerzas armadas del régimen para hacer posible la insurrección del proletariado y del pueblo."

Ese modo operativo incluyó el magnicidio que se cobró como víctima al general Pedro E. Aramburu, y de hecho las Fuerzas Armadas estiman en casi setecientos los integrantes de las mismas abatidos por la guerrilla. Por su parte, y luego del relevo del gene-

ral Onganía, los gobiernos militares se estrellaron con el ascenso del conflicto social y "el repiquetear incesante de la guerrilla" manifestado en multitud de acciones armadas y violentas. El asesinato de dieciséis guerrilleros en la cárcel de Trelew luego de un intento de fuga reforzó, desde el otro polo, el carácter de un enfrentamiento sin retorno. En este marco, la ilegitimidad del régimen seguía teniendo su punto crucial en la proscripción del peronismo y de su líder.

La muy difundida revista Crisis describe con precisión entre 1973 y 1976 ese momento en el campo del sector de los intelectuales radicalizados cercanos al peronismo revolucionario. Allí el contenido de los artículos presenta una visión construida con los poderosos fragmentos que habían alimentado el imaginario radicalizado hasta el momento, en un cruce de nombres y doctrinas que no mucho antes se hubiese considerado insostenible: Lenin y Perón, José Hernández y Marx, Rosas y Mao; populismo, nacionalismo y revisionismo con revolución cubana y cristianismo revolucionario...

Estas representaciones y tantas otras que pueden encontrarse fácilmente consultando publicaciones y evocando consignas de la época organizaron el espacio político como un campo de guerra.

Tenemos así recortada una secuencia de un aspecto central de la década del setenta: el que se refiere a la implementación de un proyecto político revolucionario y vanguardista mediante la violencia armada. Se trata de un período iniciado en 1969-70 y que celebra su máximo triunfo el 25 de mayo de 1973. Precisamente en esa fecha de asunción del presidente Cámpora se sintetizaron abruptamente toda una serie de significados político-sociales en la Plaza de Mayo y por la noche en la cárcel de Devoto. Como en la clásica "fiesta revolucionaria", en esos espacios se asistió a una auténtica subversión de los órdenes subjetivos del poder y a la transgresión de las pautas de autoridad y jerarquía.

Además, no debe ser omitida la circunstancia de que este accionar insurgente resultó exitoso hasta 1973, coagulando y desencadenando energías movilizadoras provenientes de la sociedad civil. El mismo liberó discursos libertarios y desafiantes del orden político, social, económico y simbólico establecido, y este

desafío se fusionó con el ascenso de demandas y movilizaciones obreras y populares. Se realizaban de tal modo las peores prevenciones del bloque dominante, al par que se alimentaba en su seno un sentimiento de amenaza, odio y venganza. Sin duda, haberse articulado con este clima de movilización y haberlo potenciado generando ilusiones triunfalistas, sin capacidad para proteger de la represión a esos mismos sectores en el momento del reflujo, es una de las mayores responsabilidades de la izquierda armada argentina.

A partir del retorno de Juan Perón y de su oposición a los contingentes armados, estos comenzaron a perder terreno al persistir en una vía ahora deslegitimada por el formidable apoyo electoral recibido por el viejo general y golpeada duramente por la represión legal e ilegal montada desde ese mismo gobierno. Al par, la muerte del líder en julio de 1974 y la sucesión por su esposa implicaron el ingreso en la recta final de la lucha por la hegemonía en el interior del movimiento peronista y un despliegue superior de la represión, dentro de un creciente vacío de poder y sus consecuentes efectos de ingobernabilidad, exasperados por una salvaje puja corporativa.

El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) consideró por su parte que la muerte del "líder de la burguesía" abría por fin el camino para la autonomía de la clase obrera, en el momento en que decidía la instalación de destacamentos armados en el monte tucumano. En febrero de 1975 el Operativo Independencia contra esta guerrilla anticipará brutales prácticas de contrainsurgencia que no harán sino incrementarse en los años por venir. Se comenzaba a cerrar el ciclo ascendente de las ambiciones revolucionarias. Fiel a la consigna de ese mismo año enarbolada por la publicación de ultraderecha El Caudillo ("el mejor enemigo es el enemigo muerto"), se registrarán hasta 1976 casi mil asesinatos adjudicados a la represión paraestatal. A principios de ese año monseñor Primatesta denunció ya entonces y desde Córdoba la desaparición de personas.

La crisis de autoridad y la presencia cotidiana de la violencia fueron condiciones de posibilidad para que muchos sectores de la sociedad recibieran con una mezcla de alivio, temores y expectativas el nuevo golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. La interpelación autoritaria del Estado se derramó sobre



25 de mayo de 1973

una ciudadanía pulverizada, aun cuando habría que agregar que también encontró oídos no sólo pasivos sino también activamente receptores. Son conocidos los pronunciamientos de apoyo y aquiescencia que la dictadura reclutó entre partidos políticos, jefes de la Iglesia católica, cámaras empresariales, sindicatos de trabajadores, medios de comunicación, periodistas y también intelectuales.

La dictadura dará los golpes finales sobre fuerzas política y militarmente diezgadas, y a través del terrorismo de Estado extenderá con inusitada crueldad una represión de redisciplinamiento social y cultural destinada a desterrar los elementos a su entender disolventes que en un clima de radicalización política e innovación cultural habían emergido desde la década del sesenta. El balance final arrojó como resultado una de las derrotas más catastróficas de la izquierda argentina en sus cien años de existencia y el drama más severo de la historia argentina del siglo pasado.

En cuanto a su *modus operandi*, las Fuerzas Armadas implementaron una estrategia contrainsurgente elaborada con mucha antelación al surgimiento de cualquier grupo guerrillero, tanto que el general Camps sostenía que la guerra revolucionaria anticomunista había comenzado en 1957. Dicha estrategia contenía esquemas incorporados desde la década del 50 a través de la escuela francesa de guerra contrarrevolucionaria, los que redefinieron al ene-

migo según la teoría que instalaba las fronteras ideológicas en el interior del mismo territorio nacional. El marco ideológico que la contenía estaba construido sobre una serie de convicciones y de motivos largamente cultivados en los ámbitos institucionales y de sociabilidad de las Fuerzas Armadas argentinas, ahora insertos en el clima mundial de una nueva etapa de la Guerra Fría, dentro de la cual la política de Estados Unidos de América había promovido en 1973 el derrocamiento de gobiernos democráticamente elegidos como el de Salvador Allende en Chile y la "bordaberrización" en Uruguay. Dicho espíritu presuntamente actualizado está armado con las viejas piezas del catolicismo integrista y antimodernista, en tiempos de anti-comunismo macartista y animado por un impulso de cruzada religiosa. Los mensajes que emanan de esta concepción genérica construyen una discursividad nacionalista (referida a la esencialidad del "ser nacional"), autoritaria, antiliberal, heterofóbica y familiarista.

Dentro de esta visión, el enemigo fue concebido como proteico, astuto e insidioso, capaz de penetrar por todos los intersticios públicos y privados no suficientemente protegidos del "país sano". La decisión de una respuesta contundente y radicalmente violenta no careció de apoyos e incluso incitaciones explícitas desde diversos sectores ajenos al ámbito militar. Sin ir más lejos, y desde la jerarquía católica, pocos meses antes del golpe de marzo del 76 monseñor Bonamín había acuñado una expresión temible: "El pueblo argentino -dijo- ha cometido pecados que sólo se pueden redimir con sangre."

Si bien estas concepciones dominantes en la institución armada no podían ser desconocidas (ya que resultaban tan accesibles como la lectura del libro sobre la guerra contrarrevolucionaria que en 1959 había editado el general Osiris Villegas), cuando el régimen dictatorial se derrumbó comenzó a desnudarse a la luz pública el horror concreto que lo había habitado, cristalizado en métodos sistemáticos novedosos y monstruosos: la desaparición forzada de personas y la apropiación y desidentificación de infantes. Si ya algunas ejecuciones de las dictaduras (como la masacre de Trelew) o de la insurgencia (como las de Vandor, Alonso o Rucci) se habían inscripto sin atenuantes en el rubro liso y llano del asesinato, y si ya otras cometidas a partir de la matanza de Ezeiza por la organización paraestatal Triple A habían significado un

pasaje de la violencia a la barbarie, con la dictadura se había transitado un último paso que por sus efectos perversos condujo a lo siniestro.

Un grave problema que dificulta esta nominación (y la nominación es un otorgamiento fundamental de sentido a los actos humanos) es que los responsables de estos crímenes de lesa humanidad han decidido hasta el presente -salvo escasísimas excepciones- refugiarse en un silencio presumiblemente rencoroso y aun vengativo. Basta leer los tres gruesos tomos de la obra *In Memoriam*, editada como versión oficial por el Círculo Militar, para observar la total y superficial justificación de todo lo actuado en una "contienda necesaria y justa" como parte natural de la lucha contra el comunismo y la subversión apátrida, verdadero agente de la estrategia soviética en pro de la dominación mundial. Todos aquellos componentes doctrinarios e ideológicos muchas veces salvíficos avalaron una intervención represiva que alcanzó niveles de guerra religiosa e integrista. Esta visión sólo podía prometer una lucha sin fin contra elementos tan residuales como prontos a resurgir al menor descuido de los cancerberos de la pureza civilizatoria occidental y cristiana; elementos aquéllos que actuaban, según el general Omar Riveros, "con Satán por cabecera".

Sin duda existió un conglomerado de motivaciones e intereses de índole económica, clasista y corporativa que impulsó la radicalización de la confrontación, pero sólo las pasiones de ideologías y convicciones extremas pudieron obrar como vías por las cuales se canalizó la barbarie. Estas condiciones estaban desde largo tiempo instaladas en el seno de la cultura militar argentina, junto con prácticas de cuartel violatorias del respeto humano y aceptadas socialmente, las cuales se vieron activadas, expandidas y crispadas por el desafío de la insurgencia armada. En otro registro pero en esa misma dirección, resulta verosímil suponer que elencos subversivos constituidos en gran medida por miembros de las clases medias actuando en sede urbana (una fuerza dispersa y clandestinizada en el seno de la población) hayan agigantado el temor en todos los factores de poder ante una infiltración que ahora veían realizada dentro de sus propios grupos de pertenencia. Esta penetración realmente verificada en algunos casos en las propias familias hipertrofió la paranoia con respecto a una infiltración tan sutil que podía ocurrir

hasta por medio de casi imperceptibles cambios en el lenguaje, ante lo cual se llegó a hablar de "fraude semántico".

Como mostró Pilar Calveiro con aguda inteligencia y estremecedora sensibilidad hacia la propia experiencia, en los campos de detención clandestinos estas pulsiones traspasaron límites hasta entonces no franqueados mediante tácticas perversas de operar la deshumanización de las víctimas, potenciadas por la feroz omnipotencia sádica que invade al represor al sentirse amo absoluto y despótico de vidas y haciendas. Una multicitada frase del general Camps ("No desaparecieron personas sino subversivos") y el "Somos Dios" testimoniado en el Nunca más en boca de los represores ilustran de modo minimalista una desmesura terrorífica.

La lógica instrumental de la desaparición de personas respondió al menos a dos objetivos: el terror y el efecto desarticulador de la organicidad de la guerrilla, por un lado, y, por el otro, evitar el conocimiento y la denuncia de asesinatos y violación de los derechos humanos ante la propia sociedad y ante el extranjero, así como proteger a los ejecutores de los asesinatos mediante el ocultamiento del cuerpo del delito. Pero precisamente por su metodología estos crímenes seguirán resonando entre nosotros hasta un futuro impredecible, dado que los desaparecidos realizan la figura temida y arcaica de los muertos sin sepultura, figura que genera efectos disolventes y de sinsentido sobre el entramado ético de la entera sociedad. El irrenunciable legado de procesar esas muertes y esa violación del más elemental derecho humano ha quedado así como un legado trágico sobre nuevas generaciones de argentinos por la práctica represiva del Estado desaparecedor de la última dictadura.

La apropiación y des-identificación de niños, por su parte, significó una práctica no menos siniestra y efectivamente coherente con la literal satanización del enemigo, configuradora de un Otro portador de un código genético maldito que sólo podía ser corregido mediante el borramiento de la identidad originaria. En el momento en que hablo, decenas de personas han recobrado esa su identidad merced a la tarea ejemplar de organismos de derechos humanos. Muchas más permanecen empero desidentificadas. Algunas conocen su situación pero se niegan a aceptarla, con el estremecedor testimonio de quien habiendo sido expropiado

una vez de lo más suyo no quiere que se opere otra vez lo que interpreta -y se lo comprende bien- como una nueva e inimaginable violación de ese conjunto de letras y sonidos que dicen el nombre de su humanidad. Todos ellos y sólo ellos conocen los desfiladeros de un infierno al que fueron arrojados desde el más extremo estado de indefensión y de inocencia.

Ante estos crímenes infames y perversos que implican sufrimientos inenarrables y búsquedas desesperadas de sentidos, acentuados por el silencio inmoral y literalmente canalla de sus ejecutores, ¿es posible seguir hablando con el corazón ligero de los dos o de los mil demonios?

Ese silencio sigue protegiendo, por fin, un problema que a todos nos involucra y que replica a su modo la pregunta del general español Prudencio García (¿cómo fue posible que "militares profesionales del país más culto y más europeo de América Latina...") y que quiero formular así: ¿cómo fue posible que jóvenes también ellos de clase media que querían sentirse orgullosos del uniforme que portaban, dar la vuelta al mundo en una fragata y hasta defender la soberanía nacional, se encontraran un mal día con una picana en la mano, en estrecha alianza con personajes sádicos de fuerzas de seguridad y parapoliciales, empapados de sangre hasta el cuello, robando bebés y arrojando personas vivas al mar?

Por otra parte, la magnitud inconmensurable de estos crímenes no nos releva de la necesidad de explorar el significado y la responsabilidad de las acciones de los revolucionarios armados. Se trata, además, de no expropiarle a sus actores el sentido de su lucha y tantas veces de su muerte, ni la dignidad que para ellos mismos decidió aquella elección y dinamizó su proyecto político. Tras ese emprendimiento no exento de soberbia (pero ¿existe gesto revolucionario alguno que no la contenga?), existieron actitudes de entrega, sacrificio, solidaridad y heroísmo, mezclados con superficialidad, narcisismos, traiciones y bajezas.

Para la comprensión de los hechos que protagonizaron, también aquí es preciso mantener abierta la pregunta que pregunta cómo fue posible que tantas personas, en su gran parte de clase media, que en su mayoría no habían conocido un arma se encontraran un día con herramientas mortales entre las

manos, a veces viviendo en selvas que nunca habían pisado y otras clandestinizados en las ciudades, asesinando (ajusticiando), robando (expropiando) y secuestrando personas para canjearlas por compañeros, para obtener rescate o para ejercer por sí la "justicia revolucionaria".

Una primera respuesta remite a todo lo dicho más arriba y que puede incluirse en lo que llamé las "pasiones ideológicas". No se trata de una nominación irresponsabilizante, dado que es preciso suponer que los seres humanos también somos responsables de las ideologías por las que nos dejamos atrapar. Aquellas ideas, en fin, se desplegaron en el universo de la izquierda en el señalado escenario radicalizado proveniente del clima cultural y político de los años sesentas, con rasgos totalizantes que concedieron la primacía a la práctica política animada de una voluntad revolucionaria. Debemos recordar además que estos fenómenos de rebeldía armada no eran en absoluto exclusivos de la Argentina ni aun de Latinoamérica o del entonces llamado Tercer Mundo; la insurgencia contra el orden burgués con formas armadas y asesinatos espectaculares era un fenómeno mundial que alcanzaba a países como Italia y Alemania.

Por cierto, las ideas no producen per se las acciones humanas, sino que se relacionan de maneras complejas, a veces bizarras, con lo que no son las ideas. Es cierto que en el escenario nacional dicho clima se articulaba con la clausura de las vías democráticas de participación política. Empero, esto no significa que la Argentina no hubiese presenciado la insurgencia guerrillera si dichos canales hubiesen permanecido abiertos, ya que aquellos movimientos eran efectivamente revolucionarios, y entre otras cosas impugnaban la democracia representativa de sufragio universal por considerar la parte del sistema de dominación burgués. De hecho, cuando la vía electoral terminó por otorgar el triunfo al propio general Perón con el 60% de los votos en 1973, casi ninguno de los grupos guerrilleros declinó las armas, ajustándose a una lógica perfecta de su emprendimiento: mientras las fuerzas armadas estatales no fueran disueltas y sustituidas por un ejército del pueblo, iban a seguir siendo el poder real, burgués y proimperialista, tras cualquier gobierno por democráticamente elegido que resultare. El ejemplo chileno vino a avalar clamorosamente esta convicción.

Y sin embargo, sin la proscripción del peronismo y el cierre de las instancias políticas democrático-liberales, es probable que hubiera resultado considerablemente menor la expansión del movimiento revolucionario armado. Después de todo, de resultar cierta la cifra construida por un estudio del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, las tres cuartas partes de cuadros de dirección de las guerrillas de esos años habían pasado por la universidad, y bien podían tener entre otros avales legitimadores de su elección aquella "noche de los bastones largos" en tanto acontecimiento develador de la ya vacilante ilusión en una isla democrática que podía mantener autonomizada una trayectoria intelectual y profesional de los intensos conflictos políticos nacionales.

De tal modo, la proscripción del movimiento político mayoritario y la deslegitimación que ello arrojaba sobre el entero sistema político argentino, sumada a la dictadura de pretensiones refundacionales de la llamada Revolución Argentina y a los aires libertarios que recorrían el mundo y América Latina, posibilitaron un encuentro mutuamente sinérgico de las ideas y la realidad. Así como se ha dicho que el jacobinismo en Francia fue igual a la filosofía de la Ilustración más una situación de guerra, entre nosotros podría sugerirse que el emprendimiento revolucionario armado fusionó ideas sesentistas con el fracaso de la institucionalidad liberal-democrática.

Estas indicaciones genéricas se tornan más comprensibles cuando se las encarna en sus actores concretos. Fuentes y testimonios acumulados en los últimos años permiten verificar que en ellos imperó una concepción de la revolución como absoluto y eje dador de sentido total de sus vidas, según una concepción vaciada en los viejos moldes del romanticismo revolucionario en términos de un vínculo con la política, con los compañeros y consigo mismos anudado con la muerte. Esta concepción reposaba así fuere en términos vagorosos, con filosofías, teologías de la historia o creencias milenaristas y redentoristas que ofrecían las escalas para asaltar los cielos. Esta suerte de afán prometeico validaba un vanguardismo que el uso de las armas y la ofrenda de la propia vida relegitimaban. Semejantes convicciones, de hecho o de derecho, autocolocaban a quienes las encarnaban por encima de la mayoría incluso de sus imaginarios representados, lo cual inducía una moralidad excepcionalista puesto que la acción heroica e idealista trascendía la moral convencional, alimentando una concepción elitista que, en sus extremos, oficiaría como retroalimentación de la soberbia.

Los dioses griegos perdían a los mortales haciéndoles creer que les iba muy bien cuando en realidad les iba muy mal. En nuestro caso, a partir de aquellas convicciones era natural que, en términos de cultura política, estuviera ausente la prudencia que fomenta una antropología pesimista y al mismo tiempo esperanzada. Dichas convicciones, los éxitos y el reconocimiento logrados hasta 1973 y cierto encierro sectario, construyeron las bases de una relativa autonomización de la sociedad y de una ceguera respecto de las reales condiciones en las que se desencadenaba la lucha. Todo ello condujo al voluntarismo suicida que hacía decir aún en junio de 1977 a una circular de Montoneros que "el país es un hervidero", por lo cual en marzo de 1978 su conducción nacional no dudaba de que "la justicia de nuestra causa, la experiencia adquirida, el compromiso hacia nuestros héroes y mártires, el ejemplo de nuestro pueblo, nos aseguran la victoria final". Igualmente, poco antes de la derrota de su guerrilla en Tucumán el ERP proclamaba: "Vivimos una situación de auge de masas hacia el socialismo en todos los países latinoamericanos."

Es cierto asimismo que esa proclamada aspiración a un mundo más justo estuvo entrelazada con visiones que se contraponían a estos mismos ideales. Y es que en muchos casos los grupos revolucionarios formaban parte de tradiciones que habían terminado por aceptar o negar las atrocidades que jalonaron la construcción del socialismo en los países donde las revoluciones habían triunfado. En este marco político-cultural la democracia y los derechos humanos resultaron secundarizados, ignorados o descalificados. El autoritarismo es asimismo un rasgo localizable en las formaciones revolucionarias argentinas de entonces, potenciado por la lógica militarista que bloqueaba la discusión interna y el disenso. Animada por la visión de un enfrentamiento terminal entre actores sociales e institucionales, su configuración y curso posterior estuvieron fuertemente sometidos a la lógica militarista que la alimentaba, y este nervio animará su deriva hasta la extinción en la brutal derrota padecida en la segunda mitad de la década del setenta.

En esa historia ocurrió así más o menos lo que tenía que ocurrir. Sobre ese más o menos estuvimos los seres humanos con nuestra cuota de irreductible libertad. Y con su inexorable compañera: la responsabilidad. ●



Antígona LIBROS

de Ediciones del Sol S.R.L.

Los mejores libros de Política, Filosofía, Literatura, Educación, Sociología e Historia, encuentrenlos en:

ANTÍGONA Callao

Av. Callao 737 C1023AAA · Buenos Aires
Tel/fax: 4812-7364
e-mail: antigonacallao@edicionesdelsol.com.ar

ANTÍGONA Liberarte

Av. Corrientes 1555 C1042AAB · Buenos Aires
Tel/fax: 4372-8342
e-mail: antigonaliberarte@edicionesdelsol.com.ar

ANTÍGONA Biblioteca Nacional

Av. Las Heras 2597 C1425ASO · Buenos Aires
Tel/fax: 4802-8414
e-mail: antigonabiblioteca@edicionesdelsol.com.ar

Xiga Libros

Librería virtual especializada
en Ciencias Humanas

Más de
180.000 títulos

Envíos al Interior y Exterior

www.xigalibros.com.ar

Ay Carmela!

LIBROS Y MÚSICA

Usados y Nuevos
Especialidad en Humanidades

Ciudad de la Paz 2387 (casi esq. Blanco Encalada)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP

VERA CARNOVALE*

"Si queremos hacer nuevos Vietnam en América Latina, como quería nuestro Che, sepamos aplicar creadoramente a nuestra realidad las enseñanzas de la experiencia vietnamita no sólo en la práctica de la estrategia y la táctica militar, de la educación ideológica y la labor política, sino también, y ante todo, en el campo de la moral revolucionaria" ¹.

* Doctoranda en Historia (UBA)/ Becaria del CONICET

¹ PRT (1972). *Sobre Moral y Proletarización Pequeño burguesa y Revolución*, pág. 17. El resaltado es de la autora.

² Dejando a un lado los antecedentes "de ir hacia el pueblo" que pueden reconocerse en la historia de Occidente y del cual el populismo ruso del siglo XIX constituye un ejemplo resonante, o algunos emprendimientos individuales de la intelectualidad europea de entreguerras podemos mencionar, entre otros, a los maoístas franceses de la década del sesenta o a algunos sectores de la izquierda extraparlamentaria italiana.

³ Carlo, Antonio (1973).

La así llamada "proletarización" fue una práctica extendida en varias organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria argentina de las décadas del sesenta y del setenta (aunque es necesario advertir que no fue exclusiva ni original de estas organizaciones).²

Para el PRT-ERP se trataba, en términos generales, de "compartir la práctica social de la clase obrera" y "adquirir sus características y puntos de vista". En términos prácticos, consistía en que los militantes provenientes de las clases "no proletarias" ingresaran a trabajar en la industria y/o se mudaran a los barrios pobres.

Analizar las premisas sobre las que se sustentaba la proletarización en el PRT-ERP, echar luz sobre las tensiones –y aún contrasentidos– a que esta práctica dio lugar y adentrarse en el sitio que la misma ocupó en la dinámica de construcción de la militancia partidaria constituyen los objetivos del presente escrito.

I. Intelectuales y obreros en la construcción de la vanguardia revolucionaria

En el pensamiento marxista el pasaje de "la clase en sí" a "la clase para sí" (y por tanto la relación vanguardia-masas) constituye un problema teórico que parece no haber encontrado soluciones satisfactorias. Como afirmara Antonio Carlo desde las páginas de *Pasado y Presente*³ dicho pasaje quedaba sin resolver en los propios padres fundadores (que tan sólo lo describieron a nivel fenomenológico sin lograr esclarecer sus nexos internos). Y los intentos por saldar esta deuda por parte de quienes los sucedieron, entre los que se des-

taca la figura de Lenin, no están libres de proposiciones complejas y aún contradictorias.⁴

En todo caso, la escisión entre la teoría revolucionaria y el sujeto históricamente destinado a conducir el derrocamiento del orden burgués representó un problema tanto teórico como político para los pensadores y las organizaciones de tradición marxista.

Dejando a un lado los debates al respecto que tuvieron lugar en la II Internacional, se mencionan aquí escuetamente algunos momentos del pensamiento de Lenin sobre este punto (y esto por la enorme influencia que el líder de la revolución rusa habrá de tener en las izquierdas revolucionarias).

En 1895, en su texto "Proyecto y explicación del Partido Socialdemócrata" Lenin sostenía que la ideología revolucionaria nace en el seno mismo de la fábrica, de la materialidad de la relación patrón-obrero. De allí se deducía que de la lucha de los obreros se desprende "inevitablemente" la conciencia revolucionaria (aún cuando hubiera que acelerarla insertándose en las luchas fabriles). Es decir, la lucha económica deviene espontánea y necesariamente en lucha política.

Dos años más tarde, en un folleto denominado "Las tareas de los socialdemócratas rusos", anticiparía tibiamente algunas de las ideas expresadas en su célebre obra *Qué hacer*, principalmente aquellas referidas a la importancia de la lucha política y, por ende, a la necesidad impostergable de la agitación y la propaganda en el movimiento de masas. No obstante, el balance que en 1897 ofrecía del rol de los intelectuales en el proceso revolucionario resultaba, aún, bastante pesimista: éstos debían ser "hegemonizados" por el proletariado.

Hacia 1902, en *Qué hacer* el esquema postulado es otro. Allí Lenin advertía claramente que "al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase sólo desde fuera". La clase obrera, cerrada en sí misma y en relación de fábrica, no puede llegar a la conciencia revolucionaria (que exige una visión global de lo social) sino, a lo sumo, a la conciencia política tradeunionista⁵. No puede superar los límites corporativos sin el aporte de algunos elementos de la intelectualidad burguesa que elaboran la ciencia revolucionaria donándola al proletariado (y esto fundamentalmente a través de la constante denuncia política, de "la propaganda y la agitación entre todos los sectores de la población")⁶ y organizando su lucha.

Del mismo modo, para que la lucha del movimiento obrero traspase aquella dimensión determinada por las relaciones patrón-obrero y "ascienda" a lucha política, resulta imprescindible la conformación de una organización de revolucionarios profesionales. Esa es la tarea impostergable, puesto que esta organización —el Partido— es el espacio de confluencia entre los obreros más "avanzados" y la intelectualidad revolucionaria; y es precisamente en esta confluencia donde se conforma la vanguardia del proletariado, conductora del proceso revolucionario.

Para Lenin, la característica destacable —y al mismo tiempo condición necesaria— de los integrantes de la organización es precisamente que hacen de la actividad revolucionaria su profesión;

"ante este rasgo común de los miembros [...] *debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales* [...] debe entenderse por 'inteligentes' en materia de organización sólo a los *revolucionarios profesionales*, sin que importe si son estudiantes u obreros".⁷

Por lo demás, la organización de los revolucionarios debe ser "no muy amplia" y rigurosamente clandestina. Se destaca, en todo caso, la necesidad de un partido fuerte, centralizado, que ejercite una constante acción de guía, educación y politización de las masas. El cuerpo de funcionarios partidarios debe

⁴ Manuel Pérez Ledesma señala que el problema de la 'esencia' revolucionaria del proletariado industrial encuentra su origen en las propias formulaciones de Marx: "fueron exigencias teóricas y no constataciones empíricas las que le llevaron [a Marx] a dotar al proletariado de una esencia revolucionaria". Tal caracterización de la clase no dependía de lo que un proletariado concreto (o incluso el proletariado en su conjunto) considerase sus fines en un momento determinado sino, como el propio Marx afirmara en *La sagrada familia*, de "lo que el proletariado es y lo que está obligado a hacer, con arreglo a ese SER suyo". Cfr. con Pérez Ledesma (1987) pp.11- 18.

⁵ Es probable que el cambio de ideas expresado en *Qué hacer* se vinculara con el "primitivismo" dominante en los círculos socialistas rusos a comienzos del siglo XX, corriente a la cual Lenin se opuso sistemáticamente y a la que definió como la raíz del economicismo y del espontaneísmo.

⁶ Lenin (1902), Cap. III, E: "La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia"

⁷ Lenin (1902), Cap. IV, C: "La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios".

⁸ Entre 1905 y 1907 se observa un cambio nada des-
deñable en Lenin. Durante
ese período, a la luz de las
impugnaciones que le hiciera
Rosa Luxemburgo (quien lo
acusó de "centralismo buro-
crático" y "paternalismo"), de
la reciente experiencia de
conformación de los soviets,
Lenin matizará los postulados
del *Qué hacer*, reconociendo
la capacidad del movimiento
de masas de "elevarse" sin
tutelajes al nivel de la con-
ciencia revolucionaria. Al
mismo tiempo se inclinará
hacia un modelo organizativo
más flexible y democrático,
ver Carlo Antonio (1973).

⁹ Se entiende por éstos a
"los elementos más cons-
cientes del proletariado [...] a
aquellos obreros que han
comprendido cabalmente el
papel histórico de su clase y
están dispuestos a dedicarse
por entero a la revolución que
deribe el régimen burgués".
El Combatiente Nº 56, marzo
de 1971, en De Santis
(1998), pp. 209

¹⁰ González, 1996, pág. 277.

¹¹ *Sobre tareas del Partido y
su dirección*, ver González,
1996, pág. 278.

¹² "Sobre la experiencia del
MAO y del entrismo", ver
González, 1996, pág. 279.

¹³ Al menos en esa dirección
parece advertirlo Carlos
Brocato: "la profesionalidad
política en general conlleva
siempre un ingrediente muy
fuerte de artificiosidad social
que exige cuidado. [...] Los
cuadros profesionales deben
alternar su profesionalidad
con períodos de retorno a la
actividad productiva"
(Brocato, pp. 160-161).

tener una gran autonomía de sus bases aunque esto implique cierta relativiza-
ción del principio democrático.⁸

Tributario del marxismo-leninismo, el PRT apelará a esta noción de van-
guardia (en tanto espacio de confluencia entre los intelectuales provenientes
de la pequeño burguesía que acercan la teoría y la ciencia revolucionarias al
proletariado y los obreros políticamente "avanzados")⁹ postulada en el *Qué
hacer* y su consecuente modelo organizativo. Sin embargo, y quizás a partir del
aporte de otras referencias marxistas como el trotskismo y el maoísmo –volve-
ré sobre este punto más adelante– la valoración de unos y otros adquirirá nue-
vos matices, disímiles de los postulados en el *Qué hacer*, que aparecerán cris-
talizados en las premisas de la *proletarización*.

II. La proletarización de la moral

En la Argentina de la década del sesenta el problema de la escisión entre
teoría revolucionaria y clase obrera no es menor. Ésta, con independencia de
sus niveles de organización y combatividad –por cierto, sensiblemente altos–
integrada a las estructuras partidarias y sindicales del peronismo se muestra
poco permeable al marxismo-leninismo; y las organizaciones políticas que ads-
criben a esta ideología, no obstante su intensa labor de agitación y propagan-
da, no logran engrosar sus filas con el aporte proletario.

Dentro de la corriente trotskista, tanto la práctica del "entrismo" (ingre-
so de los militantes trotskistas al movimiento peronista) como la de la proleta-
rización (ingreso de los militantes al trabajo fabril) pueden ser leídas como
estrategias orientadas a sellar aquella fisura.

A comienzos de 1957, el Partido Obrero Revolucionario (POR) creó el
Movimiento de Agrupaciones Obreras (MAO). Esta corriente sindical fue pen-
sada como un acuerdo entre el trotskismo y los activistas gremiales política o
ideológicamente afines y apuntaba a constituirse "como el motor de la inde-
pendencia política de los trabajadores y/o de una corriente obrera revoluciona-
ria".¹⁰ La experiencia del MAO (que incluyó la creación de la publicación
Palabra Obrera) llevó al POR al replanteo acerca de las estrategias y posicio-
namientos frente al movimiento peronista. El eje del planteo era si la estruc-
turación de una corriente clasista podía llevarse a cabo *por fuera* del peronis-
mo o si, por el contrario, implicaba el ingreso de los militantes trotskistas a las
agrupaciones gremiales peronistas con el fin de orientarlas "desde su propio
campo político".¹¹ Estas consideraciones concluyeron, finalmente, en el dise-
ño de una política "entrista" en el peronismo y los objetivos de la misma resul-
tan claros en la advertencia que se hace a la militancia: "se trata de un proce-
so de asimilación de elementos extraños al trotskismo, como todo proceso
exige ser cuidadosos pero inflexibles en nuestro objetivo: disciplinar y captar a
estos elementos para la fracción trotskista del peronismo".¹²

Por otro lado, la militancia de *Palabra Obrera*, con anterioridad a la
fusión FRIP-PO que diera origen al PRT, llevará adelante la práctica de la pro-
letarización. Es probable que la misma, conjuntamente con el declarado obje-
tivo de "captar" a los elementos más conscientes del activismo sindical y/o
influir directamente en sus orientaciones políticas, encontrara otra fuente de
motivación en la necesidad de evitar el aislamiento –y por ende cierta pérdida
de sentido de la realidad– de la militancia.¹³

Finalmente, y aunque resulta difícil fechar con precisión sus inicios, el
PRT incorporará tempranamente a su política interna la proletarización de
militantes.

Como organización que se reserva para sí la misión histórica de condu-
cir al proletariado en un proceso revolucionario que juzga ya iniciado, el PRT
enfrentó el problema de la composición social de sus filas. El propio Santucho
se lamentaba, en agosto de 1974 que "...nuestro Partido encuentra aún gran-



des dificultades para cumplimentar eficazmente su misión revolucionaria. Ello se debe principalmente a insuficiencias en la penetración orgánica en el proletariado fabril, débil composición social que alcanza a sólo un 30 por ciento de obreros fabriles". Concluyendo a partir de allí que "la construcción del PRT, tarea capital de todos los revolucionarios argentinos [...] pasa por el desarrollo de las zonas y los frentes fabriles. Formar células en las grandes fábricas, influir o dirigir la lucha reivindicativa del proletariado, llegar constantemente con hábil propaganda de Partido al conjunto de los obreros fabriles, incorporar y organizar en el Partido decenas de obreros en cada fábrica grande, es el punto de partida actual [...] para que el PRT esté en condiciones de jugar su rol dirigente y organizador".¹⁴

Ante este cuadro era esperable que el PRT delineara y privilegiara estrategias de captación y conscientización de obreros fabriles y volcara hacia aquellas sus esfuerzos militantes. Y en gran medida así lo hizo.

No obstante, aunque ciertamente vinculada a aquellas estrategias, la proletarianización asumió orientaciones y sentidos más complejos. Los postulados de la proletarianización fueron desarrollados y sistematizados en el texto "*Sobre moral y proletarianización. Pequeña burguesía y revolución*"¹⁵ (aunque la práctica de la proletarianización en el PRT fuera anterior a la publicación). Este texto se convirtió en un referente indiscutido de la militancia perretista.

En la Introducción encontramos la intencionalidad declarada de la publicación (y que le impondrá a la proletarianización matices decisivos en lo que a sus sentidos respecta): en tanto la hegemonía burguesa alcanza también a las organizaciones revolucionarias y la lucha de clases se desarrolla también dentro del Partido, se trata de ofrecer orientaciones para combatir las manifestaciones de aquella hegemonía dentro de la organización y en los propios militantes. La forma de hacerlo es "incorporando al Partido a los obreros de vanguardia y proletarianizando a los elementos intelectuales honestos".¹⁶ A partir de allí el texto, de evidentes pretensiones normativas, dejará prácticamente de lado el primero de estos caminos para centrarse en las razones del segundo.

La proletarianización de militantes se sustentará sobre la clásica premisa marxista de que la práctica social (derivada del lugar que el individuo ocupa en

¹⁴ El *Combatiente*, 23 de agosto de 1974. No contamos con fuentes suficientes para establecer fehacientemente la composición social del PRT-ERP a lo largo de su existencia como organización. Pablo Pozzi, por su parte, no obstante el cálculo ofrecido por Santucho estima cercano al 45% el porcentaje de obreros fabriles y rurales en las filas perretistas (en tanto el constituido por lo que Pozzi define como sectores burgueses, pequeño burgueses y medios asciende al 51%).

¹⁵ En enero y febrero de 1971, en los números 54 y 55 de *El Combatiente* se publicó el texto "Pequeña burguesía y Revolución". En julio de 1972 "*La gaviota blindada*", revista editada por los presos del PRT en la cárcel de Rawson editó el escrito "Moral y proletarianización". Su autor es Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani. Ese mismo año, el PRT editó ambos escritos en una publicación titulada: *Sobre Moral y Proletarianización. Pequeña burguesía y Revolución*. Ésta incluía, además, un apéndice con una selección de textos de Mao Tse Tung y el Che Guevara. Es esta edición la que se cita en el presente trabajo.


¹⁶ PRT (1972), pág. 13.

EL ERP A LOS OBREROS

"Es más tarde que el personal explotador..."

El ERP no tiene un fin de lucro. Su fin es el bienestar de la clase obrera y el triunfo de la revolución socialista. El ERP no tiene un fin de lucro. Su fin es el bienestar de la clase obrera y el triunfo de la revolución socialista.

**FORMEMOS COMANDOS DE APOYO AL ERP
¡NINGUNA TREGÜA A LAS EMPRESAS EXPLOTADORAS!
¡GUERRA AL IMPERIALISMO Y SUS ALIADOS!**



la estructura productiva) determina la conciencia del sujeto:

"El que tiene una práctica social de obrero tenderá a tener una conciencia de obrero. El que tiene una práctica de policía tendrá una conciencia de policía, he aquí la primera clave de la cuestión PROLETARIZACIÓN".¹⁷

El individualismo, "esencia de la moral burguesa" (y principal blanco de los intentos rectificadores del texto) no es otra cosa que el efecto encarnado, en la propia subjetividad de las relaciones sociales promovidas por el capitalismo. Resulta evidente, sin embargo, que no alcanza con ser obrero para deshacerse del "nefasto individualismo" más aún siendo el propio obrero quien "sufre más que nadie"¹⁸ aquella hegemonía. De ahí, se explica, que en la clase obrera exista tanto la tendencia al igualitarismo como la tendencia al individualismo. Cuál de ellas primará finalmente en la conciencia del

obrero es algo que pareciera resolverse natural e inevitablemente "en el desarrollo de la lucha de clases": cuanto más elevado en su conciencia política sea el obrero, menor será la manifestación de los rasgos individualistas en él.

En sentido paralelo no alcanza con abrazar la ideología de la clase obrera para alcanzar la dimensión moral que la guerra revolucionaria necesita para triunfar, "empuñar las armas resulta incluso insuficiente"¹⁹ si la vida cotidiana del militante continúa encerrada dentro de los límites de la práctica social burguesa. Es sólo en el lugar específico que la clase obrera ocupa en la estructura productiva donde se encuentran las posibilidades de surgimiento y desarrollo de la moral revolucionaria:

"en la condición misma del obrero, objetivamente, por el carácter de su papel en la producción, se contienen las posibilidades de superar el individualismo [...] Este es el meollo del planteo de la proletarización que quiere decir pues, adquirir las características y puntos de vista del proletariado [...] que emanan objetivamente de su carácter de clase".²⁰

Ciriza y Rodríguez Agüero han señalado la "tensión en su máxima expresión" que estos supuestos y esta práctica contenían:

"una organización que insistía de una manera recurrente sobre la subjetividad revolucionaria parecía no dejar espacio en la subjetividad para ninguna otra dimensión que la internalización de la estructura objetiva".²¹

La conducta moral, entonces, tiene profundas bases objetivas y las virtudes revolucionarias son, por tanto, producto de la internalización de la situación de clase [obrera]. La moral revolucionaria no puede surgir por fuera esa condición donde sí, en cambio, puede desarrollarse la teoría revolucionaria.

Retomando en primera instancia la idea leninista de una fisura entre ideología y clase revolucionarias el planteo perretista de la proletarización postula una escisión claramente definida entre ideología y moral revolucionarias. Sólo la conjunción **ideología-condición de clase** posibilita el surgimiento y desarrollo de la "nueva moral" cuyo problema "se vuelve particularmente importante en la etapa actual de la revolución mundial".²²

El sentido de la proletarización aparece entonces algo alejado de las prácticas de socialización de masas o de las tareas orientadas a facilitar la

¹⁷ PRT (1972), pág. 19.

¹⁸ PRT (1972), pág. 19.

¹⁹ PRT (1972), pág. 21.

²⁰ PRT (1972), pág. 20.

²¹ Ciriza A. y Rodríguez Agüero E. (2005), pág. 87.

²² PRT (1972), pág. 16.

apropiación de la ideología revolucionaria por parte los obreros industriales.

Claro que, aunque ciertamente diluida, la voluntad de captación u "orientación" de los "elementos" obreros más combativos continúa presente (tal como aparecía en las experiencias del entrismo y la proletarización trotskista mencionadas anteriormente). Sin embargo, en la etapa del proceso revolucionario que el PRT-ERP postula el énfasis del discurso adquiere el sentido inverso de la direccionalidad primera —aquella determinada por el Lenin del *Qué hacer* a la que expresamente se apela y cita— del vínculo entre intelectuales y obreros. Reconocido el "aspecto positivo" que históricamente ha jugado la pequeño burguesía, esto es, acercar la teoría revolucionaria a la clase obrera (fundamentalmente a lo largo del período 1955-1969), se vuelve necesario ahora (en un período caracterizado por el sensible ascenso de la conciencia proletaria) que aquélla asuma la "forma de ser y vivir" de esta última. Y si bien sigue siendo cierto que la conformación del Partido de vanguardia exige un doble movimiento, aquello que necesita ser aprehendido en el contexto actual de la conformación partidaria (y de la lucha de clases en el seno del Partido) anida en la clase obrera y no ya en la intelectualidad pequeño burguesa.²³ Por tanto, planteada la escisión entre ideología y moral revolucionarias, las necesidades de "la etapa actual de la revolución" determinan la subordinación de la primera a la segunda. La hegemonización de los intelectuales por parte del proletariado (o, al menos de sus elementos políticamente más conscientizados) no responde al orden de lo político-ideológico sino al de la moral.

Aquello que los militantes no proletarios deben aprehender está conformado, precisamente, por valores morales. Se entiende por éstos a las:

"auténticas virtudes proletarias: humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo".²⁴

Resulta interesante apuntar que son éstos prácticamente los mismos valores que el discurso partidario emula cuando se refiere a las características del "hombre nuevo" y, por tanto, del revolucionario ejemplar que se esfuerza por construir. Ese "hombre nuevo", al que se lo identifica básicamente por los valores éticos-morales que porta,²⁵ hijo del tiempo futuro, se construye a su vez día a día a través de la praxis revolucionaria; y, en un movimiento de proyección especular, encuentra su encarnación precisamente en ese obrero emblemático que ha asumido su responsabilidad histórica.

Sin adentrarnos en la resonancia cristiana de gran parte de estos valores²⁶ es interesante mencionar el señalamiento de Oberti relativo a la caracterización de aquellos como virtudes proletarias:

"se trata en todos los casos de valores burgueses y cristianos, aquellos mismos que Max Weber analizara en su estudio acerca de la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo".²⁷

Es entonces la moral proletaria lo que los militantes provenientes de la pequeño burguesía deben adquirir en su experiencia de proletarización. Ese es el significado latente del mandato de "asumir los puntos de vista y las características" de la clase obrera. Porque aquellas atribuidas a la pequeño burguesía —con independencia de la ideología que sus integrantes abracen— remiten también al orden de la ética y la moralidad pero enunciadas en correspondiente oposición a aquellas que conforman la moral proletaria:

"el individualismo, la pedantería, la vacilación ante las grandes decisiones, la visión política mezquina que los arrastra al sectarismo, al esquematismo, la disputa encarnizada por cuestiones secundarias y rencores personales".²⁸

Siendo ésta la distribución postulada de vicios y virtudes,²⁹ no resulta extraño que se fuera consolidando en la discursividad y en las prácticas partidarias la exaltación de todo aquello que el imaginario perretista vincula a la tradición obrera —y aún la de los militantes obreros mismos—.

Como otros autores han señalado³⁰ una de las formas en que esta exal-

²³ La tensión del vínculo entre pequeño-burguesía (intelectuales) y proletariado atraviesa el universo marxista. Mientras que, como ha sido señalado, en el Lenin del *Qué hacer* este último está de hecho asimilado a la intelectualidad revolucionaria puesto que solo y cerrado sobre sí mismo tiende al espontaneísmo y al tradeunionismo, en pensadores como Trotsky y Mao Tse Tung encontramos el énfasis opuesto.

²⁴ PRT (1972), pág. 20

²⁵ Para la temática vinculada a la construcción del militante ideal, ver: Carnovale, V. (2005)

²⁶ Para un acercamiento a los vínculos entre cristianismo y cultura perretista, ver Pozzi, P. (2001); y Carnovale, V. (2005).

²⁷ Oberti, A. (2005), pág. 79.

²⁸ PRT (1972), pág. 3.

²⁹ El esfuerzo partidario por identificar, denunciar y combatir los vicios pequeño-burgueses, se vincula con la premisa del desarrollo de la lucha de clases en el seno del partido. (Ver nota 58)

³⁰ Cfr. Mattini (1996) y Pozzi (2001)

tación se materializó fue la promoción voluntariosa y entusiasta de militantes obreros a puestos de jerarquía dentro de la estructura partidaria. Muchas veces, la formación política de estos militantes se revelaba precaria.³¹ Sin embargo, la propia imagen que del militante proletario ha construido el Partido y el lugar que éste ocupa en el entramado simbólico impedirán que se erijan –y aún se piensen, si quiera– intervenciones de impugnación, de sospecha:

“Esa es una de las características que tiene el trotskismo: la adoración al movimiento obrero sea cual sea su característica. Como que el obrero tiene la verdad. [...] Se combatía ese obrerismo primario [...] pero sin embargo, se lo mantenía a través de varios conceptos, entre los cuales estaban: intentar convertir en cuadros, rápidamente, a obreros que por ahí no estaban preparados para asumir esa función. [...] Lo cual me llevó, por ejemplo, en un momento posterior, a tener una conversación [con] un miembro del Comité Central en la que me preguntaba ‘¿y vos creés que eso del marxismo es cierto?’ Entonces yo lo miré... no dije nada... porque en ese momento ‘si es obrero debe tener razón’”.³²

Al mismo tiempo, todo gesto condenado –al igual que las disidencias de diversa índole– será entendido y catalogado como “desviación” y atribuido a la pequeña burguesía, fuente indiscutida de toda conducta inmoral:

“había compañeros que venían de la *pequebú* que no obstante ser compañeros revolucionarios tenían germen jodido, eh. Había unas desviaciones jodidas”.³³

Para ofrecer un ejemplo de lo que está aseverando, Oscar se refiera al caso de un cuadro importante de la Regional que engañaba a su mujer, también militante, con otra compañera del Partido:

“Y el compañero Santucho decía que eran ‘*desviaciones de clase*’ ¿te das cuenta? Porque eso, en la clase obrera, cuando se es sano, no pasa eso, viste. Capaz que el que es lumpen, el que es escoria, sí, viste [...] pero en la clase obrera prácticamente no existe eso, viste. Existe de la *pequeño-burguesía para arriba*”.³⁴

Si el discurso partidario plantea la existencia de una escisión clara y reconocible entre ideología y moral, lo cierto es que, en todo caso, la hegemonía burguesa (y la conducta individualista e inmoral de ella derivada) alcanza en ese discurso a todas las clases sociales. Pero en el testimonio de Oscar, en cambio –y seguramente debido a la sistemática exaltación y entronización que de la figura del obrero realiza la retórica partidaria–, la clase obrera en su conjunto se encuentra ya liberada de todo mal al tiempo que la “desviación” en sí misma es propia y –exclusiva– de “la *pequeño burguesía para arriba*”.

II. Tensiones y contrasentidos de la proletarización

La proletarización dio lugar a un conjunto de tensiones –y aún contrasentidos– que provinieron tanto de los supuestos que anidaban en su propia formulación, como de las condiciones particulares de su puesta en práctica. Una fuente de tensiones radicaba en la constatación de que los valores de los proletarios reales parecían, muchas veces, ser otros de aquellos atribuidos por el Partido a los obreros políticamente “más avanzados”.

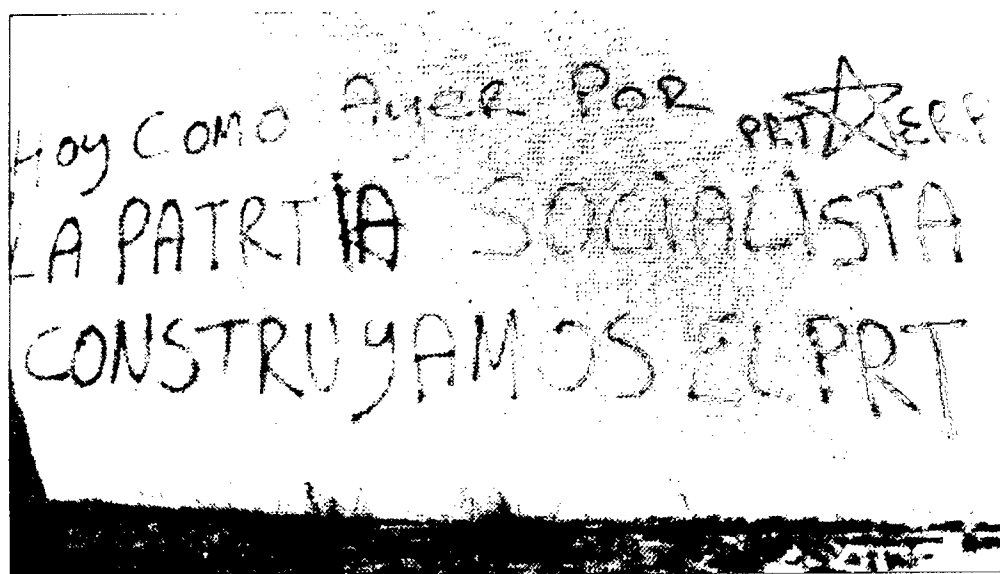
Pablo Pozzi considera que la visión de la moral proletaria del PRT-ERP tenía poco que ver con las prácticas culturales de los obreros argentinos. Sin postular una cultura obrera monolítica, agrega que se distanciaba, de algunos de los valores que aquellos sostenían, entre otros, el del ascenso social (máxime en una Argentina que no sólo conservaba en su memoria colectiva la experiencia del ascenso social sino en la que además, éste era aún posible). Varios de los testimonios citados por Pablo Pozzi en su libro dan cuenta de esta tensión. Uno de sus entrevistados cuenta, por ejemplo, que al Negrito Fernández, militante de origen proletario que integraba el Comité Central del PRT:

³¹ En algunas conversaciones informales con historiadores del período, se me ha señalado que esta constante debe ser leída, también, a partir del contexto de “competencia” entre las organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria por contar con obreros “genuinos” en sus filas y en las direcciones partidarias. Más aún, la ausencia o escasez de los mismos y la extendida cantidad de militantes “pequeño-burgueses” parece haber sido corrientemente motivo de “chicana” entre organizaciones “hermanas” –pero no por ello menos rivales a la hora de intentar capitalizar las simpatías proletarias –.

³² Ángel (22-01-00), entrevista realizada por la autora. Es posible añadir, si Mattini no exagera, que la pobre formación teórica de los militantes y/o dirigentes no se consideraba un problema en sí, puesto que era la misma dimensión de *lo teórico* lo que comenzaba a despreciarse cada vez más explícitamente: “*Toda la trayectoria del marxismo europeo en las tres Internacionales se la desdibaja y pasó a ser una regla no escrita que cuanto más analfabeto, más proletario sería el militante*” (Mattini, 1996, pág. 47).

³³ Oscar (22-01-00), entrevista realizada por la autora.

³⁴ Oscar (22-01-00), entrevista realizada por la autora.



"un día lo acusaron de que era un pequeño burgués. Me acuerdo que me dijo: '¡Qué más quiero que ser pequeño burgués yo! [se ríe] Te imaginás, para mí sería más importante. De ser un rasposo a ser un pequeño burgués, la verdad que me vendría bien'. Él estaba contento porque le habían dicho pequeño burgués ¿Me entendés?'"³⁵

Esta distancia entre los valores atribuidos y los portados, conjugándose con las características personales de muchos militantes y las condiciones de obligada clandestinidad en que la proletarización de éstos tenía lugar, convertía varias veces a esta experiencia en un gesto estéril que rozaba el sinsentido aún desde los propios parámetros postulados por la organización. Miguel, por ejemplo, que había abandonado su carrera universitaria y padeció muchísimo su experiencia de proletarización cuenta:

"era un inútil yo con las manos... era inútil. ¿Viste que en una casa siempre hay alguno que se da más maña con la cuestión práctica: cambia el enchufe, pone la lamparita, arregla algo? Bueno, yo era el otro, el que no sabía hacer nada. [...] Y yo estaba al lado de compañeros [se refiere a sus compañeros de trabajo en el taller] que a mí no me iban a valorar por mi conocimiento de filosofía, de matemática. Ellos me valoraban -porque de eso no podía hablar- por cómo agarraba el martillo. ¡Entonces yo era un boludo, viste!"³⁶

La experiencia de quienes ingresaban a grandes plantas industriales o empresas en las que distintas formas de organización obrera se encontraban desarrolladas difería sensiblemente de quienes, por diversos motivos (incumplimiento del servicio militar obligatorio, rechazo de la medicina laboral, etc.), sólo tenían posibilidades de llevar adelante su proletarización en pequeños talleres. Allí, los trabajadores, en su mayoría "en negro", se encontraban más expuestos a la arbitrariedad patronal, los márgenes de negociación obrera eran menores y, por ende, también los índices de combatividad y politización. En estas circunstancias la disparidad de mundos culturales entre proletarios y proletarizados (que involucraban esquemas de valores, de solidaridades y sensibilidades diferentes) se volvía más nítida que en aquellos otros espacios en los que la actividad o el conflicto gremial podía dar lugar a experiencias y códigos compartidos.³⁷

Más aún, aunque por falta de datos cuantitativos sea difícil estimar una proporción certera, lo cierto es que muchas veces (como en el caso de Miguel) el militante proletarizado no ingresaba a la producción con el objetivo de impulsar la organización obrera en ese espacio -puesto que sus tareas especí-

³⁵ Entrevista a "Poroto", en Pozzi, P. y Schneider, A. (2000), pág. 341. Otro ejemplo ilustrativo de lo anterior que cita Pozzi es el caso de un militante proveniente de una familia obrera que comenta: "Era gracioso. Para mis viejos yo era todo un éxito porque soy abogado. Pero para mis compañeros soy un fracaso, porque tendrían que haber sido metalúrgico" (citado en Pozzi, 2001, pág. 157)

³⁶ Miguel (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

³⁷ Una de las grandes deudas pendientes es explorar no ya la experiencia y la mirada de los proletarizados, sino las imágenes y opiniones que de ellos tenían sus compañeros de trabajo, los "proletarios reales".

³⁸ Miguel (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

³⁹ Al respecto, resulta bastante elocuente la reflexión - sin concesiones- de Helios Prieto: "Nuestra fanática fe en la clase obrera había pasado por innumerables pruebas desde hacía años y nada lograba conmoverla. Los obreros nos habían partido la cara cuando íbamos a repartir octavillas castristas en los actos peronistas, nos habían echado a patadas de las puertas de las fábricas, cuando de madrugada acudíamos a recordarles su "misión histórica". Después de soportar eso, nada podía minarla. Hoy sabemos que el obrerismo fue una falsa teología dogmática del siglo XX, pero entonces no lo sabíamos [...] Como no queríamos admitir simplemente que 'al mundo le faltaba un tornillo', nos pusimos a buscar el tornillo. Y como no lo encontrábamos, lo fabricábamos [...] siempre convencíamos a algunos [...] de que la única manera de superar el trabajo enajenado era hacerse un revolucionario profesional, de allí un salto lógico aunque mediado por la premisa mayor - la revolución la harían los obreros - llevaba a la conclusión de que para ser un revolucionario profesional ¡había que proletarizarse! [...]" (Prieto, 2000, pp. 66-67)

⁴⁰ Esto último se vincula además, con el importante crecimiento que el PRT-ERP registra en el período 1973-1975. Ver Pozzi, 2001, pág. 77.

⁴¹ Ángel (22-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁴² Ver, por ejemplo, Pozzi, Pablo (2001), pág. 193.

ficas de militancia se desplegaban en otro ámbito- sino como forma de manutención, convicción o cumplimiento de mandatos partidarios. En esas circunstancias, para evitar "quemarse" o "ser marcado", debía cuidarse estrictamente de no dar cuenta alguna de aquello que, en definitiva, constituía una apuesta vital: su ideología y su voluntad revolucionaria.

En casos como los mencionados la experiencia de la proletarización difícilmente podía significar para el militante algo más que la experimentación "en carne propia" de la explotación y el abuso patronal.

Las condiciones de clandestinidad en que tenía lugar la proletarización constituyeron otra fuente de tensiones. La necesidad y primacía de la clandestinidad se vinculaba, por un lado, con el modelo leninista de organización y, por otro, con el contexto represivo en que se desarrolla y las características culturales y políticas de la población en la que se "inserta" el militante proletarizado. Describiendo el proceso de "transformación completa" de su apariencia y de sus hábitos tras mudarse a un barrio pobre Miguel explica:

"ya me empecé a vestir de otra manera porque si vos estás en un barrio no podés, en esa época era más marcado, no podías ir vestido como un chico de clase media. Entonces ¡hasta la forma de vestir tuve que cambiar! [...] Nosotros éramos clandestinos; entonces, si aparece en una casa operativa un melenudo, vestido de chico de clase media, 'este es un guerrillero', viste, es lo primero que van a pensar, y te denuncian. Entonces tenía que cambiar el pelo, [...] hasta la forma de hablar, también. O sea, [...] tenía que adaptar un lenguaje también, una forma de... o sea, una transformación total completa."³⁸

Las precauciones partidarias ante la posibilidad de la denuncia ilustran bien la paradoja de la escena: los jóvenes revolucionarios, tras "abandonar" su clase, deben transformar su apariencia y adoptar la del otro, para evitar que ese otro, en cuyo nombre han iniciado la empresa revolucionaria y del cual deben asumir "su forma de ser y vivir", los denuncie. Lejos parecen estar estos revolucionarios de "moverse como el pez en agua", en palabras de Mao Tse Tung. La admisión de la posibilidad de la denuncia no conduce a una reflexión acabada sobre la debilidad del vínculo entre el movimiento de masas y su autoasumida vanguardia. Dicha reflexión implicaría admitir que las masas son menos permeables a la teoría revolucionaria de lo que esa misma teoría postula.³⁹ Y esto último no puede ser reconocido (ni registrado ni proclamado) a partir de una mirada encandilada por los procesos revolucionarios triunfantes en el plano internacional y un contexto local de intensificación de la protesta y la movilización política y social. Ambos vienen a reforzar de alguna manera no sólo la creencia en el triunfo cercano e inminente de la revolución, sino también la del lugar incuestionable que en ese proceso le cabe a la autoproclamada vanguardia armada, el Partido.⁴⁰ Es entonces ese vínculo íntimo y naturalizado entre ideología, voluntad revolucionaria y verdad aquello que clausura la posibilidad de toda duda.

Otra fuente de contrasentidos radicaba en la práctica partidaria de "sacar" al obrero militante de la fábrica y pasarlo rápidamente a la clandestinidad.

"Se suponía que, proletarizarse quería decir algo así como adoptar la forma de vida y los puntos de vista de la clase obrera. Nunca me quedaba muy claro qué significaba... porque si nosotros pretendíamos que... esa clase obrera... digamos, formarla dentro [...], de un punto de vista teórico marxista, por otro lado lo sacábamos de su medio natural... entonces no sabías muy claramente cuál era el ejemplo que tenías que seguir..."⁴¹

Otros testimonios e investigaciones vienen a ratificar la recurrencia de esta situación.⁴² Resulta por lo menos injusto considerar a esta práctica como un absurdo producto de una "desviación" o "alejamiento" de una teoría que no la postulaba. Por el contrario, el pase a la clandestinidad de los cuadros obreros del Partido, anidaba en el seno mismo del modelo leninista de organización

de revolucionarios profesionales. El propio Lenin sostenía que:

"Un agitador obrero que tenga algún talento y "prometa" *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso".⁴³

Pero más importante aún, independientemente de la recurrencia de esta práctica y de su pertinencia en cada caso particular, no puede obviarse el hecho de que la clandestinización de cuadros obreros obedecía a la necesidad de preservarlos de su situación de exposición en la cotidianeidad de la fábrica y en las actividades "de superficie" que los convertían en blancos fáciles de la represión. El problema mayor radica, en todo caso, en el destino que se les adjudicara a esos mismos cuadros en la estructura clandestina partidaria. No resulta para nada descabellado sostener que una parte importantísima de los mismos haya sido destinada a la actividad militar (o a tareas subordinadas a la misma) que implicaban niveles de exposición equivalentes o aún superiores de aquellos que se intentaban sortear:

"Incluso no era casual, tampoco, que los compañeros por ahí cuando ya estaban muy quemados, muy perseguidos... terminaban en el monte, viste. Se iban a Tucumán. Ahí teníamos zona liberada".⁴⁴

Finalmente, esa misma lógica-necesidad terminaría imponiéndose también, sobre los propios militantes proletarizados. A medida que el accionar de las fuerzas represivas recrudece, los militantes perretistas serán reubicados en la estructura partidaria, a veces, para garantizar su propia seguridad; otras, como parte de una dinámica impuesta por las necesidades logísticas de la organización:

"en 1974 sí, empecé a trabajar en un lugar hasta principios del 75, creo que tuve que dejar porque a la persona que me había presentado ahí la matan [...] Y a partir de ahí a nadie se le ocurrió decir '*mirá tenés que ir a trabajar*'. Era al revés, viste. Se hace todo lo posible para que yo me dedicase a mi trabajo específico en el cual me había especializado que era propaganda, imprenta".⁴⁵

III. Sacrificio y disciplinamiento partidario

Cuántos militantes, en su convicción revolucionaria, han asumido y llevado a cabo el mandato partidario de la proletarización, es difícil de determinar. Al mismo tiempo, es necesario advertir que la forma en que los militantes entendieron la premisa de "convivir con las masas" no fue homogénea. Al parecer fue mayor la cantidad de militantes que se mudaron a barrios pobres de aquella que abandonó sus estudios o empleos para ingresar al trabajo fabril. Por otra parte, establecer la forma particular en que cada uno de los que lo hicieron vivieron aquella experiencia no resulta una tarea más sencilla.

Es muy probable que muchos la hayan vivido (y la recuerden hoy) con orgullo, cariño, nostalgia, o cuanto menos como una experiencia de gran aprendizaje, necesaria para su formación política y su crecimiento moral o humano. Algunos, inclusive, han señalado su definitivo sentimiento de frustración ante la imposibilidad de materializar su propia proletarización. Es cierto, por otra parte, que existen relatos de militantes que, tras haberse proletarizado, se erigieron como dirigentes legítimos en conflictos obreros (aunque también sea necesario mencionar experiencias exactamente contrarias a estas últimas).⁴⁶

De cualquier manera, he preferido prestar particular atención a las tensiones de la proletarización, por un lado, porque fueron parte inseparable de la experiencia perretista y de la dinámica de construcción de su militancia. Por otro, porque en la prosecución de sus propios objetivos ("ganar el corazón y la mente" de las masas y constituirse en vanguardia del proceso revolucionario) el PRT apostaba a encontrar en la proletarización una de las estrategias más certeras.⁴⁷ De ahí, entonces, que sus supuestos explícitos e implícitos puedan contribuir a pensar no ya la derrota de la organización sino el fracaso ante sus propios objetivos.

⁴³ Lenin (1902), Cap. IV, C: "La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios".

⁴⁴ Raúl (21-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁴⁵ Ángel (22-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁴⁶ Véase por ejemplo el testimonio citado por Pozzi, en el que se relata el conflicto desatado a partir de la toma de Miluz impulsada por cuadros proletarizados de la dirección y que culminó con una asamblea que decidió expulsar al cuerpo de delegados y a la comisión interna. Con esta expulsión el PRT perdió entre diez y doce delegados, dos de la comisión interna. (Pozzi, 2001, pp. 230-233). En todo caso, no contamos con investigaciones suficientes que nos permitan establecer conclusiones generales sobre la incidencia de los militantes proletarizados en el mundo del movimiento obrero.

⁴⁷ En las Resoluciones del Comité Central, de marzo de 1971, en el apartado "Nuestras Tareas", leemos: "Hemos comenzado a ganar 'el corazón y la mente' de importantes sectores de masas; nuestro prestigio es grande y contamos con singulares posibilidades de alcanzar un papel hegemónico en la vanguardia obrera [...] El objetivo inmediato al que debe dirigirse el Partido es precisamente conquistar esa hegemonía [...]. La ampliación y profundización del trabajo del Partido y del Ejército entre las masas serán logradas acentuando la tendencia a la proletarización, a vivir y trabajar entre las masas" (De Santis, 1998, pp. 204-205).

En este sentido, difiero de lo postulado por Pablo Pozzi allí donde, luego de señalar gran parte de los problemas o conflictividades vinculadas a la proletarización, concluye: "lo cual no quiere decir que la proletarización fuera un error en todos los casos [...] El problema fue su aplicación esquemática y mecánica".⁴⁸ La idea de una aplicación "esquemática y mecánica" obtura la posibilidad de re-pensar y poner en evidencia aquello que dentro de las propias formulaciones teórico-ideológicas habilitaban las modalidades específicas en que la proletarización se materializó. En este sentido sostengo que las tensiones y los contrasentidos mencionados derivaron menos de una aplicación "esquemática" de postulados certeros, que de formulaciones absolutas –y totalizadoras– que tendían a aplanar (por vía de cierto sustituisimo en conjugación con la entronización de la voluntad y "la práctica" revolucionarias) la riqueza y complejidad con que fueran tan extensamente discutidos en el universo marxista los problemas vinculados a la conciencia revolucionaria de las masas.

Ahora bien, es plausible pensar que si la práctica de la proletarización se mantuvo en forma sistemática, a pesar de los problemas mencionados y a pesar incluso de no haber rendido –aún a los ojos de los propios dirigentes– los frutos esperados, fue porque resultó bastante efectiva en otros aspectos y dimensiones de la vida partidaria, especialmente aquellos referidos a la *construcción* del militante.

Recordando su experiencia de proletarización Miguel, admite:

"¡Yo no estaba para fábricas, clavar clavos! Era un esfuerzo sobrehumano, realmente. Yo no estaba para la jornada laboral, para las 8 horas, 10 horas [...] Recuerdo, el primer trabajo, fue una cajonería, donde se hacían cajones para la sidra Real [...] Entonces, el tema era armar cajones [...] clavar, clavar, clavar, clavar [...] había uno de 15 años, que se ponía todo el montón de clavos en la mano izquierda. Yo no sé, nunca descubrí, cómo con la misma mano izquierda sacaba un clavo y lo ponía, sacaba y lo ponía. A una velocidad increíble: tac, tac, tac, tac, tac. Te pagaban por cantidad de cajones que vos hacías, viste. Y yo lo intenté hacer, y me empezó un dolor acá, en el brazo [...] ¡Un dolor terrible! [...] Entonces [...] no me bancaba, no me bancaba, las 8 horas no me las bancaba, no me lo bancaba... ¿Y vos sabés cómo me lo bancaba? Cantaba, despacito, La Internacional [...]. Era la Internacional cantada pa' poder clavar cajones [...] Y me lo trataba de aguantar y no sabía cómo manejar esa situación. [...] ¡Ojo! esto yo no se lo contaba a los compañeros".⁴⁹

La proletarización empalma o más bien constituye otra de las formas que asume el mandato partidario del sacrificio, de la renuncia, de la "entrega de cuerpo y alma" a la revolución.⁵⁰

El sentido de esta entrega radica en la promesa redentora de estar abonando el camino hacia esa victoria de la cual no hay dudas. Es esa imagen gloriosa del agrupamiento colectivo –y universal– en "la lucha final" aquello a lo que Miguel apela para conjurar ese "esfuerzo sobrehumano", ese sacrificio que el trabajo en el taller le significa.

Más importante aún, esta entrega es la condición indispensable, el punto de partida mismo, no ya para abonar sino para iniciar la larga marcha a la victoria, que comienza claramente en el seno de la clase obrera:

"Este largo y maravilloso camino de la liberación del hombre de todas sus cadenas sólo puede comenzar en un punto de partida que todo revolucionario y organización revolucionaria debe alcanzar para iniciar la marcha a la victoria. En el seno mismo de la clase que con sus manos, sus mentes y sus corazones está diariamente creando los valores y haciendo andar *las ruedas de la historia*".⁵¹

El mandato y la opción por la proletarización derivaron también y paralelamente de mecanismos más complejos y difusos propios de la dimensión de las valoraciones y los reconocimientos intersubjetivos, del mundo de la afectividad.

⁴⁸ Pozzi, Pablo (2001), pág. 157.

⁴⁹ Miguel (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁵⁰ Para un análisis sobre el lugar del sacrificio en la construcción del militante, ver: Longoni (2000) y Carnovale (2005)

⁵¹ PRT (1972), pág. 21.

¿Puede ser un peronista o un católico miembro o colaborador del ERP?

Todo peronista, todo católico, y todo aquel, cualquiera sea su filiación política o su creencia, que sea, tiene un puesto en el Ejército Revolucionario del Pueblo, a condición de que comparta ideales de liberación nacional y social.

El camino de nuestra segunda y definitiva independencia debe ser obra de todos los sectores del pueblo argentino, de todo patriota y ciudadano honesto que esté dispuesto a combatir contra el imperio de los explotadores, el ejército lacayo del imperialismo yanqui. El Ejército Revolucionario del Pueblo es la herramienta que debemos forjar para esta tarea, de liberación del pueblo. Por eso, pueden combatir en sus filas compañeros peronistas o cristianos, parte

Prensa del Ejército Revolucionario del Pueblo

"Si vos eras un compañero que estaba en la lucha armada [...] y además, estabas trabajando en una fábrica, y además vos estudiabas el marxismo-leninismo, vos eras un tipo... eras Gardel. [...] Mi objetivo, llevado por el sentimiento, era ése, viste"⁵²

Si menciono aquí la dimensión de la afectividad y del reconocimiento de los otros es porque entiendo que la misma adquirió una importancia definitiva en la subjetividad militante, puesto que una de las características del PRT, al igual que de otras organizaciones de la izquierda marxista, es la de erigirse como *totalidad*. Horacio Tarcus ha señalado que este tipo de organización "se distingue por ser una forma colectiva cuyos miembros están unidos por un vínculo total",⁵³ vínculo que representa el único lazo social de sus integrantes. Hacia dentro del grupo hay identidad pura, hacia fuera sólo hay lugar para la diferencia absoluta y la amenaza. La vida partidaria cubre todas y cada una de las esferas de la vida personal, aún las más íntimas.

Paralelamente, es necesario reconocer que no obstante la intensidad con que la discursividad partidaria emanaba mandatos de renuncia y sacrificio, éstos no fueron internalizados por todos los militantes de la misma manera. La resistencia a estos mandatos fue también parte de la experiencia perretista y la proletarianización de militantes tuvo lugar, en más de un caso, a partir de situaciones conflictivas de las que la coerción implícita jugó un rol nada menor:

"yo amaba a mi carrera [...] rendía materias a lo loco, trabajaba, estudiaba de noche, qué sé yo, me mataba, militaba, no dormía nunca, bué. Llegó el verano y yo me quise ir una semana a descansar a Córdoba [...] Y entonces: 'la revolución no se toma vacaciones ¿qué te pasa a vos?' Yo dije: 'escuchame, yo tengo un nivel de stress, estoy medio loca, ya. Me tengo que ir a descansar porque no puedo más.' '¿No ves? [...]... dejá la facultad'. Bué... [...] había un coro que acompañaba esta opinión, por supuesto, '¿cómo descansar?' [...] estas cosas [...] yo las discutía a muerte. 'Escuchame. Los obreros han luchado por tener las vacaciones. Todo el mundo ha reconocido el derecho al descanso' [...] A comienzos del 74 [...] rendí el último examen y dejé.

-¿Por qué?

Por la presión del Partido. Lo digo con muchísima pena [...] me proletaricé, trabajaba muchísimo... Después, quedé embarazada. Entonces yo me dormía [...] a la noche si había que hacer una reunión yo me dormía, si no podía más me levantaba a las cinco! 'No, caminar alrededor de la mesa si me dormía'⁵⁴

⁵² Miguel (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁵³ Tarcus, Horacio (1998), pág. 26.

⁵⁴ Silvia (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁵⁵ En: De Santis, D. (1998), pág. 205.

⁵⁶ Ángel (22-01-00), entrevista realizada por la autora.

⁵⁷ Es probable que esta aceptación se vincule con ciertos postulados de Mao Tse Tung. Con independencia de la tensión presente en los textos del líder chino entre una *pedagogía de masas* y una *confianza en las masas* y en su poder rectificador, lo cierto es que puede encontrarse en su pensamiento tanto la idea de la re-educación punitiva a través del trabajo físico, como la de remodelación de los intelectuales a partir del contacto cotidiano —y hasta afectivo— con obreros (y campesinos). Ver "El problema de los intelectuales" y "Confiar firmemente en la gran mayoría de las masas", ambos textos en Mao Tse Tung (1977).

⁵⁸ Esta idea proviene del esquema marxista según el cual el proceso revolucionario avanza a partir de la resolución de los antagonismos de clase principales y secundarios. En este cuadro la pequeña burguesía constituye, en las primeras etapas, un aliado del proletariado, en tanto que en la fase ascendente del mismo comienzan a hacerse notorios los conflictos antagónicos entre aquella y éste. "Al avanzar el proletariado por las sendas de la revolución grandes sectores de la pequeña burguesía comienzan entonces a cumplir un nefasto rol de clases: frenar y distorsionar el avance de las masas obreras y populares" (PRT, 1972, pág. 4).

⁵⁹ Cfr. Mattini, L. (1997), pág. 66.

Finalmente, se advierte que en la construcción de una organización de "revolucionarios profesionales", la proletarianización funcionó también como uno más de los mecanismos internos de disciplinamiento y homogenización de la militancia. Entrega, disciplina y homogeneidad son pilares fundamentales en la construcción del militante. Así lo entiende el Comité Central a comienzos de 1971:

"Nada se puede hacer si no contamos con células fuertes y homogéneas, constituidas por profesionales de la revolución, por compañeros entregados en alma y vida a la lucha revolucionaria [...] Células fuertes, disciplinadas [...] homogéneas, serán las escuelas fundamentales en que nuestro Partido forjará millares de revolucionarios..."⁵⁵

En el proceso disciplinatorio partidario, la proletarianización ocupó un lugar específico en el sistema de premios y castigos, dando así lugar a contrasentidos aparentes:

"La proletarianización, la viví de esa manera: como un cuento chino, digamos, al menos para mí. Sobre todo porque cuando alguien cometía algún error, una falla, se mandaba alguna cagada, mejor dicho, lo mandaban a la base y que se proletarianizara".⁵⁶

Que el "ir a la base a proletarianizarse" constituya un castigo resalta, en principio, no sólo la dimensión penosa y poco atractiva de la proletarianización, sino también lo que en ella hay de gesto represivo partidario. De todos modos encuentra su fundamento por un lado en aquel postulado de que la superación de la hegemonía burguesa anida únicamente en la condición objetiva de clase [obrera], por otro, en la aceptación de la dimensión pedagógico-disciplinaria de la práctica punitiva.⁵⁷

Dentro de este esquema y de esta dinámica, la proletarianización puede leerse también como una manifestación del "control ideológico" (aunque éste deviniera más bien en control moral). En efecto, constituyó una de las modalidades de corrección de las "desviaciones pequeño-burguesas" que sin lugar a dudas anidaban en los gestos de disidencia y en los alejamientos de ese modelo de revolucionario "entregado en cuerpo y alma" que la revolución necesitaba y que el partido, en su nombre, exigía.

Ahora bien, el endurecimiento del control ideológico interno y el rol que la proletarianización ocupó en él no derivaron exclusivamente de las necesidades disciplinarias y los mandatos partidarios más generales. Es muy probable que se vincularan, también, a la idea de que la lucha de clases se manifestaba en el seno del Partido, siendo la contradicción antagónica entre el proletariado y la pequeña burguesía su núcleo dinámico.⁵⁸ La elaboración del documento *La lucha de clases en el Partido*, escrito por Santucho, había tenido lugar a partir, precisamente, de las disputas político-ideológicas con el morenismo. Mattini afirma, que tras la llegada de este documento a las bases quedó establecido como principio marxista que toda conflictividad o diferencia interna era reflejo de la lucha de clases.⁵⁹

Para orientarse y dirimir aquellas disputas internas Santucho ofrecía el "criterio práctico" para determinar "la verdad o el error" de las respectivas posiciones internas (estableciendo en su propia formulación un lazo indisoluble entre verdad y proletariado):

"el contenido proletario de una línea en el seno de un partido revolucionario, en especial cuando se manifiesta abiertamente la lucha de clases en él, es la orientación de la base obrera en esa lucha."⁶⁰

Fue, quizás, de estos mismos criterios que establecían la existencia de antagonismos internos irreconciliables, de "verdades proletarias" y "errores" en la configuración del debate político, de donde provenía la generalización de una forma de entender y dirimir la disidencia política, ideológica o simplemente organizativa.

"La respuesta a cualquier planteo era 'es una desviación pequeño-burguesa'. Entonces, con estas dos palabras se [terminaba] cualquier clase de aná-

lisis, no importaba la seriedad que tuviera el análisis [...] tuve que ir a trabajar a una fábrica porque me tenía que proletarizar. Porque además proletariándome, posiblemente mis desviaciones pequeño-burguesas [risas] se solucionarían, qué sé yo...no sé".⁶¹

⁶⁰ Citado en Mattini (1997),
pág. 66

⁶¹ Silvia (20-01-00), entrevista realizada por la autora.

Combatir las características pequeño burguesas en los propios militantes del Partido es, en definitiva, la tarea de la hora; de ahí, el sentido último de la proletarización. Al igual que otras prácticas y manifestaciones de la vida partidaria, la proletarización perretista llevó el sello de una dinámica de construcción identitaria sensiblemente sustentada sobre los principios del sacrificio, la disciplina y, sobre todo, la moral.

Referencias Bibliográficas:

- Brocato, Carlos; "La Argentina que quisieron", Buenos Aires: Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985.
- Carlo, Antonio (1973): "La concepción del partido revolucionario en Lenin", en *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), N° 2/3, julio-diciembre de 1973, Buenos Aires, pp. 303-349.
- Carnovale, Vera (2005): "Jugarse al Cristo. Mandatos y construcción identitaria en el PRT-ERP", en *Entrepasados*, año XIV, N°28.
- Ciriza Alejandra y Rodríguez Agüero Eva (2004): "Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP", en *Políticas de la Memoria*, n° 5, verano 2004-2005, Buenos Aires, pp. 85-92.
- De Santis, Daniel (1998-2000): *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Tomos I y II, Buenos Aires: EUDEBA.
- González, Ernesto (coord. 1996): *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 2: Palabra Obrera y la resistencia (1955-1959), Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Hobsbawm, E. (2000): *Revolucionarios*, Barcelona: Crítica.
- Lenin (1902): *¿Qué hacer?* Edición electrónica (www.marxists.org).
- Longoni, Ana (2000): "La pasión según Eduardo Favario. La militancia como ética del sacrificio", en *El Rodaballo*, año VI, N° 11/12.
- Mao Tse Tung: *Obras Escogidas*. Tomo V, Pekin: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1977.
- Mattini, Luis (1996): *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires: Ed. de la Campana.
- Oberti, Alejandra (2004): "La moral según los revolucionarios", en *Políticas de la Memoria*, n° 5, verano 2004-2005, Buenos Aires, pp. 77-84.
- Pérez Ledesma, Manuel (1987): *El obrero consciente*, Madrid: Alianza Editorial.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000): *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Pozzi, Pablo (2001): "Por las sendas argentinas". *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Prieto, Helios (2000): "Sobre la historia del PRT-ERP. Memorias volterianas con final maquiavélico" en *El Rodaballo*, año VI, N° 11/12, Buenos Aires, pp. 62-71.
- PRT (1972): "Sobre Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución". PRT. s/l.
- Tarcus, Horacio (1998), "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de los sagrado en la modernidad", en *El Rodaballo*, año V, N° 9.

LIBRERÍA Y DISTRIBUIDORA

SIN FIN

Pichincha 180 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54-11) 4951-6223

ENVÍOS AL INTERIOR

Para continuar con la polémica sobre la lucha armada

El autor analiza textos testimoniales y de interpretación sobre el tema de la guerrilla argentina. En su recorrido cuestiona diversas hipótesis acerca del desarrollo, la derrota, el golpe militar, y la relación de los grupos marxistas con el peronismo. Se pregunta, además, acerca de los mitos y los silencios en torno a la lucha armada.

PABLO A. POZZI*

* Historiador-UBA

El tema de la guerrilla revolucionaria en Argentina sigue concitando, treinta años después de aquella gesta, el interés de amplios sectores de la población. Sin embargo, y con algunas notables excepciones, existe una escasa discusión y comprensión en profundidad de su historia, su significado, y de la sociedad que la gestó. En este sentido los artículos de Sergio Bufano, Gabriel Rot y Carlos Flaskamp en los primeros números de *Lucha Armada* son bienvenidos. Lo escaso del debate es notable porque una de las primeras obras sobre el tema, la de Richard Gillespie¹ sobre Montoneros, lanzó una cantidad de hipótesis y conclusiones que llamaban a profundizar la investigación y de hecho polemizaban con las versiones oficiales tanto de los antiguos militantes como de lo que se denominó genéricamente "el alfonsinismo". Por ejemplo, dudo que los tres polemistas mencionados coincidieran con mucho de lo expresado por Gillespie. Inclusive, casi pasó desapercibido que la versión en castellano de esta obra, publicada en 1987, contaba con un prólogo de Félix Luna cuyo objetivo era plantear la teoría de los dos demonios en contraposición con el resto del libro. Otros estudios serios de aquella época, como el de Oscar Anzorena² y el de Germán Gil³, que deberían haber servido como disparador de discusiones, fueron opacados por libros superficiales que tendían más a oscurecer que a comprender al fenómeno "setentista". Así, una cantidad de obras se convirtieron en la "historia oficial" a pesar de contar con escasísima investigación. Ejemplo de esto son los escritos de periodistas políticos como Pablo Giussani⁴ o Carlos Brocato⁵, el anecdotario anti Montonero de Juan Gasparini⁶, o el trabajo sociológico de María Matilde Ollier⁷ cuyo eje era el análisis del discurso de los guerrilleros peronistas para plantear que eran culturalmente "autoritarios".

El éxito de la periodista María Seoane⁸, cuyo libro sobre Santucho se publicó en 1991, llevó a una gran cantidad de trabajos que aceptaban tácita o explícitamente las premisas básicas del consenso oficialista. Durante la última década hemos visto un alud de estudios, memorias, trabajos periodísticos,

¹ Richard Gillespie. *Montoneros. Soldados de Perón*. Bs. A.s., Grijalbo, 1987.

² Oscar Anzorena. *Tiempo de violencia y utopía*. Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

³ G. Roberto Gil. *La izquierda peronista (1955-1974)*. Buenos Aires, CEAL, 1989.

⁴ Pablo Giussani. *Montoneros. La soberbia armada*. Bs. As., Sudamericana, 1984.

⁵ Carlos Brocato. *La Argentina que quisieron*. Bs. As., Sudamericana-Planeta, 1985.

⁶ Juan Gasparini. *Montoneros. Final de cuentas*. Bs. As., Puntosur, 1988.

⁷ María Matilde Ollier. *El fenómeno insurreccional y la*

recopilaciones documentales, y algunas investigaciones científicas. Lo que casi no hemos visto, más allá de alguna invectiva, es polémica. En otras palabras: no hemos llevado adelante una discusión seria sobre la guerrilla. Es como que cada uno prefiere dejar asentada su versión sin discutir las hipótesis, las premisas, y la recopilación de datos de los demás.

Lo peligroso de esto último es que lejos de lograr una síntesis que permita al conjunto social aprehender y aprender de la experiencia revolucionaria, existe una masa de trabajos que en el mejor de los casos no superan lo anecdótico y en el peor reescriben la historia según sus conveniencias o la tergiversan. Un ejemplo de lo anecdótico, que resulta en una tergiversación, es la obra de Anguita y Caparrós *La Voluntad*.⁹ Escrita en forma amena, llena de anécdotas interesantes y novelados, parecería que el fenómeno "setentista" fue casi exclusivamente porteño y vinculado a la JP. Las escasas y escuetas referencias a otras organizaciones o al escenario nacional contrastan fuertemente con el eje porteño-céntrico. En cambio, ejemplos de la reescritura de la historia según la conveniencia política del momento se pueden ver si contrastamos las dos ediciones de *Los últimos guevaristas* de Julio Santucho, o las varias obras de Enrique Gorriarán Merlo (*Democracia y Liberación* de 1985, la entrevista realizada por Samuel Blixen en 1988, y sus *Memorias* del 2004); y ni hablar de las variadas versiones de Perdía y Vaca Narvaja. Inclusive una obra de bastante seriedad analítica y autocrítica como la de Luis Mattini cae en callar una serie de cuestiones incómodas.¹⁰ Me consta que muchos de sus antiguos compañeros y otros investigadores tienen fuertes críticas y discrepancias que, sin embargo, no se manifiestan cuando escriben su propia versión.

Otra cuestión son los mitos y los silencios. En mi propio trabajo¹¹ comencé con una concepción sobre el PRT-ERP derivada tanto de la experiencia personal como de los propios escritos partidarios y del folklore de los militantes. En el proceso de la investigación si bien algunos conceptos fueron confirmados; otros se revelaron falsos o inexactos. Esto fue particularmente duro porque los datos relevados tendían a cuestionar tanto la eficacia de mi memoria como lo que yo había entendido como mi experiencia personal y la de los militantes que conocía y apreciaba. Pero más aún, muchos de esos datos implicaban que debía buscar respuestas o sugerir hipótesis que en varios casos no eran gratas a la construcción que había realizado de mi propia historia, de mi generación y de mi país. Por ejemplo, para mí los militantes del PRT-ERP eran seres excepcionales. La investigación reveló que efectivamente había individuos que lo eran, pero también que había otros que dejaban mucho que desear, y una cantidad muy grande eran gente común con virtudes y defectos. Pienso que la organización potenció las virtudes haciendo al conjunto, y no a los individuos, algo excepcional. Pero también pienso que cuando la organización no lo hizo, los defectos también se magnificaron. En esta mitificación no fui el único: por ejemplo, Gregorio Levenson y Ernesto Jauretche publicaron un libro titulado *Héroes. Historias de la Argentina Revolucionaria*.¹²

Asimismo, el PRT-ERP fue una organización de su época y de la sociedad argentina. Por ejemplo, al igual que la clase obrera argentina, como organización obrerista el partido tenía múltiples formas de machismo. Este machismo era menos que en el conjunto de la clase (razón por la cual captó un número muy importante de mujeres), sin embargo existieron formas de discriminación de la mujer. Al igual que mis testimoniantes, esto no lo percibí en su época y me costaba mucho admitirlo años más tarde. Sin embargo, era lo que quedaba claro tanto en los testimonios como en los boletines internos de la organización y en su prensa. Por ejemplo, si bien Mattini (en su ensayo en el libro de Marta Diana) admite el machismo de la organización, también es partícipe

cultura política (1969-1973).
Buenos Aires: CEAL, 1986.

⁸ María Seoane. *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*.
Buenos Aires: Planeta, 1991.

⁹ Eduardo Anguita y Martín Caparrós. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*.
Buenos Aires: Norma, 1998.
3 vols.

¹⁰ Luis Mattini. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1990.

¹¹ Pablo Pozzi. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Eudeba, 2001.

¹² Ediciones del Pensamiento nacional, 1998.

¹³ "Luis Mattini recuerda a las mujeres del PRT-ERP", en Marta Diana. *Mujeres guerrilleras*. Buenos Aires: Planeta, 1996, pág. 370.

¹⁴ *Monte Chingolo*. Buenos Aires: Planeta, 2003.

cuando plantea que muchas de las militantes del PRT-ERP "se alistó para seguir a su compañero".¹³ Estos mitos y silencios recorren casi todas las obras sobre el tema. Recién ahora algunos investigadores han tomado el tema del género (Marcela Nari fue una pionera en esto). Tampoco hay referencias al tema de los militantes homosexuales y el trato que recibían en las organizaciones. Más sorprendente han sido los silencios en torno a la relación de la guerrilla con la clase obrera, o a su inserción social. Una de las cosas que más me llamó la atención de las respuestas a mi trabajo sobre el PRT-ERP es que esto último había sido una preocupación central del mismo. Cuando se lo citaba o se lo criticaba, si bien se mencionaban otras cosas, este aspecto era totalmente ignorado tanto para acordar como para discrepar con lo que yo decía.

Mi impresión es que hay una inmensa cantidad de cosas de las que no hablamos (o no deseamos recordar) al lidiar con la experiencia guerrillera. De hecho si algo me gustó de la obra de Seoane es la humanización del líder guerrillero, aunque discrepo profundamente de su interpretación de los hechos y de la reivindicación de algunos militares o de la coordinadora radical. Una excepción a todo esto es el libro de Gustavo Plis,¹⁴ de lejos lo mejor escrito e investigado sobre el tema. Su cuidadosa reconstrucción del copamiento a Monte Chingolo es excepcional porque trasluce su admiración, cariño y respeto por militantes profundamente humanos, con múltiples virtudes y defectos; todo sin silenciar una cantidad de hechos que defenestran los mitos (por ejemplo, deja en claro la responsabilidad de Santucho en realizar un copamiento que estaba "cantado").

Por debajo de todo lo anterior se han instalado una serie de postulados que son rara vez cuestionados y que subyacen en gran parte de los libros y artículos publicados sobre el tema. Estas premisas obedecen tanto a debates y alineamientos militantes en la época como a posturas ideológicas actuales derivadas tanto de las consecuencias de la represión dictatorial y de la derrota de las organizaciones, como al alineamiento político y la necesidad de justificar el mismo. En síntesis, lo que parece haberse establecido como un lugar común de muchos trabajos sobre el período puede resumirse en los siguientes conceptos:

La guerrilla fue principalmente un fenómeno de sectores medios estudiantiles, impactados por la gesta guevarista y por ende no eran representativos de un fenómeno social más amplio;

La violencia política emergió en la Argentina con la guerrilla;

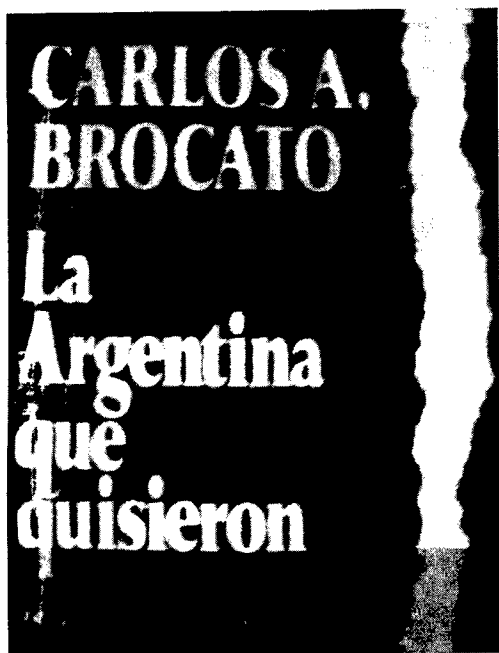
La guerrilla no comprendió ni valoró la democracia;

La guerrilla, con su accionar, provocó el golpe;

La guerrilla marxista –sobre todo el PRT-ERP y en menor grado las FAR– no comprendió ni al peronismo ni a Perón aislándose así de las masas y contribuyendo a su propia derrota. De hecho, toda la izquierda era marginal en la vida política argentina.

Si bien los militantes eran gente ejemplar, sus direcciones eran autoritarias, o peor aun fueron las responsables del genocidio de 1976.

En cuanto al primer punto, es difícil generalizar. Sin embargo, una primera impresión a partir de los numerosos testimonios y memorias es que la guerrilla se nutrió en los más amplios sectores sociales. De hecho, mi propia investigación sobre el PRT-ERP demuestra a las claras que por lo menos esa organización tenía una composición social bastante cercana a la de la sociedad argentina de la época. Más aun, esa organización contó con una cantidad elevada de militantes obreros con antecedentes personales o familiares en el peronismo. La visión de que sus componentes provenían principalmente de sectores medios, quizás, es un resultado de que son éstos los que tienen mayor posibilidad de publicar y difundir su versión de la historia. Con esto no quiero decir que ésta es falseada conscientemente, sino más bien que es producto de experiencias y vivencias parciales. En cambio la investigación de los hechos demuestra que el PRT-ERP fue una organización genuinamente nacional con



células a través del país incluyendo pequeñas ciudades provinciales. Creo que el caso de Montoneros es similar. Lo notable del período es que todas las organizaciones, armadas y no armadas, peronistas y marxistas, que planteaban el cambio social crecieron en forma impresionante y muy rápidamente. De hecho todas las organizaciones políticas reclutaron peronistas, no peronistas, y una gran cantidad de gente casi sin antecedentes políticos previos. Esto cuestiona la intencionada visión de Carlos Fláskamp¹⁵ por la cual "los militantes que tomaron las armas desde el peronismo tuvieron un anclaje directo en la situación que vivía nuestro pueblo desde 1945". ¿Qué quiere decir con "anclaje"? ¿Cómo se mide esto? Es más una afirmación de fe partidaria (y anti izquierdista para no decir macartista) que una constatación de la realidad. De hecho (y esto es fácil de comprobar) tanto el PRT-ERP como organizaciones no armadas como el PST, el PCR, VC o el mismo PCA tenían inserción fabril tan importante como Montoneros, o muchas veces mayor.

El crecimiento de las guerrillas se dio principalmente después de 1973 llegando a un pico en las jornadas del Rodrigazo, en 1975, donde el componente obrero de las mismas creció en forma notable. Sin embargo, un lugar común de la bibliografía es remarcar que la inserción guerrillera entre la clase obrera fue dificultada por el accionar armado. Así, cuando José Amorín o Miguel Bonasso¹⁶ critican a Montoneros por ejecutar a José Rucci, planteando que la clase obrera repudiaba esa acción, no explican por qué tantos activistas trabajadores ingresaron a la misma después de ese momento. Si esa acción fue un parteaguas político, no explican tampoco por qué ellos no se alejaron de la organización. En la práctica la ejecución de Rucci, al igual que tantas otras cosas, demuestra lo difícil de interpretar el momento desde el hoy: son más los grises que los momentos blancos o negros. Políticamente no acordaba ni acuerdo con la ejecución de burócratas sindicales como forma de desplazarlos. De hecho si los trabajadores tienen suficiente conciencia como para comprender esa acción entonces no hace falta ejecutarlos porque se los puede desplazar por el accionar de masas; y si no la tienen entonces esa acción es, en el mejor de los casos, una lucha de aparatos. Pero al mismo tiempo, mi recuerdo es que personalmente lo viví con alegría; y si bien en el activismo había bastante discusión al respecto, entre la masa de trabajadores el hecho fue mirado como algo casi lejano. Estoy conciente de que hay tantas anécdotas de indignación

¹⁵ Carlos Fláskamp. "En respuesta al artículo de Gabriel Rot". *Lucha armada 2* (abril-mayo 2005), pág. 104.

¹⁶ Miguel Bonasso. *Diario de un clandestino*. Buenos Aires: Planeta, 2000; pág. 151.

¹⁷ Sergio Bufano. "La vida plena". *Lucha armada 1*, (enero-febrero 2005), pág. 23.

¹⁸ Ernesto Salas. *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Biblos, 2003.

¹⁹ Gabriel Rot. "El mito del Policlínico Bancario". *Lucha Armada 1* (enero-febrero 2005).

²⁰ Gabriel Rot. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000.

en fábricas como de alegría. También puedo relatar varios casos en los cuales el hecho fue considerado como algo absolutamente lejano o ajeno a la realidad obrera. Una hipótesis posible es que cada caso dependía de quiénes tenían activistas en el lugar de trabajo: la burocracia sindical (que los tenía y muchos) o la guerrilla. La ejecución de Rucci puede haber sido un error de concepción política (y de hecho creo que lo fue) pero no detuvo, ni siquiera frenó, el crecimiento de la JTP entre el activismo obrero.

Lo anterior lleva al tema de la violencia. Sergio Bufano plantea que: "El vértigo de la violencia, el uso de las armas, la sola presencia de un arma en el cajón de la mesa de luz, siempre lista para ser usada, no podía menos que transformar las relaciones humanas".¹⁷ Al igual que Bufano, en muchos trabajos parecería que la violencia irrumpió, en un cielo azul y despejado de una sociedad pacífica y armoniosa, de la mano de una juventud entusiasmada por la gesta guevarista, y que la mayoría del pueblo repudiaba el accionar armado, sobre todo después de 1973. Esta es una visión particularmente ahistórica. La historia argentina está plagada de hechos de violencia política. Además de las masacres de indígenas, de gauchos y de obreros, las elecciones fueron siempre peleadas a tiros por lo menos hasta 1946. Más aun, los partidos políticos tenían un aparato armado, generalmente para la autodefensa. El aparato del Partido Comunista Argentino es conocido. Pero pareceríamos olvidar que los comandos radicales y socialistas que asaltaban las sedes sindicales después de 1955 eran grupos armados. La famosa "patota" sindical también lo era; y las organizaciones peronistas CdeO, Guardia de Hierro, y CNU todas tenían su aparato. En este sentido, la intencionalidad de Bufano queda más clara. Suena bien lo que él plantea, hasta que lo cotejamos con la historia y tratamos de visualizar cómo esto se puede ver en la práctica. En todo caso, Bufano podría tener razón si se refiriera a la disposición de desarrollar la lucha armada para la toma del poder. Esto efectivamente transforma las relaciones humanas en cualquier organización y también en la sociedad en su conjunto. Lo que queda implícito es que, para Bufano y otros, esto en sí mismo es malo. En un contexto de inestabilidad política permanente y de injusticia creciente, se puede cuestionar hasta dónde las relaciones humanas en la Argentina de la época eran sanas, o por lo menos hasta dónde representaban una normalidad patológica.

La característica particular de la guerrilla no era el uso de la violencia política, sino que la lucha armada era considerada una de las vías (y para algunos la vía principal) para la toma del poder y la transformación revolucionaria socialista de la sociedad. Todos los que critican a la guerrilla por "violenta" realmente la están criticando por haber sido revolucionaria y haberse constituido en una alternativa real de poder. No todo grupo armado era revolucionario, así como no todos los grupos revolucionarios adherían a la lucha armada. En este sentido, y a pesar de la excelente obra de Ernesto Salas¹⁸, es debatible si Uturuncos puede ser considerado un antecedente inmediato de la guerrilla "setentista", como si lo pueden ser las FAL de 1962, el EGP, el Grupo Bengoechea y las primeras FAP. En este sentido tiene razón Gabriel Rot cuando plantea que no hay que confundir un hecho delictivo, como el asalto al Policlínico Bancario, con el origen de la guerrilla.¹⁹ La aceptación de este hecho como uno de los mitos fundacionales es lo que genera la indignación en la respuesta de Carlos Flaskamp y le sirve para plantear una inmensa cantidad de cosas que no hacen referencia al planteo original de Rot (y conste que no coincido con muchas de las críticas de Rot al guevarismo).

La diferencia entre mitos y realidades es importante para comprender que la guerrilla no fue una anomalía sino un producto de tendencias y planteos profundos en la sociedad argentina (de toda la sociedad y no sólo de la peronista). Durante toda la década de 1955 a 1965 la discusión entre el activismo era el tema del poder. Esta es una de las cosas que surge de la obra de Gabriel Rot sobre el EGP²⁰ (y que es una lástima que él no lo profundizara). Masetti

logró desarrollar un embrionario aparato urbano y reclutar militantes para su proyecto foquista. Es más que sugerente que, en 1963, la propuesta de hacer un foco guerrillero en Salta encontrara eco entre la Fede comunista, e inclusive que aquellos que no coincidieron ni adhirieron tampoco los juzgaron como "un grupo de loquitos" o de provocadores. El mismo tipo de cosa surge de la *Historia del Trotskismo* de Ernesto González²¹ cuando analiza la ruptura de Bengoechea de Palabra Obrera, o de la historia de los grupos que se reivindicaron cookistas, o de la del Partido Comunista. En todos la presión y el tema de la lucha armada como vía para la toma del poder generó discusiones, debates y rupturas, mucho antes del surgimiento de los grupos guerrilleros "setentistas". Y estas discusiones no estaban limitadas a sectores estudiantiles o medios. En Rosario los trabajadores que luego formaron el Comando Che Guevara, en 1969, estuvieron varios años discutiendo y planificando una guerrilla rural como vía al poder; Bengoechea tenía fuertes vínculos con sectores obreros; y los azucareros tucumanos en torno a Santucho también planteaban la lucha armada.

En parte todo lo anterior tenía que ver con la situación mundial. Tanto la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam, como las luchas de liberación en Africa (recordemos el impacto de *La Batalla de Argel* de Gillo Pontecorvo), las gestas del Che, Camilo Torres y Carlos Marighela fueron muchísimo más importantes que el actualmente tan de moda 68 francés. Pero esto no alcanza para explicar el fenómeno. Si bien el ejemplo de otras experiencias es importante, no es suficiente para explicar porqué tanta gente y tan variada se lanzó a la lucha por tomar el poder. Evidentemente lo que ocurrió es que los ejemplos internacionales sirvieron para sintetizar experiencias y sentires de, por lo menos, los sectores activistas de la sociedad argentina. Para muchos de mi generación la historia política argentina era de violaciones permanentes a la voluntad popular. Así la "vía pacífica" al socialismo era una utopía irrealizable porque la burguesía jamás lo iba a permitir. Y esto se refrendaba en la historia argentina. Un país mejor y más justo era posible pero sólo derrotando a los poderosos en una lucha abierta. Para expresarlo en forma "setentista": la violencia de los de abajo era una respuesta a la violencia de los de arriba. En este sentido era aceptada y comprendida por muchos, aun cuando no adhirieran o la compartieran. De ahí que la guerrilla contó con mucha más simpatía de la que hoy en día admitirían los analistas vinculados a la "historia oficial", tanto antes como después de 1973.

En gran parte esto tiene que ver con el tema de la democracia. Para Julio Santucho: "Si en 1973 la izquierda argentina hubiera comprendido que el ciclo insurreccional estaba cerrado y hubiera tenido la capacidad de hacer política revolucionaria en las nuevas condiciones, de elaborar un proyecto de conquistas democráticas y de disputar el consenso al peronismo en el marco democrático, la lucha armada no se hubiera prolongado después de las elecciones".²² Esta frase no tiene desperdicio porque sintetiza el pensamiento de muchos de los "setentistas" reformados. La hipótesis central de este planteamiento es que era correcto hacer la lucha armada en contra de la dictadura de 1966-1973, pero que fue un error continuarla una vez regresado Perón. La continuación de la lucha armada llevó al aislamiento y a la eventual derrota guerrillera. Esto se vería refrendado en obras aparentemente serias y científicas. El sociólogo Alfredo Pucciarelli, por ejemplo, plantea que a partir del GAN y de 1973 "la Nueva Izquierda ingresó en un círculo oscuro de declinación y debilitamiento que culminó en la política de aniquilamiento de la dictadura militar, en 1976".²³ Como planteé más arriba el problema con esta explicación es que deja de lado el espectacular crecimiento de las organizaciones armadas después de 1973. Pero aún más complejo es que tergiversa que las organizaciones armadas se planteaban revolucionarias y no reformistas electoralistas, y que esto surgió de una particular valoración de la democracia electoral argentina basada en la historia nacional.

²¹ Ernesto González, coordinador. *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Tomo 3, Vol. 1. Buenos Aires: Antídoto, 1999.

²² Julio Santucho. *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Vergara, 2004; pág. 176.

²³ Alfredo Pucciarelli, editor. *La primacía de la política*. Buenos Aires: Eudeba, 1999; pág. 16.

María
Matilde Ollier
La creencia
y la pasión

Privado, público y político
en la izquierda revolucionaria

Montoneros
LA
SOBERBIA
ARMADA

En aquella época el parlamentarismo electoral, sujeto a proscripciones y limitaciones múltiples desde 1880, no era una expresión democrática. Las luchas democráticas eran aquellas que se remontaban a los tres levantamientos radicales, a las luchas de los anarquistas, a las huelgas bravas de los comunistas en la década de 1930, a la Resistencia Peronista y, por supuesto, al Cordobazo. Nadie hubiera considerado a Illía "un viejito democrático", como lo hacen numerosos historiadores y periodistas el día de hoy. Las elecciones eran una conquista de las luchas populares, pero en sí mismas no eran expresión del gobierno del *demos*. Así, cuando uno de los testimonios en el documental *Cazadores de Utopías* declara que ellos (Montoneros) peleaban "por la Constitución" esta falseando la realidad, al igual que los realizadores de la película. Nadie, excepto posiblemente la UCR de fines del siglo XIX, peleaba por una Constitución que restringía el derecho al voto, que garantizaba las relaciones de producción capitalistas, y que consagraba un senado y un colegio electoral como garantía de los poderosos.

Este es el contexto para comprender la actitud de las organizaciones guerrilleras a la apertura de 1973. Los que critican al PRT por antidemocrático se olvidan que éste participó en las elecciones de 1965 logrando varios éxitos y proponiendo reformas importantes en el parlamento (la Ley Fote) para ver su esfuerzo birlado en el golpe de 1966. Lo mismo podemos decir de Montoneros que fue central para el triunfo electoral del peronismo en 1973, para encontrarse con la masacre de Ezeiza y el golpe palaciego de Perón, Lastiri y López Rega que derivó en la renuncia de Cámpora.

Pero además, y como señalé más arriba, el objetivo final de la guerrilla era la toma del poder para hacer la revolución socialista. Entre ellas discrepaban en cuanto al contenido del término "socialismo", respecto de las estrategias y a la valoración de Perón en función de este objetivo, pero el mismo no se ponía en duda. Las elecciones de 1973 fueron consideradas por un amplio sector del activismo como un momento antes de que la burguesía volviera, a través de un golpe de estado, a violar la voluntad popular. En este sentido plantear que Montoneros tendría que haberse desarmado, o que el PRT-ERP debería haber hecho algo más que una tregua, es una visión contrafáctica de la

experiencia histórica nacional y de los objetivos de la guerrilla. En todo caso la crítica debería ser que sus políticas y estrategias no llevaron a una suficiente acumulación de fuerza que les permitiera resistir exitosamente la eventual contraofensiva capitalista. Pero aun esta crítica tiene el problema de ser hecha desde la derrota. En su momento histórico el crecimiento de las organizaciones armadas fue vertiginoso y sólo lo que ocurrió después nos lleva a cuestionarlo como insuficiente.

Por otro lado, muchas de las críticas a la guerrilla y su accionar del período olvidan que sus enemigos no se llamaron a sosiego luego de las elecciones de 1973. La masacre de Ezeiza, el asesinato de militantes, la represión de las movilizaciones fueron hechos de la época. La guerrilla no provocó el golpe de 1976, como no hizo falta guerrilla para que hubiera numerosos otros golpes en nuestra historia. En todo caso lo cruento del golpe se debió no tanto al tema de la lucha armada, sino más bien al hecho de que la guerrilla había logrado constituirse en un embrión de alternativa de poder, sobre todo porque su penetración en la clase obrera era cada vez mayor. Ese poder era un dique de contención al proyecto de transformación de la Argentina en lo que hoy se denomina una "sociedad de mercado", y que había comenzado por lo menos desde la dictadura del general Onganía. Según los distintos informes de inteligencia (en mi caso consulté la norteamericana) ese embrión era considerado con posibilidades reales de constituirse en una alternativa plena y por ende el golpe de 1976 tenía dos fines: preventivo y transformador.

Mi planteo es que la guerrilla sí valoró la democracia, pero que su definición de este término equivalía a "voluntad popular". En este sentido el parlamentarismo capitalista era, en el mejor de los casos, una democracia restringida. En cambio la democracia guerrillera se asentaba en la movilización popular, y se concretaba en la conformación de formas de organización con características de poder dual: comisiones villeras, agrupaciones sindicales y estudiantiles, comités de base y un sinnúmero de otras formas que permitían plantear la conformación de un poder popular genuinamente democrático. La visión actual se asienta sobre el éxito de la "democracia" alfonsinista que fue el resultado del aniquilamiento de las posibilidades de democracia popular.

Parte de la complejidad de esta interpretación proviene de la valoración de Perón y del tercer gobierno peronista. Miguel Bonasso²⁴ deja en claro, en su referencia al "somatén", que el viejo general había retornado al país para coartar toda posibilidad de democracia popular. Pero al mismo tiempo contradictoriamente tiende a reivindicar a Cámpora y su gobierno. Mi opinión es que los avances populares durante el gobierno camporista se debieron más a la presión de las masas que a alguna veleidad democrática insospechada del viejo *aparatchik* peronista.

Por otra parte, según Flaskamp "el peronismo mostró que mantenía su vigencia".²⁵ Realmente lo que mostró el peronismo es que estaba profundamente fraccionado y que sólo la figura de Perón podía generar algún tipo de disciplina. La división entre izquierda, centro y derecha peronista eran fenómenos nuevos gestados después del golpe de 1955. Al mismo tiempo las permanentes denuncias de distintos dirigentes de indudable alcurnia peronista sobre los "infiltrados" en el movimiento, demuestran no sólo la fractura sino que la izquierda no era para nada marginal. En 1960 la izquierda marxista se limitaba a un PCA y algunos pequeños grupos trotskistas. En 1973 la izquierda era una amplísima gama de organizaciones. Es relativamente cierto que tenían poco peso electoral (excepto el PCA que motorizó la APR con casi 900 mil votos) pero eso sería solamente reducir el peso político a una mera capacidad de movilizar votantes. Lo que si se puede constatar es que la clase obrera (peronista y no peronista) no aceptó el Pacto Social y que hacia 1975 el flujo de activistas obreros hacia la izquierda (armada y no armada) era un río. Cuando Montoneros declaró el fin del peronismo y el pasó al montonero lo que estaba haciendo era constatando la realidad de una profundísima crisis del movimiento peronista y su agotamiento como pro-

²⁴ Miguel Bonasso. *El presidente que no fue*. Buenos Aires: Planeta, 1997.

²⁵ Flaskamp, op. cit. 105.

yecto reformista. Así como el golpe de 1976 congeló el deterioro de las burocracias sindicales desafiadas por insurgencia de base, también puso fin al deterioro del peronismo como movimiento político.

En este sentido es materia opinable si Montoneros o el PRT-ERP tuvieron razón en cuanto a su táctica frente a la apertura de 1973. Por un lado el ingreso de Montoneros al gobierno le permitió aprovechar algunos espacios en el aparato del estado, pero por otro, tanto bajo Cámpora como bajo Perón, los hizo partícipes de un gobierno con características cada vez más represivas. El pase a la clandestinidad en 1974 también puede ser interpretado como una auto-crítica por haber ingresado al gobierno: o sea, como un reconocimiento de que esa táctica había fracasado. Por su parte, el PRT-ERP tanto con su planteo de tregua inicial como con el copamiento de Sanidad, ya renunciado Cámpora, puede ser interpretado como una caracterización correcta de la evolución del gobierno. Pero también como una incapacidad de aprovechar en forma más cabal los espacios democráticos ganados por la movilización popular y una provocación militarista. Sus dos propuestas de tregua posteriores también pueden ser interpretadas como un reconocimiento del fracaso de su táctica de 1973. El problema es que más allá de la caracterización del momento, el mismo era sumamente complejo y, en particular, tendemos a olvidar la juventud e inexperiencia política de la gran mayoría de los cuadros guerrilleros.

Esto lleva también al planteo en torno a la dirección de las organizaciones armadas. Para muchos de los que han escrito sobre el tema (particularmente en el caso de Montoneros) las direcciones son directamente responsables de la derrota. Amorín, por ejemplo, plantea al principio de su obra que otra hubiera sido la historia de no haber accedido Firmenich al primer puesto en la conducción de Montoneros. Martin Andersen sugiere que el dirigente Montonero era un agente de los servicios de inteligencia. Ernesto González hace referencia a la "desesperación pequeñoburguesa" de Santucho. María José Moyano²⁶ equipara a la guerrilla y a su dirección a una "patrulla perdida", tergiversando la metáfora de Rodolfo Walsh. Flaskamp declara que "sabemos que conducciones políticas que aislaron del pueblo a las pretendidas vanguardias contribuyeron a poner al campo popular en las peores condiciones...".²⁷ Evidentemente la culpa de todo la tienen los cuadros de dirección.

Todo puede ser, pero esa individualización explica relativamente poco. Primero de todo, porque lo que queda claro en distintos testimonios es que las direcciones de las organizaciones eran legítimas y representativas de sus bases. Pero sobre todo porque una organización es mucho más que su dirección. Suponiendo que las críticas fueran en alguna medida (o totalmente) acertadas, habría que explicar porqué tantos excelentes militantes obedecieron a direcciones poco idóneas. Una vez más la respuesta parece estar en una visión desde el hoy y la derrota. En cambio las tácticas y estrategias de las conducciones guerrilleras eran refrendadas en la práctica. Claramente, medido en el crecimiento y en la influencia de las organizaciones, entre 1970 y 1975 estas parecían acertadas. Al mismo tiempo, estas conducciones al igual que la vasta mayoría de los militantes guerrilleros hicieron experiencia política en el mismo período de auge. No existía nada en el acervo de las mismas para lidiar con retrocesos agudos o con derrotas profundas. Asimismo, los primeros cuestionamientos en el seno de las organizaciones (no así en sus frentes de masas) parecen haber surgido con alguna fuerza recién en la segunda mitad de 1975 a raíz de fracasos notables como los copamientos en Formosa y en Monte Chingolo. Recordemos que las agudas críticas de Rodolfo Walsh recién ocurren en torno al golpe de estado de 1976. Se pueden hacer críticas a Firmenich y a Santucho (de hecho creo que es saludable hacerlo) pero tomando en cuenta el contexto histórico y político, y la propia trayectoria de sus organizaciones.

Asimismo, el supuesto autoritarismo de las conducciones guerrilleras debe ser considerado en el marco de organizaciones revolucionarias clandestinas en

²⁶ María José Moyano.
Argentina's Lost Patrol.
Armed Struggle, 1969-1979.
New Haven: Yale University
Press, 1995.

²⁷ Flaskamp, op. cit. 105.

un contexto de lucha armada y represión. Toda organización política y toda sociedad tienen características autoritarias que permiten su supervivencia y reproducción, estableciendo parámetros de "normalidad". La normalidad guerrillera se derivaba de su realidad y del contexto en que desarrollaban su accionar. Esto no es para excusar comportamientos particulares, sino más bien para comprender por qué la militancia de la época no los sentía como "autoritarios".

En el fondo la crítica a las direcciones parece encerrar la acusación de que son responsables de la derrota. Yo no coincido. Creo que los primeros responsables son las Fuerzas Armadas y la burguesía que desarrollaron una represión salvaje e inédita en el país. La inexperiencia de la guerrilla hizo muy complejo encontrar respuestas adecuadas al accionar de una burguesía con un siglo y medio de experiencia en la dominación.

Pero la represión y las insuficiencias de la guerrilla por sí solas, no explican por qué organizaciones grandes y poderosas desaparecieron en un año y medio de represión intensa. En mi trabajo he sugerido varias respuestas. Una me parece particularmente importante: las organizaciones se equivocaron en cuanto al nivel de conciencia revolucionaria alcanzado por el conjunto de la población. Dicho de otra forma: la combatividad no necesariamente es conciencia. La guerrilla nació en los intersticios de la relación dialéctica entre un mundo que surgía y otro que estaba desapareciendo. En las trincheras de la sociedad civil, la Argentina de 1960 era una sociedad en rápido cambio. Los efectos del peronismo y del desarrollismo se sentían en una clase obrera más organizada y económicamente mejor. Fueron los hijos de estos trabajadores y empleados que fueron enviados a la universidad con grandes esfuerzos por parte de sus familias. Para esta minoría universitaria de clase obrera, este desclasamiento hacia arriba fue un rudo despertar al encontrar un mundo que no sólo estaba lleno de injusticias sino que contrastaba duramente con el mundo del cual venían; y, además, tenían las herramientas (conocimientos) para interpretarlos. Así, se les apareció un mundo en erupción que debía ser modificado porque era esencialmente opresivo e injusto. Y de ahí se lanzaron, por distintas vías, a la revolución. Pero, para sus padres y para la mayoría de los trabajadores la Argentina de la década de 1960 era un mundo injusto que estaba siendo cambiado y podía serlo aún más vía reformas. Lejos de ser un problema del capitalismo en sí, éste les proveía las posibilidades de mejorar. ¿O acaso no estaban enviando a los hijos a la universidad? ¿O acaso no era esa la lección dejada tanto por Perón como por Frondizi? ¿O acaso el obrero de la gran fábrica no sólo tenía su coche sino que construía su casa y podía aspirar a establecer su taller? Para éstos el problema era que un sector minoritario aunque poderoso obturaba el camino a más y mayores reformas. Así, si bien para los primeros el problema era sistémico para los segundos era sólo político. De ahí que cuando ambos coincidieron (1969-1973) el resultado fueron poderosas movilizaciones populares. Cuando no coincidieron (1973-1974) estas movilizaciones se realizaron en pos de las reformas y no de la revolución. Y cuando la contradicción entre ambas se hizo aguda —y había que arriesgar unas para obtener otras— frente a la represión, el pueblo se retiró dejando a los revolucionarios solos.

Por último se debe aclarar que no se derrotaron sino que los derrotaron. La guerrilla cometió numerosos errores, pero la represión le impidió la posibilidad de visualizarlos en profundidad y corregirlos. No sólo no hubo tiempo sino que fueron muertos aquellos cuadros que podían haber corregido los déficit y haber consolidado la organización. Por primera vez en la historia argentina se intentó una alternativa de poder revolucionario para la clase obrera. Pero al mismo tiempo no se logró consolidar una estructura de militantes formados. Y su debilidad se reveló cuando, con la muerte de tantos cuadros históricos experimentados, la formación no pudo resistir los efectos ideológicos de la derrota. La derrota fue humana, militar, política pero, por sobre todas las cosas, ideológica. Como producto de la derrota, durante la década de 1980 muchos de los sobrevivientes se alejaron del socialismo y la revolución para adoptar posturas cada vez más nacionalistas y reformistas. Y en general estos son los que han tenido la posibilidad de escribir la historia. ●

Entrevista a

HERNÁN INVERNIZZI

Protagonista en 1973 del intento de copamiento del Comando de Sanidad del Ejército, Invernizzi permaneció más de doce años en la cárcel,

varios de ellos aislado en un establecimiento militar.

A tres décadas de su liberación, reflexiona sobre aquella operación armada y la estrategia política del PRT-ERP al que pertenecía.

Comencemos con tu historia personal

Tengo 53 años, soy porteño, del barrio de Caballito. Después de completar la secundaria hice dos años de sicología y un año de antropología. Y después me metieron en cana. Caí en septiembre de 1973, durante el asalto al Comando de Sanidad, y salí en mayo de 1986, de modo que estuve preso 12 años, 7 meses y diez días. Tengo el record nacional en un solo período. A la edad en que uno habitualmente estudia no pude hacerlo y cuando salí en libertad trabajé mucho y nunca me metí a hacer una carrera formal. Así que mi formación intelectual es esencialmente autodidacta. También me casé, tuve dos hijos, una mujer de 18 años y un varón de 16, y me separé hace dos años.

¿Qué hiciste al recuperar la libertad?

Al principio trabajé como

corresponsal en el exterior y luego, durante cuatro años, con Fernando Birri y Gabriel García Márquez en la Escuela Internacional de Cine y Televisión en San Antonio. Cuando regresé a Buenos Aires, en 1990, con mi ex mujer fundamos la única escuela de guión que había en la Argentina —y creo que hoy lo sigue siendo— donde fui coordinador de actividades y profesor de distintas materias. También fui profesor en la Escuela Nacional de Arte Dramático y realicé producciones para cine y televisión; en cambio, no volví al periodismo. Desde el año 2000 estoy trabajando en la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Durante los cuatro primeros años dirigí un programa de investigación llamado "Represión y Cultura", y desde hace dos estoy en la dirección general técnico-administrativa.

¿Fruto de ese trabajo fue tu libro *Un golpe a los libros*?

Claro. *Un golpe a los libros* es un primer informe de esa investigación, que es una investigación mayor. El plan inicial era realizar informes parciales, en vez de una publicación de 2000 páginas. Nos parecía más racional hacer informes periódicos. Entonces *Un golpe a los libros* fue un primer informe sobre represión a autores, libros y editoriales. Después salió en diciembre de 2005 *Los libros son tuyos* que es, dentro de ese mismo marco, una investigación más bien monográfica, pequeña, sobre qué hizo la dictadura con Eudeba. Un caso emblemático porque es de alguna manera el paradigma de la política cultural de la dictadura aplicada a un caso concreto, que me permitió poner a prueba una hipótesis de trabajo sobre un objeto bien delimitado. Y ahora estoy trabajando sobre lo que creo es la primera historia de



Hernán Invernizzi, febrero de 2006.

censura cinematográfica en la Argentina. Pero es un trabajo mucho más ambicioso, que se inicia en 1986 y llega hasta la ley de Febrero de 1996 donde quedó abolida la censura, porque esa ley colocó al cine en el mismo lugar que la prensa. A partir de ahí los casos de censura son de otra especie. Se producen por presión económica o problemas de distribución pero no la censura del Estado, tal como uno la conoce habitualmente.

¿Cómo llegaste a la política? ¿Cuáles fueron tus primeros contactos y con qué organizaciones?

Yo provengo de una familia muy involucrada en la actividad académica y cultural de la Argentina, sobre todo por mi madre, Eva Giberti, y su segundo marido, Florencio Escardó. Ellos tenían mucho diálogo político e intercambio permanente con funcionarios y directivos de la Universidad de Buenos Aires.

Escardó llegó a ser vicerrector de la UBA y decano de la Universidad de Medicina. Y mi vieja una mujer muy conocida, que publica libros, trabaja en radio, televisión, es una de las psicólogas referenciales del país. Con una pareja de ese perfil, en mi casa era normal que estuvieran comiendo Ernesto Sábato, Silvio Frondizi, Antonio Berni o María Elena Walsh. Y yo me crié en ese ambiente, digamos, "progresista". De modo que mi conocimiento de la vida política se produce en mi temprana adolescencia.

¿Cómo fueron tus inicios políticos?

En el colegio secundario —yo fui al Instituto Libre de Segunda Enseñanza, ILSE— empecé a vincularme con algunas actividades políticas muy embrionarias; ahí no había una militancia propiamente dicha, pero en los años sesenta había una preocupación muy grande por la política. Finalmente me vinculé, por un camino absolutamente casual, con una organización peronista en la que estuve un tiempo. Por otro lado, Francisco "Paco" Urondo era mi primo hermano. No tenía un vínculo de amistad por razones generacionales —era 20 años mayor que yo— pero sí teníamos una relación familiar estrecha. De modo que milité un tiempo con "Paco", en 1971 y principios de 1972. A fines de ese año me integré al PRT-ERP. Tenía 18 años. Y en enero de 1973 entré en el servicio militar.

¿Cuál fue tu nexa inicial con el PRT?

Un compañero de la escuela secundaria, con quien tenía una relación amistosa muy estrecha, era militante del partido. Me hizo el contacto correspondiente con su responsable, y ahí entré

en un esquema de disciplina riguroso y sistemático.

¿Qué leías entonces?

Yo era un lector voraz. En 1970 empecé a publicar poesías, cuentos, colaboraciones y artículos para diarios del interior y algunos de la Capital. Finalmente entré a una revista como colaborador y terminé como jefe de sección. Escribía y leía como un salvaje. Leía de todo. De chico, en casa, había una biblioteca fabulosa que era muy estimulante; de modo que leía compulsivamente. Lecturas teóricas, políticas, filosóficas, digamos que para mis 20 años las lecturas del marxismo básico las tenía completas, pero de un modo muy ecléctico, muy amplio. Yo agradezco haber tenido un gran estímulo cultural a mi alrededor. Entonces si bien en aquellos años leí mis Lenines, mis Ches, mis Marx, mis Marta Harnecker, etc., también leí muchos intelectuales argentinos, como Jauretche, Cooke, Estrada y Lugones, entre otros.

¿Quién te impresionó más?

De autores teóricos, dos. En aquellos años los que me dieron vuelta la cabeza fueron Jauretche y Althusser. Dos tipos difíciles de encajar, pero lo que yo soñaba era precisamente poder vincular la vitalidad intelectual de Jauretche con lo que en ese momento era el rigor estructural de Althusser. Eso me fascinaba. No sé si es metodológicamente posible o no, pero a mis 19 o 20 años, ellos dos me daban vuelta la cabeza. Además, siempre leí a un tipo que no está directamente vinculado con la teoría política, pero me acompañó toda mi vida: Gastón Bachelart.

¿En que condición entraste al ERP?

Yo tenía una experiencia anterior

y pertenecía a un ambiente —el periodístico— que era especialmente interesante para el partido. En mi agenda tenía los teléfonos de toda la dirigencia política argentina porque le había hecho reportajes a Balbín, a Alsogaray, etc. Pero además, estaba por entrar al servicio militar y ese era un punto interesante. Ingresé directamente al frente militar del partido en Capital. Entré con 20 años y cumplí 21 en 1973. Generacionalmente, de los compañeros del PRT pertenezco al grupo joven. La inmensa mayoría de mis compañeros eran mayores que yo.

¿Cuáles fueron tus primeras tareas?

Directamente la planificación del asalto al Comando de Sanidad. Mi tarea, si era posible, consistía en convertirme en dragoneante, ganarme la confianza de la oficialidad y planificar el asalto. Era incomodísimo porque a la vez debía cumplir con la mas dura y rigurosa de las clandestinidades y de las medidas de seguridad. No estaba en una célula pero tenía una atención selectiva bastante jerarquizada. Tenía más de un responsable en un ámbito muy cerrado.

¿Tenían reuniones semanales, mensuales?

Todo dependía de la época. Por ejemplo, durante mi instrucción militar estuve un mes sin contacto. Después hubo un segundo período de semi-instrucción y tenía una reunión cada diez días. Para mí todo bien, porque de todos modos nunca fui muy amigo de las reuniones. Después era de periodicidad rigurosamente semanal, y a veces dos o tres veces por semana, y a veces todos los días, porque ya estábamos planificando el asalto al cuartel con todo lo que eso involucraba en esa coyuntura política. Encima, en el medio, se com-

plicó todo porque vino la asunción de Héctor Cámpora el 25 de mayo; la liberación de los compañeros en Devoto, en fin, fueron meses muy complicados para una situación como la mía, y también para el partido en la Capital. Inclusive hubo cambio de responsables porque cuando salieron los compañeros en libertad se produjo una reorganización de las regionales. Entonces también cambió mi situación parcialmente.

¿Por qué habías pasado del peronismo al ERP?

Tiene que ver con el problema del poder. En ese momento yo llegué a la conclusión de que las "orgas" peronistas no se planteaban el problema del poder como problema fundamental, la disputa del poder o la creación de un poder alternativo. Veía que eso era ambiguo. También existían otras organizaciones de izquierda más o menos revolucionarias, aunque siempre es difícil definir eso, pero a las que no les veía ninguna alternativa de futuro. Las veía como organizaciones de compañeros que podían acompañar un proceso, pero que no lo podían llevar adelante. Y la sensación que yo tenía es que la única "orga" que se planteaba el problema del poder en serio era el PRT; la única que tenía un proyecto de poder y podría llevarlo adelante. Por eso me pasé.

Sin embargo Montoneros estaba en su momento de auge

Yo ingresé al PRT a fines de 1972. Los montoneros todavía eran una organización militar dentro del peronismo. Aún no estaban unidos con las FAR. Y la sensación que tenía era que Montoneros podía evolucionar hacia una organización que le disputara el poder a la conducción del movimiento. Pero no es lo mismo disputar la conducción

de un movimiento complejo como el peronismo, que ser una organización que se propone como vanguardia de la sociedad en su conjunto, que lucha por la toma del poder. Yo veía que tanto los "montos" como las FAR tenían cosas ambiguas en ese sentido. En cambio el discurso del PRT me daba la sensación de algo muy contundente en términos de objetivos claros. Y eso a mis 20 años me fascinó.

¿Conociste muchos casos de pasajes del peronismo a PRT?

No. Sé que hubo compañeros que venían de las FAP o de otros grupos peronistas más chicos, o inclusive compañeros que eran de militancia peronista y se pasaron al PRT, pero no me consta que lo hayan hecho por un análisis parecido al mío. Análisis que tampoco merece magnificarse. No creo que sea una línea de pensamiento, fue lo que me pasó a mí.

¿Había una estrategia del PRT dirigida a actuar políticamente dentro de las Fuerzas Armadas o todo estaba destinado a la planificación de acciones militares?

No lo sé porque, obviamente, hay resoluciones de congresos o del comité central o de ejecutivos que no son del todo públicas, ni tienen porque serlo, ni tienen porque circular por toda la militancia. Hay compañeros que han estado en esos comités centrales o ejecutivos o congresos que podrían mejorar la respuesta a esa pregunta. Desde mi experiencia, sé que fue muy importante para el partido el copiamiento de un regimiento en Córdoba, en 1972, gracias a un colimba que hizo una tarea parecida a la mía. Creo que ese compañero terminó desaparecido después, poco antes de empezar la dictadura. No recuerdo el ape-

llido. En 1973, cuando salen en libertad los compañeros que estaban presos y se reorganiza la estructura del partido, me comentan la idea de desarrollar el Frente Ejercito Enemigo. La idea era aprovechar a los compañeros colimbas, incluyendo aquellos que iban a hacerla al año siguiente. Hasta donde pude saber, existía la propuesta de crear ese frente y querían que yo participe, y por lo tanto tenía que estar más tabicado que nunca porque, evidentemente, iba a ser una de las tareas de máximo riesgo. Después yo caigo en cana y no sé hasta dónde evolucionó esta propuesta.

Por lo visto estaba más destinada a la logística del operativo que a ganarse a los militares

No, cuando yo hablé con los compañeros los objetivos eran dos. Por un lado, el logístico, porque era la fuente natural de provisión de armas. Pero por otro lado la idea era trabajar sobre la oficialidad y sub-oficialidad joven.

¿Publicaron volantes o materiales para ellos?

Yo caigo en cana en septiembre de 1973, y a partir de entonces mis contactos con el partido fueron muy complicados porque estaba en una cárcel militar, muy aislado. Obviamente no estaba en el interés de mis compañeros ni en el mío estar hablando de eso. Nuestros intercambios eran sobre otros temas. Hubiera sido disparatado que me pasen información justo a mí, preso en una cárcel militar. Sé que la idea existió y debe de haber algún compañero que conozca ese tema.

¿Cómo fue el operativo del Comando de Sanidad?

Fue muy complicado porque se trataba de un cuartel ubicado en

la ciudad, en Parque Patricios, rodeado de casas, con muchos vecinos, mucho movimiento, de modo que había que hacer todo con sumo cuidado pensando en la seguridad de la gente que vivía en la zona. Además se trataba de un cuartel cercano de tres comisarías, de modo que un tiro o un grito fuera de lugar iba a crear una situación de encierro de la que iba a ser muy difícil irse. Aparte, adentro había más de cuarenta personas armadas. Y teníamos que hacer todo con mucha discreción, con un grupo reducido. Tenía que ser un comando muy pequeño con capacidad para apretar a cuarenta personas armadas.

¿Cuál era el objetivo?

Llevarse de la sala de armas un montón de fusiles FAL y munición de guerra. Ese era el objetivo. En el cuartel había otras cosas que podían ser interesantes para el partido, como por ejemplo medicamentos, pero se decidió desecharlos porque llevarse eso era un lío logístico y de transporte. Ya bastante complicado era llevarse tantas armas.

Antes de Sanidad, ¿qué otros destacamentos de importancia había hecho el PRT?

El de Córdoba. Allí se llevaron todo, sin problemas. Que yo recuerde no hubo combate. La idea era que Sanidad fuera igual, y fue igual pero —siempre hay un pero— tuvimos problemas inesperados.

¿Qué problemas?

Dos incidentes. En la cuadra de la compañía había un soldado. Yo sabía que estaba, y le avisé a un compañero: "mirá que hay un muchacho durmiendo ahí, entrá con delicadeza, prendé la luz y reduciló". La cosa es que el pibe estaba armado con una pistola civil, una cosa insólita, y le mete un tiro al compañero y el

compañero termina hiriendo a este soldado. Un oficial que escuchó los disparos se apareció por atrás del compañero, pero este se dio cuenta y también lo hirió. Una cosa totalmente fortuita, peor que inesperado.

El segundo incidente se produjo cuando ya nos habíamos entregado; en el momento en el que los tres primeros salimos a la calle con la bandera blanca después de la negociación, en ese momento escuchamos dos tiros, uno de pistola y uno de FAL. En los interrogatorios posteriores me entero que ese tiro de FAL había matado a un teniente coronel, cosa que era completamente inexplicable porque ya nos habíamos rendido cuando eso ocurrió. Recuerdo que al escuchar esos dos tiros nos encogimos todos, y los policías también se pusieron nerviosos. Nunca se supo quién le tiró a un teniente coronel que aparentemente, sin saber que ya estábamos saliendo, quiso entrar por los fondos. Nunca quedó claro como fue, porque ya nos habíamos entregado.

¿Adentro cuantos quedaban del ERP?

En Sanidad participamos doce compañeros en total. Al cuartel lo redujimos un grupito de cinco y abrimos de nuevo la puerta para que ingresen los compañeros encargados de cargar las armas en el camión. Nosotros nos íbamos a quedar a aguantar el cuartel hasta que nos avisaran que el camión estaba fuera de peligro; y entonces nos iríamos nosotros.

¿Vos sos el que franquea la puerta?

Yo estaba de guardia. Y eso facilitaba el tema de no tener que herir a nadie, no tirar un tiro, porque yo podía ir reduciendo los puestos sin necesi-

dad de violencia, o una violencia que no pasara de lo verbal.

¿Cómo hicieron los cinco que controlaron el cuartel?

Tuvimos que ir lugar por lugar muy discretamente y a medida que los íbamos reduciendo los poníamos bajo custodia de un compañero. Los esposábamos a la espalda, con unas esposas que habíamos inventado nosotros y los amordazábamos con una cinta adhesiva en la boca. Y así quedaban, amordazados y boca abajo al lado de un compañero cuya función era custodiarlos en ese lugar, un playón, bajo una luz, mientras nosotros íbamos y traíamos a más gente. El problema fue que a este compañero, nadie sabe porqué, se le escapó un prisionero. Hasta hoy nunca tuve una explicación de cómo fue que se escapó.

No fue solamente el que estaba dormido.

No, porque el muchacho que fue herido, pobre pibe, que se ligo una ráfaga, por suerte no murió ni nada, este pibe estaba ahí herido, le dimos la primera atención y teníamos preparado el operativo sanitario para sacarlo. Lo mismo al compañero. Al compañero herido lo sacamos. Nunca lo agarraron.

¿Y el oficial que lo hiere a él?

También le dimos la primera atención y ya teníamos preparado el operativo para llamar a la ambulancia y a la policía para que vinieran a atenderlo. Lo que pasa es que teníamos que sacar el camión primero.

¿De esos dos no llegó el aviso de que estaba ocurriendo algo?

La policía no se enteró por los tiros. La policía se enteró por el soldado que se le escapó a este compañero cuya tarea era mantener a estas personas atadas

bajo su control. Se escapa, sale a la calle y encara para la comisaría más cercana que estaba a tres cuadras, y tiene la suerte, además, que a la cuadra y media se cruza con un patrullero.

¿Cuánto tiempo estuvieron adentro?

Entramos a las 0:30, más o menos, y salimos a las siete de la mañana. Nos rodeó primero la fuerza de la policía, a las dos de la madrugada. Hicieron un operativo inteligentísimo; la reacción de la Federal ahí fue brillante. Los tipos vieron cómo era el cuartel y dijeron "estos se quieren llevar las armas" y bloquearon las esquinas con camiones. De modo que si hubiéramos querido salir de prepo no hubiéramos podido. Armamento para salir teníamos, pero jamás lo hubiéramos hecho porque la línea que teníamos era "tiros en la ciudad, no". Repito, eso estaba rodeado de edificios y nosotros andábamos con FAL.

¿Qué pasó después?

La policía bloqueó las salidas; entonces, lo que nos quedaba era tratar de zafar nosotros y dejar el camión, pero el problema que teníamos era que había que aguantar que la posta sanitaria se llevara al compañero herido, que tenía un tiro en el bajo vientre. Justito antes que la policía nos cercara, pudimos sacarlo. Luego hubo que pactar con la policía la entrega del oficial y el soldado heridos; estábamos muy preocupados porque el soldado tenía varios tiros encima, todos de la cintura para abajo y estaba perdiendo mucha sangre. La verdad es que teníamos mucho temor que el soldado se nos quedara. No teníamos forma de pararle la hemorragia. Se la detuvimos bastante, pero no como para darle la atención que requería. Entonces primero hubo que

pactar con la policía "miren muchachos, esperen, tenemos un soldado y un milico herido". La Federal entendió. Todo eso llevó un tiempo. Negociar, cargarlos en camillas. Por suerte estábamos en el comando de sanidad, y agarramos del depósito las camillas, los vendamos, los atendimos como pudimos y entre dos los sacamos a la calle; entonces, desarmados, vinieron los federales y se los llevaron de a uno. Todo eso nos fue haciendo perder tiempo. A todo esto empezaron a llegar patrulleros por todos lados porque había tres comisarías alrededor. Entonces tomamos la decisión "hay que aguantar acá adentro, salió mal, hay que esperar que salga el sol, entregarnos a la luz pública, que se vea claro quienes somos los que salimos, que salimos vivos, que no estamos heridos, porque si no nos boletean a todos, porque era muy interesante como provocación al gobierno democrático. Tampoco queríamos caer en esa boludez. No queríamos que nos mataran ni queríamos servirle a la derecha una provocación; entonces tomamos la decisión de esperar la salida del sol, que pueda venir la prensa y hacer una rendición más o menos prolija. Y eso fue lo que se hizo.

¿El ejército los rodeó también?

Después de las cinco llegó la tropa militar. Nos rodearon con el Regimiento 1 de Patricios; nos mandaron lo mejor que tenían, y también nos mandaron, creo, que un retén de Granaderos. Grosero, porque nos pusieron ametralladoras antiaéreas, obuses, un cañoncito sin retroceso, morteros. No sé cuántos soldados había.

¿Tenían comunicación con la dirección del PRT?

Por teléfono. Teníamos todos los

téfonos del comando a nuestra disposición y fuimos informando sobre lo que sucedía.

¿Ellos dieron las directivas de rendirse?

No, esa fue una decisión que se tomo en el grupo. Había autoridad política suficiente en nuestro comando para tomar decisiones de fondo. No obstante, hubo una coordinación con el exterior, por supuesto que sí.

Vos estabas uniformado, ¿Los otros que entraron también?

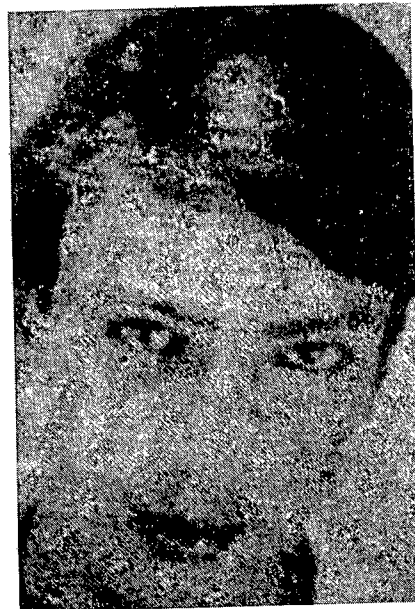
Los compañeros que redujeron el cuartel conmigo tenían puestas casacas militares sobre la ropa civil. Los que entraron con el camión también, unas casacas regulares, porque en realidad los que entraban con el camión no hacía falta que estuvieran vestidos de militares porque ya el cuartel estaba reducido, sino no entraban. Era de noche, poca luz, un cuartel muy grande. No hacía falta disfrazarse.

¿Quién fue el oficial muerto?

Era el segundo jefe del Regimiento de Patricios. Lo hirieron a eso de las siete de la mañana, y se lo llevaron al Hospital Militar. No sé si murió en el camino o en el hospital. Un tiro, además.

¿Le achacaron a ustedes la muerte?

Ahí se dio una situación bastante paradójica. A mí me llevaron, obviamente, los equipos de inteligencia, los del 601. De entrada, aparte de las puteadas de rigor y la bienvenida clásica, me agarró un mayor y me dijo: "mirá, acá con vos la cosa está clara. Vos no lo mataste, ni podías haberlo matado ni podías haber evitado que lo mataran. Ahora, todo lo demás, hijo de puta, es culpa tuya". De modo que empecé a cobrar de todos los colores. Pero



Invernizzi, 1973

quedó muy claro entre los militares y yo que ni fui ni podía haber sido aunque hubiera querido. Si alguien tenía claro que yo ya estaba en la calle entregado, era la inteligencia militar, que esas cosas las averigua al toque. Inteligencia militar en los interrogatorios sostenía que había sido algún compañero nuestro rezagado que, al ver que se le quieren meter por el fondo del cuartel, tira por instinto. Esta fue la teoría de la Inteligencia Militar en ese momento.

¿Y vos que creés?

A mí me parece dudosa esa teoría porque el responsable político del copamiento, claramente, parado yo junto a él, le dio a los compañeros la consigna "no contestamos el fuego". Y nosotros teníamos todos los defectos que ustedes quieran, pero éramos muy disciplinados, y los compañeros que estaban ahí eran compañeros que tenían experiencia. Eran todos militantes del partido. Me cuesta creer que haya habido un acto de indisciplina tan grave. Y mirá que nos tiraron para imponernos la rendición, o sea para hacernos sentir su poder de

fuego; la descarga fue brutal. Todos nosotros estábamos abrazaditos a nuestro FAL, casco en la cabeza, agachaditos, mientras volaban los tiros por todos lados. Y nadie dijo ni mu. De modo que me cuesta creer la versión de la Inteligencia. Ahora, ¿cómo explicar eso? Es un caso raro, realmente. Muy raro y absurdo, además, porque un militar que cae muerto en un combate que ya había terminado, cuando era de día, y frente a un grupo guerrillero que se había entregado... Yo me acuerdo que cuando salí en libertad todas las revistas del corazón, *Gente* y esas, me preguntaron "y hoy ¿que tiene que decir, tantos años después de la muerte de este teniente coronel?" Y yo les respondí: "Que lo lamento infinitamente, porque ese era un operativo donde no tenía que haber muerto nadie". Encima ese tipo murió en una situación francamente ridícula, no sé como decirlo. Porque él estaba evidentemente desconectado de su conducción, nos intenta forzar cuando no había nada que forzar y alguien, evidentemente, en una situación de nervios le tira. Vos fijate, el soldado recibió creo que siete tiros. La ráfaga lo agarró de la cintura para abajo, pero por suerte el compañero al que el soldado hiere tenía un entrenamiento militar espectacular, y fijate con un tiro en la panza tuvo el reflejo de tirarle a las piernas al colimba. Esto demuestra lo que era la disciplina de nuestros compañeros con los soldados. Si quería le podría haber tirado a la cabeza. Le tiró del ombligo para abajo. Después gira porque se le aparece un militar con una pistola 45 en la mano, y con el mismo reflejo, a pesar de que el militar se le aparece de atrás le mete dos tiros también de la cintura para abajo. A los dos los salvamos, no les pasó nada, siguieron su vida

y todo bien. Y este militar casi sin comerla ni beberla por ninguna de las partes liga un tiro y muere. Una cosa absurda.

Cuatro meses antes había surgido un gobierno con casi el cincuenta por ciento de votos. ¿Cuál era el fundamento político para asaltar un cuartel en un momento en donde se habrían todas las puertas de la democracia?

Así lo veíamos entonces. Cuando se realizan las elecciones y gana el frente que encabezaba Cámpora, la conducción del PRT bajó una línea política de coyuntura diciendo que el ERP no iba a dejar de combatir a las Fuerzas Armadas y la represión en general, pero que no iba a atacar al gobierno peronista, argumentando que la lucha de clases y la lucha armada, según aquella teoría, iban de la mano, no terminaban porque se hubiera elegido según el voto popular a un presidente que no iba a hacer la Revolución. No obstante, dado el contenido popular de la coyuntura, se optaba por no atacar al gobierno, pero no se iba a dejar de atacar a las FF.AA. y a las fuerzas represivas en general. En el marco de esa línea es que se hace el Comando de Sanidad, como una especie de énfasis para dejar en claro que, como siempre, lo que decía el PRT lo cumplía. Entonces íbamos a mantener la línea de atacar a las FF.AA. y no al gobierno.

No atacar al gobierno, y sí a los pilares de ese gobierno, resultaba una posición contradictoria ¿Causó algún tipo de cortocircuito entre los militantes del partido?

Les digo lo que me pasó a mí. Ya dije que me volqué hacia el PRT porque veía que había un proyecto con un objetivo de poder que me parecía consecuente. A mí, en ese momento, me fascinó

la idea de ratificar que la organización estaba para derrocar al sistema y tomar el poder. Entonces me pareció una línea perfecta. Yo sentía una especie de fascinación en cuanto a lo que esto significaba como mensaje al pueblo argentino. Yo sentía que estábamos diciéndole al pueblo "¿ven? Nosotros respetamos lo que el pueblo argentino hace pero marcamos una línea: con las FF.AA. no se negocia, se combate". Creo que es lo que pensaba la mayoría de los compañeros. Los que hicimos Sanidad pensábamos lo mismo. Obviamente discutimos la línea política antes de entrar a ese cuartel, porque acá hay mucho mito, sobre todo con publicaciones de los últimos meses y años, sobre la verticalidad e imposibilidad de discutir. Antes de hacer Sanidad tuvimos una buena cantidad de discusiones. Y muy buenas. Y estábamos de acuerdo en que era la línea correcta.

¿Y hoy?

Yo creo que Sanidad es el símbolo o el paradigma que resume los errores de concepto de la estrategia del PRT. Me parece que Sanidad de alguna manera compendia que la política era equivocada, y esto es un error de estrategia. Entonces no me extraña, visto desde hoy, la cantidad de macanas que hicimos a posteriori de Sanidad. Si hicimos Sanidad y no nos autocriticamos en ese momento, está claro que después sólo se podían construir muchos errores, por más que hubiera buenas intenciones.

¿Por donde pasaba el error estratégico?

Primero hay un error de concepto, que es hasta pueril. No se puede establecer de ese modo una diferencia entre Gobierno y Estado. El Estado es el Estado y cualquier tipo que tuviera una formación primariamente mar-

xista hay cosas que debía saberlas. Ni siquiera hay que tener formación marxista; a cualquier teórico literario le da un ataque de risa. Este es un error de concepto grueso.

Un error de este tipo produce errores por arrastre, porque si vos creer que podés separar el Gobierno, que es una conducción política, de las FF.AA. como aparato del Estado, como órgano defensivo del sistema, vas a cometer un montón de errores a partir de eso porque estás conceptualizando mal el medio en el que estás trabajando. Eso en términos generales.

Y en términos particulares y políticos el error está, me parece, en que se actuó como si estuviéramos en una dictadura pero en una democracia. Dicho de otra manera: era racional tratar de generar políticas con acciones armadas en el lapso 1966-1973. Eso tenía una racionalidad, que puede ser discutida como más o menos racional, pero es una racionalidad teóricamente respetable. Porque en un marco de ilegitimidad uno está moral, política, histórica y estratégicamente para producir políticas con iniciativas militares. Es para generar políticas y para habilitar el debate político a partir de iniciativas militares. Eso en el marco de una dictadura.

¿Y en el de la democracia?

En el marco de una democracia que, además, representa lo que representaba esa democracia en la Argentina... es diferente. Porque era evidente que detrás de Cámpora venía Perón. Estamos hablando de la historia argentina grande, importante. Volvía a la Argentina el líder referencial de nuestro pueblo, se había abierto un marco general de reorganización de las alianzas de clases, de las políticas del poder. Ese



no era el marco para pretender generar política a partir de las armas. Era el marco para generar políticas con recursos de otro tipo. Un marco para ser aprovechado. Esto, en buena medida, creo que nos pasó porque ni nosotros ni las fuerzas próximas del peronismo u otras fuerzas de izquierda, ni la misma clase dirigente convencional del país, ni los teóricos argentinos, nadie tenía una clara conceptualización histórico-estratégica de lo que significaba la democracia en el país.

¿Cómo es eso?

Para nosotros la democracia era una especie de entelequia de la que hablaban nuestros abuelos, no nos engañemos. Encima cuando te hablaban de esa extraña entelequia llamada democracia tenías abuelos gorilas y abuelos peronistas, o sino abuelos que hablaban de la época de Yrigoyen, de modo que era una cosa muy discutible. Y si querías buscar referencias teórico-políticas de tu entorno inmediato la democracia no era una preocupación intelectual o teórica. No era

parte de nuestras preocupaciones. En el mejor de los casos la democracia era una herramienta de trabajo. No había una conceptualización de la democracia como esquema de funcionamiento político que tiene mucho más que un valor puramente instrumental. Y ahí creo que esto produce una serie de errores.

En aquellos tiempos, muchos de los que tenían alrededor de 30 años despreciaban la democracia porque representaba al poder burgués. ¿Vos, a los 20, recibiste esa influencia?

Tenía la formación política generacional, la de mis amigos. Era una formación construida en los puros hechos de resistencia a la dictadura anterior. Nos formamos en ese marco. ¿Donde se forma políticamente mi generación? Se forma en la dictadura de Onganía, Levingston y Lanusse. Entonces la formación estaba directamente vinculada a una práctica de resistencia, de demanda, de rechazo a un esquema frente al cual lo democrático nos aparecía como aquello que producía esta clase de

dictaduras. Si ponías como modelo de democracia a Illia, ¿qué representaba en ese momento para nosotros? Un señor al cual un coronel sacaba a patadas en el culo de la Casa Gobierno.

¿Lo que era claro para vos también lo era para la dirección?

Yo estaba siguiendo la línea. Pero mi conducción no tenía 20 años.

Recién hablabas de errores conceptuales. ¿Qué pasaba con Santucho? ¿O existe otro tipo de pensamiento que hace suponer que todo ejército, aun dentro de un marco constitucional, es un ejército de ocupación? ¿Cómo cae en un error tan grueso a una dirección que pretendía ser revolucionaria y dirigir la Revolución en la Argentina?

Por un lado creo que había un problema de cómo nuestra conducción concebía generar-producir política. Esto es algo que se trabaja poco. Porque una cosa es que una organización se dé como tarea de mediano-largo plazo el trabajo en las bases, el trabajo territorial, barrial, fabril, campesino, universitario, estudiantil. Eso, como estrategia de mediano-largo plazo, estaba muy claro en todos nosotros. Pero eso no genera política. Lo que genera es consenso, más militantes, crecimiento de la organización y ganar a favor de un proyecto ideológico la mayor cantidad de gente que se pueda. Eso es una política hacia la sociedad, pero no es lo mismo que producir política que represente a tu "orga". Son dos cosas distintas, que le pasa a cualquier partido. Le pasa hoy al kirchenismo, le pasaba a Menem, le pasa a todos. En nuestra conducción había casi una obsesión por la idea de iniciativa. La cuestión era: si queríamos ser la vanguardia, debíamos ser los que impusiéramos la lógica y la

dinámica política en la sociedad. Y por lo tanto caíamos en la idea de vernos en la obligación de generar política para estar en el lugar de la vanguardia. Esto producía una enorme preocupación por generar política, mantener la iniciativa y creer que podíamos o debíamos ser los que marcáramos el ritmo, los que impusiéramos la lógica de la coyuntura. Creo que es en nombre de eso que se toma la decisión de atacar a las FF.AA. y a las fuerzas represivas y no al gobierno: una forma de mantener una iniciativa y decir "nosotros, la vanguardia, somos los que imponemos las condiciones políticas en el país". Me parece que ésta era una preocupación central en nuestra dirección. Pero es una interpretación mía. Creo que pasaba esto. Creo por supuesto que se equivocaron; una vanguardia no tiene por qué necesariamente hacer eso.

Llama la atención que en un proceso constitucional el hecho político a producir sea llevarse 150 FAL, porque en la coyuntura que se presentaba no los iban a necesitar.

No, porque se pensaba en términos prácticos estratégicos.

El hecho político en el ascenso del camporismo, con el peronismo en el poder, pasaba más por los barrios, por las fabricas, por los sindicatos.

Indudablemente, la coyuntura que se abre el 25 de mayo de 1973 es una coyuntura de lucha por la conciencia de la gente. A mi modo de ver la política es pelear por la cabeza del otro. Nos disputamos las conciencias de la gente. Eso es lo que hacemos los militantes, salimos a disputar conciencias en la sociedad. Y sobre todo, los que somos militantes de izquierda nos disponemos a disputar la conciencia de la clase obrera, de los trabajado-

res. Hoy me queda muy claro que el 25 de mayo se abrió la gran disputa por la conciencia de las masas trabajadoras y por el pueblo en general, y de las clases aliadas que pudiera haber. Pero en ese momento nadie decía que eso no había que hacerlo, por eso el PRT tenía sus militantes insertos en fábricas, en centros estudiantiles, etc. No es que no había trabajo de masas y trabajo de base. Había trabajo de masas, y mucho. Pero se creía que se debía hacer eso y al mismo tiempo marcar el ritmo con acciones armadas. Y ahí creo que hay un error de concepto groserísimo, grave. No porque 150 FAL hicieran más o menos falta, sino porque yo te podría contra argumentar que no hacen falta hoy pero iban a hacer falta cinco años después.

Hay ciertas operaciones que son marketineras y tienen un peso importante en la competencia con otras organizaciones. Si ganabas un sindicato o una comisión interna tenías, con suerte, una noticia en la página 17 de Clarín. Si hacías el ataque a Sanidad tenías la primera plana en todos lados.

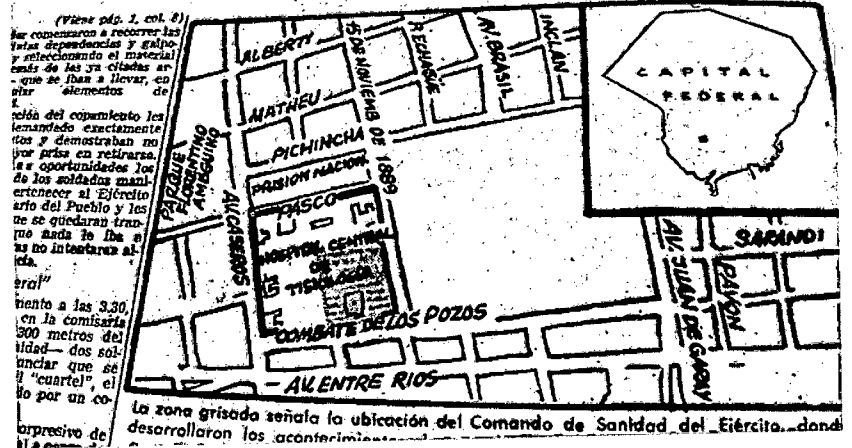
Coincido en que nosotros caímos en el error de creer que, como éramos muy hábiles para ganarnos las tapas de los diarios, eso nos hacía mas populares, nos hacía conocidos y era bueno para nosotros. Eso es grave, porque lo que hay que hacer no es salir en los diarios sino insertarse en la conciencia de la gente. En ese sentido los diarios pueden ser una herramienta, pero es una más de las que existen. La obsesión por salir en las tapas de los diarios es grave. Yo no puedo negarlo, nosotros celebrábamos la tapa de los diarios, nos encantaba. Eso no es construir poder. Esto es un problema que merece un análisis de fondo. Pero no sé si todas las acciones se hacían

pensando en eso. Creo que no. Por ejemplo creo que Sanidad no se hizo pensando en eso. Se hizo porque esos 150 FAL en Tucumán iban a ser muy útiles. Entonces aparecía un cuartel con un compañero adentro que le merecía confianza a la dirección del partido, estábamos garantizando a la conducción del partido desde la regional, "hacemos el cuartel, cuentan con los 150 FAL" y entonces se juntaban distintos intereses. Se juntaba la tapa de los diarios, los 150 FAL y la confirmación del PRT, es decir "digo y hago lo que digo", es decir el mensaje a la sociedad. En Sanidad se juntan esas tres cosas, como en otras acciones, lo cual no quita que eso que dicen me parece cierto. Pero a veces, en casos puntuales, hay que matizar un poco más.

Volvamos a la operación. ¿No había un rasgo de aventurerismo en tratar de tomar un cuartel en el centro de una de las ciudades más custodiadas de la Argentina? Era como tocarle el culo al león.

Usábamos esa expresión entre nosotros mientras armábamos el operativo. "Se van a poner locos los milicos"; "No nos van a perdonar nunca esto", "les estamos tocando el culo en medio de la Capital", "nunca nadie hizo una acción de este tipo en la Capital", etc. Y es más, nunca se repitió una acción como esa. En buena medida la poca simpatía que nos tienen los milicos es precisamente por eso, porque ellos tienen perfectamente claro que si ese colimba no se escapa... No es un mérito de ellos. Sanidad fracasó por un error nuestro. Cuántas veces me recordaron de muy mala manera, durante los años que estuve en cana, que les hicimos pasar un papelón. No lo perdonaron nunca. Y a nosotros eso nos

El intento de ocupación de Dirección de Sanidad del E



hacia sentir orgullosísimos. Y en el fondo era una pendejada. No teníamos que andar haciendo exhibición de habilidad de comando como si fuera una película de Hoollywood. Ese no es el objetivo de una organización popular que lucha por la toma del poder. Visto ahora, treinta años después, es evidente. Pero en ese momento nos parecía fantástico decirle al pueblo argentino "miren de lo que somos capaces". Era un mensaje importante.

¿No tiene Santucho una buena cuota de responsabilidad? Porque esa misma línea de asaltos a cuarteles continuó y en algunos casos trágicamente. Azul y Monte Chingolo. Ahí había una cabeza, mas allá de un Comité Central. El era el líder.

Me gustó el número cuatro de *Lucha Armada*, donde entrevistamos a este chico que escribió sobre Monte Chingolo (Gustavo Plis Steremberg). Cuando le hicieron la misma pregunta sobre el "Negro", el respondió: "no lo fusilemos, no lo crucifiquemos. Analicemos sus virtudes, sus defectos, sus errores y sus aciertos y humanicemos la figura de Santucho". Creo que hay que manejarse en esa línea.

En el país de Borocotó hay que ser cuidadosos con los criterios de enjuiciamiento de la dirigencia política, sea o no revolucionaria. Si no, esto es una joda y no hay parámetros para nada. Y doy Borocotó como ejemplo provocativo, a propósito. Argentina es el país de Borocotó. Y hay que ser muy respetuosos tanto para evaluar la figura de un compañero como Santucho, como inclusive, la figura de tipos como Lanusse o Perón. Seamos prudentes y seamos respetuosos y metodológicamente equilibrados. Seamos serios, en definitiva. Hoy tu "orga" esta desaparecida, destruida, muchos compañeros muertos, encima no podés defenderte. Entonces venimos nosotros, los esclarecidos treinta años después y te cagamos a sopapos. No me gusta. Mirémoslo como uno de los dirigentes importantes de nuestro país, sin perder de vista que este es el país de Menem y Borocotó.

¿Cuál es tu evaluación de Santucho?

En referencia a la calidad de la dirigencia política argentina, yo creo que Santucho es un tipo que se destaca. Se destaca claramente del núcleo de los dirigentes políticos mas relevantes que

tuvo la dirigencia política. Con esto no quiero decir que tenga la estatura de un Perón o de un Yrigoyen. Pero hay que colocarlo entre los dirigentes políticos argentinos que merecen el mayor respeto, aún con todas las macanas que se mandó la organización que él conducía. Estoy de acuerdo en una cosa: el secretario general era él, el comandante del ERP era él y la responsabilidad final era de él. Sin duda. Ahora, también es cierto que se llevaba adelante esa responsabilidad en condiciones excepcionalmente duras, excepcionalmente complejas y que por lo tanto tuvo responsabilidades excepcionalmente graves, así como méritos y virtudes personales notables. Creo que el "Negro" era esa clase de personaje. Un tipo excepcional. Para bien y para mal. Yo lo pondría en ese marco.

No se trata de destruirlo. Simplemente resaltar los grados de responsabilidad, porque su capacidad de mando era muy grande. Quizás haya que tomar en cuenta esto cuando se hace una revisión del pasado.

Aún cuando él no fuera un dirigente con tanta capacidad de mando, igual era el secretario general y comandante del partido. Olvidémonos de sus características personales, igual tenía la responsabilidad política final. Es el fundador, no se le puede pedir más. Obviamente es el responsable final. Lo que a mí me preocupa, y lo veo en muchos debates de los últimos años, es lo poco que se habla del Comité Central de nuestro partido. Porque estos jefes carismáticos (como Santucho) funcionan así porque lo son; tienen capacidad de mando, liderazgo, capacidad intelectual, militar, etc, características personales que los colocan como conductores natos. Pero detrás de él había un Comité Central

que, visto hoy a la distancia, era muy deficitario. Esto no lo digo para aliviar la responsabilidad del "Negro". Insisto, la responsabilidad final era de él. Aclarado esto, añado: ¿Y nuestro Comité Central? ¿Nuestro Ejecutivo? Eran compañeros con dos huevos así de grandes, con carácter, con experiencia, con formación, tipos capaces de dar la vida por sus ideas y sus objetivos... y sin embargo su nivel de debate con Santucho era bastante bajo.

¿Se puede explicar todo por el carisma? En cualquier ejército regular, si un general se equivoca, ese general se va. En cambio, en el ERP el responsable de un fracaso en el frente militar no se fue.

En ese sentido, las FFAA. de la burguesía son mucho más sabias. También es producto de la experiencia acumulada durante siglos, eso no hay que despreciarlo. La breve historia del PRT-ERP transcurre desde 1970 a 1976, es una historia muy cortita, hasta se habla de etapas, y es muy poquito seis años en la historia política de un pueblo. ¿Que son seis años en la experiencia de la clase obrera argentina? En todo ese tiempo el "Negro" fue el secretario general, y desde que se fundó el ERP, en 1970, su comandante. En ninguno de los fracasos militares se le asignó responsabilidad a él. Él era el que opinaba acerca del fracaso de la acción, ¿se fijaron en eso? como que la responsabilidad militar de la acción estaba siempre en otros compañeros y él estaba siempre en escalón por arriba, como si no tuviera responsabilidad sobre la acción militar, cuando en realidad hay acciones militares que, aún cuando hubieran salido bien, eran equivocadas. Monte Chingolo, por ejemplo. Si Monte Chingolo salía bien, ¿eso quería

decir que el PRT tenía razón? Monte Chingolo estaba mal, con la catástrofe o con el éxito, por eso digo que hay que mirar un poco al Comité Central y al Ejecutivo.

¿A qué se puede atribuir el hecho de que el Comité Central aparezca desdibujado?

Creo que eran como cuarenta compañeros. Habría que preguntarle a alguno que haya estado activo en el Comité. Están los estatutos, yo no me acuerdo de memoria. Mattini (dirigente del PRT) se debe acordar. Yo no sé cuantos compañeros quedan vivos del Comité Central del PRT. Del ejecutivo no sé si queda alguno.

¿Gorriaran?

Nunca estuvo en el Ejecutivo. Tuvo muy pocas tiras. Es un mito. En la estructura política nunca tuvo cargo de nivel. Por un lado existe el problema de que quedan muy pocos compañeros vivos, y de los que quedan vivos hay que ver si quieren hablar, y si quieren que se sepa que eran miembros del Comité Central del PRT, porque hay algunas cosas que los milicos no saben y que les encantaría saber. Hay que ser prudentes con eso. Por otro lado, las condiciones de funcionamiento de ese comité eran excepcionalmente complejas en esos seis años. Juntar al Comité Central era un quilombo de infraestructura y logística. Pero aún, entendiendo todo eso, a mí me sorprende. Había compañeros que eran dirigentes sindicales, delegados de fábricas, de bases, de sectores cañeros o estudiantiles. Es decir, compañeros con formación política, militar, personal, experiencia en sus vidas. ¿Y... muchachos? ¿Qué pasó? ¿Qué discutían? Yo digo esto porque siempre fui bastante discuti-



y cuando tuve que discutir, discutí y nunca me pasó nada. Nunca recibí una sanción, nunca nadie me llamó la atención, nadie me amenazó. Ya fuera mientras estaba preso como durante mi poca experiencia en el partido antes de ser detenido. Más de una vez planteé discusiones. Encima viniendo de tradición más bien peronista y con una formación más ecléctica, cada dos por tres tenía discusiones. ¿Ustedes piensan que alguna vez un responsable me apretó mal porque yo planteara una discusión? A mí no me pasó nunca.

El desdibujamiento del Comité Central quizás pueda explicarse por cierta tradición de izquierda. En el PC, mientras estaba Codovilla, su palabra era la última...

Yo creo que eso es central. Hay una tradición en la cultura de la izquierda argentina que es poco deliberativa. Es assembleísta o es disciplinada hasta al

extremo. Cuando es assembleísta estamos discutiendo y discutiendo para hacer una pintada; primero hay que discutir sobre cómo está la coyuntura en la región. Cuando es disciplinada, lo que dice el ejecutivo se hace, no se discute. El centralismo democrático en los papeles es precioso pero en la práctica es más centralista que democrático. Pero no porque alguien reprima por discutir. Yo nunca vi que a un compañero se lo haya amenazado o retado por discutir.

Cuando se organizaron tendencias en camino al V Congreso, en 1970, aparentemente hubo una bajada de línea feroz desde el ejecutivo. De hecho, la gente del GOR (Grupo Obrero Revolucionario) no fue invitada. Hay una forma de construcción del partido que es nítidamente autoritaria. Se puede discutir, organizar tendencias... que culminan con la expulsión.

Con el assembleísmo, donde se

discute el camino al socialismo durante quince años, y en el medio se hacen dos pintadas, o con la centralización, donde se hace lo que ellos dicen y después se discute, el resultado es el mismo: negar el debate, empobrecerlo, y obviamente no revisar los errores.

¿Qué pasó dentro del partido inmediatamente después de Sanidad? ¿Qué evaluación se hizo?

Recibí todos los informes muchos meses después. Porque primero estuve "chupado"; después me llevaron a la cárcel de Magdalena, bajo cuidado de Gendarmería. Verme a mí era una especie de proeza bíblica. Durante muchos meses la única persona que me vio fue mi vieja. No era fácil comunicarse conmigo. Después en el PRT se encontró un método y meses más tarde comencé a recibir los informes de todo lo que pasó. Me enviaron elogios, ascensos, y una evaluación que calificaba la acción como militarmente ejemplar, una clara ratificación de la línea política del partido. Eso se publicó en *Estrella Roja* y en *El Combatiente*. Otros informes eran un poco más internos, no públicos, pero lo esencial era eso. "Flaco, vos sos un genio, la línea quedó confirmada, el éxito militar es indudable y le tocamos el culo al león".

Y si salió mal, bueno, son vicisitudes de la guerra

Lo peor de todo es que Sanidad parece darle la razón, por aquel colimba que se escapó... Así, toda la conclusión se sintió justificada. Si el colimba no se escapaba éramos Gardel.

¿Como terminó? ¿Con los doce detenidos?

Éramos catorce en total. Trece detenidos y el compañero herido

que sacamos. Todavía hoy nadie sabe quién fue.

¿Qué pasó con vos? Un joven que discutía, leía, proveniente de un hogar de intelectuales que de pronto pasa 12 años, 7 meses y 10 días preso... Además, por ser soldado, en condiciones más duras que otros.

Estuve en las cárceles de Magdalena, Caseros, Rawson y Devoto. El problema conmigo era justamente ese. Era un compañero en manos de militares. Me consta que esta situación desvivía al partido. Les quitaba el sueño. Estaban preocupadísimos por mí. Preocupados por mi salud mental, física y por mi vida. Me tenían en la cárcel de Magdalena. Nadie la conocía. No se sabía nada de esa cárcel. Y encima cuidado por una fuerza con la que el partido no tenía ningún vínculo. Era una situación complicada en lo personal y en lo político. Los compañeros, mientras pudieron, se portaron muy bien porque encontraron la forma de mantener una comunicación, mandándome algún mensaje, haciéndome llegar los informes y palabras de aliento. La verdad es que mientras pudieron lo hicieron, inclusive hasta pintaron medio país con mi nombre "soldado del pueblo", "si lo tocan a Invernizzi se pudre todo". Sé que amenazaron a muchos militares diciendo "si lo tocan al flaco volamos todo por todos lados"; también secuestraron a uno o dos militares para canjearlos por mí, lo cual significaba que yo, por otra parte, cobraba las peores palizas de mi vida. Cada vez que pasaba algo que inteligencia militar sospechaba vinculada conmigo, yo salía del calabozo y cobraba como el mejor. Eran las reglas del juego. Tampoco iba a decirles a los compañeros que no hicieran nada por mí. Era una lógica diferente.

¿Y en lo personal?

Pasé en la cárcel épocas de un rigor extremo, superlativo, diabólico, y épocas en las que podría decir que tuve el tratamiento que un preso podía tener, que fueron las menos, es verdad. De septiembre de 1973 a septiembre de 1976 estuve aislado. Encontré la forma de comunicarme con otros compañeros colimbas presos, por supuesto, pero físicamente yo estaba solo, encerrado en una celda de 2,5 por 1,5 metros que daba a la calle con un ventanuco ahí arriba, una cama, una mesa y una silla. Recién me juntaron con otros colimbas que cayeron presos después que yo, en septiembre de 1976.

¿Y lecturas?

Hubo épocas en que pude leer, y muchísimo, todo en el año 1974. Leía dos libros por día, una cosa enferma. Pero tenía que usar la cabeza. Después, en 1975, se empezó a poner duro, los libros entraban salteados. Y después nada. A todo esto aclaro que no tenía diarios, ni radio, ni revistas. Durante el primer periodo lo más terrible fue el aislamiento. Los siete días a la semana yo estaba solo y recibía a mi vieja dos horas el sábado y dos horas el domingo. Eso lo enfrenté con disciplina, imponiéndome pautas, haciendo rutinas físicas, rutinas intelectuales, rutinas de memoria, todo para no volverme loco. Y en ese sentido lo que valoro mucho a lo largo de toda mi experiencia carcelaria fue la solidaridad de los presos comunes.

¿Había presos comunes en Magdalena?

Si, colimbas que robaron, que le pegaron una trompada a un milico, o que habían matado a un milico. También los Testigos de Jehová, que se negaban a hacer el servicio militar. Ellos eran un problema, porque los Testigos de

Jehová, por razones religiosas no pueden mentir; entonces los gendarmes les preguntaban "¿dónde está Invernizzi?" y como no podían mentir decían la verdad y después se disculpaban: "como no podemos mentir les dijimos que te vimos en ...". Una cosa psicótica, parecía una película. Había como cincuenta Testigos. Me tenía que cuidar más de ellos que de los gendarmes. Con un gendarme algo se puede negociar, con los Testigos nada: "yo no puedo mentir porque Jehová me lo prohíbe". Después me juntaron en un pabellón donde encontré compañeros de Montoneros y del Partido. Para mí fue una fiesta. Ahí empezamos una experiencia que va desde fines de 1976 hasta el traslado a Caseros, a principios de 1981.

¿Estabas condenado a prisión perpetua?

Sí, perpetua, por tribunal militar porque era soldado. En esos cinco años llegamos a ser en un momento alrededor de veinte. Había un grupo de compañeros del Partido, un grupito mas chico de Montoneros, uno del Partido Comunista Revolucionario, uno del Partido Comunista y dos servicios que nos enviaron. Y en esos cinco años pasó de todo. Pasamos dos años sin recreo, sin libros, sin diarios, con una hora de visita por semana, apaleados día por medio. En la cárcel militar hacían con nosotros lo que se les antojaba. Nos tenían a su merced. Pero por lo menos eran palizas compartidas, nos acompañábamos en el dolor de huesos con los compañeros; en cambio cuando me cagaban a trompadas o me sacaban para hacerme un simulacro de fusilamiento durante los primeros tres años, estaba solo. Cuando me sacaban, me paseaban, me verdugueaban como saben hacerlo los milicos, y me devolvían al calabozo, me la

tenía que bancar solito. En cambio, cuando uno está con compañeros, bueno, se socializa la cosa, se comparte, y si viene el llanto, la risa, el chiste, el bajón, es comunitario. Después vinieron épocas mejores y pudimos volver a leer, aunque de pronto nos sacaron los libros nuevamente y sólo nos dejaron la parte deportiva y los chistes de *La Nación* y de *Clarín*. Recuerdo que durante seis meses nos dieron una Biblia a cada uno. Todo eso planificado, no es que fuera improvisado. Nos querían volver locos cambiando el régimen permanentemente, y eso desorganiza la cabeza. Uno se hace un esquema de supervivencia y los tipos lo cambian. El terror funciona así justamente, te desorganizan, te desestructuran, uno no sabe por dónde vienen, van cambiando la bocha todo el tiempo y el preso queda con la sensación de estar desarmado para enfrentar la agresión. El objetivo era paralizarnos, obviamente. En 1981 el Estado Mayor General del Ejército tomó la decisión de sacarse a los presos políticos de encima. Porque éramos un problema. Para cuidarnos a nosotros estaban obligados a mantener una estructura enorme en una cárcel, que a la vez era una cárcel para ellos. Durante décadas habían estado tranquilos en esa cárcel y vinimos nosotros, los subversivos, y se la pudrimos. El general Viola tomó la decisión: "esto es totalmente antieconómico y aparte va contra la logística, la estructura". Hasta que llegué yo esa cárcel era de puertas abiertas. Los milicos se iban a su casa los fines de semana y después volvían. Y a medida que se pobló de subversivos tuvieron que tomar súper medidas de seguridad, un helicóptero parado a cien metros, un tanque cerca, porque además tenían la fantasía de que los compañeros me iban a sacar a sangre y fuego.

¿Hubo plan de fuga?

Oficial, no. Lo que hubo, sí, fueron amenazas continuas del Partido de que me iban a sacar; y yo me decía, "muchachos, cambien de táctica, la puta madre", porque cobraba muchísimo. Pero los gendarmes tenían la obsesión de que me iban a ir a buscar. Y entonces venían a verme generales, coroneles, y me decían: "vos sos un símbolo para tu ejercito y sabemos que te van a venir a buscar porque te necesitan. Los estamos esperando, deciles que vengan". Y era cierto, yo era un símbolo, pero los compañeros no eran boludos, no iban a venir a sacarme de una cárcel en el medio del campo y con el Regimiento de Tanques con mayor poder de fuego de América latina a tres kilómetros. La seguridad ahí era infernal. Entonces Viola sensatamente dijo "mandemos a la cárcel a estos como Dios manda y terminemos con ese quilombo". Entonces un día cayó el Servicio Penitenciario, y ellos no son como los gendarmes, sino que tienen otra lógica, hablan de otro modo, tienen otro lenguaje, tienen otra forma de comunicarse. Nosotros no entendíamos nada. El primer día fue a las trompadas, porque estábamos acostumbrados a tratar con oficiales y suboficiales de gendarmería. Nos hicieron entender las nuevas reglas del juego muy rápido. Les doy un ejemplo. En la cárcel militar si te ven caminando con la cabeza gacha te gritan: "la puta que lo parió ¿qué le pasa? levante la cabeza". Porque en la vida militar se camina sacando pecho aunque uno sea un subversivo; y al milico uno lo mira cara a cara, directamente a los ojos. Existe una cuestión de virilidad y competitividad permanente. En la cárcel civil, en cambio, hay que caminar con las manos atrás y la cabeza

gacha. Venían los grises del Servicio Penitenciario y nos veían caminar sacando pecho. Un sopapo: "hijo de puta, ¿por qué me pegás?" y ahí había trompadas. Allí la regla es bajar la cabeza y poner las manos atrás. Nosotros no bajábamos la cabeza ni por casualidad. Pero no por machos, sino porque estábamos acostumbrados a otro código.

Volvamos al traslado

Nos llevaron a Caseros y nos pusieron en un pabellón que nosotros bautizamos "pabellón experimental" porque nos pusieron a todos los colimbas, suboficiales y los dos servicios que venían con nosotros. Éramos 35 o 36. En ese pabellón, en seis meses, se produjo un suicidio, dos intentos fallidos de suicidio, dos compañeros infartados y tres compañeros que se volvieron casos psiquiátricos graves. Fue la experiencia más dura que me tocó en la cárcel. Ahí me hice viejo, realmente. Todos los que estuvimos lo sufrimos de un modo terrible. Muy destructivo. Ese pabellón duró seis meses, hasta septiembre u octubre de 1981.

¿Fueron torturados?

A mí no me pegaron ni una vez. El método era sofisticado, planificado por un equipo de profesionales. Sociólogos, psicólogos, médicos, nutricionistas y antropólogos que manejaban el proyecto de trabajo con ese pabellón. Nos llamaban para hacernos tests. Como había estudiado psicología y venía de una familia donde la psicología era una cosa habitual, yo estaba advertido. Me acuerdo de una psicóloga que pretendía tomarme un test, un diagnóstico psicopatológico como el Royal, por ejemplo. Sabía qué era lo que no tenía que contestar porque conocía la técnica. Recuerdo que le dije: "Si querés

que te haga a un sicótico te hago un sicótico, si querés un esquizo, te hago un esquizo, si querés un paranoico te hago un paranoico. La mina super estructurada llamó a otra. Y vino una licenciada obviamente con un nombre falso. Era gente con una formación intelectual de primer nivel. Y todos "servicios". Todo el esquema de conversación estaba claramente orientado a sacar información. Ese es un tema pendiente que tenemos en nuestro país: porque esa gente trabajó para los milicos y hoy está en las universidades, en las facultades, trabajando y formando jóvenes.

¿En qué momento comenzaste a revisar críticamente la experiencia en el PRT?

La primera revisión política profunda la hice cuando se murió Perón. Yo estaba solo y tenía que arreglármelas con los informes que recibía cada tanto. Los compañeros me enviaban informes pero no tenía modo de hacerles llegar nada a ellos. Así que mi experiencia fue absolutamente individual. Cuando murió Perón para mí fue un shock político. Me agarré un cagazo bárbaro. La sensación que tuve fue: "acá se pudre todo, en los próximos meses nos voltean". Pensé que me mataban. Y visto treinta años después fue un buen análisis. Fue mas visceral que intelectual. Este era el único tipo que quedaba en la Argentina que podía mantener ciertas reglas del juego, mas allá de la Triple A y toda esa monstruosidad que todavía falta investigar. Mi sensación era que, muerto Perón, el país entraba en un desmadre donde las que quedaban con el poder eran las FF.AA.

Bueno, no fue una evaluación muy equivocada.

Lo miro treinta años después y digo "que intuición que tuve",

porque no puedo decir "me puse a revisar mis lecturas y entonces...". Nada. Fue una sensación, fue intuitivo. Pensé: "más vale que nos metamos abajo de las baldosas porque nos van a des-trozar". Pero mi opinión no trascendía en ningún lado, porque yo estaba solito en mi calabozo. Después, lo de Monte Chingolo me partió la cabeza. Al principio no tenía noción del nivel de catástrofe que resultó. Pero la lectura de los diarios... esa semana me dejaron leer todo, me trajeron de todo. Hasta diarios del interior del país me trajeron los milicos; estaban contentos y me decían "los hicimos mierda". Durante quince días me gastaron hasta los cocineros de la cárcel. Para mí era desolador. Solito con mi alma leyendo los diarios.

Fue una catástrofe

Una catástrofe política y militar. No hacía falta ser un genio para darse cuenta del desastre. Pasé un par de noches sin dormir por la desesperación. Encerrado, solo. No podía reflexionar, eran sensaciones de "hay que rajar, hay que irse, hay que volver a encontrar la manera de cambiar las cosas".

¿No pudiste conversar con nadie?

Cuando me encontré con los compañeros en Magdalena comprobé que ellos estaban más desinformados que yo, y para colmo eran compañeros con mucha menos experiencia, con menor nivel de inserción en la organización. Yo era muy joven pero estos habían entrado a la colimba un año después que yo. Eran mas jóvenes políticamente hablando.

¿Con ellos discutiste Monte Chingolo?

Comenzamos a conversar. En general la conclusión fue que nos habían ganado. La sensación

era esa, "nos ganaron", "afuera no hay nada", "vamos a ver cómo nos arreglamos". Algunos creíamos que cuanto mas organizados estuviéramos en la cárcel más posibilidades teníamos de enfrentar a la represión. Otros pensaban exactamente al revés: cuanto más espontánea, comunitaria y hippie fuera la convivencia en la cárcel tanto mas posible era la salida del sol. Pero la condición generalizada en todos nosotros fue, a principios de 1977, que "estamos solos, no queda nada".

¿Y reflexionaron cómo se llegó a esa situación?

Claro, ¿qué pasó? Hace cuatro años estábamos por tomar el poder, el poder estaba a la vuelta de la esquina y ahora resulta que nos hicieron puré. Empezábamos a discutirlo y yo tenía una postura muy crítica. Quizá mas crítica que ahora. Quizás por que no tenía la madurez suficiente, quizá también por haber sufrido tanto. Era muy joven, caí en cana a los 20, y ahora tenía 27. Esos siete años habían transcurrido en la cárcel bajo condiciones de crecimiento personal excepcionales. No había crecido esos siete años militando o trabajando o haciendo una vida normal, sino haciendo una especie de doctorado en supervivencia. Entonces, mi mirada en 1977 era catastrófica en términos de mirada crítica. Y recién pude empezar a matizar, a flexibilizar mi análisis cuando encontré a los compañeros en 1981, cuando se rompió ese microclima de veinte tipos, de los cuales, además, solamente diez eran del Partido. Hasta entonces, la situación para reflexionar era la peor. Para colmo sin información. Recuerdo cuando los milicos nos fueron a exhibir la muerte del Robi Santucho. Vinieron contentos. Recuerdo

que un capitán del ejército me hizo comer un diario con la noticia.

¿Qué sucedió cuando los juntaron con los demás?

Cuando llegamos a las cárceles civiles se abrió el juego. Fue como viajar a Europa, como salir del pozo. Dejamos de ser un grupito de diez que hablábamos entre nosotros para estar con unos 200 compañeros. Y la cabeza se fue abriendo de nuevo. Eso fue una fiesta. Ahí encontré compañeros peronistas y de otras organizaciones más chicas que conocía de antes; también con compañeros del Partido a los que conocía por el nombre de guerra. Fue como volver a vivir, estaba eufórico. Quería hablar con todos al mismo tiempo, y saltaba de uno a otro. Allí me enteré de lo que estaba pasando. Porque ellos tenían un nivel de información constante y sistemático, ya que nunca habían perdido el vínculo con el Partido. Tenían más información de la que podía procesar.

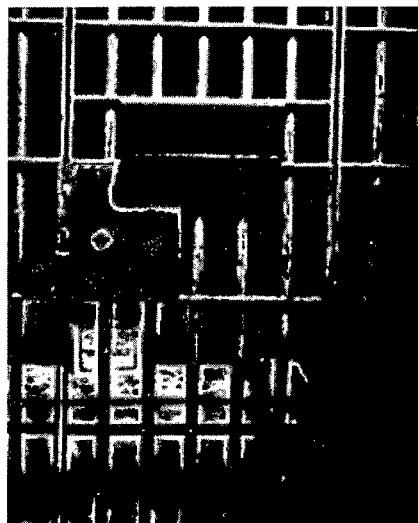
¿Había diferencias entre ustedes?

Hubo internas. Entonces nos juntamos los ocho que éramos del PRT y dijimos "hagamos la tendencia. Nosotros ocho solos diciendo somos la tendencia de la no tendencia. No tenemos un carajo que ver con todo esto, escuchamos a todos y no opinamos". Nos pusimos de acuerdo en eso porque no comprendíamos por qué estaban peleados los compañeros del Partido. Afuera estaba la crisis de los que se iban para Europa o los que se iban para cualquier otro lado. Y en la cárcel se había producido una división parecida. ¿Nosotros qué teníamos que ver con todo eso? No entendíamos nada, no sabíamos de qué nos hablaban. No sabíamos nada. Nada. Entonces fue una fiesta y al

mismo tiempo fue un desconcierto total. Ahí se dio una discusión política de una riqueza como pocas veces en mi vida tuve la suerte de tener. Además había cuadros. Compañeros de organizaciones peronistas, armadas y no armadas. Era bárbaro eso. Unos meses después me trasladan a Rawson y me encuentro con la "patota". Si yo venía de una fiesta, esto ya fue una orgía ideológica. Porque además encontré a mis compañeros del corazón, los más cercanos, a los que más conocía. También a mis compañeros de Sanidad, a los que yo no veía desde septiembre de 1973. Fue muy fuerte. Los compañeros más antiguos tuvieron que separarnos porque no podíamos dejar de abrazarnos y besarnos. Nueve años después nos volvíamos a ver. La última vez que me habían visto yo tenía cara de pendejo y peladito como un colimba; ahora la tenía rota de tantos años de cárcel.

¿Allí también había internas?

Por suerte los compañeros que estaban en Rawson tenían una muy buena organización partidaria no afectada por las tendencias y las discusiones externas. Es decir, las tendencias y las discusiones externas estaban sumidas dentro de la organización interna. Los que querían participar podían hacerlo. Estaban los que no querían, pero la "orga" estaba hecha para que pudieran existir las dos tendencias sin necesidad de que hubiera rancho aparte de cada una de ellas. A veces discutíamos, nos peleábamos, pero uno no estaba obligado a tomar partido; si conversaba con los más "fierros", o los acusados de ser socialdemócratas, podía hacerlo sin tener que tomar partido, mientras respetara a los compañeros que manejaban el Partido en ese pabellón. Más o menos se discutía, se conversaba...



¿Y cuál era la situación de los presos?

Había compañeros que estaban completamente quebrados y no podían participar de ninguna clase de debate, y estaban los compañeros que habían sido perdidos, que no es lo mismo que quebrados. El que se quiebra dice yo no quiero saber más nada, entonces no está humanamente perdido. En todo caso el pueblo ha perdido a un militante. No va a volver a militar. No quiere saber más nada con la organización y dice "olvidate, yo hice mi parte, chau." Ese es un caso. Otro caso es al que se le ha quebrado el corazón o la cabeza, los compañeros que se volvieron locos, que no fueron pocos... fueron unos cuantos. Estaban rotos por dentro. Yo no sé si estaban locos. Es esa clase de gente que te das cuenta que no sirve para nada. No es que no sirva para la militancia, no sirve para nada. Hubo algunos compañeros a los que les pasó eso.

El término "quebrado" tiene una carga moral acusatoria. ¿Se puede hablar de "quebrados"? Porque de alguna manera es también producto de una práctica política errada.

Yo haría una diferenciación. Una cosa son aquellos compañeros a los que se les rompió el corazón,

se les quebró algo adentro, y que me atrevo a decir que no sirven para nada. Pero no porque no vayan a militar nunca más, sino porque se advierte que es gente llena de resentimiento, de odio. Esto es una cosa. Otra cosa es el que elige, el que llega a la conclusión, por las experiencias de la vida, que no quiere seguir militando en nada o en esta clase de organizaciones. Para mí eso no es un quebrado. Es simplemente un compañero que optó por otros caminos de la vida y acabó con esa historia. Es posible que la vida nos reencuentre más adelante. Cuando hablo de "quebrado" hablo de aquel que humanamente se rompió, el que ya no te mira a la cara, no te mira a los ojos. Es muy claro. Es esa clase de gente con la que no te sentás a tomar un café. Después por ahí con el tiempo se recuperan. Ojo, estoy hablando de situaciones extremas, límites, en donde durante años coqueteás con la muerte, con la paliza, con la muerte de tus amigos. Dentro de los que nos manteníamos organizados había compañeros que decían, "miren, yo estoy en esto, pero cuando salga no sé si sigo". Todavía más, algún compañero también nos dijo "yo acá estoy organizado porque es nuestra forma de sobrevivir, pero cuando salga no cuenten conmigo". Eso también existía dentro de la estructura. Era una estructura que, en la tradición del PRT, era anormalmente flexible, pero bajo condiciones excepcionales.

¿Qué iba a ser de tu vida después de Sanidad, en caso de no ser detenido? Porque eras un soldado identificado con nombre y apellido.

Si todo salía bien, ¿qué hacía el Partido conmigo? ¿Qué opciones había? Una era mandarme a la clandestinidad más rigurosa porque me iban a buscar abajo de la

última baldosa; la otra, sacarme del país. La conclusión a la que se llegó fue que no se justificaba armar la estructura que había que armar para mantenerme clandestino, porque yo me iba a convertir en un símbolo y los militares me iban a buscar hasta encontrarme. Entonces me pareció sensata la conclusión de sacarme del país. En un momento se coqueteó con la idea de enviarme a Tucumán incorporado al frente rural, pero yo me opuse. Yo soy un perro urbano, soy un hombre del asfalto. Se decidió sacarme del país y luego evaluar cuándo y cómo volver. En la alternativa de que saliera mal... entonces, que Dios se apiade de tu alma.

¿La clandestinización podía acarrearle problemas a tu familia?

Tenemos que hablar las cosas siempre en su contexto. En 1973 no había razones para creer que la familia de un compañero en mi situación pudiera ser víctima del terrorismo de Estado. Estaba afuera del pensamiento de todo el mundo. Tenía claro que iban a allanar mi departamento, vivía solo, y había dejado todo preparado. Irían a la casa de mi vieja, algún tío, alguna tía, los Urondo seguramente iban a cobrar por algún lado, ya que también eran familia. Pero no iba a pasar de eso. Típicos allanamientos al estilo de la dictadura de Lanusse, pero en un panorama democrático; además, con una familia de gente conocida, difícil que quisieran meterse. Era gente muy popular, trabajaban en televisión, en radio. La Triple A todavía no existía. No tenía una preocupación como la hubiera tenido a mediados de 1974, donde la coyuntura había explotado y los niveles de violencia eran completamente diferentes de cuando yo caí preso.

No sé qué hubiera pensado si me hubiera tocado algo parecido a

partir de 1974. Lo más probable es que no hubiera participado de la acción de Sanidad porque era mandar a la muerte a mi familia. Hubiera militado, hubiera hecho las cosas que tenía que hacer, pero no algo que era tan explícitamente condenatorio para mi familia. El amor a la familia habría sido más fuerte que el amor a la Revolución. Mas de uno al leer esto va a decir que soy un "pequebu vacilante". Conozco a más de uno que me diría "siempre fuiste un pequebu vacilante".

Antes afirmaste que el poder estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo en los documentos se hablaba de una guerra revolucionaria prolongada.

Una cosa son los documentos, o el Estado y la Revolución, el imperialismo. Una cosa son las lecturas y otra cosa es la sensación ambiental, el clima, la temperatura. La sensación era que mas allá de todo lo que decían las teorías, las mas dura racionalidad, mas allá de lo que decían las experiencias populares que nos guiaban, como Bolivia, Vietnam, China, la Revolución Rusa, mas allá de eso estaba claro que la cosa estaba ahí, le teníamos que dar el golpe de *knock out*, "ya lo tenemos" era la sensación. Había una situación de euforia. Vivimos además el pico de efervescencia de movilización de masas. La sensación era que estábamos para ganar. Ojo, los documentos lo desmentían, pero esa era la sensación militar.

Un clima de euforia

Si, esa era la sensación. Teníamos que terminar de organizarnos para darles el golpe de gracia; y eso nos podía llevar cuatro o cinco años. En esos años había que ser un cuadro político muy evolucionado para no dejarse influir por el ambiente. Para

no confundirse en esa situación hace falta un Fidel, Ho Chi Mi, un Lenin. Un cuadro superlativo para poder ver exactamente lo que estaba pasando. ¿Quién se daba cuenta de lo que estaba pasando? Hablo de agrupaciones que tuvieran peso en la política argentina. No veinte intelectuales y cincuenta militantes. No. Hablemos de organizaciones con desarrollo, que tenían capacidad de gestión política, que eran dos o tres. Si lo pensamos bien, los únicos que no se dejaron arrastrar por ese vértigo fueron la gran burguesía y Perón. ¿O no fue así? Los que tenían perfectamente claro lo que estaba pasando no fuimos nosotros, fueron nuestros enemigos o Perón.

Pero hubo organizaciones menores que, aunque no lograron prosperar, advirtieron que el camino era otro.

Es cierto. Hubo organizaciones que tuvieron una mejor caracterización de la etapa, sin duda. Pero aún así la sensación en ese momento es que con esa razón no alcanzaba para hacer la Revolución. Porque no alcanza con tener razón, hacen falta otras cosas. Decíamos: "puede ser que sí, que tus análisis sean mejores que los míos, pero con vos la Revolución no la vamos a hacer nunca. Porque de tanta razón que tenés al final no haces nada".

Una cosa que parece característica de esta sociedad es el exitismo. Montoneros se daba a conocer matando a Aramburu y al otro día se le afiliaban cincuenta jóvenes. El ERP tomaba el cuartel de Córdoba y al otro día se le afiliaban otros cincuenta. Por mas claros que fueran los análisis de estos dos grupos, la gente iba hacia ellos por lo que estaban protagonizando.

Porque parecían los gestores de la política. Esa es una caracterís-

tica de la política argentina. Por eso recién decía, ojo cómo medimos al Negro Santucho. Porque hay que medir las cosas en ese marco. Esto del exitismo, ir atrás del que gestiona, del que hace, es característico de nuestra cultura política.

Habría que escribir una enciclopedia para tratar de entender cómo, porqué, nuestra cultura política funciona como funciona. Me tocó discutir, siendo miembro del PRT, con cuadros del PC y del PCR. Y yo replicaba: "sí, puede ser que tengas razón, pero mirá, en un depósito que está acá a diez minutos, nosotros tenemos cien fusiles FAL. ¿Vos que tenés?" Y ahí se terminaban las discusiones. "¿Cuál es la tasa de crecimiento de tu organización?", "¿Saben al cuánto por ciento mensual crecemos nosotros? Estamos creciendo al 300% mensual y vos venís a decir que hay que discutir ese artículo de tu documento? Loco, acá no hay que discutir documentos, hay que hacer la Revolución."

Convengamos en que había cierta prepotencia

La prepotencia de los hechos. Marcaba un anti intelectualismo feroz, porque el significado era "basta de programas, vayamos a los fierros." Además, al PC o al PCR podíamos preguntarles "¿cuántas fábricas ganaste este mes?" Porque es cierto que teníamos compañeros delegados en fábricas, en centros estudiantiles, en barrios. Y los Montoneros decían lo mismo, pero peor, porque eran mas exitosos. Pero si uno quiere simplificar siempre encontrará estas tensiones intelectualismo-anti intelectualismo, placismo-cortoplacismo, los fierros acá-los fierros allá. La gran dificultad que tuvo el pueblo argentino para encontrar una organización, un dirigente que pudiera ayudar a una convergen-

cia, a un punto de síntesis, resultó una fiesta para al enemigo. Así divididos como estábamos nos fueron cacheteando a uno por uno. La falta de unidad fue una de las principales ayudas que tuvo la Triple A y el golpe militar para hacemos pelota. Me preocupa que treinta años después sigue ocurriendo lo mismo. Se sigue haciendo pelota al campo popular, uno por uno. Seguimos en la misma. Del otro lado están siempre unidos y de este no. Ya sé que queda un poco pueril decirlo así, pero a veces hay que volver a decir las cosas, tipo ABC.

Una última pregunta. ¿Estabas en la prisión militar de Magdalena cuando se produjo el golpe militar?

Del golpe me enteré antes que nadie. Fui de los primeros argentinos que presencié el golpe. La noche del 23 de marzo, alrededor de las nueve, cuando me acostaba contento porque curiosamente me habían dado un colchón, escuché un ruido tremendo, parecía que temblaba la cárcel a pesar de que las paredes tienen un metro de espesor. "¿Qué es esto? acá pasa algo. No puede ser que vengán los compañeros a liberarme, qué está pasando, calmate flaco", me dije. Trepé al ventanuco y a lo lejos vi pasar por la ruta a los tanques del Regimiento de Magdalena. Quedé paralizado. Ahí vi por primera vez el poder militar. Algo de lo que no teníamos noción. No teníamos idea de lo que era el poder militar. No nos habíamos enfrentados todavía con los militares. Vi pasar entre los árboles las siluetas vagas de los tanques y sus focos de luz. "¿Cuántos días me quedan de vida?", me pregunté. Y tuve miedo, porque cuando ves un regimiento de tanques por la ruta se te frunce todo... ●

G.R - S.B.

Buenos Aires, febrero 2006

Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante

La militancia cambia su forma de acuerdo al contexto socio-político en el cual se expresa. Lo que entendemos por violencia varía según la lectura ideológico-política que adoptemos sobre la "realidad" cotidiana. Con estas premisas la autora propone aproximarse a los idearios de militancia de las décadas del sesenta y setenta.

ANA GUGLIELMUCCI*

* Antropóloga UBA.

¹ La problemática planteada se sustenta en una investigación más amplia vinculada al relevamiento y análisis de las trayectorias de vida de un conjunto de mujeres provenientes de distintas provincias del país, que militaron en diversas organizaciones revolucionarias (Montoneros, PRT-ERP, Descamisados, Peronismo de Base, FAR, FAP, MR Che Guevara) y que fueron secuestradas en distintos centros clandestinos de detención (CCD) hasta ser confinadas en cárceles de máxima seguridad. También ver: Guglielmucci, Ana (2003).

Partiendo de una investigación más amplia,¹ aquí nos referiremos –brevemente– a cómo un conjunto de mujeres militantes se forjaron imágenes de la política y claves de lectura de los acontecimientos históricos que estamparon sus creencias y sus prácticas posteriores en organizaciones político-militares, para abocarnos luego a analizar cómo se sustentó el compromiso revolucionario “en” y “por” la organización.

Voluntad política y acción revolucionaria

La percepción de que el mundo debía cambiarse en forma violenta se esparció dentro del clima ideológico de la sociedad argentina mucho antes que las organizaciones armadas adquirieran la masividad de los años '70. La instauración de estados militares autoritarios, que se plantearon reorganizar la moral de la sociedad a través de la inculcación de valores “occidentales y cristianos”, enérgicamente cuestionados durante la época, avivó la radicalización ideológica y política de amplios sectores de la población, los cuales –al sentirse afectados en su libertad de expresión– se declararon compelidos a actuar al respecto. Como expresó una de nuestras interlocutoras: *“Yo me incorporé a la vida política por obra y gracia de Onganía al dar el golpe militar de 1966. Digo que fue él quien nos impulsó a politizarnos cuando envió soldados a las puertas de las Facultades. Un día voy a entrar y un soldado me dijo: ‘no puede entrar’. Le contesté airada: ‘¿por qué no?’, él tendría la misma edad que yo, 18 años. Respondió: ‘porque la Universidad está intervenida’. A partir de ese girar e irme empecé a querer cambiar el mundo, o,*

como digo a veces, la sensación era que me llevaba el mundo por delante. Enfilé identificándome con la izquierda”.

En las entrevistas, la política aparece definida como un escenario del cual era imposible sustraerse y donde la fuerza prevalecía sobre el diálogo, percepción que se vio reforzada por toda una serie de acontecimientos que se sucedieron a principios de la década del setenta donde la violencia y la movilización popular asumieron un rol protagónico. El fusilamiento de prisioneros políticos detenidos en la cárcel de Rawson, los enfrentamientos entre la derecha y la izquierda peronista durante el arribo de Perón a Ezeiza, y otras manifestaciones populares, fueron citados como eventos –entre otros– que incidieron notablemente en su politización temprana o en su radicalización política posterior, pues las obligó a informarse, movilizarse al respecto y tomar partido en este tipo de confrontaciones públicas. Como expuso una de nuestras interlocutoras: *“Hubo un hecho en este país que a mí me dio vuelta la cabeza y fue la masacre de Trelew. Yo en ese entonces tenía 16 años, vi unos cajones en la vereda. La famosa incursión de Villar, cuando la Policía Federal irrumpe en un local del PJ. Mi vida en ese momento era la música, un poco los estudios, algún que otro amor y los bichos. Bueno, ese hecho a mí me cambió la cabeza. Fue llegar y empezar a preguntar, que todo el mundo comentara lo que pasó. Digamos que me empecé a informar a partir de eso. Era prácticamente encontrarse con la muerte ahí. Me impactó muchísimo. Yo en ese momento tenía un profesor de Educación Democrática, me acuerdo que yo llegué, conté, y él dijo: ‘Tener la edad que tienen ustedes en este momento histórico aquí, en Argentina y en Latinoamérica, es un privilegio, aprovéchenlo para aprender, para investigar, para informarse’. Estaba por resolverse un momento histórico que es la vuelta o no de Perón, la caída o no de la dictadura y un proceso que no se sabe qué va a pasar. A mí me dio como una sensación de miedo y placer. ¡Cómo que el futuro era tan grande y tan para adelante! [...] En ese momento no hacer militancia, o no acercarte a la gente, o a investigar, o a tratar de entender, era quedarse absolutamente afuera”.*

A partir de la participación en diferentes actividades sociales y políticas, las mujeres entrevistadas comenzaron a percibir su capacidad de influir en el espacio público. Pero, llegó un momento en que la sola vocación de intervención en la vida social fue considerada insuficiente. No bastaba tener ideales de una sociedad mejor y discutirlos; era necesario luchar de otra forma para que esos ideales triunfaran. La acción revolucionaria, en este sentido, se mostró como expresión de una sensibilidad hacia la “cuestión social” acompañada de una voluntad de cambio radical.

En un país donde la política había sido y era vivida como sinónimo de confrontación, antinomia violenta y persecución, nuestras interlocutoras se sintieron atraídas por alternativas que propugnaban un cambio revolucionario, desde los más diversos ámbitos, sobre una realidad percibida como “injusta” y “asfixiante”. En este clima, la lucha armada comenzó a ser vista como una alternativa viable a la política tradicional partidaria, reafirmando la percepción de que el “poder”, concentrado y denegado durante años de dictaduras y gobiernos de escasa legitimidad, debía tomarse por la fuerza.

Para ese entonces, muchas de las mujeres entrevistadas comenzaron a especular que si los canales de participación no se abrían, tendrían que forzarlos, para lo cual era necesario tomar un compromiso concreto con un grupo,

" encuadrarse", para pasar de la "voluntad de intervención política" a la "acción revolucionaria". Como declaró una de ellas: *"Alrededor del 9 de junio de 1971 me integro al peronismo en la Universidad. A la par me contacta un compañero, un gran amigo de los primeros años en la universidad, de esos que uno se había enamorado unilateralmente. Me habla muy seriamente para ingresar a la lucha armada. Siempre temí la violencia. [Pero] si esas formas de lucha [huelgas, manifestaciones, etc.] no eran suficientes para dar vuelta la tortilla se podía llegar a buscar alternativas más eficientes, como estaba desarrollándose en otros países hermanos latinoamericanos"*.

Más allá de la ideología de las mujeres interpeladas, la utilización de la violencia como medio de transformación social fue conceptualizada como una elección "históricamente fundamentada" y, por lo tanto, "justa", en tanto cortejaba reivindicaciones ligadas a sectores populares nacionales e internacionales, seculares y religiosos, vedadas por diferentes gobiernos considerados ilegítimos. Sus opciones fueron entendidas como parte de la "violencia popular", emergente y resultado de la "violencia sistemática" expresada en la proscripción del peronismo, la desocupación, los cierres de fábricas e ingenios, los jornales impagos, la usura, la explotación, el hambre, los asesinatos, las intervenciones a las entidades gremiales y educativas. Como sintetizó una de ellas: *"A la violencia de arriba se le debía imponer la violencia de abajo"*, la cual —en términos del sacerdote Camilo Torres—, no era "violencia" sino "justicia".

La opción por la lucha armada fue concebida, entonces, como un medio de defensa, y como una herramienta colectiva viable para gestar nuevas relaciones sociales a escala mundial. La elección que hicieron nuestras interlocutoras, de este modo, fue vivenciada como una opción política apuntalada en una "sensibilidad radical" compartida por amplios sectores de la sociedad, que expresaba la necesidad vital de un cambio que trascendiera todos los ámbitos de la experiencia humana: las relaciones familiares, la crianza de los hijos, las relaciones sexuales, la religión, las relaciones materiales, la justicia, entre otros.

El ingreso a organizaciones revolucionarias, de este modo, emerge en el relato de las mujeres como un "paso natural". Como prolongación de una vocación de intervención pública, expresada a través del "compromiso social", el "deber moral", el "ocupar las plazas", el "algo había que hacer" frente a una sociedad percibida como "injusta" y "opresora". En palabras de una de ellas: *"Si no nos defendíamos entre pares no había destino, no había un lugar social para poder vivir, un lugar en el mundo para desarrollarse, trabajar. Quisimos cambiar el país, ser sujetos constructores de nuevas reglas de moral, de ética..., mientras teníamos novios, paríamos, bailábamos, estudiábamos, leíamos a Marx, a Perón, a Fanon, a Cárdenas, a Lumumba, trabajábamos, barríamos, coqueteábamos..., imilitábamos!"*.

Para el año 1973, todas nuestras interlocutoras se encontraban encuadradas en algunas de las tantas organizaciones que adherían a la lucha armada como estrategia política. Opción que se vio alentada —como señaló una de ellas— por la extensión del autoritarismo estatal y la violencia para-policial: *"En el '73 tomo contacto con el FLS (Frente de Lucha de Secundarios). Discuto con el PC. Yo creo que ahí tomo la decisión de resolver, con muchísimas limitaciones, qué es lo que quería hacer y adónde me quería acercar. Sí, tenía una gran simpatía por la guerrilla. A mí ese año me impactó muchísimo "Moral y proletarización", que era un documento que había hecho la gente de Trelew desde la cárcel; por primera vez me informo lo que es la tortura. Es como que empiezo a entender un poquito lo que es una dictadura, el tema de la justicia y de la*

carta de nuestras compañeras desde las cárceles de Córdoba

Córdoba, 25 de Mayo de 1977.
Al Frente de Córdoba

Una vez más el Frente de Córdoba ha sido víctima de un acto de represión política. En el día de hoy, una vez más, una compañera ha sido detenida y llevada a la cárcel de Córdoba. Este hecho es una muestra más de la política de represión política que el gobierno de facto está llevando a cabo en Córdoba y en el resto del país.

El pueblo de Córdoba que ha estado sufriendo la represión política desde el comienzo de la revolución y que ha estado sufriendo la represión política desde el comienzo de la revolución, se levanta una vez más para defender sus libertades y su vida. Este hecho es una muestra más de la política de represión política que el gobierno de facto está llevando a cabo en Córdoba y en el resto del país.

El F.F. de Córdoba ha sido un punto de partida para la organización política de Córdoba. Este hecho es una muestra más de la política de represión política que el gobierno de facto está llevando a cabo en Córdoba y en el resto del país.

El F.F. de Córdoba ha sido un punto de partida para la organización política de Córdoba. Este hecho es una muestra más de la política de represión política que el gobierno de facto está llevando a cabo en Córdoba y en el resto del país.

El F.F. de Córdoba ha sido un punto de partida para la organización política de Córdoba. Este hecho es una muestra más de la política de represión política que el gobierno de facto está llevando a cabo en Córdoba y en el resto del país.

¡VIVA EL F.F. DE CORDOBA! ¡VIVA LA ARGENTINA! ¡VIVA EL D.T.R.

Carcel 051 Estela Pujadas

Proclama de presas políticas publicado en *Estrella Roja*.

vengeanza, cuando matan a Pujadas. Lo de Ezeiza me impactó muchísimo. Como que iba haciendo cosas, aprendiendo sobre la marcha. No tenías tiempo de leer y hacer. Después empiezo a trabajar por la libertad de los presos, ligada ya a la Juventud Guevarista".

El compromiso revolucionario

Para que el universo ideológico revolucionario pudiera ser puesto en práctica se requería una entrega y un compromiso incondicional, la subordinación de la vida a la revolución. El compromiso social y la confianza en la victoria del proyecto revolucionario abrevaron y fueron consolidados por la participación en organizaciones político-militares, donde se desplegaron diversas dinámicas colectivas para que nuestras interlocutoras sustentaran "dar el cuerpo y el alma por la revolución".

La organización constituyó un ámbito donde confluyeron personas, se compartieron ideologías y, fundamentalmente, se llevaron a cabo acciones tendientes a instaurar la creencia en la necesidad histórica y moral de un cambio revolucionario. Creencia que respondía no sólo a la *lógica objetiva de las ideas* sino —primordialmente— a la *lógica de la pertenencia o confianza acordada* (De Ipola, 1997: 12), en tanto, quien decía "creer en la revolución" no sólo expresaba su adhesión a un sistema de enunciados que se tenían por verdaderos, afirmaba una certeza personal o dejaba constancia de su convicción, sino que —fundamentalmente— daba testimonio a los suyos de una fidelidad.

La encarnación del "hombre nuevo" no podía darse sin la entrega incondicional a la "orga", al colectivo que permitiría alcanzar la victoria del ideario revolucionario. La organización político-militar, en este sentido, fue percibida como el símbolo, la expresión viviente —ante los ojos de todos los militantes— del ideario político, como su garante y defensora. Podríamos decir que ella fue vivenciada como algo *sagrado*, en tanto se sentía por fuera y por encima de sus miembros individuales (Durkheim, 1973). En este marco, interpretamos que los miembros de la "orga" no sólo se encontraron individualmente atraídos unos a otros porque se asemejaban —fundamentalmente en términos ideológi-

cos-, sino que estaban ligados también a la condición de existencia de este colectivo. Una sociedad, como explicó una de las mujeres entrevistadas, donde "se amaba, se comía y se dormía juntos".

Lo anterior no implica negar que junto a las bases compartidas coexistieron jerarquías y especializaciones. Todas las mujeres entrevistadas manifestaron su convivencia durante años de militancia con grandes diferencias sobre las posiciones y las acciones políticas concretas efectuadas por sus grupos de pertenencia, aunque raramente las comunicaron a los otros o las aceptaron ante sí mismas. Del mismo modo que, al interior de las organizaciones revolucionarias, praxis políticas comunitarias e igualitarias convivieron con un conjunto diferenciado de prácticas compartimentadas y deberes de jerarquía. Consideraciones que nos conducen a examinar cómo funcionaron las organizaciones con tales diferencias.

A través de una cadena diariamente renovada de dones y responsabilidades compartidas, los militantes sellaron estrechos lazos de confianza y fidelidad entre ellos, fomentando su comunión; donde cada individuo era trascendente en tanto parte del colectivo que encarnaba el proyecto de transformación. En este contexto, advertimos cómo la existencia de un sistema de obligaciones recíprocas² vigente en las organizaciones revolucionarias, pudo haber colaborado -tanto en el ámbito cognitivo como material- a diluir las divergencias internas y a movilizar motivaciones auxiliares para la conformidad con las exigencias de jerarquía establecidas.

La militancia se presentó como un entretejido de operaciones, una combinación de dones y deudas, una red de reconocimientos y derechos. En ella, cada militante -en virtud de su creencia en la revolución- abandonaba una ventaja presente, o algo de sus pretensiones individuales, para conceder crédito a un destinatario, que podía ser otro militante o simpatizante; al fin de cuentas: otro "compañero". De este modo, podemos decir que, cada militante se sacrificaba; sacrificio que -en términos de Durkheim (1968)- implicaría la instauración y representación de la colectividad, en tanto por lo que él sustrae a la autosuficiencia individual, hace pesar sobre lo propio de cada uno (cuerpo, bienes, etc.) la existencia del otro. Sacrificio que, entendido como "don" -en términos de Michel de Certeau (1981)- 'hace sentido' sustituyendo un deber a un tener, en tanto el donador adquiere por su sacrificio el derecho a que lo sostengan, no sólo materialmente sino también simbólicamente.

En este marco, se comprenden frases expuestas por nuestras interlocutoras como "dar el cuerpo y el alma", "dar la vida y la muerte", donde "el riesgo valía la pena, porque la revolución era lo más importante". Frases que nos hablan de la creencia en la revolución como práctica contractual de expectativas mutuas, del tipo: "tu lo crees si lo haces, y si no lo haces, no lo crees". Proposición que no se refiere necesariamente a la validez de un saber, sino que, primordialmente, apela a la solidaridad entre los participantes del proyecto revolucionario.

La praxis militante y la complejión del ideario revolucionario

La organización revolucionaria, cualquiera fuese su directriz ideológica, constituía un colectivo surcado por relaciones no sólo políticas, sino también de parentesco, amistad y pareja. Tal observación es constatada al analizar la incorporación de nuestras interlocutoras a dichas organizaciones, incorporación que estuvo signada por el reconocimiento de ciertas particularidades previas que nos hablan del tipo de relaciones que circulaban en ellas.

² La categoría de reciprocidad o intercambio de dones ha sido largamente desarrollada por la antropología. Aquí nos remitimos a los trabajos de Malinowsky (1972), Gouldner (1979), Bourdieu (1980) y Sahlins (1983).

Al conversar cómo empezaron a participar en organizaciones político-militares, las mujeres invocaron –invariablemente– lazos de sangre y afinidad signados ideológicamente. Al mismo tiempo que familiares, amigos, novios o conocidos en sus ámbitos de estudio o laborales aparecían como una “puerta de entrada” a la política, también eran distinguidos siguiendo pautas ideológicas. Las fronteras entre el parentesco, la amistad y la ideología se intrincaban, de este modo, tejiendo una urdimbre muy particular.

Al respecto, notamos que si bien estos lazos funcionaron como canales de “politización” y como patrones de socialización dentro de las organizaciones, impregnándolas de principios y valores como la confianza, la solidaridad y la lealtad mutua, fueron las adhesiones ideológicas las que marcaron los límites de un tipo de comunidad donde sus miembros se encontraban hermanados por la fuerza de las definiciones políticas. Definiciones reforzadas tanto por la participación en grupos de lectura, estudio, debate, entrenamiento físico-militar, y diversas acciones de irrupción en el espacio público, como en toda una serie de rituales de socialización que tendieron a “familiarizar” las relaciones ideológico-políticas.

Como ya señalamos anteriormente, la organización conformaba para sus miembros un referente político y afectivo primordial, constituyéndose en el colectivo donde se inscribía –en un sentido amplio– su crecimiento personal. Los hombres y mujeres que participaban en la misma “orga” compartían un ideario político y desarrollaban diversas prácticas (acciones político-militares, pintadas, volantes, entre otras), al mismo tiempo que celebraban juntos distintos acontecimientos de la vida familiar (cumpleaños, noviazgos, casamientos, bautismos, nacimientos) y participaban de diversos rituales de socialización (peñas, quermeses, etc.). Todo ello –en palabras de una de las mujeres entrevistadas– los tornó “carne y uña”, identificándolos mutuamente como inseparables: *“Nos casamos el primer día de marzo de 1974, ante un embarazo de tres meses. Una compañera me prestó un vestido blanco de verano. El día del Registro Civil no podía despertarlo al Flaco pues era muy dormilón. Le decía: ‘Despertate que tenemos que casarnos’. Él refunfuñaba. Nos fuimos al Registro Civil muy enamorados. Estaban presentes un hermano del Flaco y un hermano mío. Como testigo [...] con su esposa. Otra pareja de amigos [...]. Mi amiga de la infancia [todos compañeros de militancia]. Todos éramos carne y uña en la barra de la playa y nadie faltaba a las citas en las noches y farras marplatenses. La tarde de ese día había una marcha muy importante contra el Jefe de Policía Federal en Capital Federal: Villar. Nos cambiamos de ropa y nos fuimos a la marcha”*.

El “compartir todo” dentro de la “orga” fue señalado por las mujeres como un elemento definitorio de su militancia, intrínsecamente relacionado con sus ideales políticos. Vestimenta, comidas, fiestas, material de lectura, charlas, dinero, vivienda, adrenalina, emociones, hasta la maternidad se compartía. Las mujeres que eran madres cuentan al respecto cómo se rotaban entre los compañeros de militancia para cuidar a los hijos: *“La militancia era un lío con los chicos, tus viejos te los cuidaban, pero llegaba un punto que era más fácil arreglar entre nosotros, porque no tenías que andar dando explicaciones. Los compañeros eran como los tíos. Es más, a veces vivíamos todos juntos”*.

Los “compañeros”, simbólicamente, eran aquellos hombres y mujeres que compartían las mismas preocupaciones, los mismos principios y valores, los mismos códigos, aquellos con los que –en términos de nuestras interlocutoras– “podías contar incondicionalmente”, con los que “sólo bastaba una

Ante la indisciplina y la deshonestidad contrarrevolucionaria

El Ejército Revolucionario del Pueblo tiene la lamentable obligación de informar que un grupo de personas que pertenecieron a sus filas en la Regional Capital, están acusadas de graves falta de indisciplina, robo de bienes de la organización y utilización indebida del nombre del ERP. El Comité Central del Partido Revolucionario de los Trabajadores que dirige este Ejército, resolvió expulsar a estos individuos de la organización e informar a todas las organizaciones hermanas, después de haber considerado la actitud individualista, negativa y deshonestá, de estos elementos, que no sólo se han apropiado ilegítimamente de fondos y bienes de la organización, constituyendo con ello un flagrante delito contrarrevolucionario, sino que también han anunciado que continuarán usando el nombre del Ejército Revolucionario del Pueblo con un aditamento, en una actitud divisionista, al servicio de los intereses y objetivos de nuestros enemigos: la dictadura militar, el imperialismo y las clases dominantes. Todos ellos, serán juzgados públicamente por los delitos contrarrevolucionarios de los que están

Artículo publicado en *Estrella Roja*.

³ Las organizaciones revolucionarias argentinas adoptaron una estructura de tipo celular para operar político-militarmente, siguiendo los principios de compartimentación táctica. Por razones de seguridad, se conformaron unidades operativas básicas (generalmente de cuatro personas), denominadas comúnmente "ámbitos" o "células", que sólo conocían de la estructura general el mínimo indispensable para su eficaz funcionamiento. Sus miembros debían remitirse siempre a un responsable, el cual funcionaba como nexo con una instancia superior de mando. En ocasión de acciones especiales, sin embargo, miembros de diferentes "células" podían formar "comandos", los cuales podían disolverse o no luego de cumplir con la operación encargada por la "organización".

mirada para saber de qué estabas hablando", los que "respiraban el mismo aire que uno". Tales propiedades, subyacentes al reconocimiento mutuo, eran vivenciadas con mayor intensidad en las "células" o en los "ámbitos"³ de cada "orga", donde predominaban lazos de tipo comunitario. Sin embargo, la figura del "compañero" y los atributos asociados a ella, se propagaron por toda la estructura político-militar de las organizaciones.

Los miembros de una misma "célula" o "ámbito" generalmente compartían trayectorias comunes, ya sea estudiantiles, familiares, barriales o religiosas, eran amigos o pareja, compartían espacios de recreación, al mismo tiempo que llevaban adelante diversas acciones que afirmaban sus compromisos y lealtades mutuas. Este tipo de vínculos, sin embargo, no se acabó allí, pues los lazos de parentesco y amistad (no tanto los de pareja) traspusieron los límites de las "células", lo que también ocurrió con las acciones políticas y/o militares. Cada "célula" —frecuentemente— coordinaba acciones con otras, el "responsable" de cada "ámbito" se reunían periódicamente con "responsables" de otros "ámbitos", y así sucesivamente. Tales articulaciones, de hecho, eran las que permitían apreciar la organización en su totalidad como una entidad con cuerpo específico, con valores, normas, creencias y experiencias compartidas.

La simbolización de la organización revolucionaria como un colectivo poderosamente articulado, se expresó en las diferentes estrategias concebidas para garantizar la seguridad y la permanencia de cada uno de los militantes en un contexto de violencia política cotidiana. Cada uno de los miembros de la "orga" debía reportarse periódicamente a un "responsable", el cual, a su vez, debía reportarse a su respectivo "responsable". De esta forma, se articuló una cadena de responsabilidades que posibilitaba el monitoreo y supervisión de cada uno de los eslabones, donde si uno de ellos faltaba o se debilitaba moral o políticamente, ponía en cuestión a todo el grupo. Tal cadena de compromisos suponía que ningún militante podía obrar con independencia de lo acordado por la "orga".

En cada una de las operaciones político-militares, de este modo, se pusieron en juego toda una serie de prácticas de cooperación que gradualmente consolidaron lazos de solidaridad y complicidad entre sus miembros. Lazos fortalecidos también por el secreto, que suturó los vínculos entre los miembros de una misma "orga", exorcizando el miedo —como señala una de las mujeres entrevistadas—, mientras compartían responsabilidades, desvelos, vigiliias y desayunos trasnochados, luego de una larga jornada de actividades políticas y cotidianas: *"Hubo una vez que descubrimos un lugar en provincia donde la cana llevaba gente para torturarla. Se le había hecho mierda la casa con una bomba cuando estaba vacía, entonces, lo que había que hacer era meter en las paradas de los colectivos de alrededor de esa casa carteles que dijeran que esa bomba había sido producto de que ahí había tal cosa y tal otra. Nos mandaron a nosotros porque no éramos de ahí, porque laburábamos en Capital, lo hicimos con otros compañeros que eran de Capital. No podés hacer algo en la puerta de la fábrica donde vos laburás porque era quemarse, entonces venía gente de afuera a hacerlo. Con dos compañeros íbamos en un auto y colgábamos los carteles de que nos hacíamos cargo de esa bomba. A las 5 de la mañana había gente esperando el colectivo, pero era otra realidad, yo ahora en la Matanza a la madrugada no voy ni loca. En ese momento no tenía miedo. Era lo que quería hacer. Se hicieron como las seis de la mañana, el compañero nos llevó a Capital, yo entraba a las ocho, él también, tomamos un desayuno y nos fuimos a laburar. Y para todo esto habíamos hecho todo el día. Una mina que laburaba conmigo, me mira y me dice: 'viniste con la misma ropa'. 'Sí, tenés razón, lo que pasa es que esta mañana me desperté tarde, no me bañé'. ¡ Tenía una pinta, una cara! Ni pasamos por casa".*

La cooperación, como vimos en el testimonio anterior, implicó repartirse tareas comunes, división del trabajo que a veces involucraba altos grados de especialización que reflejaban diferencias de jerarquía. Tales distinciones, no obstante, se dieron en el seno de un ideario de reciprocidad, el cual suponía que cuanto mayor fuera el grado de jerarquía mayores debían ser las responsabilidades y el compromiso. La jerarquía debía corresponderse —idealmente— con una mayor capacidad ya sea política o militar, con la posibilidad de asumir ciertas responsabilidades morales y ciertos riesgos vitales, como matar o que te maten. Como reveló una ex oficial montonera: *"Para desarmar a un policía vos te exponías a tener que matar o que te maten, entonces, bueno..., requería preparación, entrenamiento físico y manejo de armas. En general, la organización no promovió esto hacia abajo, no se promovía porque implicaba eso, la posibilidad de tener que matar o que te maten".*

La autoridad respondía a un trabajo, a una atención constante respecto a los miembros de la "orga" de menor jerarquía. "Atención" que implicaba observar, escuchar, asistir, preservar, contener, adiestrar, explicar, instruir. Relación que, según el caso, podía darse más o menos dúctilmente, como bromeó una de nuestras interlocutoras: *"Había gente que era más creativa, una compañera contaba que el compañero con el que después vivió la empezó a atender a ella, entonces le dijo, bueno mirá, un lugar tranquilo para estudiar es un hotel alojamiento. ¡Flor de boludo que era tu compañero!, le decíamos. Pero no era el único, después nos hemos enterado de otros también. ¡Éramos jóvenes!"*

La capacidad de sacrificarse por la revolución constituyó una condición subyacente al principio de autoridad. Por medio del gasto visible de tiempo, saberes, energía e, incluso, por la puesta en peligro de la propia vida, aquél que sacrificaba algo de su autosuficiencia individual obtenía el reconocimiento

acordado de un valor por parte del grupo. Reconocimiento que se podía expresar de diferentes maneras, ya sea a través del derecho a mandar, el derecho a ser mantenido económicamente por la organización, etc. Reconocimiento que suponía, a su vez, una responsabilidad. De esta forma, se articuló una cadena de deudas y de derechos, una cadena de adhesiones y credibilidades, en la cual se sustentó el proyecto revolucionario.

En este sentido, si bien se presentaron notables diferencias de jerarquía, ellas tendieron a ser leídas por nuestras interlocutoras como expresión de una "necesidad operativa" y corolario de los "méritos en la lucha", lo cual suponía el despliegue de obligaciones diferenciadas en una cadena de prestaciones recíprocas. A través de esta dinámica, dado que todos se encontraban en deuda dentro de la "orga", las necesidades y sentimientos colectivos tendieron a ser tamizados por encima de las necesidades y sentimientos individuales.

Moral y política: el "hombre nuevo"

El arquetipo del "hombre nuevo", enunciado y encarnado en gran medida por el "Che" Guevara, supuso una amplia capacidad de entrega y compromiso. Lo cual implicó la subsunción de las cuestiones individuales al colectivo que legitimaba el proyecto de transformación social: la organización, donde toda acción personal se tornaba moral y política.

Un conjunto de reglas y normas, más o menos formales, abarcaban el conjunto de la vida de cada militante, el que se sentía integrante de una organización, al mismo tiempo que invadido por la misma. Cada acción se encontraba sujeta a la apreciación política del conjunto, el cual evaluaba su sentido en términos ideológicos e intervenía cuando lo consideraba "contrarrevolucionario". Al respecto, resulta ilustrativa una anécdota relatada por una de las mujeres entrevistadas: *"Yo no era ninguna santa, tenía mi pareja estable, pero era de coquetear. Pero, como todos, tenía autoridad para decir lo que 'no tenías que hacer'. Había mucho despelote con eso. Se intervenía mucho en las casas. Me acuerdo que teníamos un compañero que la fajaba a la compañera, eran gente muy pobre, laburantes, entonces dijimos que había que hablarle. [...] fuimos todos, hicimos un asado, lo pasamos rebien y lo agarraron al compañero y le hablaron, lo que significaba lo que él hacía, le bajaron línea, digamos"*.

La existencia de valores por encima del individuo permitieron y fomentaron el despliegue de una serie de mecanismos de disciplinamiento de cada militante. Nuestras interlocutoras señalan cómo la "orga" intervenía en la "vida privada" de sus miembros, adoctrinando, inculcando valores comunes y sancionando determinados comportamientos considerados "individualistas", lo que podía ir desde fumar marihuana, mantener relaciones sexuales con otra persona que no fuera el compañero, hasta cualquier otro tipo de placer individual que no se correspondiera con los cánones grupales: *"Estaba la cosa en ese momento, donde discutíamos que, por un lado, era tu vida política, tu vida de militante y, por otro, tu vida de todos los días. En eso mi compañero, como buen ex troSCO era más..., yo era bastante despelotada, es más, de tanto en tanto me fumaba un porrino y él se re enojaba, decía que era contra revolucionario, yo lo miraba y le decía que me dejara de hinchar las pelotas, que me gustaba. La militancia había que cumplirla, pero tampoco ser una monja. Después igual, yo ahí fue donde más entendí el asunto de la droga, con un compañero más grande, que me decía: 'es sencillo, vos te das un gusto, pero vos acá beneficias al narcotráfico, el narcotráfico está directamente ligado con los milicos, con el imperialismo'. Entonces, una no puede hacer una vida de militar y, a su*

vez, indirectamente... Entonces, me dije: 'nunca más'. Me agarró ese compañero que me dijo: 'esto tiene que ver con esto', y a partir de esa época no lo hice nunca más, como si me hubieran abierto la cabeza".

La militancia implicaba corresponder ideas y prácticas, siguiendo el principio de no contradicción: "se hace lo que se dice". En este sentido, mente y cuerpo, cuerpo y alma se plantearon como entidades inseparables, mutuamente imbricadas en la participación política. El militante debía entregarse por completo a la revolución: tiempo, intereses, carne, músculos, sangre, espíritu, palabra, hasta el último aliento. En palabras de una de nuestras interlocutoras: "En esa época, la militancia era poner todo, el cuerpo y el alma, era bastante poco esquizofrénico, como puede ser un tipo de militancia del famoso revolucionario que llega a la casa y le pega un bollo a la mujer. O de los que luchan por la liberación y oprimen a otros, ser racista. Acá era una cosa de poner todo".

"Poner todo" suponía estar preparado para los requerimientos de la "lucha revolucionaria", estar adiestrado físicamente y militarmente, para poder escapar o defenderse ante las fuerzas de seguridad, y estar adoctrinado para poder argumentar la opción política elegida y ganar simpatizantes a la causa. "Poner todo" implicaba pasar por diversas experiencias vitales, más allá de los gustos y las costumbres de cada uno. Como por ejemplo, tomar clases de Karate, realizar prácticas de tiro, ir a trabajar a una villa, leer las obras completas de Karl Marx, Hernández Arregui u otros pensadores, "proletarizarse".⁴ Pluralidad de experiencias que —como mencionó una de las mujeres entrevistadas— acarrearba situaciones controvertidas y dificultades personales relacionadas con el status de vida y el nivel educacional, ente otras cosas, que portaba cada militante: "Yo trabajaba en una fábrica donde hubo pedido de gente, y se logran meter un montón de compañeras de la M [Montoneros]. La fábrica quedaba en Godoy Cruz casi Libertador, donde está la embajada de EEUU. Eran 4 o 5, se notaba que eran chicas arregladas, un día me invitaron a la casa de una de ellas, iun piso, para esa época!, porque querían saber cómo moverse adentro de la fábrica, ellas venían de estudiar en la facultad. Había un mandato de la dirección de que todo el mundo tenía que entrar a una fábrica para proletarizarse, tanto en el PRT como en la M. Que no estaba mal de última, digamos, pero pasa que fue tan..., en algunos casos, como los de estas pibas que estaban en la facultad y entraron ahí y no entendían un pedo de la vida, venían de vivir muy bien en sus casas y no entendían nada".

Tal concepción acerca de la praxis militante expresaba la intención de mostrarse como "ejemplos de lucha", como protagonistas del ideal revolucionario. Ideal a ser imitado si se quería verdaderamente transformar la sociedad y sus injusticias. Las tareas revolucionarias, de este modo, plantearon varios desafíos: la pedagogía del ejemplo, la crítica y la autocrítica, la relación permanente teoría/práctica, cuyo éxito o fracaso sería evaluado por la "orga". Como mencionaron algunas de nuestras interlocutoras, sin embargo, no resultaba sencillo corresponder a tal arquetipo, pues, al mismo tiempo que envolvía cada acción de la vida cotidiana, muchas veces entró en tensión con deseos o necesidades individuales que no se correspondían con los del grupo: "Uno tenía que ser coherente, porque uno lo que quería era ser ejemplo, era la razón por la que uno militaba, uno quería que lo tomaran en cuenta, que lo escucharan, ganar gente para organizarla. Pero, vos tenías que ser ejemplo de todo y en tu casa también tenías que portarte, pero costaba, y además en los ambientes de discusión de las organizaciones lo individual tenía un lugar pero hasta ahí nomás. A mí, bueno, porque mi compañero, botón de mierda, fue y dijo: 'mi compañera de vez en cuando se baja un porro, quiero que hablen con ella',

⁴ El término "proletarización" es utilizado coloquialmente para referirse a la estrategia por la cual los militantes entraban a trabajar a una fábrica para imbuirse de los problemas de los trabajadores y, en un sentido general, entrar en contacto con la "pobreza". Como estrategia política, ello permitiría la captación de "simpatizantes" con la lucha revolucionaria y el desarrollo de mayores grados de concientización entre los militantes. Al mismo tiempo que, en sintonía con la tesis de Lenin, permitiría avanzar sobre el grado de organización de los obreros de las grandes fábricas, considerada la principal fuerza del movimiento revolucionario, no sólo por su número, sino más bien por su influencia, desarrollo y capacidad de lucha.

entonces sí, pero, sino yo no me hubiera animado a ir a plantear: 'mirá, en realidad estoy saliendo con otro', o este tipo de cosas, porque sabías que ibas a ser crucificada".

Una serie de normas y pautas tácitas abarcaron desde una moral estricta sobre las conductas personales hasta una concepción general acerca de lo que significaba ser un "buen militante". La "orga", a través de sus "responsables", evaluaba el compromiso de cada uno, decidiendo cuán comprometido o no se encontraba de acuerdo a las diferentes tareas que realizaba, estableciendo, de este modo, una especie de "meritocracia". Se apreciaba la formación ideológica, la capacidad política y/o militar, la disposición a cumplir las resoluciones de la "orga", la efectividad con que se cumplían y la dedicación que se le destinaba. Con predominio del siguiente criterio: "cuanto más de acuerdo con los criterios del grupo actuaba uno, más comprometido estaba y, en consecuencia, mejor militante era". De esta forma, el militante debía responder a la "orga" por la totalidad de su existencia.

Cuando un militante marcaba una posición política o llevaba a cabo una acción que ponía en juego una diferencia violenta con el grupo o que ofendía al órgano del ideario político revolucionario, la reacción de la organización no se hacía esperar y caía sobre el individuo que amenazaba la unidad a través de sanciones que marcaban su honor y definían su carrera política. Aquellos militantes que no cumplían con las normas del modelo dominante, dudaban de ellas o las contradecían, eran descalificados, recayendo sobre ellos estigmas como el de "pequeño burgués", "contrarrevolucionario", "cobarde", "traidor", y sanciones que podían ir desde llamados de atención hasta la expulsión, pues la desobediencia no era tolerada dentro de las organizaciones. Al respecto, una de las mujeres entrevistadas relata cómo la "orga" a la que pertenecían ella y su marido, los mandó sancionados al norte del país, fuera de su área de pertenencia social y política, a causa de discrepancias por una controvertida operación político-militar de Montoneros en la columna donde él era responsable: *"En Mayo del '74 nos mandan a Jujuy, en realidad la organización nos traslada, lo mandan sancionado al que era mi marido, que había sido conducción de Descamisados, porque él se había opuesto mucho a la operación Rucci, estaba totalmente en contra, y después mucha de la gente de la columna de la cual él era responsable se había ido con la Lealtad, que fue una ruptura de la organización Montoneros a fines del '73, cuando empieza a haber el enfrentamiento con Perón y la organización se parte y todos los que no están de acuerdo se van".*

La estimación del compromiso revolucionario establecida por las organizaciones favoreció el despliegue de una especie de carrera político-moral internalizada por sus propios miembros, quienes cuando sentían que no estaban actuando de acuerdo con algo determinado por la lógica oficial, llegaban a dudar de su grado de compromiso, al que ellos mismos clasificaban como insuficiente. Retomando el relato anterior, si bien nuestra interlocutora y su marido no acordaron con el asesinato de Rucci, siguieron en Montoneros y aceptaron la sanción que les impuso la dirección por vulnerar al órgano colectivo, aunque tal sanción pudiera derivar incluso en peligros para su propia vida, al verse desterrados a militar en un medio social donde no se hallaban integrados. En sus propias palabras: *"Uno sentía un poco el abandono, la traición, otros que te miraban con cara de 'traidor, largaste', porque hubo esta cosa con los que se fueron con la Lealtad, de abandono, que nos estaban traicionando, traicionando una idea, a los amigos, a aquello por lo cual se había armado todo esto. No podías abandonar a los tuyos. Era peor sentirte un cobarde o un traidor a que te maten en combate".*

En la militancia, la compleja relación entre el acordar y el disentir, entre el querer y el deber, entre el sacrificio y la felicidad, planteó situaciones comprometidas para muchas de nuestras interlocutoras, quienes escudriñaron la mejor forma de adecuar sus apreciaciones y preferencias personales con las "exigencias de la orga", pues de lo contrario, la opción que les quedaba era irse de ella y ser un paria.

La realización personal, transitaba –invariablemente– por la realización del colectivo y del ideario político revolucionario que invocaba. El militante estaría realmente comprometido cuando dejara de priorizar sus sentimientos particulares. La convicción de estar haciendo lo que se quería, en este sentido, era legitimada por la "orga", lo que les permitía –como señaló una de ellas– avanzar sobre las limitaciones individuales, vencer el miedo o el cansancio, y aceptar los riesgos que conllevaba toda acción política, embebiéndolos de coraje ante operaciones que podían implicar tanto la propia muerte o la de compañeros como el dar muerte a otros. Eventualidades incorporadas en conocidas consignas de la época, como: "vencer o morir" y "Perón o muerte".

Clivajes políticos en la militancia revolucionaria: "clandestinización", "militarización" y "burocratización"

Como hemos dicho, la consolidación de una "moral de lucha" fue un componente cardinal de las organizaciones, sustentando las bases de fuertes procesos de adhesión e identificación personales. Los cuales se tornaron absolutamente imprescindibles en el marco de un accionar clandestino y, posteriormente, fuertemente expuesto a los dispositivos represivos estatales y paraestatales.⁵

Cuando la clandestinidad pasó a ser un componente dominante en la estrategia política-militar, los lazos entre los compañeros de militancia se estrecharon, al mismo tiempo que se constriñó su compromiso con la "lucha revolucionaria". Compromiso que, podríamos decir, se cristalizó como exclusivo y excluyente, en tanto aquél que militaba debía priorizar el trabajo para la revolución y, por consiguiente, con la "orga" por sobre todas sus otras actividades y relaciones sociales que ellas abarcaran. Como se desprende del relato de una de nuestras interlocutoras "Me recibí de química en Santa Fe. En el '71 entro como becaria de iniciación al CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas]. Pero tuve que dejar, porque debí pasar a la clandestinidad. Ahí el partido decide mandarme a Rosario, al barrio Swift".

Atendiendo a los relatos de nuestras interlocutoras, con relación a la tensión esbozada entre la tendencia al establecimiento de compromisos personales exclusivos y excluyentes con "la lucha" y el debilitamiento de determinados valores constitutivos del ideario revolucionario, se observa la ocurrencia de una estimación periodizada de la organización en la cual militaban. Periodización circunscrita a la percepción de un clivaje político en la militancia, signado por un proceso progresivo de "clandestinización", "militarización" y "burocratización", expresado en diversos eventos vivenciados como "hitos" dentro del devenir de las organizaciones.

En primer lugar, se puede apreciar cómo la "clandestinización" involucró numerosas alteraciones de la vida cotidiana para los militantes, cambio que, en muchos casos, fue vivenciado por nuestras interlocutoras como "desgastante".

⁵ En la obra de González Janzen (1986) sobre la Triple A se pueden consultar la genealogía y funcionamiento de diversos comandos para-estatales.

Al respecto, resulta relevante el señalamiento que hace Bourdieu acerca de la "identidad": *El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida como constancia consigo mismo de un ser responsable, es decir previsible o, como mínimo, inteligible, a la manera de una historia bien construida, propone y dispone todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del Yo, [...] siendo la más evidente la del nombre propio, en tanto que designador rígido en un mundo movedizo* (1997: 77). En este sentido, no llama la atención que la "clandestinización" de la vida cotidiana haya resultado agotadora para nuestras interlocutoras, pues ello supondría —en términos de Bourdieu— una forma de ruptura con la *institución de una identidad social constante y duradera que garantiza la identidad del individuo biológico en todos los ámbitos sociales posibles en los que interviene*, al mismo tiempo que implicaría, para no ser catalogadas como "anormales", la creación de otra nueva. Creación que suponía dedicación, energías, saberes, recursos; es decir, un trabajo físico, mental y espiritual para camuflar la identidad oficial previa. Como indicó una de las mujeres entrevistadas: *"Tener documento falso no resolvía las cosas, tenías que construirte toda una vida falsa, y te la tenías que aprender de memoria, mejor que la tuya, era todo un trabajo, había que dedicarle mucho tiempo"*.

La clandestinidad, como refugio para sobrevivir ante las prácticas violentas de la represión, exigió de los militantes ajustes extraordinarios en su cotidianeidad. Por un lado, la "muerte civil", la desaparición del "mundo legal", al asumir otra "identidad *ad hoc*". El no usar su verdadero nombre, ni siquiera con sus compañeros, constituyó una medida de seguridad para todos los implicados, pero ciertamente a un alto costo emocional, ya que el militante se encontraba en la mayoría de las situaciones ocultando su "verdadera identidad civil" frente a las personas con las cuales interactuaba a diario: *"Es decir, el funcionamiento era clandestino, porque de última nosotros teníamos nuestros documentos, pero nadie nos conocía con nuestro nombre legal, nuestras familias no conocían nuestras casas, los compañeros no las conocían. Nosotros, circunstancialmente, no teníamos documentos falsos porque no los necesitábamos, no estábamos buscados, los teníamos por si acaso, pero no los usábamos"*.

A la vez, esta transformación exigió muchas veces un cambio radical de status social, una ruptura con los hábitos pasados ligados a la vida "no clandestina", requiriéndole una gran capacidad de adaptación a condiciones precarias de vida, en donde debía cambiar permanentemente de domicilio, no podía tener libretas con nombres y direcciones, no podía tener fotografías, ni ninguno de aquellos elementos que en nuestra sociedad hacen a la filiación de una persona. Tal como refiere una de nuestras interlocutoras: *"En diciembre de 1974 fueron a buscar al Flaco a su trabajo [...]. Una patota de C.N.U [Concentración Nacional Universitaria]. Un horario que sabían que tenía que estar. Él llegó tarde. Era el anuncio de que volverían. Tuvimos que dejar nuestra casa porque no sabíamos cuánta información exacta manejaban sobre nosotros. Propuse irnos a Mar del Plata, a la casa de mi padre. En abril de 1975, una mañana muy temprano tenía a [mi hija] en brazos. De pronto, un gran ruido de puertas y violencia. Ante nosotras, jóvenes de civil portaban armas largas apuntándonos. Quedé paralizada. Recorrieron la casa de mi padre habitación por habitación. Se identificaron como del Ministerio de Defensa. Dijeron que no intentáramos hablar por teléfono porque estaban cortados y se fueron. Llegó el Flaco tras ellos, ¡Huimos! Llegó el tiempo del terror para toda mi familia, no sólo para nosotros. Fueron a la casa del Flaco en Berazategui. Cuando se estaban llevando al hermano del Flaco, les dice que nosotros no estábamos ahí. Volvieron a la casa de mi padre. Estaba un hermano mío, lo tiraron al suelo*



y lo golpearon mucho con culatas de FAL. Le exigían que les dijera dónde estábamos. Una chica que ayudaba en la casa les mostró una libreta con direcciones viejas. Partieron a buscarnos quién sabe dónde. Tomamos la decisión de irnos de Mar del Plata. Estábamos mal, como un barquito en medio de la tormenta, sin rumbo, con cambios geográficos día a día, sin casa, un lugar para nosotros, los amigos que casi no podíamos ver porque sentíamos que éramos 'la peste', sin trabajo, sin barrio, sin las plantas, sin las cosas queridas de todos los días".

Es trascendente, en este sentido, la referencia que hace otra de nuestras interlocutoras a cómo debían comportarse para poder continuar militando en un contexto donde la persecución por parte de las fuerzas de seguridad se había profundizado. Cada gesto, cada postura y actitud corporal era elemental para evitar llamar la atención, ser identificada como posible "subversiva" o delatar la identidad bajo la cual era buscada por el Estado, lo cual podía no sólo ponerla en peligro a ella sino también a otros compañeros y a los operativos coordinados en marcha tendientes a plasmar el proyecto revolucionario. Ello implicó todo un trabajo de camuflaje, al cual se destinaron grandes esfuerzos: "Las mujeres no podíamos andar en jean, teníamos que andar con pollera porque en las mujeres era como medio detectable que podías ser subversiva, te podían parar porque se fijaban en cómo andabas vestida, entonces teníamos que tener hasta ese tipo de cuidados. Teníamos todas las posibilidades de movernos, pero con muchísimo cuidado. Las mujeres teníamos que salir todas las mañanas a barrer las veredas, para hacer lo que hace una señora de barrio normal, teníamos que fijarnos qué hacían para no ser diferentes".

En las entrevistas el "pase la clandestinidad", no obstante, además de ser mencionado como una cuestión de seguridad, es señalado como un *modus operandi* característico de las organizaciones revolucionarias, reflejo de una concepción política determinada. Una de las mujeres interpeladas, al hablar de la pérdida de memoria y la incapacidad de recordar nombres, se retrotrae al pasado y nos dice: "Yo empecé a militar a los diecisiete años, a partir de ahí

jamás escribí un nombre, e imagínate que era un partido legal donde yo estaba, pero nos metieron mucho el tema de la seguridad, la clandestinidad, los métodos leninistas. O sea, yo recordaba muchísimo los rostros, situaciones, pero nunca ni siquiera asociado a nombres de guerra".

El "pase a la clandestinidad" envolvió un espectro de prácticas y representaciones al interior de las organizaciones político-militares que tuvieron notables consecuencias en su funcionamiento y en las relaciones entre sus miembros. Frente a la persecución enardecida por parte de las fuerzas de seguridad, cada contacto con un referente que permitiera la identificación por parte del Estado, podía implicar la propia "caída"⁶ o la de varios "compañeros". De hecho, la mayoría de los militantes ya estaban "fichados" o eran buscados desde mucho antes del golpe.⁷ Una constante de la militancia clandestina fue, de este modo, el medir lo que se decía y se hacía en una "cita de control", un encuentro casual, y en la vida diaria en general. Los individuos, cuando se encontraban, procuraban no dar ningún dato que hiciera referencia a su militancia y a su ubicación socio-espacial, pues todos los elementos que permitían identificarlos y localizarlos ponían en peligro su vida y la de sus allegados. El contacto entre militantes, de esta forma, procuró verse reducido a cuestiones operativas, aunque esto raramente se logró por las características inherentes a la génesis de estos grupos, donde muchos eran amigos, familiares o conocidos, y por los principios de las organizaciones, donde la solidaridad era un valor altamente valorado. De esta forma, paradójicamente, lo inherente a la constitución y continuidad de las "orgas" era lo que ponía en peligro a sus miembros.

La tensión entre las estrategias de lucha político-militar predominantes —como ser: la clandestinidad, la compartimentación de la información y el incremento de las operaciones armadas (copamiento de cuarteles y comisarías, secuestros extorsivos, asesinato de miembros de las fuerzas de seguridad, etc.) y algunos principios valorativos de las organizaciones revolucionarias— como ser: la solidaridad, el trabajo cotidiano con otros "compañeros", el compromiso social, la subordinación de lo militar a lo político—, se manifestó en diversos malestares que, en general, se debieron a un desentendimiento con la organización a la cual pertenecían. Como manifestó una de nuestras interlocutoras: *"Yo era muy cagona y me cuestionaba mucho el tema de la lucha armada. Digamos, me parecía que tenía que ser una cosa de acompañar a la gente, algo que era consecuencia de, no podía ser una cosa descolgada. Yo, por ejemplo, una cosa que siempre me cuestioné fue la toma de los cuarteles. A mí me lo explicaban, pero yo me lo cuestionaba porque: ¿cuál era el objeto? Sí, está bien, pero no me entraba en la cabeza. Con la lucha armada tenía mis grandes conflictos, cuando se hablaba en la organización yo decía: 'a mí déjenme'. Yo laboraba a full para la coordinadora de gremios, después hacía cosas para la organización, pero para la coordinadora no tenía horarios, me pedían lo que me pedían lo hacía. [...] pero, esa cosa de la lucha armada no. Cuestionaba mucho eso de la lucha armada, la gente no puede mirarte para la mierda, le tenemos que caer bien a la gente, es la forma de ganártelos".*

El predominio paulatino del accionar militar sobre el trabajo político o "de superficie": el que se llevaba a cabo en sindicatos, partidos políticos, gremios, villas, comunidades indígenas, llevó a muchas mujeres a hablar de una "militarización" progresiva de la organización en la cual participaban. Al respecto, una de las mujeres entrevistadas refiere cómo la "clandestinización" de los llamados "cuadros" o dirigentes reconocidos por su trayectoria de lucha ideológico-política, reflejó la preeminencia de una determinada concepción política dentro de Montoneros, que tendió a sobrestimar la lucha armada por

⁶ El término "caída" es utilizado por las mujeres entrevistadas para referirse a la detención propia o de otros militantes por parte de las fuerzas de seguridad.

⁷ En los diarios nacionales de principios de la década del setenta (1970-1973) se pueden ver las fotografías y leer los "prontuarios" de varios militantes de organizaciones revolucionarias que participaron en marchas, huelgas, velorios, u operaciones armadas durante aquel período. Esta biografía oficial, muchas veces iba seguida del anuncio: "buscados", alertando a la población sobre el peligro que representaban para la sociedad y solicitando su colaboración para localizarlos.

sobre el "trabajo de base", despegando al "aparato militar" de la "superficie": "A medida que se fue radicalizando la lucha, militarizando la organización, se fueron clandestinizando los cuadros políticos. La organización progresivamente fue sacando los cuadros que tenía dentro de la superficie, secretarios de algún sindicato... Los sacaban y los metían dentro del aparato para hacer operaciones, porque consideraban que corrían riesgos o porque la organización fue separándose cada vez más de la base, de la gente de los barrios. La organización decidió en este proceso de militarización progresiva y de separación de la gente, de la política, define y vuelca la organización cada vez más a lo militar y de alguna manera abandona la política. No fue sólo una cuestión de seguridad, fue toda una concepción política".

El "descuelgue" de las operaciones armadas respecto al contexto social y político donde se desplegaban, fue mencionado por varias de nuestras interlocutoras como habilitador de un proceso de profundas fisiones internas vinculado al desprendimiento de las llamadas "bases", es decir, la plataforma de trabajo político y reclutamiento de nuevos militantes o simpatizantes de las organizaciones revolucionarias. Tal apreciación es destacada por una de nuestras interlocutoras, quien hace referencia a las consecuencias disruptivas que trajo al interior de su organización, el MRCh, el desbalance de la ecuación político-militar en la "lucha revolucionaria": "En un momento se hicieron dos líneas en la organización, que éramos como veinte, diez en cada una. Se discutía el asunto por el que empezó todo el quilombo, tanto en Montoneros como PRT también, el asunto del militarismo. Era toda una discusión, habíamos todo un grupo que planteamos que eso nos iba a alejar de la gente, no es que no estábamos de acuerdo con la lucha armada, pero nos parecía, en todo caso, que las acciones que hagan tengan que ver con las cosas que uno está llevando adelante. No puedes poner una bomba en un lugar donde la gente ni sepa por qué se da, que tuvieran relación con lo que estaba pasando, con la situación política. Ahí es donde Montos y PRT empezaron a poner bombas a los milicos y otra serie de cosas. Que no es que no estuviera de acuerdo, pero a veces, cuando se lo hicieron a este sorete que estaba la hija, eran cagadas y mucha gente en ese momento decía que estaba mal. Ese fue un momento de mucha discusión, el '75 [...], si militarizaban más si militarizaban menos. La gente más militarizada se fue al PRT. Porque nosotros no lo veíamos así, porque además éramos pocos, nosotros teníamos que seguir armando las coordinadoras de gremios, bueno lo político era lo que nos iba a enfrentar".

Un fenómeno que profundizó la percepción de "descuelgue" de las organizaciones revolucionarias, se debió a la compartimentación de la información imperante en ellas. Los militantes se enteraban de ciertas operaciones político-militares de la "orga" por la radio o los periódicos, operaciones que, muchas veces, les parecían controvertidas e, incluso, en las cuales no se sentían representados. Como ocurrió en el caso de Montoneros con el asesinato de Rucci, para una de nuestras interlocutoras, o el copamiento del Regimiento 29 de Monte de Formosa, al que hace referencia otra de ellas: "En esa época la evaluación política de la Conducción Nacional de Montoneros indicaba que teníamos que producir un hecho que fuera lo suficientemente gravitatorio, que golpeará al Gobierno de Isabel y las Fuerzas Armadas, para colocarnos en una situación de Ofensiva Estratégica. Para ello deciden la toma del Regimiento 29. Regimiento de Frontera que actuaba ante las necesidades más perentorias y cotidianas de la población. Fue la 1^{ra} operación contra una unidad militar, muy compleja, en la que participó gente del Norte, de Santa Fe y de Capital Federal. Yo sabía que algo iba a pasar, pero no sabía qué era. Aquella tarde estaba en casa, a las cinco de la tarde prendí la radio, [...] y cuando escuché la noticia del

copamiento quedé absorta. Pensé mecánicamente que había sido una acción del PRT-ERP. Fue un día trágico, en el que fallecieron compañeros peleando con soldados formoseños que defendieron a muerte esa unidad de frontera. Las evaluaciones por parte de la Conducción fueron negadoras, responsabilizando al compañero conscripto que iba a permitir el paso alado de fuerzas fuera de foco. La concepción de guerra revolucionaria estaba definitivamente agotada".

En cuanto al asesinato de Rucci, una de las mujeres entrevistadas remarcó cómo, para ella, ese evento indicó un "hito" en el devenir de Montoneros. Un hito que, ya en ese entonces, hablaba de una opción política que privilegiaba un tipo de lucha volcada al enfrentamiento armado. Lo cual, vale la pena destacar, no impidió que ella continuara militando activamente: *"Quizás lo más grave del año '74 sea que, la organización, [...] si pretendía una transformación, un cambio, nosotros lo que tendríamos que haber hecho es trabajar dentro de la democracia. En realidad, no aceptamos las reglas de la democracia y nos fuimos militarizando progresivamente, esto es lo que yo creo que fue lo más nefasto. [...] el hecho de plantearse lo armado en plena democracia y estando Perón vivo, era una locura, que renunciaran los diputados teniendo espacio legal para trabajar, para pelear por las ideas, para construir de otra forma... Otra forma de construcción, eso es lo que resignamos. Todos fuimos parte de esto, porque a pesar de que había muchas diferencias dentro de la organización nunca supimos plantearnos realmente, buscar un espacio y, de última, irnos".*

Otro elemento señalado como indicador de un clivaje en las organizaciones fue la profundización del verticalismo en la toma de decisiones, y la formalización en la supervisión y evaluación de los militantes, la cual se fue sistematizando y perfeccionando al interior de cada una de ellas, a medida que se vigorizaba el accionar militar sobre el "trabajo de base". Al respecto, resulta significativa la respuesta dada por una de nuestras interlocutoras ante la pregunta acerca de cómo funcionaba la toma de decisiones, respuesta donde se visualizan ciertas oscilaciones y contradicciones: *"Nadie lo decía, esto se discutía en los distintos ámbitos. En realidad, había algunos lineamientos, bueno, ino! En realidad en algunos casos la conducción elaboraba documentos que se discutían, y ahí se definía si había acuerdos o no, después se discutía qué hacer, qué tipo de operaciones hacer, partía de una discusión política, obviamente, ningún grupo se descolgaba por la libre, cada grupo tenía su responsable, y así iba hacia arriba y hacia abajo, o incluso, en algunos casos había operaciones que venía la orden de que había que hacerlo y se seleccionaba quiénes".*

La expresión "un documento bajaba" se fue imponiendo en muchas de las organizaciones revolucionarias, donde la apertura para discutir criterios políticos de acción se vio cada vez más limitada, a pesar de las desavenencias que existían respecto al rumbo que iba tomando la lucha armada. Como recordó una de las mujeres entrevistadas: *"En realidad se discutía muchas veces, pero no había apertura como para la discusión, en realidad sí la hubo los primeros años. En el '74 fue crucial el cambio de la organización, después del enfrentamiento con Perón, incluso antes. Lo de Rucci nunca se discutió, claro, nosotros tendríamos que haber discutido muchas cosas, incluso cuál era la política del PRT en aquel momento. Por ejemplo, PRT largó Azul a fines del '73 y, en realidad, es lo mismo que lo nuestro. Es no entender la importancia de tener..., de poder aprovechar la democracia para poder hacer política, de hecho la gente empezó a separarse, nosotros empezamos a separarnos de la gente. Porque la gente no se avenía a ningún tipo de actividad más dura en este sentido, armada o militar. En realidad, no supimos ver ni aprovechar esos espa-*

cios, nos retiramos de esos espacios que eran invalorable. La organización se fue cerrando cada vez más, y cada vez hubo menos espacio para la discusión, tanto es así que no eran bien mirados los compañeros que plateaban críticas o dudas; esto cada vez fue menos permitido".

El centralismo y el verticalismo en la toma de decisiones se profundizaron al interior de las organizaciones a medida que se amplificaba la persecución sobre sus militantes, donde las posibilidades de continuar con la "lucha revolucionaria" se iban cercando cada vez más. Lo mismo ocurrió con la clandestinidad y la compartimentación de la información. Si bien ello pudo responder, básicamente, a cuestiones de seguridad, sus implicancias fueron mucho más allá. La participación de los miembros en la discusión política –trasfondo de las operaciones armadas– se vio fuertemente limitada, los grados de jerarquía se estamparon en jinetas (materiales o simbólicas) y las diferencias expresadas por estas últimas se hicieron sentir en la vida cotidiana de cada uno de los militantes.

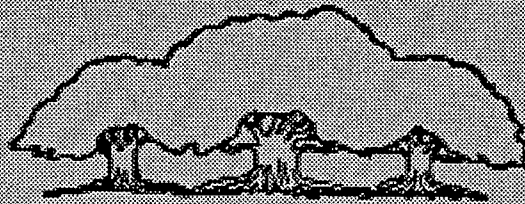
Las posibilidades de continuar militando comenzaron a depender cada vez más de la organización y el cargo que se ocupara en ella. Por ejemplo, no todos los miembros eran mantenidos económicamente por la "orga", sólo aquellos que se dedicaban cien por ciento a la "lucha revolucionaria", es decir, aquellos que se encontraban en el "aparato militar", generalmente "clandestinizados", y por ende, no tenían otra entrada de dinero. Un problema se planteó, sin embargo, cuando la mayoría de los militantes debió "pasar a la clandestinidad", lo cual implicó abandonar el trabajo, no siendo tarea simple, en esas condiciones, procurarse otro. Ahí, el nivel de prescindibilidad o imprescindibilidad dictado por la "orga" y las diferencias de status social entre los militantes, en tanto la ayuda económica que les pudieran prestar sus respectivas familias, entraron a jugar con fuerza. Muchos de los militantes se vieron en serias dificultades, peregrinando de casa en casa, sin recursos. Una de nuestras interlocutoras ilustró esa situación de la siguiente manera: "El contexto era de guerra. A través de los puentes organizativos nos dan dos posibilidades: ir a Tucumán o ir al Chaco. En ésta provincia estaba mi amigo [...], que me había contactado al principio. Ahí, junto a él, se abría nuevamente una esperanza. Como ser humano hacía la vida mucho más fácil. Decidimos irnos. Nos instalamos en Resistencia donde se produce un fenómeno contrastante: estábamos desinsertados, no conocíamos a casi nadie, todo parecía extraño".

Tal situación se vio agravada por el grado de compartimentación que habían alcanzado las organizaciones revolucionarias, lo que hacía que, fundamentalmente en el caso de un "militante de base", si los demás miembros de la "célula" o su responsable "caían", él pudiera quedar desconectado, perdiendo todo contacto con la "orga". Como menciona una de las mujeres entrevistadas: "Después del Golpe, muchos compañeros se iban porque quedaban colgados. No había cómo engancharse. Como era todo compartimentado nadie sabía quién era quién, nadie se conocía con nombre y apellido, mucho menos los domicilios. Se funcionaba así [...]. En mi caso, a mí la verdad que no me tocó esa experiencia de quedar desenganchada, puedo contar anécdotas de otros que les pasó de andar girando en casas de conocidos, de no tener un mango, de no poder ir a casa de las familias, de vivir escondidos en algún lugar, en algunos casos de poder meterse en alguna embajada, en algunos casos de salir a Uruguay y de ahí a Brasil. La organización sólo bancaba económicamente a sus cuadros superiores, al resto no. Realmente, los compañeros quedaban en banda. [...] A mí no me pasó, pero, tampoco me pasó por el lugar que ocupaba, no tanto yo, sino mi marido, que lo mataron, que era un cuadro de Conducción. Nosotros la verdad que, en ese sentido, dentro del aparato, siem-

pre tuvimos gaita y este problema no lo tuvimos, además de alguna manera uno corta con la familia, pero no al 100%".

Paralelamente a la consolidación de los aparatos represivos del Estado, en un contexto de profundización de los enfrentamientos políticos entre las organizaciones revolucionarias y las fuerzas de seguridad, el ala sindical del peronismo y el empresariado, las mujeres comenzaron a percibir como sus propias "orgas" iban entrando en un proceso de "clandestinización", "burocratización" y "militarización", coartándose la posibilidad de reproducir los principios valorativos de las organizaciones revolucionarias, donde la solidaridad, la reciprocidad y la lealtad eran valores altamente estimados.

En un marco donde los militantes se encontraban vigilados en cada movimiento, donde las "caídas" se volvían cada vez más frecuentes, la cadena de dones comenzó a deteriorarse, mermando la confianza en la organización. A ello se sumó la limitación de la discusión política interna, la cual más se clausuraba a medida que aumentaban el desencantamiento y las inseguridades por parte de algunos de sus miembros. Las diferencias políticas, entonces, comenzaron a prevalecer sobre los acuerdos, y las divergencias entre las apreciaciones personales y las razones del colectivo político comenzaron a emerger significativamente dentro de las respectivas "orgas", dando lugar a hondos malestares que, en unos casos, se llegaron a expresar en disidencias. Proceso interno que se vio clausurado abruptamente con la multiplicación de las detenciones, asesinato y "desaparición" de cientos de militantes.



NUESTRA AMÉRICA

LIBROS TABACO Y RON

Librería latinoamericana especializada en Cuba

Libros de y sobre Ernesto Che Guevara

Imprimimos ediciones de autor

Rodriguez Peña 466 entre Corrientes y Lavalle
Teléfono 4372-8558 libreria@nuestramerica.com.ar
www.nuestramerica.com.ar

Considerando lo anterior, creemos que siempre es un buen momento para seguir reflexionado sobre cómo determinados acontecimientos condujeron a la muerte de miles de hombres y mujeres que lucharon por alcanzar un cambio revolucionario en un contexto social percibido como extremadamente injusto. También esperamos que la multiplicación de este tipo de investigaciones colabore a repasar diversas formas de participación política y los términos que utilizamos para referirnos a ella, como el de "militancia". Pues, crear nuevas palabras, si bien no alcanza, al menos ayuda a proyectar nuevas realidades. ●

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1980), *Le sens pratique*, Ed. Minuit, Paris.

De Certeau, Michel (1981), *Croire: Une pratique de la différence*, Documents de travail, Centro Internazionale di Semiótica e di Linguistica, Università d'Urbino, Italia, N°106, serie A, setiembre 1981.

De Ipola, Emilio (1997), *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*, Ariel, Buenos Aires.

Durkheim, Emile (1968), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Schapire Editor, Buenos Aires.

Durkheim, Emile (1973), *De la división del trabajo social*, Schapire Editor, Buenos Aires.

Gouldner, Alvin (1979), *La norma de la reciprocidad: formulación preliminar*, En: "La sociología actual. Renovación y crítica", Editorial Alianza, Buenos Aires.

Guglielmucci, Ana (2003), *Prácticas y representaciones de mujeres ex presas políticas del penal de Villa Devoto (1975-1983)*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias Antropológicas, 10 de marzo de 2003.

Malinowski, Bronislaw (1972), *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Península, Barcelona.

Librería Universitaria de Buenos Aires

● **Libros de más de 50 editoriales universitarias españolas.**

● **Librería avalada por la AEUE**
(Asociación de Editoriales Universitarias Españolas)

Tucumán 1726 - C1050AA - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Argentina - Tel: 4371-3883 - e-mail: ludeba@ciudad.com.ar

Los límites de la política: acerca de la carta de Oscar del Barco

"La experiencia internacional -señala el autor- dice que sin el espíritu de reconciliación, la verdad nunca llega y los actores continúan reivindicando su propia verdad-identidad". La polémica generada por la revista *La Intemperie* continúa provocando respuestas.

HÉCTOR RICARDO LEIS*

* Político e investigador

La preocupación de Oscar del Barco expresada en la carta publicada en *La Intemperie*, no se refiere exclusivamente al papel de la izquierda revolucionaria argentina en los años 60 y 70, como parecen creer algunos de sus críticos. Al levantar el imperativo bíblico del "no matarás" contra los usos políticos de la muerte, su texto nos lleva mucho más lejos y se torna esencial para entender nuestra historia como argentinos, no apenas como militantes juveniles de izquierda. El "no matarás" no es un mandamiento exclusivo para la salvación individual -como sería el caso de "honrarás a tu padre y a tu madre" o "no codiciarás a la mujer del prójimo"- . Es también un mandamiento laico para la edificación y salvación de la comunidad política.

Aristóteles entiende la amistad (*philia*) como una relación que establece un vínculo afectivo positivo entre las personas a partir del reconocimiento mutuo de tener algo en común. Para los griegos, tanto el Estado como la familia precisan de la existencia de este sentimiento entre sus miembros, para que los objetivos comunes se realicen plenamente. Los autores de las ciencias sociales gastan ríos de tinta intentando explicar las diversas causas de los fracasos y crisis de países como la Argentina, pero raramente se preocupan por la mayor o menor inteligencia moral (*phronesis*) demostrada por sus elites, en las encrucijadas históricas, para fortalecer los lazos de amistad de la nación en su conjunto. Asociadas a sistemas y regímenes totalitarios provenientes de los extremos del espectro político, las utopías del siglo XX prometieron el progreso y la felicidad en el futuro a costa de la amistad en el presente. Los resultados están a la vista, sus muertos se cuentan por decenas de millones. Pero aún cuando los muertos todavía son llorados, no son muchos los que realmente aprendieron las lecciones de la historia.

Cuando se justifica la muerte del "otro" por motivos políticos se atenta contra la comunidad como un todo. La política conlleva un cierto grado de enemistad, es indudable. Carl Schmitt argumentó bien este punto. ¿Pero cuál es el límite para

la aplicación de la lógica amigo-enemigo? El fundamentalismo schmittiano, compartido por los utopismos radicales del siglo XX, torna inviable la gobernabilidad democrática. Si el imperativo bíblico del "no matarás" no detiene a tiempo el accionar de la lógica amigo-enemigo, la dictadura se transforma en la única salida posible y, lo que es peor, en el resultado deseado por el pueblo. No existe ironía más cruel que la justificación política de la muerte del "otro" en nombre de la democracia. Esta supone mucho más que la realización de elecciones periódicas, implica la existencia de una asociación política basada en la confianza de los ciudadanos en el cumplimiento de la ley y la palabra. Parafraseando a Hannah Arendt, es posible decir que la democracia exige la capacidad de los miembros de una sociedad para perseguir sus objetivos sin recurrir a la violencia. La genealogía del "matarás" señala exactamente el camino contrario al de la democracia. Cuando la política apunta a introducir divisiones profundas en el cuerpo y el alma de las sociedades—como es el caso de las políticas étnicas, religiosas, clasistas o raciales de tipo fundamentalista—, la enemistad y la desconfianza aumentan progresivamente hasta transformarse en odio y resentimiento, los cuales a su vez van generando deseos de venganza y abren las puertas al "matarás".

Cualquier país que haya pasado por severas luchas internas sin fragmentarse, en algún momento deberá tomar decisiones que, para alcanzar sus objetivos, precisarán una comunidad política con capacidad para reconciliar a los enemigos de antaño. Al contrario de lo que piensa el sentido común, hacer justicia—esto es, juzgar y punir a los culpables de acuerdo con la ley— no es incompatible con el perdón. Lo que es exactamente opuesto del perdón es la venganza, que es una ofensa que actúa contra otra ofensa, produciendo así una espiral de violencia de la cual los actores difícilmente consiguen salir. Hannah Arendt comenta que el descubridor del papel del perdón fue Jesucristo; el hecho de que su descubrimiento ocurriera en un contexto religioso no impidió su extensión hacia el campo de la política. El perdón es el camino para la reconciliación porque, precisamente, sin su intermediación los errores del pasado nunca desaparecen del horizonte del presente. Una nación constituida por individuos y actores que no saben perdonar está condenada a vivir su pasado como irreversible y, en consecuencia, a la eterna repetición de sus errores. No es por casualidad que aquellos que no saben perdonar precisen mistificar su pasado.

Oscar del Barco afirma que "Menéndez es responsable de inmensos crímenes, no sólo por la cantidad sino por la forma monstruosa de sus crímenes. Pero Santucho, Firmenich, Gelman, Gorriarán Merlo y todos los militantes y yo mismo también lo somos. De otra manera, también nosotros somos responsables de lo que sucedió." ¹ Estoy convencido que el reconocimiento de las responsabilidades individuales es pieza esencial del progreso moral de un pueblo. El "no matarás" apela especialmente a las generaciones argentinas de los 60 y 70, pero para quién quiera escuchar con atención, el eco llega hasta los confines de nuestra historia. Los argentinos no hemos sabido crear todavía una comunidad política en sentido estricto. Nuestra historia está repleta de luchas fratricidas que ni siquiera son denominadas con ese nombre (¿acaso no fue eso lo que ocurrió también, en buena medida, en los 60 y 70?). El tiempo no cura las llagas de esas luchas porque sus actores—o los "descendientes" históricos de esos actores— no quieren perdonar ni ser perdonados, colocando así sus identidades por encima de la comunidad a la cual pertenecen. Países que han sufrido guerras civiles de gran intensidad (como los Estados Unidos en el siglo XIX o España en el siglo XX) han sabido reconciliarse con su pasado, reconstruir sus comunidades y avanzar en la historia. ¿Por qué los argentinos no tenemos la inteligencia moral de esos pueblos, cultural y políticamente tan próximos de nosotros, por otra parte?

El tema de la reconciliación nacional siempre estuvo ausente de la política argentina. La "reconciliación" era algo impuesto por el vencedor al derrotado, sin

1. *La Intemperie*, número 17, diciembre 2004, Córdoba, pág 4.

ningún debate o consentimiento. Cuando los lugares se intercambiaban y el derrotado pasaba a vencedor y viceversa, la cosa continuaba igual, apenas cambiaba de signo. La experiencia internacional muestra que, sin el espíritu de reconciliación, la verdad nunca llega y los actores continúan reivindicando su propia verdad-identidad. En esas condiciones, la lucha por la verdad reproduce en el plano simbólico la lucha anterior en el plano político. Excluyendo a San Martín y la lucha por la Independencia, todas las grandes memorias históricas que vinieron después dividieron siempre al país en dos partes. Son memorias facciosas. Son memorias que no quieren reconciliar a los que estuvieron antes divididos sino, por el contrario, alimentar el mutuo resentimiento. La mayoría de los argentinos puede creer que nuestra historia no es muy diferente a la de cualquier otro país. Se equivoca profundamente. Por lo menos en el grupo de los países occidentales modernos, la profunda fijación de los argentinos con el pasado supone una clara anomalía. Los sentimientos que separaban a federales y unitarios, en la primera mitad del siglo XIX, o a peronistas y anti-peronistas, un poco más de un siglo después, todavía siguen vigentes, decantados en resentimientos que se alimentan sin cualquier vínculo con la realidad. Del Barco consiguió llamar la atención para su *mea culpa* porque el drama argentino tiene componentes a-históricos que aún permanecen ignorados.

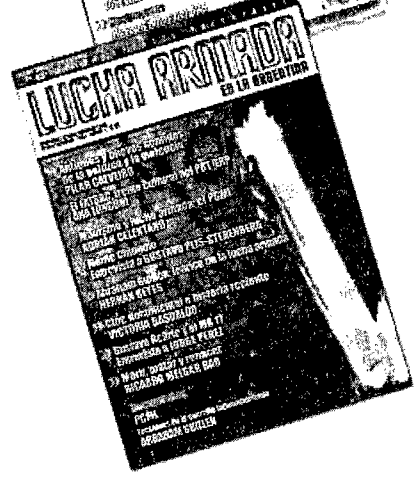
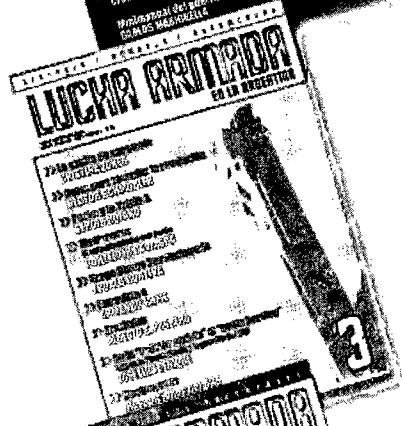
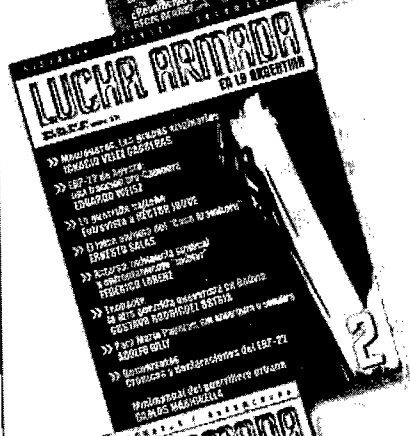
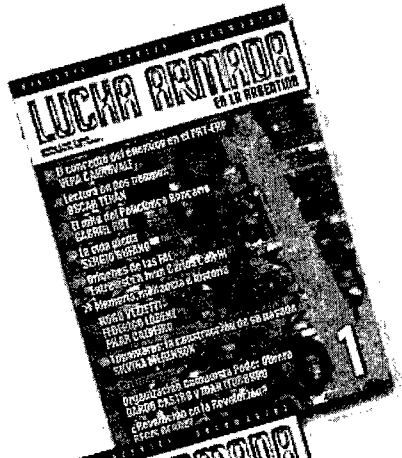
A lo largo del siglo XX, no fueron pocos los actores que se sintieron con derecho a matar en causa propia. Las dictaduras militares encarnaron los momentos más altos de tales desvaríos. Pero Oscar del Barco se responsabiliza por un crimen que nada tiene que ver con cualquier dictadura militar y eso nos obliga a preguntarnos si este tipo de crímenes fueron raros. La simple pregunta por la cantidad de muertos que no fueron de responsabilidad de los militares tiene algo de tabú. De hecho, los muertos de las Fuerzas Armadas provocados por la guerrilla se cuentan por centenas, así como también fueron centenas los muertos en las luchas internas del peronismo. Pero la memoria que quedó registrada sobre ese período no ve las cosas del mismo modo. Ella estructura la historia de los años 60 y 70 en torno de un único "demonio". No creo en esta teoría, pero tampoco creo en la de los "dos demonios". Esta última teoría responsabiliza apenas a la guerrilla y a los militares, dentro de un cuadro histórico mucho más dantesco. Los demonios argentinos no son apenas dos.

El pasado de la dictadura militar debe continuar siendo juzgado. Tratándose de crímenes contra la humanidad no puede haber punto final. La verdad sobre los desaparecidos, así como sobre la lucha armada en la Argentina, debe ser esclarecida. Pero esto incluye no sólo la responsabilidad directa de los responsables, en el campo de las Fuerzas Armadas y de las organizaciones guerrilleras, sino también la de todos aquellos grupos o personas, nacionales o extranjeros, que no formaban parte de ninguno de esos lados, pero alimentaron intelectualmente el conflicto en beneficio de sus intereses circunstanciales. El espíritu correcto para realizar todas estas tareas no es "ni olvido, ni perdón", como quieren algunos, ni "borrón y cuenta nueva", como quieren otros. El espíritu apropiado es **verdad, justicia y reconciliación**. Sin verdad y justicia no es posible la reconciliación. Pero también, sin ánimo de reconciliación no se llega ni a la verdad, ni a la justicia, sino a la venganza.

La buena memoria histórica es aquella que ayuda a una comunidad a ser amiga de ella misma, sin faltar a la verdad. Estamos lejos todavía de esta memoria, pero ella es posible. Que la justicia cumpla su papel, que no haya culpables sin condena. Pero sepamos también que, en la Argentina de hoy, la salvación no viene de la culpabilización del otro, sino de la reconciliación con él. La superioridad moral no deriva del sufrimiento padecido sino de la capacidad de perdonar, de reconstruir la comunidad. En este sentido, aunque las intenciones y los sufrimientos individuales en cada campo hayan sido diferentes, la izquierda y la derecha argentinas se igualan históricamente en su incapacidad para cuidar de la comunidad nacional. Que cada uno asuma su propio demonio en pro de la verdad, la justicia y la reconciliación. Sospecho que el delgado hilo plateado que sostiene la inteligencia moral de los argentinos depende de esto para que no se corte. Mi gratitud a Oscar del Barco por su carta. ●

Lucha Armada

Sumarios 2005



- El concepto del enemigo en el PRT-ERP - VERA CARNOVALE
- Lectura en dos tiempos - OSCAR TERÁN
- El mito del Policlínico Bancario - GABRIEL ROT
- La vida plena - SERGIO BUFANO
- Orígenes de las FAL. Entrevista a JUAN CARLOS CIBELLI
- Memoria, militancia e historia - HUGO VEZZETTI - FEDERICO LORENZ - PILAR CALVEIRO
- Tupamaros: la construcción de su pasado - SILVINA MERENSON
- Documentos - Organización Comunista Poder Obrero - DARDO CASTRO y JUAN ITURBURU
- ¿Revolución en la revolución? - RÉGIS DEBRAY

- Montoneros, los grupos originarios - IGNACIO VÉLEZ CARRERAS
- ERP 22 de agosto: una fracción pro-Cámpora - EDUARDO WEISZ
- La guerrilla salteña - Entrevista a HÉCTOR JOUVÉ
- El falso enigma del "caso Aramburu" - ERNESTO SALAS
- ASTARSA: militancia sindical y enfrentamiento "militar" - FEDERICO LORENZ
- Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia - GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA
- Para Mario Payeras, sin amargura o sombra - ADOLFO GILLY
- Documentos - Crónicas y declaraciones del ERP 22
- Minimanual del guerrillero urbano - CARLOS MARIGHELLA

- La casita de caramelo - CRISTINA ZUKER
- Notas para recordar la revolución - HÉCTOR SCHMUCLER
- Perón y la Triple A - SERGIO BUFANO
- Montoneros. El enfrentamiento con Perón - GUILLERMO CAVIASCA
- Grupo Obrero Revolucionario - EUDALD CORTINA
- Entrevista a ARMANDO JAIME
- Traslados - ALBERTO SZPUNBERG
- De la "traición aprista" al "gesto heroico". Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR
- JOSÉ LUIS RÉNIQUE
- Documentos - Resoluciones del GOR
- Las FF.AA. y la lucha contra el terrorismo

- Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia - PILAR CALVEIRO
- El FATRAC, frente cultural del PRT/ERP - ANA LONGONI
- Maoísmo y lucha armada: el PCML - ADRIÁN CELENTANO
- Monte Chingolo - Entrevista a GUSTAVO PLIS-STERENBERG
- Abraham Guillén: teórico de la lucha armada - HERNÁN REYES
- Cine documental e historia reciente - VICTORIA BASUALDO
- Gustavo Rearte y el MR 17 - Entrevista a JORGE PÉREZ
- Morir, matar y renacer - RICARDO MELGAR BAO
- Documentos - PCML
- Lecciones de la guerrilla latinoamericana - ABRAHAM GUILLÉN

Una historia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua

Cuando se produjo el golpe pinochetista, más de cien jóvenes chilenos estudiaban medicina en Cuba. Los becarios de alrededor de 20 años de edad fueron convocados para abandonar sus estudios universitarios para incorporarse a las fuerzas armadas cubanas. En 1975 se inició su formación como oficiales. Esta es su historia.

VIVIANA BRAVO VARGAS - ROLANDO ÁLVAREZ VALLEJOS •
Maestrando Estudios Latinoamericanos UNAM Magister en Historia, Chile

I

*Este texto forma parte de una investigación mayor que los autores se encuentran realizando sobre la experiencia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua.

1 - Nos basamos en Lechner, Norbert: *Las sombras del mañana*. (Lom, 2002, p.83).

2. Ver Goicovic, Igor: "La implacable persistencia de la memoria. Reflexiones en torno al Informe de la Comisión de Prisión Política y Tortura". (Inédito).

3 - *La Nación* 05/11/2004.

La publicación en Chile del Informe sobre Tortura y Prisión Política a fines de 2004, reabrió un debate que, al parecer, eternamente revive en la escena política chilena: La interpretación sobre la historia reciente del país. En este caso fue interesante cómo se alinearon distintas ópticas interpretativas. Por un lado, fue evidente una vez más una "política de la memoria" oficial.¹ Así, desde el Estado se elaboró una cierta visión del pasado, seleccionando hechos, ocultando otros, para dar paso a lo fundamental: generar un horizonte de futuro y aquietar el conflicto social. El reconocimiento del daño cometido, junto al pago de una modesta pensión a un número reducido de víctimas, intentarían dar por cerrado una problemática que afectó a cientos de miles de chilenos durante la dictadura militar.²

Antes de conocerse el texto de la Comisión, en un hecho inusitado, el Comandante en Jefe del Ejército de Chile, general Juan Emilio Cheyre, entregaba a la opinión pública el documento "Ejército de Chile: el fin de una visión".³ En él, tras años de negarlo, el Ejército reconocía su responsabilidad en las violaciones a los Derechos Humanos en Chile durante los años de la dictadura. Preparando lo que sería el debate luego de conocido el llamado "Informe Valech", Cheyre planteaba que ningún contexto justificaba lo obrado por el Ejército.

Este diseño de una política de la memoria, en donde se hicieron cóm-

plices antiguos enemigos (los actuales gobernantes y el Ejército), abrió nuevamente el debate sobre la memoria en Chile. Por un lado, la derecha más recalcitrante, insistió en la necesidad de trazar "el contexto" en el que se dieron los horribles hechos descritos por el Informe Valech. Su máximo representante, el historiador y ex funcionario de la Dictadura Gonzalo Vial, a través de su influyente columna en el derechista diario "La Segunda", incluso cuestionó la validez de los casi 28 mil testimonios recogidos por la Comisión. Por su parte, algunos de los más destacados historiadores nacionales publicaron un Manifiesto, en donde no solo respondían a la visión de Vial sino que criticaban la política de la memoria oficial, obcecada por cerrar por decreto la memoria popular y nacional, evidentemente aun fracturada por el pasado.⁴

En el mes de abril de 2005, cuando los ecos de este debate aun resonaban, un grupo de militantes y ex militantes de izquierda organizaban un acto conmemorativo llamado "A 30 años de la Tarea Militar". ¿Qué significado tenía este acto, justo cuando la derecha volvía a culpar a la izquierda de iniciar la violencia política, sustento básico de su tesis que justifica la violación de los derechos humanos durante la dictadura? ¿Qué significaba este acto cuando el gobierno, a través de sus políticas de la memoria, intentaba una vez más "cerrar heridas" y "mirar hacia adelante", tendiendo un velo de silencio y olvido sobre los acontecimientos que golpearon Chile durante los años '70 y '80?

Como ha sido señalado, "en Chile la memoria se impone".⁵ La detención en Argentina de Galvarino Apablaza Guerra, más conocido como "Comandante Salvador", ocurrido sospechosamente a los pocos días de publicado el Informe Valech, puso al tapete en la prensa nacional lo que algunos han denominado para el caso chileno "el empate moral". Por medio de éste, se "igualan los males acontecidos en nuestra historia, haciendo responsable a los militares (y débilmente a la derecha) por un lado, y a la izquierda, por el otro".⁶ En este caso, Apablaza, sindicado como líder del Frente Patriótico Manuel Rodríguez e inculpa- do del asesinato del ideólogo ultraderechista Jaime Guzmán Errázuriz, le tocó ser la moneda de cambio, el factor de "contexto", que servía a los medios de comunicación de masas, en su inmensa mayoría controlado por la derecha, para intentar equiparar los escalofrantes testimonios contenidos en el Informe Valech.

En estos "marcos sociales" de una nueva batalla por la memoria en Chile, los antiguos camaradas de Apablaza recibieron un impulso más para organizar un acto, en donde el ahora detenido ex jefe militar izquierdista fue uno de los símbolos que reivindicaba esta memoria insistentemente recordada para ser acusada, pero casi siempre deformada por los sectores dominantes, de acuerdo a la óptica de quienes la vivieron. Siempre acusados tanto por las "memorias oficiales",⁷ como por la derecha de ser responsables de grandes males para el país, los antiguos, los "ex" y los nuevos integrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez se reunieron para recordar y reivindicar el inicio de una "Tarea" fundamental para el futuro posterior de la historia de Chile. ¿Fue casual que lo hicieran en el marco histórico que hemos descrito? Ciertamente que no. La "irrupción de la memoria", la necesidad de recordar y de hacerlo de acuerdo a ciertos criterios, de acuerdo a ciertos marcos, siempre esta delimitado por el presente y, además, por las proyecciones al futuro. En este sentido, la liberación en julio de 2005 del "Comandante Salvador" representó un reconocimiento histórico para una generación de combatientes revolucionarios chilenos, y un nuevo impulso para repensar el presente y el futuro de las fuerzas de izquierda en el país.

La necesidad de reivindicar la memoria, de recordar desde una óptica diferente a la oficial la experiencia de la lucha armada contra la dictadura, se

4- "Manifiesto de Historiadores (Contra los que torturan a nombre de la Patria)". En www.eco-educacionycomunicaciones.cl

5 - Lechner, N.:op.cit.p.69.

6 - Garcés, Mario; Leiva, Sebastián: *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*. (Lom, 2005). p.10

7 - Hay que recordar que el Informe de Verdad y Reconciliación, publicado en 1991, incluyó a los miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden muertos producto de las acciones de los grupos armados en Chile durante la dictadura militar.

⁸ - Lechner, N.: op.cit.p.62.

⁹ - Cfr. Milos, Pedro:
"Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación". En Garcés, Mario et al: *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. (Lom, 2000).p. 47 y ss.

¹⁰ - Ver al respecto Garcés, M.; Leiva, S.: op.cit.p.25.

relacionó con la necesidad de recordar el pasado, bajo la urgente necesidad política de aportar a la causa de construir visiones de país alternativas al orden neoliberal vigente. Este es, justamente, el sentido del rescate de las memorias que forman parte de este texto. La experiencia de los jóvenes chilenos, formados como oficiales de la Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas durante la segunda mitad de los setenta, en el proceso histórico que vio el triunfo y la aparente consolidación de la Revolución en Nicaragua, forma parte fundamental de la memoria de una generación que luchó en Chile y en otras latitudes por construir un nuevo orden social.

II

La memoria no es espontánea, requiere de marcos de recuperación. La memoria es un proceso activo de creación de significados, es esencial en la construcción de una identidad, en la construcción del sentido de la vida. Es un proceso selectivo de recordar determinados momentos de una manera específica. La memoria se hace, y también hace y deshace, disuelve las fronteras, propone acueductos entre la experiencia pasada, las necesidades del presente y los sueños de futuro.

La memoria es posible definirla como *"un acto del presente, pues el pasado no es algo dado de una vez para siempre. Aun más: solo en parte es algo dado. La otra parte es ficción, imaginación, racionalización. Por eso la verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos como en el relato y la interpretación de ellos"*.⁸ De esta manera, los ejercicios de la memoria, más que un acto individual y mental, constituyen un proceso en donde el marco social determina, en cada coyuntura histórica, qué, cómo y cuándo recordar.⁹ De ahí, la evidente connotación política que poseen las "políticas de la memoria", utilizadas tanto como estrategias de integración social, como generadoras del "orden deseado".

Por este motivo, como lo ha dicho el historiador chileno Mario Garcés, las batallas por la memoria en Chile no se deben remitir solo a la problemática que encierran las sistemáticas violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura, sino al debate sobre los proyectos políticos que han pretendido transformar el orden social en Chile.¹⁰ La memoria popular choca contra una memoria oficial que no escatima esfuerzos en borrar los esfuerzos emancipatorios de la primera.

En este marco general, aquí vamos a "hacer memoria", no cualquiera, aquí queremos hablar de "La memoria de las armas" no en cualquier tiempo sino que desde hoy... a 30 años de la Tarea Militar y a 26 del triunfo de la Revolución Sandinista. ¿Qué fue la Tarea Militar? Para hablar de esto, para relatarla, es necesario traer al presente un pasado, pero ubicados no en cualquier parte. Antes de salir a buscarlo, es imprescindible mirar dónde estamos, especificar el lugar donde nos encontramos, a partir de ciertas necesidades, a partir de un presente, una experiencia vivida.

Lo que vemos a nuestro alrededor es una configuración histórica social que se ha ido construyendo y, de paso, naturalizando, intentando constituirse como el único orden posible. Este presente se caracteriza, entre otras cosas, por la globalización, una configuración histórico social en que domina el capital financiero, se imponen y legitiman nuevas normas entre naciones, entre el capital y el trabajo. ¿Cuál es el principio organizador de las prácticas sociales? Evidentemente no es lo colectivo, institucionalizándose, a contrapelo, la lógica del individualismo. Es un sistema en que la lógica del campo de fuerza hegemónico impone un discurso en que la violencia es condenada "venga de donde venga". Aunque es sabido que la globalización capitalista absorbe y contiene todas las otras formas precedentes de violencia, que al ser "impuesta y legitimada" y más tarde "naturalizada", pareciera que ya no es violencia.

Entonces debemos ver cómo se mueven las relaciones en este campo hegemónico, terreno de lucha entre distintos discursos que se confrontan, oponen, excluyen e incluyen. Así daremos cuenta de una lucha de fuerzas, desde la que surge una memoria dominante, un resultado exitoso en que los "vencedores" legitiman una determinada selección del sentido. De esta manera, los vencedores (los representantes del modelo neoliberal) no solo escogen escenas y hechos del pasado según las necesidades que se le presenten hoy, sino que al mismo tiempo, las proyectan hacia las expectativas futuras, en el marco de la imposición de una dominación política y del control del espacio público.

Pero al volver la mirada al pasado, si retrocedemos 30 años, es posible constatar que muchas cosas han ocurrido. Profundos cambios han operado desde ese entonces. En primer lugar, en aquel tiempo-espacio existía una "Guerra Fría", sistema bipolar que determinaba la suerte de países pequeños como el nuestro. Pero era una época bipolar también en las categorías con la que los sujetos entendían y analizaban el mundo: reforma/revolución, socialismo/capitalismo, burgueses/proletarios. La Guerra Fría tenía una dimensión subjetiva, existían certezas. Era la época de los metarelatos, donde las grandes utopías de la modernidad, daban significado y sentido a millones de vidas humanas.

En ese contexto, en el Chile de 1970, las mesas de votación electoral vociferaban el triunfo de Salvador Allende, representante de las fuerzas que dieron vida al proyecto de la Unidad Popular, que a través de la "vía pacífica" al socialismo aspiraba a transformar estructuralmente el modelo capitalista que operaba en Chile. Imbuidos del mito que consagraba la supuesta tradición republicana chilena, las fuerzas de izquierda, y en particular el Partido Comunista, apostaron al carácter "constitucionalista" (léase democrático) de las Fuerzas Armadas del país. Por ello se confió en que estas no se involucrarían en conjunto en una aventura golpista. La realidad demostraría la falacia de esta tesis. A sólo tres años del gobierno de Allende, en septiembre de 1973, irrumpió el golpe militar que derrocó al "experimento chileno", dando paso a una feroz dictadura militar que, junto con matar y encarcelar a miles de chilenos, implantó con *manu militari*, el modelo neoliberal, que constituye hoy el emblemático "modelo económico" chileno. La dictadura del general Pinochet asumió en profundidad el pensamiento emanado de la Doctrina de Seguridad Nacional. La neutralización del enemigo interno y "subversivo" implicó la puesta en marcha de las más diversas tácticas represivas contemplada en la nueva planificación de la eufemísticamente llamada guerra "irregular". ¿Sus resultados?: más de tres mil asesinados, mil de ellos hechos desaparecer, cientos de miles de torturados, otros tantos exilados. En resumen, un país fracturado para siempre.¹¹

En este ir y venir en la historia reciente del país, en este juego de pasa-



En el centro, Galvarino Apablaza, el Comandante "Salvador".

¹¹ -Para un recuento oficial de los asesinados durante la dictadura, ver Informe de Verdad y Reconciliación, 1991.

do-presente y proyecciones de futuro, se mueve "la memoria de las armas". En una era de globalización capitalista neoliberal, en un contexto político chileno en donde una vez más se ha querido equiparar responsabilidades sobre los hechos del pasado, voces hasta hace poco silenciosas exigen salir de su silencio, para entrar a la batalla por la memoria

III

Al momento del golpe militar había más de 100 jóvenes chilenos becados estudiando medicina en Cuba, con un promedio de edad de 20 años. Corrían los primeros meses de 1975 cuando fueron convocados en La Habana por dirigentes del Partido Comunista de Chile. La propuesta fue la siguiente: abandonar sus estudios universitarios para incorporarse a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba y recibir formación de Oficial Regular. En abril de 1975 se inició su formación como oficiales.

Esta fue una decisión histórica por varios motivos:

Por primera vez en la historia cubana, el Estado abría las puertas de la Escuela Militar Camilo Cienfuegos para formar a un contingente extranjero como oficiales de carrera cubanos y no sólo guerrilleros, como hasta ese entonces se venía haciendo en la isla con importantes grupos provenientes de diferentes países.

Asumir la "Tarea" implica un giro en la táctica política del PC, una ruptura con la tradición política que descartaba de su horizonte de acción la utilización de las armas, pero que a la vez se entroncaba con ésta en su perspectiva de una lucha de cientos de miles por la libertad y la recuperación de la democracia en Chile.

Y no sólo eso, el Partido Comunista se convertía en el primer partido chileno que tomaba una decisión de esta envergadura, es decir, formar a sus militantes como oficiales de carrera.

¿La memoria de quién? ¿Cuál será nuestro sujeto? Los que tomaron las armas. Vamos a buscar a los combatientes, a los que asumieron hace 30 años la Tarea Militar. Armas-confrontación-violencia, es lo que primero puede saltarnos desde nuestro presente. Debemos ver entonces cuál es la relación que esos sujetos, los combatientes armados, tenían con dichos conceptos y las actitudes sociales frente a ellas. En definitiva, deberemos entender las relaciones de esos militantes con la política, su relación con la política y las relaciones políticas. La violencia debe verse en términos relacionales. ¿Quién la instaló? El hecho que La Tarea se haya iniciado en 1975, ¿qué nos está diciendo?: Que antes de esa fecha, la izquierda no tenía nada serio en el terreno militar. Es decir, La Tarea fue una respuesta.

Hablamos de una Tarea ¿qué implicaba "Tarea" en el lenguaje político de hace 30 años? Implicaba compromiso, disciplina, esfuerzo. Por la calidad de secreto que tenía su formación, muchos de sus familiares no supieron el paso que estos jóvenes estaban dando, debieron cambiar rutinas de vida, entrar de lleno al arte y rigurosidad militar. Y así, a los jóvenes que estaban en Cuba, se irían incorporando otros, provenientes del exilio en Europa del Este algunos y también los que eran liberados por la dictadura militar. Aunque fue sólo Cuba la que abrió las puertas de sus Fuerzas Armadas, los cursos de preparación militar también se desarrollaron en otros países socialistas, como Bulgaria y la ex RDA.

¿Por qué querer cambiar así el rumbo de sus vidas? Para responder esta pregunta será imposible remitirnos a ellos exclusivamente por su opción armada, porque ante todo, asumir "La Tarea" fue una forma de lucha para alcanzar objetivos políticos. Era una generación que vivió en carne propia y en la de sus compañeros y familiares la cárcel, la tortura, el exilio, la muerte, la desaparición. Y vivían su presente proyectándolo hacia un futuro, en esa expectativa

radicaba su acción, y era nada menos que la transformación revolucionaria del contexto histórico en que se ubicaban.

Cuando el PC chileno aceptó la oferta del gobierno cubano para entrenar a sus militantes como oficiales regulares, el proyecto en el cual insertarlos no estaba claro. De entrada un enfrentamiento armado para lograr la salida de Pinochet estaba descartado por inviable. En lo que hubo acuerdo fue en la necesidad de contar con cuadros estratégicos que algún día contribuirían a la democratización de las FF.AA. chilenas. Serían los oficiales del nuevo ejército democrático en Chile que extirpara de su seno a los miembros que reprimían a su propio pueblo. Es decir, tenían en mente la instalación futura de un nuevo gobierno popular, pero no existía un diseño político que definiera el rol que tendrían en esa recuperación democrática ni los tiempos aproximados que manejarían. En tanto la táctica del PCCH continuó apuntando hacia el logro de un gran "Frente Antifascista" que presionara hasta lograr el resquebrajamiento del poder de Pinochet, apostando a que la dictadura tenía los días contados, y por lo tanto, era cuestión de tiempo y unión entre fuerzas políticas para conseguir su caída.¹²

Estos cuadros político-militares participaron en diversos contextos revolucionarios, siendo el más relevante la Revolución Sandinista en Nicaragua. Fue el propio Fidel Castro quién les extendió la invitación para participar dentro de las filas sandinistas. Así, el 18 de junio arribaron a Nicaragua y se incorporaron al Frente Sur para asesorar con conocimientos de guerra regular a la guerra de guerrillas que libraba el FSLN, la dinámica había cambiado a una guerra de posiciones que necesitaba de la implementación de armamento pesado. Faltaba poco para que el conflicto se resolviera en favor de las fuerzas sandinistas y sólo un mes más tarde venció la revolución nicaragüense. La participación de los chilenos había sido breve pero intensa, participando en batallas decisivas en las que murió el joven Days Huerta y otros resultaron heridos. También había sido un tiempo suficiente para que entre ellos se generara una mística de combate propia, se desarrollaran ciertos códigos, se sintieran protagonistas y portadores de una experiencia irremplazable que se extendería y resignificaría en su paso por el camino de las armas. Fueron testigos de un pueblo que cambiaba su destino y expulsaba a un dictador, y la decisión de optar por una "Tarea Militar" que comprometía su entrega profesional y militante pero que no terminaba de definirse, encontró sentido y destino proyectual.

Luego del triunfo algunos oficiales chilenos asesoraron la formación del Ejército Popular Sandinista, instruyendo a sus combatientes. Paralelo a este proceso, el Partido Comunista chileno vivía momentos de discusión interna. Ya en 1976 dos de sus direcciones internas habían sido liquidadas. Había sido golpeado duramente y su labor al interior no había podido ser mucho más que intentar recomponerse orgánicamente y aprender a moverse en la clandestinidad. Ya en el Pleno del Comité Central de 1977 —el primero tras el golpe de estado— realizado en Moscú, se debatió sobre el grado de responsabilidad que tuvo "su omisión" o "vacío histórico", al no contemplar una política militar de defensa activa de la Unidad Popular, que pudiera haber prevenido las catastróficas consecuencias con que se desarrollaba la dictadura al interior del país. Este análisis llevó al PCCH a una profunda discusión sobre su línea política y sobre la mejor forma para enfrentar a la dictadura.¹³

En 1980, en un discurso pronunciado a través de las ondas de Radio Moscú, Luis Corvalán López, secretario general del PCCH, anunciaba formalmente la tesis de "todas las formas de lucha" para derrocar a Pinochet. Esto implicaba que los comunistas chilenos reconocían la necesidad de la "violencia aguda", como dijera Corvalán en su histórico discurso, para enfrentar la dinámica política impuesta por el régimen militar. Luego de dicho anuncio, y coherente con la nueva política, aumentó la cantidad de militantes comunistas

12. Este tema ha sido tratado en Bravo, Viviana: "Rebeldes audaces. Pasajes de la resistencia contra la dictadura en Chile. El caso del Partido Comunista. 1973-1986". Tesis de maestría Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2006.

13. El cambio de línea del PCCH ha sido abordado en diversos trabajos. Por ejemplo, Moulian, Tomás; Torres Dujisin, Isabel: "¿Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?". En Varas, Augusto (compilador): *El Partido Comunista en Chile. Un estudio multidisciplinario*. (CESOC-FLACSO, 1988); Samaniego, Augusto: "Lo militar en la política": lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile. 1973-1983". En: <http://www.palimpsestousach.cl/numero1> y Álvarez, Rolando: *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista. (1973-1980)*. (Lom, Santiago, 2003).



Arriba izquierda: Manifestación oficial en Managua. El tercero desde la izquierda es Raúl Pellegrin Friedman. Abajo izquierda: Oficiales chilenos en Nicaragua. Derecha: Combatiente bajo la bandera del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

enviados a recibir instrucción paramilitar a Cuba, en cursos de "combatientes", que duraban entre seis y diez meses. También al interior de las fronteras chilenas se implementaron acciones de carácter violento y audaz, que apuntaban hacia el sabotaje, la desestabilización del régimen y al desarrollo de disposiciones subjetivas de autodefensa, astucia y desobediencia.¹⁴

Pero aún faltaba tomar la decisión sobre la participación que les cabría a los cadetes y oficiales comunistas ya formados dentro de la nueva política militar del PCCH. Si bien en su seno directivo existía una tendencia que requería su presencia para apoyar las nuevas iniciativas de hostigamiento y sabotaje en el interior, convivía con otra que consideraba más pertinente reservarlos para esa futura democracia que esperaban conquistar. Mientras la dictadura lejos de caer se alargaba y el PCCH no se animaba a consolidar su fuerza militar propia, comenzaron las inquietudes y quejas dentro de los cuadros político-militares reunidos mayoritariamente en Cuba, que a esta altura ya tenían la experiencia de participación y mando en una revolución triunfante, habían confirmado sus capacidades y la confianza en sí mismos y querían aportar con sus conocimientos en las luchas contra la dictadura que se desarrollaban en Chile.

En 1982 estalló una crisis en que las recriminaciones de falta de atención, descuido y desinformación, unidas a las presiones que exigían su ingreso a Chile, fueron lanzadas cada vez más fuertemente a los dirigentes del Comité Central. El descontento era profundo y para 1983 el PCCH intentó resolverlo con medidas prácticas. Se hicieron modificaciones orgánicas dentro de la estructura militar del Partido en La Habana; se inició el envío de contingentes para participar en la lucha contra los mercenarios financiados por la CIA en Nicaragua y, finalmente, se tomó la trascendental decisión que pequeños grupos de oficiales iniciaran el retorno clandestino a Chile. Entre ellos venía Raúl Pellegrín, "Benjamín" o Comandante "José Miguel", futuro Jefe del FPMR, elegido el mejor combatiente comunista chileno en Nicaragua. Sobre su actuación en el combate revolucionario circularon historias que reforzaban la mística y los valores que cohesionaban a la militancia. Veamos uno de ellos: "No lejos, en el flanco izquierdo, Benjamín se hizo cargo de la columna guerrillera que había sido abandonada por su conductor, un chileno cobarde. Solo, con su ametralladora, avanzando en descubierto, disparando desde la cadera,

14. Sobre las estructuras militares previas a la fundación del FPMR, Bravo, Viviana: Op.cit.

Benjamín impidió que el frente se desintegrara ante un fuerte ataque de la élite de la Guardia Nacional".¹⁵ Esas historias exaltaban el valor, la entrega, la disposición, el aprecio a quién era capaz de jugárselas, de cuidar la espalda de sus compañeros o "hermanos" que era como preferían llamarse entre sí los jóvenes militares.

En un contexto mucho más amplio de movilización social, una profunda crisis económica al interior del país e intensas jornadas de protestas, arribaron a Chile estos oficiales comunistas. Estaban encargados de dirigir y organizar el trabajo de las unidades combativas, en coordinación con militantes del interior, que hasta ese momento sumaban experiencia en el desarrollo de acciones audaces y se manejaban como pez en el agua en este terreno hostil. Así fue formada la nueva orgánica militar del PCCH. El llamado Frente Patriótico Manuel Rodríguez nació bajo la lógica de un brazo armado urbano y tuvo la misión de dar golpes sensibles al régimen y elevar la moral combativa de las masas con operaciones de alto nivel técnico. Su despliegue estaría en combinación con el resto del trabajo militar del Partido, es decir, con el Trabajo Militar de Masas y el Trabajo hacia las Fuerzas Armadas. Su órgano principal fue una Dirección Nacional que dependía de la Comisión Militar del PCCH, a su vez dependiente de la Comisión Política del Partido.¹⁶

Tomó su nombre del popular prócer de la guerra de independencia de Chile, Manuel Rodríguez Erdoiza (1786-1818), reconocido por sus movimientos conspirativos y ágiles, por la utilización del disfraz para burlar a sus persecutores, por la red de apoyo que tenía en la población a la hora de buscar refugio y por la utilización de las más variadas tácticas guerrilleras contra la dominación española. Rescatar la figura del "guerrillero heroico" significaba traer al presente un imaginario con aliento patriótico, que valoraba la audacia, la rapidez, la valentía. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, hizo su aparición pública el 14 de diciembre de 1983 dejando en la penumbra a amplias zonas de las principales ciudades de país, por medio de la voladura de torres de alta tensión. Se convirtió en el más importante grupo armado que se haya desarrollado en la historia de Chile, sorprendiendo desde sus inicios a la opinión pública por su capacidad operativa. Los "rodriguistas" se hicieron diestros en asaltos bancarios, a armerías, a camiones de comida cuyo contenido era repartido en poblaciones periféricas, en tomas de radio y agencias informativas, en secuestros y apagones coordinados. Estas acciones eran acompañadas por cientos de otras de menor complejidad, pero que persistente y osadamente desarrollaba la militancia de base del PCCH y sus compañeros de ruta.

A partir de ese escenario de movilizaciones, en 1985 el PCCH apostó a una salida "a la plebeya" de la dictadura. Para ello propuso el Plan de Sublevación Nacional, el cual planteaba que en el país se estaba desarrollando un nuevo cuadro político donde maduraba rápidamente una situación revolucionaria. De ahí concluían que la salida más probable era la de un enfrentamiento decisivo entre las fuerzas del general Pinochet y las masas organizadas. La Sublevación Nacional apostaba a la creación de un estado de rebelión generalizada que lograra la paralización real del país y el copamiento de sus centros políticos. El protagonismo de las masas sería acompañado por golpes decisivos que propinaría el FPMR, apuntando hacia el desmoronamiento político moral de las fuerzas represoras. Así, la insurrección popular fracturaría a las FFAA, aislando al dictador y abriendo paso al fin de la dictadura

Era necesario lograr un estado de movilización permanente a través de la lucha multiforme y multifacética del pueblo, era necesario dar un "paso decisivo" en el enfrentamiento "resuelto, continuo y ascendente" contra la dictadura. Por ello se intensificó el trabajo audaz y armado, y se elaboró un complejo plan de acción que tuvo su momento culminante en 1986, bautizado por el PCCH como el "año decisivo". Una apuesta osada que le puso fecha a la caída de Pinochet, que comprendía dos acciones de gran envergadura, como el ingreso de 80 toneladas de armas por el nortino puerto de Carrizal Bajo y el atentado a

15. Vidal, Hernán: *Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El tabú del conflicto armado en Chile*. Mosquito Editores, 1995. pp.156-157.

16. Una descripción resumida de estos aspectos en Martínez, Luis: "Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión de Masas: Orígenes y desarrollo". En *Alternativa* n° 23, 2005.

Pinochet; el fracaso de ambas operaciones marcó el fin de una etapa. Ciertamente que para 1986 el campo de fuerzas político se había reconfigurado de forma tan gradual que el PCCH no lo había percibido, las movilizaciones en las que se apoyaban ya sumaban grandes cuotas de desgaste y la gente cansada de la atmósfera dictatorial, quería la salida menos costosa. Se impuso el criterio de la negociación para lograr una "salida pactada", conversaciones que dejaron fuera a un PCCH acusado por su camino violentista.¹⁷

Al año siguiente, gran parte del FPMR se marginó del Partido, poniendo sobre la mesa de discusión las diferencias emanadas desde la génesis de la "Tarea Militar", reclamando poco espacio político de desarrollo, criticando su concepción aparatista o técnica y diversas inconsecuencias con el trabajo político militar. Por su parte el PCCH respondió a las acusaciones recriminando actitudes "militaristas" o "vanguardistas". A partir de 1987 ambas organizaciones siguieron caminos independientes, compartiendo diferencias políticas, pero también una historia de luchas y los pesares de una derrota.

17 - Sobre la tesis de "Sublevación Nacional", ver Bravo, Viviana: Op.cit.

18 - Ver de Gonzalo Vial, sus columnas en **La Segunda** los días 1, 2 y 3 de diciembre de 2004.

19 - Ver por ejemplo Garretón, Manuel Antonio: "La oposición partidaria en el Régimen Militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición". En Drake, Paul; Jaksic, Iván: **El difícil camino a la democracia en Chile**. (FLACSO, 1992); Arriagada, Genaro: **Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet**. (Sudamericana, 1998) y Huneeus, Carlos: **El régimen de Pinochet**. (Sudamericana, 2000).

20 - Ampuero, Roberto: **Nuestros años verde olivo**. (Planeta, 1999). También la serie "La historia secreta de nuestros años verde olivo", inspirada por el libro de Ampuero, publicada en seis fascículos por **La Tercera** entre abril y junio de 2001.

21 - Aquí nos referimos a los textos de "historia militante", muy presente en las ediciones más recientes de **El Rodriguista**. Ver sus ediciones en www.fpmr.org.

IV

La derrota política sacó a los vencidos y su proyecto de todas partes. Largos años de censura e historia oficial han silenciado testimonios, actores, causas y hechos, experiencias individuales y colectivas de errores y aciertos. Es una parte de la historia política de Chile que ha estado ausente, que se ha movido clandestina por los relatos históricos y discusiones públicas acerca de nuestro pasado reciente. En la recuperación de este proceso político debemos enfrentar algunos problemas, que tienen que ver con los enfoques e interpretaciones que ganan espacio al referirse a la memoria de las armas en Chile:

Un primer tipo de significación de estos hechos se basan en una memoria que quiere mostrar, a esta parte de la historia política y los sujetos que en ella actuaron, como "criminales", "violentistas" y "fanáticos". Las fuentes que las enarbolan están enraizadas con el contexto al que nos referíamos al hablar de la coyuntura de la transición, es decir, justificar la necesidad del golpe de estado de 1973 y "explicar" en su "contexto" la violación de los derechos humanos ocurridos bajo la dictadura.¹⁸

Una segunda mirada se basa en la tesis que sostiene básicamente la clase política concertacionista, que gobierna al país desde 1990. Ella plantea que la opción armada le habría seguido el juego a la dictadura, en el sentido de legitimar y dar fundamentos a sus prácticas represivas. Este es un discurso que busca legitimar decisiones políticas basadas en el supuesto que la única salida posible a la dictadura era negociar con ella, restándole todo valor a la experiencia de lucha armada contra el régimen militar.¹⁹

A estas memorias, que buscan deslegitimar las referencias al pasado histórico de la opción armada y que se ubicarían "desde afuera" de quienes la vivieron, también debemos agregar una que viene "desde adentro". En ella se ubican quienes abandonaron y renegaron del proyecto del que fueron partícipes o simpatizantes. En este caso, se promueve un discurso que presenta tanto a la base militante como a los dirigentes de la izquierda chilena como manipulada-manipulable por una conducción extranjera. La exaltación del protagonismo de Fidel Castro en la toma de decisiones referidas a la política interna chilena, tiene como objetivo mostrar de manera peyorativa a los "oficiales" y militantes chilenos como títeres con poca o nula capacidad política para tomar decisiones autónomamente de Cuba.²⁰

Finalmente, para lograr articular esta memoria con el presente, también hay que sortear otro problema, quizás más difícil, ya que arranca de los mismos supuestos éticos y morales en que se mueve este texto, pero que no apuntan al mismo objetivo. Nos referimos a la mitificación de los héroes, de las gestas, un patrimonio sagrado al que hay que proteger del peligro del exa-

men crítico, impermeabilizándolo de toda crítica. Esta lectura nos quita la posibilidad de ampliar nuestro marco referencial, nos limita la mirada a un proceso político sumamente valioso, convirtiéndolo en relatos épicos, heroicos, poco creíbles, que son bellas narraciones, muy emocionantes sin duda, pero a costa de quitarnos la realidad del proceso y la oportunidad de hacerlo comprensible, inquietante, vivo. Convertirlos en héroes o en víctimas, es, en este sentido, restarle su potencial, su carácter político. Asumir esa postura es subestimar parte de esa riqueza, si justamente esos sujetos y su visión de mundo escalaron montes, sortearon ráfagas, ayudaron a derrocar a un tirano y a defender las conquistas de un pueblo, bien pueden enfrentar un examen crítico que permita su recuperación política. De ahí que a la "justificación" haya que anteponer "comprensión y explicación".²¹

V

Para investigar y narrar la memoria de los combatientes internacionalistas chilenos, hay otras dificultades que no podemos dejar de mencionar. Las consecuencias que puede traer esta memoria no son sólo políticas sino también judiciales: muchos de estos ex oficiales son buscados por organismos policiales y deben moverse en la clandestinidad, y otros que están en calidad de "legales" también se ven censurados, ya que sus testimonios pueden afectar su actual condición laboral o la de algún compañero. Entonces se debe trabajar ocultando fuentes o incluso hechos que resultarían explicativos pero que podrían tener efectos perjudiciales para sus protagonistas.

La disputa por la memoria es también la disputa por el futuro. La disputa por la memoria es también la definición de un presente, memoria implica una voluntad de recuerdo y de olvido. Esto empezó hace 30 años y en cuanto experiencia acarrea un ciclo histórico más largo. Esto empezó hace 30 años por lo tanto está en los hontanares de nuestro presente, fue hace 30 años... no es mucho tiempo, no hace mucho hombres y mujeres hablaban de hacer la revolución, de acompañar las luchas de otros pueblos, no hace mucho existió un lugar en que la construcción de una sociedad distinta era un horizonte posible. Aquí les pedimos que hagan memoria, aquí les pedimos que inquieten con nuevas preguntas nuestro presente. ●

LIBROS QUE INQUIETAN

A 30 AÑOS DEL GOLPE MILITAR

- ▶ Estrategia represiva de la dictadura militar. Emilio Mignone y Augusto Conte Mc Donnell.

NOVEDAD

REEDICIONES

- ▶ Iglesia y dictadura. Emilio Mignone. Edición definitiva.
- ▶ Círculo de amor sobre la muerte. Matilde Mellibovsky. (2da. Edición)
- ▶ Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso. Eduardo Blaustein y Martín Zubieta. (2da Edición)

- ▶ Poder y desaparición. Pilar Calveiro.
- ▶ Sueños de sobrevivientes de una montonera. Susana Ramus.
- ▶ En honor a la verdad. Memorias desde el exilio de Robert Cox. David Cox.
- ▶ Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo. Pensamiento político y biografía autorizada. Gustavo Vaca Narvaja y Fernando Frugoni.
- ▶ Perejiles. Los otros montoneros. Adriana Robles.
- ▶ No dejes que te la cuenten. Violencia y política en los '70. Ernesto Jauretche.
- ▶ Allí va la vida. La masacre de Margarita Belén. Jorge Giles.
- ▶ Héroes. Historia de la argenina revolucionaria. G. Levenson y E. Jauretche.
- ▶ Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976). Oscar Anzorena.
- ▶ Memoria debida. José Luis D' Andrea Mohr y colaboradores.

Serie Protagonistas

- ▶ Asesinato de Estado. Claudio Trobo.

COLIHUE UNIVERSIDAD

- ▶ Jean-Paul Sartre, actualidad de un pensamiento. González, Tatián, Rinesi, Grüner, Sazbón, Vermeren, Abraham, Cabanchik y otros autores.

SERIE ANTROPOLÓGICA

- ▶ Cine, antropología y colonialismo. (Edición ampliada). Editor: Adolfo Colombres.
- ▶ La barbarie interior. Ensayo sobre el inmundo moderno. Jean François Mattéi.

EDICIONES COLIHUE UNA EDITORIAL ARGENTINA

Av. Díaz Vélez 5125 (C1405DCG) - Buenos Aires - Argentina
 Telefax: (011)4958-4442 - Fax directo: (011)4958-5673
 E-mail: ecolihue@colihue.com.ar - www.colihue.com.ar

El documento *Informe sobre las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Ejecutivo Nacional de la OPM "Montoneros"* ha sido citado en los libros de Richard Gillespie (*Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987), Pilar Calveiro (*Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005) y Larraquy y Caballero (*Galimberti*, Buenos Aires, Norma, 2000), pero esta es la primera vez que se publica íntegramente.

La copia de la que disponemos, cedida gentilmente por Roberto Baschetti, no tiene fecha, pero sabemos por varias fuentes que fue redactado en octubre de 1976.

Rodolfo Walsh, en su cita, le atribuye la fecha 11/11/76, pero lo más probable es que esta última corresponda al momento en que él lo recibió.

El documento "Hacia una política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo argentino", fue extraído de *El Montonero*, número 11 del 24 de marzo de 1976.

Los cinco documentos de Rodolfo Walsh que presentamos son los que corresponden a la polémica referida al documento del Consejo Nacional. Fueron publicados por primera vez en *Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico*, en México en 1979.

Para la presente edición, fueron extraídos de la compilación hecha por Roberto Baschetti, **Rodolfo Walsh, vivo** (Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994, pág. 208 y ss).

INFORME SOBRE LAS CONCLUSIONES POLÍTICAS DE LA REUNIÓN DEL CONSEJO EJECUTIVO NACIONAL DE LA OPM "MONTONEROS"

1. DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN ACTUAL

1-1. Situación Económica

1.1.1. Del sistema

-De la estructura productiva: la deuda externa conocida es de unos U\$S 10.000 millones, (hay que sumarle la de empresas privadas no conocidas) La cesación de pagos fue postergada refinanciando la deuda; para ello se recurrió al crédito Stand by del FMI (incluye obligaciones de congelamiento de salarios, racionalización administrativa, aumento de impuestos y tarifas, etc.)

El déficit de la balanza comercial fue corregido; quedará un superávit de unos U\$S 800 millones. Esto se logra por un aumento de las exportaciones, (contrarrestado en parte por la caída de los precios mundiales de la carne, el azúcar y el trigo), y una disminución de las

importaciones, (estas son insumos industriales, lo que implica agudizar la recesión)

Se beneficia casi exclusivamente al sector agropecuario (políticas cambiarias y crediticias) Esto se traduce en aumento de las áreas sembradas para las exportaciones y en la retención del plantel ganadero (eleva los precios en el mercado interno)

Grave recesión industrial: a) caída del PBI en la industria manufacturera, especialmente en los sectores más dinámicos, con tasa de crecimiento negativa; b) caída de la inversión bruta interna, también en tasa negativa; c) caída de las ventas, especialmente en bienes durables (autos, heladeras, lavarropas)

Altísima tasa de inflación aún no controlada. Tras una reducción del índice del costo de la vida luego del golpe, se produce un rebrote con aumento continuo desde junio. Los precios mayoristas mantienen un índice de crecimiento continuo desde marzo. La contención de la impresión de papel moneda es sustituida por la presión impositiva y por la impresión de títulos y bonos ajustables del Estado (es una impresión de billetes diferido)

-De las fuerzas militares enemigas: el presupuesto global de las mismas, incluyendo todas las policías provinciales, es de unos U\$S 1.000 millones anuales.

Los sueldos del personal profesionalizado son bajos en relación a sus expectativas, sobre todo teniendo en cuenta la inflación y el alto nivel de riesgos que corren.

1.1.2. Fuerzas Populares

-Del pueblo:

El salario real ha caído un 50% entre enero y mayo; de marzo (golpe), a mayo cayó en un 30%.

Aumento de desocupación encubierta y descubierta: a) reducción de la semana y jornada laborable; b) pérdida del doble empleo; c) despidos; d) caída de la demanda global de trabajo.

Plan de racionalización administrativa; despido de 300.000 agentes del estado, especialmente en empresas públicas y administraciones provinciales. La cantidad total de agentes

públicos registra los siguientes datos: a) 1970; 1.350.000; b) 1973; 1.490.000; c) 1976; 1.830.000

Perdidas de las conquistas sociales y laborales obtenidas entre 1973 y 1976.

Drástica disminución del consumo que llega ya a la caída de ventas en los productos alimenticios.

-De nuestras fuerzas:

Informe reservado. Vía oral según los niveles que corresponda.

1-2. Situación Política Nacional

1.2.1. Del Enemigo

-En lo político; fracaso del aperturismo con los Partidos Políticos. Enfrentamiento con los radicales por la agresión contra Anaya y Solari Irigoyen. Enfrentamiento con los desarrollistas por la política económica. Enfrentamiento con la Iglesia por las agresiones reiteradas sobre sus miembros y por la política económica.

-En lo gremial; indefinición y vacilación sobre el aperturismo sindical participacionista. Enfrentamiento con la burocracia sindical. En lo estudiantil; enfrentamientos internos públicos sobre la política universitaria.

Desarrollo de las contradicciones internas en las FFAA por diferencias sobre la apertura política, sobre la política económica y su contradicción con la guerra contrarrelucionaria [sic], sobre la política represiva, especialmente los secuestros indiscriminados y la tortura salvaje, sobre la política de propaganda y difusión.

1.2.2. De las Fuerzas Populares

-Ausencia de centro de gravedad que aglutine a todas las fuerzas populares. Crisis de transformación del peronismo aun no superada. Prescripción [sic] a toda forma de expresión política a la totalidad del pueblo. Intervención y limitación jurídica de los organismos gremiales. Desaparición Política casi total de toda la izquierda no peronista armada o no armada. Reciente lanzamiento e incipiente desarrollo de la propuesta sindical paralela de la CGT en la Resistencia. Desarrollo internista de la crisis

interna que debía resolver nuestra organización para conducir el salto cualitativo del peronismo y de nuestra propia organización dentro del mismo. Insuficiencia de política de poder clara para las masas, que unificara y orientara a nuestras diversas propuestas políticas. Reacción de las masas asalariadas frente a la política económica, la represión y la proscripción, especialmente en Mecánicos, Metalúrgicos y Luz y Fuerza. La conducción de los conflictos reposó generalmente en los cuadros medios de las estructuras sindicales, con la conocida mayoría peronista.

1-3. Situación Política Internacional

1.3.1 Del enemigo:

-En la imagen del Gobierno Militar; desgaste paulatino hasta alcanzar en la actualidad una imagen peor a la del Gobierno de Pinochet. Ej. : solicitada en Le Monde, de París firmada por 6 jefes de Partidos Social-Demócrata (4 de ellos Jefes de Estado), contra la dictadura militar argentina.

Actividad de la comisión del Senado de USA sobre Violación de Derechos Humanos en la Argentina. Actividad y declaraciones del Alto Comisionado de la ONU para los refugiados políticos en la Argentina. Protesta pública del Papa ante el Embajador Argentino en el Vaticano. Denuncia permanente de la prensa mundial sobre la situación de Argentina.

En las relaciones: suspensión de las importaciones por parte de CUBA; negativa de CANADA a enviar reactores nucleares a la ARGENTINA. ; condicionamiento de créditos de ALEMANIA FEDERAL por la desaparición de dos ciudadanos alemanes; protesta de ISRAEL por las agresiones antisemitas; tensión diplomática con MEJICO por los asilados en su Embajada.

El triunfo de [I] demócrata CARTER en las elecciones presidenciales de EEUU modifica la situación política internacional. Si bien es aventurado hacer pronósticos sobre esto, probablemente el relevo de KISSINGER implicará modificaciones en la política para Latinoamérica, contrarias a las dictaduras militares y favorables a los regímenes democráticos. En el caso argentino resulta muy probable el relevo del Embajador Norteamericano en nuestro país.

1.3.2. De nuestras fuerzas

-En cuanto a imagen: Esclarecimiento de la naturaleza político-ideológica de nuestra organización, particularmente con "EL MONTO-NERO" Nro. 11 difundido en francés e inglés en la Conferencia de países no alineados de Sri Lanka. Reconocimiento de la magnitud de nuestro desarrollo, particularmente por la conferencia de prensa a raíz del ajusticiamiento del Gral. CARDOZO y la exhibición de nuestra producción de armamento.

-Dudas acerca de la calidad y cantidad de los golpes represivos y como nos afectan

-En las relaciones: en franco desarrollo. Informe reservado según los niveles a que corresponda. Vía oral.

1-4. Situación Militar

1.4.1. Del enemigo:

-Ha centralizado el mando de todas sus fuerzas, otorgando simultáneamente autonomía operativa a sus partes.

-Está en pleno desarrollo de una feroz campaña de cerco y aniquilamiento, basada en una estrategia de guerra corta y combates prolongados.

-Su táctica principal de aniquilamiento consiste en el secuestro, la tortura, la delación y la Inteligencia.

-Sus tácticas secundarias son la fiscalización de población (pinzas, rastrillos, razzias) y el patrullaje del territorio. El objetivo es hostigarlos y procurar tomar contacto con nuestras fuerzas.

-Ha aumentado notablemente su movilidad, manteniendo suficiente potencia (grupos en camionetas y acoplamiento de patrulleros policiales a unidades mayores).

-Ha tendido un cerco militar sobre nuestro asentamiento (aparato), basado en la delación, inteligencia y fiscalización de la población.

-Reduce el teatro de operaciones en el país, avanzando de la periferia hacia el centro,

con lo cual tiende a cercar nuestras fuerzas en Bs. As.

-Mantiene la iniciativa táctica permanentemente.

-En síntesis, ha logrado un asalto cualitativo en su política de represión.

1.4.2. De nuestras fuerzas:

-Hemos centralizado totalmente el mando sin otorgar autonomía táctica a las partes como paso necesario para garantizar la coherencia en el accionar.

-Desarrollamos ofensivas tácticas militares sin integrarlas a las otras formas de lucha.

-Nuestra táctica de aniquilamiento principal es el aniquilamiento individual.

-Hemos desarrollado como táctica de aniquilamiento secundario los contragolpes al centro de gravedad enemigo basado en el explosivo y la inteligencia.

-Nuestra táctica de hostigamiento principal se basa en la incorporación de una nueva arma (energía)

-Hemos aumentado la movilidad, disminuyendo la potencia (de operación de grupo o sección a la de pelotón).

-Nuestra estructura de ejército dio un salto cualitativo con la especialización funcional a todos los niveles, pero ha sufrido un retroceso cuantitativo considerable a partir del cerco militar sobre el asentamiento aparatista (viviendas, locales, lugares de reunión, autocoberturas, documentación, etc.)

-No mantenemos la iniciativa táctica permanente, dejando grandes lapsos sin iniciativa

-En síntesis, no hemos correspondido al asalto de calidad dado por el enemigo.

2. ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN ACTUAL.

2-1. La estrategia que está desarrollando el enemigo; cerco y aniquilamiento.

2.1.1. Espacio.

-Nos han tendido un cerco. La táctica permanente es cercar el espacio en que se encuentran nuestras fuerzas, reducirlo y estrechar las fuerzas aún más.

-El cerco apunta especialmente al espacio militar: a) el espacio geográfico en el territorio nacional avanzado de la periferia al centro; b) el asentamiento del aparato; viviendas, locales, documentos falsos, vehículos, teléfonos alquilados, citas, etc.

-El cerco militar en nuestra guerra revolucionaria urbana padece de una debilidad congénita.

- La ausencia de espacios diferenciados para cada una de las fuerzas.

- La ausencia de identificación de nuestras fuerzas.

-Por lo dicho, el espacio principal es político, siguiéndolo el espacio geográfico nacional. El espacio político no puede ser cercado con las actuales políticas antipopulares; el enemigo intenta cercar el espacio político aislando nuestras fuerzas del pueblo y evitando el apoyo internacional.

-La política de la dictadura tiende a reducir su propio espacio política [sic] nacional e internacional generando las condiciones para cercarla políticamente.

2.1.2 Tiempo.

-La estrategia enemiga se basa en una guerra corta de aniquilamiento total. El objetivo es ganar tiempo para la superación de la crisis económica, social y política.

-La táctica se basa en combates prolongados. En el secuestro y tortura, el objetivo es ganar tiempo para quebrar al militante.

En la fiscalización de población y patrullaje el objetivo es encontrarnos y aferrarnos al terreno para ganar tiempo y concentrar la potencia suficiente para el aniquilamiento.

-La guerra corta y los combates prolongados solo son válidos en el plano estrictamente militar; a) la guerra corta es contradictoria con la

naturaleza social del enfrentamiento; como no puede plantearse el aniquilamiento de las fuerzas sociales revolucionarias la duración del enfrentamiento continua por tiempo indefinido; b) los combates prolongados son contradictorios con las luchas de masas porque permiten un mayor desarrollo de la conciencia y organización de las masas; una mayor destrucción de la estructura productiva y un mayor desgaste de sus fuerzas militares.

2.1.3 Armas.

-Sus armas principales son las militares. Dentro de ellas las no convencionales son principales y las convencionales son secundarias.

-Sus armas principales son violatorias de todas las convenciones sobre la guerra, siendo contradictorias con la intención de aislarnos en el espacio político nacional e internacional (guerra injusta).

-Su arma organizativa principal es la concentración de todo el poder del Estado en la conducción de las FFAA. Esto se convierte en condición indispensable para la aplicación sin limitaciones de su estrategia de cerco y aniquilamiento total.

-Su arma política fundamental es el control total del aparato de prensa y difusión.

-Su política económica lo priva de las armas sociales.

-La carencia de armas políticas y sociales es lo que les impide establecer un cerco político. El control de la prensa le permite un cerco informativo insuficiente como cerco político y, en la medida en que mienta, a la larga se transforma en contraproducente, aún como cerco informativo.

2-2. La estrategia que estamos desarrollando nosotros, nuestra práctica objetiva tiende a transformarla en defensa pasiva sin preparación de las condiciones de contraofensiva.

2.2.1 Espacio.

-Nuestra práctica objetiva hoy no tiende a romper el cerco tendido por el enemigo sino a abandonar espacios permitiendo que el cerco se estreche cada vez más.

-Padeciendo el cerco militar del enemigo de una fragilidad congénita; su materialización sólo se explica por una errónea política de elección de espacios, a los cuales se repliegan nuestras fuerzas. Esta política consiste en: a) replegarse de las agrupaciones al aparato; de la inserción en las masas del [sic] aparatismo y b) replegarse del interior a Bs. As. (donde además el aparato es más grande).

-La incorrecta política de replegarse reduciendo espacios en lugar de hacerlo ampliando el espacio que el enemigo debe cercar, nos conduce a la autoimposición de un cerco político que el enemigo no puede imponernos: el repliegue sobre las masas requiere la ampliación del espacio político y el mantenimiento del espacio geográfico nacional; el repliegue sobre el aparato implica el abandono del espacio político y del espacio geográfico nacional, ampliando, en consecuencia, el espacio militar de aparato fácilmente cercable por el enemigo. Establecido el cerco, el enemigo realiza sus operaciones de aniquilamiento que nos pone en situación defensiva permanente y nos quita la iniciativa. Luego, estamos impedidos de ampliar el espacio político, único capaz de permitir la acumulación de fuerzas y el desgaste del enemigo.

-La incorrecta política de repliegue se origina en la insuficiencia de una política de poder clara para las masas, que nos permita orientar todas nuestras propuestas parciales hacia la agresiva expansión del espacio político.

-Las insuficiencias de nuestra política de poder para las masas tiene [sic] múltiples orígenes:

a) Nuestra Historia: durante años nuestras políticas de poder, correctas, estuvieron referidas a la existencia del peronismo; nuestra lucha y organización eran paralelas a las de las masas; PERÓN sintetizaba la estrategia de poder y su conducción. Nunca debimos presentarnos como opción de poder para las masas; nos presentábamos como el sector más dinámico y revolucionario del Peronismo.

b) Mecanicismo en el análisis del salto cualitativo del Peronismo: CORRECTAMENTE SEÑALAMOS: El agotamiento histórico y la orfandad del Peronismo y los topes de nuestra OPM para conducir el proceso. Postulamos entonces el salto cualitativo del peronismo, el MLN y de la OPM en Partido, pero los considera-

mos simultáneos, instantáneos y paralelos.

c) Infantilismo de Izquierda: Como consecuencia de los dos puntos anteriores se desarrolló una tendencia a negar el Peronismo y la vigencia de su experiencia acumulada en la experiencia de las masas populares.

-En el abandono del Peronismo subyace la idea de considerar las contradicciones internas de la clase obrera y de esta con el resto del pueblo como antagónica, haciendo una propuesta para los sectores más concentrados y dinámicos de la clase obrera que no incorpora a los restantes sectores, proponiendo de hecho una fractura en las masas. Esta propuesta no resulta viable a ningún sector de las masas, porque resulta contradictorio con la verdadera naturaleza de sus contradicciones internas y con su experiencia de lucha de 30 años.

2.2.2. Tiempo:

-Nuestra práctica objetiva hoy no tiende a la imposición de nuestra estrategia de guerra prolongada, sino a la aceptación, como un hecho irreversible, de la estrategia enemiga.

-Estructuralmente, en toda guerra, el que desarrolla la ofensiva procura avanzar lo más rápido posible hacia su objetivo; el que desarrolla la defensiva, en cambio, procura que el avance enemigo sea lo más lento y costoso posible.

-Estructuralmente, entre la defensa y el ataque, es la defensa la que puede imponer las condiciones del enfrentamiento. Esto es así porque si no hay defensa no hay enfrentamiento; en consecuencia, la defensa puede elegir el espacio, el tiempo y las armas con las que habrá que librar el enfrentamiento. Cuando no se dan esas condiciones no se libra el enfrentamiento. La elección del espacio por el repliegue.

-La elección del tiempo se da por la determinación de las tácticas de enfrentamiento y la conservación de la iniciativa táctica. Con estos medios podemos determinar el tiempo de avance de la ofensiva enemiga mientras nos replegamos al espacio seguro. En la actualidad hemos cedido la iniciativa del [sic] enemigo. En consecuencia, el tiempo de avance de la ofensiva enemiga se acelera. La pérdida de la iniciativa se origina en el internismo, el aparatismo y el militarismo.

-El inmediatismo en el funcionamiento es totalmente contrario a la estrategia de guerra prolongada. La ausencia de planificación de un conjunto impide la autonomía de las partes para asumir la iniciativa táctica. Esto conduce a la multiplicidad de citas o reuniones para consultar cada respuesta, lo que a su vez significa mayor exposición del blanco facilitando rapidez del avance enemigo.

2.2.3. Armas:

Nuestra política objetiva hoy, no tiende a la imposición de nuestra estrategia de guerra del pueblo, sino a la aceptación de la estrategia enemiga de guerra puramente militar, de ejército a ejército, de aparato a aparato.

El planteo de la defensa activa como esencialmente militar nos coloca en una relación de fuerzas sumamente desfavorable que nos conduce a la derrota y luego a la defensa pasiva.

En ese planteo, nuestra arma organizativa principal es el ejército que por sí mismo no tiene reproducción ni permite la máxima utilización de nuestro potencial humano.

Las insuficiencias de la política de poder nos limitan la máxima utilización de las armas políticas y sociales.

2-3. Relaciones de fuerzas.

2.3.1. En lo económico:

-La situación estructural de la economía argentina plantea una contradicción antagónica con los objetivos de desarrollo a que aspira el enemigo. Por el contrario, el fracaso que se deriva inevitablemente de esa contradicción se transforma en los fundamentos que dan la razón a nuestros objetivos programáticos.

-La situación coyuntural de la economía argentina planteada con la política económica del gobierno genera múltiples contradicciones con su estrategia político-militar: a) Entre la unidad de los sectores dominantes y la cesión de la hegemonía al sector secundario en la alianza (oligarquía sobre monopolios); b) Entre la política de disputarnos la alianza con la burguesía nacional y la política de concentración del capital (ley de inversiones extranjeras, ley de compra nacional, etc.); c) Entre el cerco para aislarnos de

las masas y la política de disminución drástica de los ingresos populares. Por el contrario, la situación coyuntural profundiza las condiciones materiales para la síntesis de las contradicciones internas de las masas peronistas agudizadas durante el proceso de crisis de transformación, profundiza las condiciones para la síntesis sobre vanguardia y masas, y posibilita el acercamiento con la burguesía nacional, facilitando la formación del frente.

-En lo referente a las capacidades relativas financieras para sostener el costo de la guerra, el enemigo tiene la contradicción de que a medida que se intensifique el enfrentamiento se irán agudizando sus problemas económicos, mientras el presupuesto bélico irá aumentando, representando una cifra nada despreciable ya en la actualidad; el mantenimiento de niveles atrayentes en los sueldos del personal profesional (FFPP y FFSS integras, FFAA toda la oficialidad, suboficialidad y personal civil) aumentará la irritación popular por las desigualdades, hacer lo contrario les significaría la pérdida de capacidad guerrera y descontento ante su personal.

-Nuestras fuerzas con la política aparatista enfrente [sic] la contradicción de consumir mucho más dinero que el que produce y genera una contradicción con la base social de la que se nutre, lo que acarrea perjuicios políticos y militares.

2.3.2. En la política nacional.

-El gobierno Militar se propuso desde su ascensión un plan político de cinco etapas; comprensión (del pueblo); hechos (del gobierno); adhesión (del pueblo al gobierno); participación (del pueblo con el gobierno) y transferencia (del gobierno al pueblo).

-Los enfrentamientos con los diferentes sectores políticos, con la iglesia y la reacción de masas demuestran el fracaso total del plan.

-El esquematismo militarista del plan no propone acumulación de fuerzas políticas desde el comienzo. Plantea una actitud pasiva de las fuerzas sociales hasta la cuarta etapa (acumulación).

-Las políticas económicas y represivas generaron presiones que motivaron un intento de apertura política que fracasó por las contradicciones internas de las FFAA.

-Las políticas económicas y represivas generaron presiones que motivaron un intento de apertura política que fracasó por las contradicciones internas de las FFAA.

-Los objetivos propuestos, (saneamiento económico y aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias) y los métodos empleados para lograrlo generan hostilidad popular hacia la dictadura. Los sectores medios que ideológicamente coinciden con el aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias se enfrentan a una doble contradicción; a) la política económica los perjudica; b) los métodos de guerra sucia son inconfesables y evidentemente reprochables.

-Por nuestra parte, las insuficiencias en la política de poder para las masas, el déficit de propaganda, el aparatismo, el militarismo y el internismo nos han impedido capitalizar hasta el momento, la hostilidad popular hacia la dictadura para convertirla en acumulación de fuerzas.

-Nuestro enfrentamiento militar a la dictadura coincide objetivamente con la reacción de masas frente a los atropellos económicos y represivos del gobierno. Sin embargo, el paralelismo de las luchas, no debe ser confundido con fuerzas propias.

2.3.3. En la Política Internacional.

-El deterioro de la imagen internacional del gobierno militar y el esclarecimiento de la nuestra indica una tendencia de fracaso del objetivo enemigo de aislarnos en éste plano a la vez que se deterioran sus fuerzas y crecen las nuestras.

-En el plano de las relaciones el enemigo posee una ventaja estructural que consiste en representar a la nación por la posesión del estado, en tanto que nosotros tenemos la desventaja estructural de ser una fuerza clandestina sin legalización en ningún foro internacional.

-La política de relaciones exteriores del gobierno tiende a aumentar su aislamiento; mientras tanto la nuestra puede aprovechar las condiciones objetivas para transformar el avance en imagen, en apoyo político.

2.3.4. En lo militar.

-En el objetivo de cerco y aniquilamiento planteado por el enemigo, la situación actual

refleja un claro avance de sus fuerzas sobre las nuestras.

-La imposición de sus fuerzas sobre las nuestras, a raíz de nuestros propios errores, le permite la máxima utilización de sus fuerzas, en tanto que a nosotros nos impone la mínima utilización de las nuestras. De este modo, la natural superioridad del aparato militar enemigo aumenta la diferencia de la relación de fuerzas a su favor.

-El nivel de crisis alcanzado por el sistema en nuestro país, llevó a que el enemigo dispusiera de la totalidad de las fuerzas en el combate. En consecuencia, carece de reserva estrategia en sus fuerzas nacionales, pudiendo apelar solamente a la intervención internacional. Asimismo, el desarrollo de la guerra en todo el territorio nacional, lo priva de reservas tácticas, las que se plantean obtener con el aniquilamiento parcial de nuestras fuerzas, liberando tropas del aferramiento al terreno, en diferentes zonas del país.

-Nuestras fuerzas disponen como reserva estratégica a la totalidad del potencial humano del pueblo, pero en la actualidad no estamos desarrollando una política adecuada para desarrollar ese potencial. Nuestra reserva táctica son las fuerzas organizadas en otras funciones, pero su utilización supone la pérdida de capacidad en dichas funciones y la demora en alistarse para la función militar.

-Las tácticas operativas de una y otra fuerza, otorgan superioridad a las del enemigo: a) La cesión de la iniciativa al enemigo les permite superarnos en movilidad, pese a nuestras ventajas estructurales para la misma (nosotros debemos reagruparnos luego de cada emergencia antes de poder salir a operar); b) el predominio de la táctica de aproximación directa (ataque militar a las fuerzas enemigas), sobre la táctica de aproximación indirecta (ataque político-militar sobre las patronales), expresado en nuestro accionar militarista favorecen a las fuerzas enemigas; c) el predominio en nuestro accionar de contratácticas defensivas sobre contratácticas ofensivas ante el accionar enemigo, favorecen a sus fuerzas en nuestros combates defensivos: las citas se cubren con pastillas pero sin armas. Ante las pinzas utilizamos embutes, pero no las hostigamos; ante los rastrillos desarrollamos los depósitos y la documentación, pero no hostigamos la periferia. El predominio de las defensivas

sobre las ofensivas es correcto en cuanto a la utilización masiva. El error radica en la ausencia de las ofensivas.

-El enemigo cuenta con una potencia superior que no es contrarrestada con la suficiente movilidad de nuestra parte. La reducción de potencias que realiza el enemigo para ganar movilidad, no es aprovechada por nuestras fuerzas que aumentaron su potencia sin perder movilidad, gracias a la inclusión de una nueva arma (Energa).

-La unilateralización del enfrentamiento en el plano militar; la utilización de múltiples armas que el enemigo nunca podría tener; las milicias, el sabotaje a la infraestructura del sistema, las múltiples formas de lucha de las masas. Estas armas, además, son las que posibilitan la aproximación indirecta y someten al enemigo a la máxima dispersión defensiva y el máximo desgaste ofensivo.

2.3.5. Síntesis.

-El poder principal del enemigo radica en la posesión de un gran aparato en todos los niveles: propiedad de los resortes fundamentales del aparato productivo, control del aparato del Estado, control del aparato de prensa y difusión, posesión del aparato militar del Estado.

-El poder principal de nuestras fuerzas tendió a radicarse erróneamente en un gran aparato clandestino.

-El enemigo desarrolla una estrategia de cerco y aniquilamiento, bien planteada dentro de sus posibilidades.

-Nuestras fuerzas desarrollan una estrategia de defensa activa y preparación de condiciones de contraofensiva, mal planteadas de acuerdo a nuestras posibilidades, por lo que degenera en una estrategia de defensa pasiva sin preparación de condiciones de contraofensiva.

-El enfrentamiento se plantea en términos esencialmente militares, no convencionales por ambas partes. En el aspecto esencialmente militar radica la fortaleza del enemigo y la debilidad nuestra. En el aspecto no convencional radica la debilidad potencial del enemigo y la fortaleza potencial nuestra, pero este aspecto no fue correctamente explotado por nuestras fuerzas.

-El resultado ha sido un claro avance militar y un claro retroceso político del enemigo, en tanto que nuestras fuerzas han sufrido un claro retroceso militar que no fue compensado por un avance político importante, que era objetivamente posible.

2-4. Probables cursos de acción

2.4.1. Con las actuales estrategias.

a) En lo económico: Se superará la crisis coyuntural del sector externo (cesación de pagos); se mantendrá la inflación en los límites actuales, incidiendo especialmente en el rubro alimenticio (devaluaciones para favorecer las exportaciones agropecuarias); seguirá la recesión industrial (retracción del mercado interno y limitación de importaciones: insumos industriales); aumentará la concentración del capital en empresas de capital extranjero (quiebras de empresas nacionales y privatización de empresas del Estado). Si se intenta corregir la política recesiva se agudizará la inflación y se reactivará la crisis del sector externo.

b) En lo social: Se aumentará el empobrecimiento general del pueblo y aún de la burguesía nacional; aumentará la desocupación en todas sus formas; se reducirá el consumo general hasta límites del hambre; se generarán diversas formas de violencia social; aumento de la delincuencia, violencia en las canchas de fútbol, rebeliones populares con represión militar, etc.

c) En lo político nacional: Aumentarán las presiones aperturistas sobre el Gobierno desde los partidos políticos, la Iglesia, los organismos gremiales y un sector de las propias FFAA, tendientes a mantener toda la dureza necesaria.

Se producirá un reflatamiento del Peronismo conducido por la burocracia política y sindical, como única forma de expresión conocida por la mayoría del pueblo y por contraposición a la política de la dictadura militar.

d) En lo militar: Se estrechará el cerco sobre nuestras fuerzas y el enemigo alcanzará un semianiquilamiento militar que implicará un aniquilamiento político casi total.

e) En la política internacional: Aumentará el descrédito del gobierno en cuanto a imagen,

pero no se alterarán sustancialmente las relaciones, por no existir ningún otro proyecto con posibilidades al cual volcar el apoyo.

f) En síntesis: El sistema no superará su crisis económica estructural y andará a los tumbos con sus crisis económicas coyunturales; tampoco superará su crisis política.

Sin embargo, habrán desaparecido las posibilidades de contraofensiva popular. En consecuencia, el sistema convivirá con su crisis, deambulando entre las dictaduras oligárquico-imperialistas y variantes más o menos populistas, hasta que se reconstruya una fuerza capaz de derrumbarlo. El enemigo no puede mejorar sustancialmente su estrategia. Puede intensificar el uso de dos armas que hasta ahora ha usado muy poco: la infiltración y el seguimiento. Puede intensificar su accionar actual aún más, pero eso no mejora la estrategia como tal.

Nosotros podemos corregir sustancialmente nuestra estrategia. De la defensa activa esencialmente militar, retrocedimos a la defensa pasiva en el conjunto de nuestro accionar. Podemos corregir los déficits y desarrollar la defensa activa integral estando en condiciones para la contraofensiva.

La corrección de nuestra estrategia debe ser rápida, debe comenzar a operarse inmediatamente, de lo contrario no podremos revertir la situación actual por falta de tiempo y el espacio necesario para ello.

2.4.2. Corrigiendo rápidamente nuestra estrategia.

-La corrección de nuestra estrategia consiste en:

a) Cambiar y ampliar el espacio sobre el cual nos replegamos.

b) Prolongar el tiempo de avance de la ofensiva enemiga y hacerlo más lento.

c) Multiplicar las armas con las que desarrollaremos la defensa activa, haciéndola integral.

d) Mantener la iniciativa táctica siempre en nuestras manos.

-La corrección de nuestras estrategias

implica una adecuación de las tácticas y de las líneas operativas. Si nuestra estrategia es la guerra popular prolongada, de desgaste y fractura del enemigo por vía de la aproximación indirecta, nuestra táctica debe consistir en la subordinación de todas las armas a la lucha de masas, garantizando la acumulación de pequeños éxitos, con el hostigamiento y aniquilamiento de pequeñas parcialidades de las fuerzas dispersas del enemigo. Esto en líneas generales supone enfrentamientos cortos en el plano militar y largos en el plano político-social.

-El curso probable de acción en los planos económico y social será similar al ya descrito, con tendencia a agudizarse desfavorablemente para el enemigo, debido a la persistencia y corrección de nuestro accionar.

-En el plano político, el reflatamiento del peronismo podrá ser sustituido por el avance hacia su transformación conducido por nuestro Partido. El peligro que esto supone para el sistema, agudizará las tendencias aperturistas y las contratendencias duras.

-En el plano militar, la cantidad de bajas se mantendrá en los ritmos actuales pero su incidencia cualitativa será sustancialmente inferior por la capacidad de regeneración por el crecimiento político. El enemigo fracasará en su intento de cerco y aniquilamiento y nosotros avanzaremos en su desgaste y fractura.

-El sistema no superará su crisis económica estructural y sus crisis coyunturales manifestarán tendencias a agudizarse a partir de la lucha sindical; su crisis política tenderá a agudizarse con nuestro crecimiento político y el consecuente desarrollo de sus contradicciones internas.

-Sin posibilidad de cercarnos, su ofensiva de aniquilamiento llegará al límite del enfrentamiento directo con las masas, se gestarán las condiciones de contraofensiva popular y la fractura del enemigo.

3. PROPUESTA SUPERADORA.

3-1. Espacio.

3.1.1. Político.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El objetivo central es la ampliación inmediata para poder realizar sobre él, el repliegue que nos permite romper el cerco militar impuesto por el enemigo.

-Desde la ampliación y el repliegue sobre el aspecto político se gestará la acumulación de fuerzas, generando las condiciones para la contraofensiva.

-La política de ampliación y acumulación se dirige a desarrollar las dos grandes cualidades que el espacio político contiene simultáneamente, la más amplia y segura retaguardia, (especialmente el frente territorial), y la más poderosa fuerza insurreccional, única capaz de imponer la contraofensiva estratégica, (especialmente el frente sindical).

-La política de ampliación y acumulación sólo puede desarrollarse con una clara política de poder para las masas. La comprensión y apoyo de las masas populares es el único criterio válido para determinar corrección o incorrección de la política de poder.

-Nuestra política de poder debe contener los siguientes elementos:

a) La experiencia del peronismo.

b) Contemplar las potencialidades y limitaciones del peronismo, afirmando las primeras y superando las segundas postulando el salto de calidad del propio peronismo en un nuevo movimiento hijo de la experiencia de aquel.

c) Debe levantar las aspiraciones de las masas en su programa, cambiando la solución de fondo de sus problemas con la mejora transitoria de su situación presente.

d) Indicar la vía de acceso al poder del estado, señalando las formas de lucha y el modo de organizarse para ello.

e) Promover los hombres que habrán de conducir ese proceso, quienes deben gozar de la confianza de las masas.

-El programa, verdadero eje de aglutinación de las masas en movimiento no basta con que sea correcto, debe ser conocido por millones de hombres del pueblo, en caso contrario, no

servirá de nada.

-La construcción del Movimiento Montonero supone una política dirigida especialmente hacia el peronismo y secundariamente a los sectores populares no peronistas o al activismo organizado de la izquierda no peronista.

-La política hacia el peronismo no es otra cosa que la lucha interna del movimiento aún no concluida, con la diferencia que ahora desde superestructuras diferenciadas y con ventajas estructurales para nuestra política.

-La convocatoria al peronismo para construir el Movimiento Montonero debe ser absolutamente amplia y debe incluir alianzas con sectores del peronismo burocrático especialmente el sindical, cuando haya lucha de masas en las que ellos participen.

-Nuestra política hacia las masas peronistas debe tender a sintetizar bajo una nueva perspectiva, la fractura ideológica producida durante el proceso final de la crisis de transformación. Ello se logrará uniendo toda la política descripta a la lucha reivindicativa permanente. De esto se deduce el importante papel que jugarán los organismos de masas, desarrollados ampliamente y sin ninguna clase de sectarismos, en la construcción del Movimiento Montonero. Otro aporte importante en este proceso de síntesis interna del peronismo consiste en el rol del Movimiento Peronista Auténtico, (cuyo espacio de adherentes calculamos entre un millón y medio a dos millones de votos); en la convocatoria amplia y en la lucha interna los dirigentes públicos del Peronismo Auténtico expresan en sí mismos la síntesis que debemos lograr entre el viejo y el nuevo movimiento.

El Movimiento Montonero es una propuesta de organización de masas; esto será verdad si su política cuenta con millones de adherentes, si sus ramas pueden llegar con sus propuestas específicas a centenares de miles de compañeros y si sus agrupaciones nuclean, aunque rudimentariamente, a decenas de miles de activistas en todo el país.

-La vía de acceso al poder reconoce las siguientes propuestas organizativas; el movimiento como organización política de masas, el ejército como organización militar que sostiene, consolida y acumula el poder popular que se va construyendo, a la vez que se constituye en la

base del ejército de masas que se construirá durante las insurrecciones parciales, (en las insurrecciones parciales el ejército de masas es temporario; sólo se puede construir un ejército de masas estable con territorio liberado o en la insurrección final); por último el Partido Montonero como conducción estratégica del proceso. Dado que la visualización del partido como conducción requiere un muy alto grado de comprensión política, para las más amplias masas la conducción deberá ser personalizada en sus diferentes niveles.

-La vía de acceso al poder reconoce como propuesta de lucha para las masas la guerra popular integral, que contiene la resistencia masiva, la lucha miliciana, la lucha armada, la movilización gremial y la eventual lucha electoral. En esta fase de la etapa de defensiva estratégica la propuesta principal de lucha es la resistencia masiva en sus múltiples formas. El trabajo a tristeza, la protesta y el sabotaje son los tres métodos más masivos de la resistencia en la actualidad.

-Metodología: el acceso al poder reconoce la necesidad de la alianza de la burguesía nacional y la fractura de las FFAA del sistema. Por ello, nuestra política de poder contiene la convocatoria a un amplio Frente de Liberación Nacional.

-En la política internacional nuestro objetivo también es la ampliación del espacio político, procurando el apoyo hacia el Partido; el Movimiento o el Frente, según la calidad de las relaciones en cada caso.

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-El objetivo central es romper el cerco que nos han tendido; sin cerco no existe la posibilidad del aniquilamiento y que siempre hay una posibilidad de repliegue.

-Dado que el cerco enemigo es esencialmente militar, nuestra política es romperlo abriendo el espacio político. De este modo, con nuestro repliegue obligamos al enemigo a combatir en nuestro propio espacio. En consecuencia, debemos hacerlo penetrar profundamente en el espacio político popular. Esto le significará un enorme despliegue en el territorio dejando blancos débiles, fáciles presas para nuestro aniquilamiento; éste, además, estará políticamente justificado, debido a que han sido ellos quienes incursionaron agresivamente en el espacio

popular (fabricas o lugares de trabajo en conflicto, barrios populares que protestan por la insatisfacción de sus necesidades, etc.).

-Esta profunda penetración lo obligará a enfrentarse con todo el pueblo, siendo ésta la primera condición para la fractura de un ejército de ocupación en su propio país.

-La ampliación de nuestro espacio político implica la simultaneidad en la reducción del espacio del enemigo. El final de este proceso conduce al asilamiento inevitable de sus fuerzas. Esta situación lo inducirá a realizar su propia apertura política la que en cualquier circunstancia deberá ser aprovechada por nosotros y que llevemos siempre las de ganar.

-En el plano internacional también procuramos el aislamiento enemigo como primer paso para lograr la retracción del apoyo de cualquier naturaleza que pudiera conseguir. Si intenta la apertura en este plano para evitar su aislamiento, la misma le impondrá condicionamientos en su propia política interna, que también nos serán favorables.

Metodología.

-Poner la política externa como determinante de la política interna. Todas nuestras políticas, aún las internas, deben estar regidas por la línea de masas.

-La practica incorrecta de pretender la resolución internista del salto cualitativo de la OPM en el Partido, debe sustituirse por la acción integral contra el enemigo, por la practica político-militar con y entre las masas. El Partido Revolucionario no se construye con un conjunto de individuos que ostentan el monopolio de la conciencia de clase, sino por la relación dialéctica entre las masas y su vanguardia objetiva.

-La correcta relación entre nuestro partido y las masas populares requiere la modificación de nuestra metodología de conducción. La conducción organizativista (conducción de la política de masas a través de la estructura piramidal y celular en pelotones), debe ser sustituida por la conducción política, basada en la representatividad con propuestas políticas y con la prensa masiva. La metodología de la conducción organizativista castra la política de masas, porque impone la organización [celular] a las masas, lo que resulta imposible y absurdo.

En la practica termina generando el sectarismo frente a las masas (lo que no se considera un pelotón, no es digno de ser conducido). Esta metodología es coherente con el aparatismo.

La metodología de conducción política obliga a que la pirámide organizativa termine en un organismo de masas. La organizativista, por el contrario, obliga a que la misma termine en un pelotón de adherentes o en un colaborador individual.

-La ampliación del espacio político y la eliminación del internismo, solo es posible asumiendo decididamente la iniciativa táctica sobre el enemigo. En el plano estrictamente político esto resulta relativamente fácil, ya que el enemigo no tiene ninguna iniciativa política seria, por ahora, salvo la prensa y difusión. En este aspecto, ganarle la iniciativa requiere una intensa tarea de propaganda masiva que resulta imprescindible para conducirlo después.

-La presentación de nuestra propuesta política de poder a las masas y su construcción, exige una gran campaña política. La misma contiene los siguientes aspectos:

a) Campaña de propaganda masiva. La misma debe llegar a no menos de cuatro millones de personas.

b) Campaña de reclutamiento de masas, exhortando a la incorporación al nuevo Movimiento y a la resistencia.

c) Campaña de agitación de masas, uniendo reivindicaciones inmediatas con las propuestas de poder.

d) Campaña de organización de masas, avanzando audazmente en la extensión de los organismos de masas (especialmente CGT en la Resistencia) y en el crecimiento de las agrupaciones del Movimiento MONTONERO [sic] (todo compañero que toma parte en alguna actividad de la agrupación, debe ser incorporado, aunque su asistencia sea discontinua o su actividad indisciplinada).

-La política hacia los aliados frentistas potenciales sólo puede desarrollarse a partir del mantenimiento de relaciones estables y coherentes.

-En el plano de la política internacional, a

las actuales campañas de denuncia destinadas a destruir la imagen de la dictadura, deben sumarse campañas de promoción de nuestra política, como la única alternativa de poder popular en la ARGENTINA, como así también de apertura y profundización de relaciones estables y permanentes.

-Las precisiones, particularizaciones y planificaciones de las líneas políticas definidas, corre por cuenta de las Secretarías correspondientes (Política Nacional y Relaciones Internacionales). La iniciativa y las correcciones inmediatas corren por cuenta de todos y cada uno de los militantes de nuestro partido.

-NOTA: Las consignas que expresan los distintos aspectos de nuestra política de poder, son las siguientes:

a) Programa: "LIBERACION O DEPENDENCIA" "LA PATRIA LIBRE, JUSTA Y SOBERANA, LA PATRIA SOCIALISTA".

b) Movimiento Montonero: "El Peronismo entero en el MOVIMIENTO MONTONERO" "CGT Auténtica CGT en la Resistencia".

c) Resistencia: "Resistencia Obrera, Resistencia Montonera" "Resistencia Peronista, Resistencia Montonera" "La Resistencia Montonera Vencerá".

d) Ejercito: "Las armas MONTONERAS sostienen la lucha popular" "El Ejercito MONTONERO es el Pueblo en armas por la Segunda Independencia".

e) Personificación de la conducción: "FIRMENICH conduce la resistencia".

f) Consigna de poder General: Línea MONTONEROS Vencen, "Muera Videla". "Milicos Vendepatrias", o "...Vendidos, o"...Verdugos, o...Váyanse" o Masera...", Martínez de Hoz vendido", etc....".

3.1.2. Geográfico.

a) Objetivo para las fuerzas propias.

-El objetivo central consiste en mantener el espacio geográfico nacional consolidándonos en los puntos centrales, durante el repliegue al espacio político. El mantenimiento del espacio durante esta fase es lo que nos posibilitará su

expansión durante la contraofensiva.

-El mantenimiento del espacio geográfico es la consecuencia natural de la ampliación del espacio político.

-Tanto la ampliación del espacio político como la acumulación de fuerza de cada zona no depende exclusivamente de una correcta política de poder nacional, sino también de la correcta resolución de la hipótesis de guerra particular para la zona.

-El mantenimiento del espacio geográfico por medio de la expansión del espacio político en todas las zonas y revirtiendo la tendencia a replegarse sobre Bs. As. tiene particular importancia en la preparación de condiciones para la contraofensiva, ya que ésta seguramente volverá a recorrer el proceso de la periferia al centro

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-El objetivo principal es aferrarnos al terreno en todo el país, durante su campaña de ofensiva sobre nuestras fuerzas. Durante nuestra contraofensiva se producirá el objetivo inverso, es decir, obligarlo a concentrar fuerza para defender los puntos centrales abandonando espacios.

-El aferramiento del enemigo al espacio geográfico en todo el país elimina este aspecto de su cerco militar, que tiende a reducir el cerco cada vez más.

-Asimismo, el aferramiento lo priva de la disponibilidad de reservas tácticas de importancia durante su ofensiva, en tanto que, la concentración de sus fuerzas durante nuestra contraofensiva lo obliga a cedernos espacios geográficos y políticos.

c) Metodología.

-En líneas generales valen los mismos enunciados de la metodología planteada para el espacio político.

-Como aspecto particular para las zonas periféricas mas golpeadas hay que precisar que el mantenimiento de la iniciativa en nuestras manos tropieza con que el enemigo allí ya ha desarrollado y nos [tachado en el original]. Esto diferencia la situación de lo planteado para el espacio político general, haciéndola mas compli-

cada. De todos modos, como la iniciativa es una condición indispensable para el triunfo, lo que hay que tener claro es que, en tales circunstancias, asumirla significa disputársela al enemigo.

-Lo que aferra al enemigo al terreno no es esencialmente la magnitud de nuestro accionar militar en la zona sino la potencialidad revolucionaria de las fuerzas sociales, (por ejemplo, situación actual en Tucumán). En consecuencia, en al zona donde el enemigo nos ha golpeado duramente, la iniciativa debe ser, primordialmente, volcada a la propaganda y agitación; en cualquier caso, esta acción nos ampliará el espacio político. Si el enemigo disminuye su capacidad represiva por considerar dominada la situación, rápidamente, desde el espacio político reconstruiremos las fuerzas propias organizadas, incluidas las militares; si por el contrario, el enemigo permanece con todo su poder en la zona, lo habremos aferrado al espacio geográfico con la sola presencia de nuestra política, con poca organización pero sin abandonar la estrategia de defensa activa y preparación de la contraofensiva, manteniendo el espacio geográfico con la ampliación del espacio político en la zona, obligando al enemigo a combatirnos en nuestro propio espacio, las masas. Así habremos reconquistado la iniciativa en una fuerza organizada ínfima, comparada con el aparato del enemigo estructuralmente, la iniciativa táctica no es patrimonio del que tiene mas potencia sino del que tiene mas movilidad, políticamente la iniciativa táctica es patrimonio del que tiene más convicción sobre la política que desarrolla.

NOTA: Las precisiones, particularidades y planificación de las líneas definidas en el punto correspondiente corren por cuenta de las áreas respectivas. La iniciativa y las correcciones inmediatas corren por cuenta de todos y cada uno de los militantes de nuestro partido en las zonas afectadas.

3.1.3. Aparato.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El objetivo central es eliminarlo como espacio presuntamente seguro para el repliegue del conjunto de las fuerzas propias.

-En la contradicción entre el asentamiento del aparato y asentamiento de masas, debemos colocar al ultimo como aspecto principal, esto es lo único coherente con la definición de que en la

contradicción entre la política interna y la política externa, ésta ultima es el aspecto principal.

-La resolución correcta de esta contradicción no consiste en insertarle un aparato a las masas sino que se logra por la representatividad política del Partido entre las masas y por la promoción política de los mejores cuadros de la clase obrera y el pueblo, naturalmente insertos.

-Asentamiento del aparato y asentamiento de masas coexisten como dos aspectos diferentes de una misma organización con funciones diferenciadas. Para la gran mayoría de muestras fuerzas el aspecto dominante debe ser el asentamiento de masas y el secundario el asentamiento de aparato, complementario en algunos aspectos del primero. Para algunas parcialidades de nuestras fuerzas de muy alta especialización técnica, cuyas bases materiales no pueden ser aportadas enteramente por las masas, el aspecto dominante es el aparato y el secundario el asentamiento de masas.

-La eliminación del aparatismo como espacio de repliegue del conjunto de nuestras fuerzas implica la disminución cuantitativa del actual asentamiento del aparato.

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-El objetivo central es hacerles fracasar el cerco que nos han tendido, de naturaleza esencialmente militar, y abarcando especialmente el asentamiento y funcionamiento de aparato.

-Como asentamiento de aparato y asentamiento de masas son aspectos diferenciados del asentamiento de una misma fuerza que coexisten con distintas prioridades, el repliegue hacia el espacio político es el aspecto principal y dominante pero no el único. Por lo tanto, la disminución cuantitativa del actual asentamiento de aparato no implica el abandono total de ese espacio.

-El mantenimiento de una porción minoritaria de asentamiento de aparato cumple dos funciones:

a) Cubrir necesidades infraestructurales altamente especializadas que no pueden ser cubiertas por el asentamiento de masas.

b) Obligar al enemigo a mantener una gran concentración de fuerzas en el manteni-

miento del cerco militar a este espacio, con muy alto porcentaje de inutilidad.

-En la política de replegarnos ampliando el espacio, la sustentación del aparatismo para la ampliación del espacio político en el conjunto de nuestras fuerzas, transforma en inútil el cerco militar enemigo; por su parte el mantenimiento del asentamiento de aparato como aspecto secundario obliga al enemigo a mantener el cerco a pesar de su inutilidad para el aniquilamiento, o bien, levantarlo definitivamente regalando el espacio.

c) Metodología.

-El repliegue del espacio del aparato hacia el espacio político exige la materialización del principio de moverse como pez en el agua. Esto permitirá un objetivo inmediato que es la preservación de nuestras mejores fuerzas, organizadas por medio de la mimetización en los niveles sociales más numerosos; asimismo permitirá un objetivo de mediano plazo, sin el cual no podremos conducir a la clase trabajadora y al pueblo. Construir el partido a la medida de las masas en los hábitos y costumbres de sus militantes en sus técnicas de cuberturización [sic] y funcionamiento, etc., solo así lograremos que los mejores cuadros del movimiento puedan militar en el partido, asumiendo funciones que implica desclasarse al revés.

-La materialización del principio de moverse como pez en el agua supone modificaciones, correcciones y precisiones en nuestra política de vivienda, trabajo, hábitos y costumbres en la relación con los vecinos, metodología de reunión, etc.

-La pregunta que debemos formularnos para resolver cada uno de estos problemas es: "¿Cómo resolvería un obrero común esta situación?". La respuesta nos dará la línea central a seguir, adecuándola luego a las exigencias particulares de la militancia del caso.

-La modificación de las políticas mencionadas, exigen una modificación coherente de las tácticas militares, contemplando las variaciones de la infraestructura, la cobertura y le funcionamiento. Otro tanto debe hacerse con la política logística, especialmente en la de la zona, para desarrollar y aprovechar las capacidades potenciales de las masas en es e aspecto. Estos dos aspectos deben ser integrados a la precisión de

las hipótesis de guerra particulares por zona.

-Las precisiones, particularizaciones y planificación de las líneas políticas definidas corre por cuenta de las Secretarías Nacionales correspondientes (de Organización y Militar respectivamente). La iniciativa y las correcciones inmediatas corren por cuenta de todas y cada uno de los militantes de nuestro partido.

3-2. Tiempo.

3.2.1. Estratégico.

a) [Objetivos para las Fuerzas Propias]

-El objetivo central es imponer nuestra estrategia de guerra prolongada sobre la estrategia enemiga.

-En la combinación inseparable del tiempo con el espacio en las maniobras, nuestro objetivo inmediato es ganar tiempo para desarrollar la maniobra de repliegue ampliando el espacio, logrando de este modo romper el cerco y anular el objetivo de aniquilamiento.

-Debido a la naturaleza social de nuestra guerra, el hecho de que no existan espacios geográficos diferenciados, a que en consecuencia carecemos de formación militar estable, a la enorme desigualdad de fuerzas militares a favor del enemigo y al hecho de que su ejército continúa como ejército de ocupación en su propio país sin ser mercenario, la imposición de una estrategia de guerra prolongada es la única forma de ganar tiempo para acumular las fuerzas suficientes de nuestra parte y desgastar las del enemigo.

-En la prolongación del tiempo de avance de la ofensiva enemiga (disminución del tiempo de avance), reside el secreto para el desarrollo de nuestra defensa activa en las actuales circunstancias.

-En la prolongación del tiempo de duración de la ofensiva enemiga (la guerra estratégicamente prolongada, eludiendo toda ocasión de grandes batallas de aniquilamiento), reside el secreto de la gestación de condiciones para la contraofensiva.

b) Objetivos para las Fuerzas Enemigas.

-El objetivo central es hacer fracasar su

actual estrategia de guerra corta de aniquilamiento. Esto adquiere mayor importancia a partir del hecho de que el enemigo carece de reservas estratégicas en sus fuerzas nacionales.

-En la combinación del tiempo y del espacio en las maniobras, el hacer penetrar profundamente al enemigo en el espacio político sumado a la prolongación del tiempo estratégico de su ofensiva significa las máximas condiciones de desgaste de sus fuerzas.

-Nuestro objetivo de ganar tiempo para realizar la inmediata maniobra de repliegue rompiendo el cerco y la posterior acumulación de fuerzas paralela al desgaste del enemigo supone el manejo combinado de dos tiempos:

- a) El tiempo de maniobra nuestro.
- b) El tiempo de maniobra del enemigo.

-El tiempo absoluto que se gana es el resultado de las diferencias entre los respectivos tiempos de maniobra, en consecuencia, no sólo debemos ganar tiempo acelerando el ritmo de nuestra maniobra, sino además debemos hacerlo perder tiempo al enemigo en su propia maniobra.

c) Metodología.

-El método principal para ganar el mayor tiempo absoluto posible es el mantenimiento de la iniciativa táctica permanente en nuestras manos. Tal iniciativa, para lograr su eficacia, debe desplegarse en todas las armas y todos los espacios, teniendo en cuenta la necesidad de modificación inmediata de nuestra estrategia, la acción externa debe ponerse en práctica también en forma inmediata. En consecuencia, aplicando el principio de la hegemonía de la conducción durante la elaboración colectiva, las definiciones de éste documento deben comenzar a ejecutarse sin más aclaraciones ni resoluciones que éste documento. Las precisiones y profundizaciones necesarias solo se podrán lograr con la correcta aplicación del principio de la elaboración en la acción.

-El objetivo de ganar tiempo para nuestras fuerzas se logrará:

a) Acelerando la maniobra de repliegue hacia el espacio de masas, esto tiene como primera prioridad en el tiempo, la modificación del

asentamiento en el conjunto de nuestras fuerzas, modificando los sistemas aparatistas de los planes de vivienda.

b) Acumulando fuerzas simultáneamente con el repliegue, esto supone una intensificación de la acción externa siguiendo los ejes de nuestra propuesta de poder para las masas.

c) Evitando ofrecer blancos inútiles que facilitan la ofensiva del enemigo, esto supone erradicar el inmediatismo imponiendo una disminución del funcionamiento internista y el desarrollo de las contratácticas defensivas ante las diferentes tácticas del enemigo.

-El objetivo de hacerle perder tiempo al enemigo se logrará:

a) Demorando su avance sobre nuestras fuerzas, esto significa disminuir por todos los medios el actual ritmo de caídas, para lo cual, a lo planteado en el punto anterior es imprescindible las contratácticas ofensivas ante las diferentes tácticas del enemigo.

b) Desgastando sus fuerzas simultáneamente con la protección de las nuestras, esto supone una intensificación del hostigamiento utilizando todas las armas y no sólo las militares.

c) Engañándolo sobre la magnitud, organización, ubicación y desplazamientos de nuestras fuerzas, esto permitirá hacerlo avanzar en direcciones erróneas y supone la utilización de múltiples métodos para lograrlo, desde la declaración intencionalmente errónea en la tortura, pasando por las denuncias falsas de supuestos vecinos y llegando a la inteligencia y contrainteligencia.

3.2.2. Táctico.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El uso táctico del tiempo depende de las características y objetivos de la maniobra táctica.

-Por regla general, en las actuales circunstancias, para nuestras maniobras tácticas militares, el objetivo debe ser disminuir el tiempo de duración de las mismas.

-En nuestras maniobras tácticas de hostigamiento militar (tanto en tácticas como en contratácticas ofensivas), el acortamiento de tiempo supone disminuir la potencia de la unidad ope-

rativa en beneficio de su movilidad.

-En nuestras maniobras tácticas de aniquilamiento militar, nuestro objetivo debe ser aumentar la capacidad de aniquilamiento, (superar el aniquilamiento meramente individual), sin tener que aumentar el tiempo. Esto supone mantener la misma movilidad actual y aun mejorarla (mantener la misma unidad operativa disminuyendo el tiempo de preparación de la operación), manteniendo simultáneamente la potencia (aumento de potencia de fuego). El aumento de la capacidad de aniquilamiento sin aumento del tiempo, significa una disminución relativa del tiempo.

-En nuestros combates defensivos, ante la táctica principal del enemigo (secuestros, en citas, torturas, delación) el tiempo se gana con la simple incorporación de la contratáctica correspondiente y el mejoramiento de las contratácticas defensivas. La combinación de ambas permiten un aumento simultáneo de la potencia y la movilidad de nuestras fuerzas.

-Por regla general, en las actuales circunstancias, para nuestras maniobras tácticas políticas el objetivo debe ser aumentar el tiempo de duración de las mismas.

-La prolongación en el tiempo de una maniobra de lucha de masas tiene como límite la conquista de una victoria parcial. Llegado este punto, la prolongación del enfrentamiento puede significar una derrota total.

-La prolongación en el tiempo de una maniobra de lucha de masas permite el máximo desarrollo de la conciencia y organización del conjunto del pueblo y especialmente de los sectores afectados por el conflicto. Estas condiciones posibilitan la máxima explotación del objetivo y su consecuente capitalización.

-La prolongación de un conflicto de masas se obtiene por la adecuada combinación de la potencia y de la movilidad. La potencia surge de la importancia cuantitativa y cualitativa del conflicto; la movilidad surge de las tácticas empleadas, las que deben permitir avances y retrocesos en el desarrollo del enfrentamiento. En toda luchas de masas puede aumentarse la potencia durante aumentarse la potencia durante la lucha misma, por medio de la extensión del conflicto a otros espacios de masas. La prolongación del tiempo facilita el aumento de la potencia por

medio de la extensión, y el aumento de potencia facilita la prolongación del tiempo.

-Cuando en la lucha de masas se aplica la máxima potencia en las tácticas de enfrentamiento, la prolongación en el tiempo se conduce a la pérdida de potencia por desgaste.

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-La imposición del ámbito táctico surge de la supremacía en la combinación de la movilidad con la potencia. Cuando se logra imponer esta supremacía en la estructura misma del enfrentamiento, tanto en el plano estratégico como táctico, se conquista la iniciativa táctica permanente como resultado de las ventajas estructurales.

-En nuestra estrategia de guerra popular, integral y prolongada, la natural combinación de las armas políticas y militares, permite la combinación sin contradicción de los dirigentes tácticos, de los dirigentes, armas y tácticas. Una lucha de masas (tiempo táctico prolongado), es apoyada y sostenida por la lucha militar y miliciana (tiempos tácticos cortos). Sobre un mismo objetivo, en un mismo espacio y puede ser hasta en un mismo tiempo, la lucha de masas desgasta, la lucha de milicias hostiga y la lucha militar aniquila sin necesidad de alterar cada una de ellas sus armas, tácticas y tiempos naturales.

-Por el contrario, en la estrategia enemiga, esta natural síntesis entre las armas, tácticas y tiempo político y militar no existe, sino que son contradictorios. En consecuencia, la imposición de nuestros diferentes tiempos tácticos, alcanza la máxima ventaja estructural cuando se imponen simultáneamente y profundizan la contradicción del enemigo.

-La ampliación simultánea (en el tiempo estratégico), de las múltiples combinaciones de potencia y movilidad (en el tiempo táctico), que nos permite nuestra estrategia, implica el máximo desarrollo de nuestras capacidades de desgaste y fractura del enemigo. Este se verá entonces sometido a una contradicción permanente en la combinación de sus propias potencia y movilidad.

-Su táctica militar de combates prolongados requiere como condición previa la existencia de una fuerza de muy alta movilidad, capaz de aproximarse rápidamente a las nuestras; así puede tomar contacto y establecer combate para

aferrarse y permitir la concentración de su potencia de aniquilamiento. Esta táctica no sólo es inútil ante las armas político-sociales, sino inclusive en el plano militar, presenta una contradicción que la transforma en frágil; la contradicción entre el tiempo de aproximación y la potencia de aniquilamiento.

-El desarrollo de contratácticas ofensivas frente a la táctica principal del enemigo (secuestro en citas) lo obliga a una opción; perder tiempo de aproximación (aumento de potencia para garantizar el objetivo) perder tiempo de combate (insuficiente potencia para el secuestro con la consecuencia de fuga o muerte del militante y bajas en sus filas, pierde el combate de la tortura).

-El desarrollo de contratácticas ofensivas frente a las tácticas de fiscalización de población los obliga a la misma opción, perder tiempo de aproximación, (mayor concentración de fuerzas para rastrillos y pinzas), o perder tiempo de combate (rastrillo y pinzas ágiles, pero débil ante el ataque nuestro; deben tener poco tiempo de exposición para evitar el ataque).

-El desarrollo de la táctica de hostigamiento aumentando la movilidad y utilizando la vía de aproximación indirecta (ataque a patronales e infraestructuras), los obliga a desarrollar dos características: custodia y aumento de patrullaje. El segundo le significa disminución del tiempo de aproximación con pérdida de potencia en las unidades operativas (multiplicación de las unidades de patrullaje por división de sus otras unidades operativas), en tanto que el segundo le quita movilidad y potencia, (exposición de blanco estático, que por regla general es débil).

-El aumento de la capacidad de aniquilamiento, con disminución relativa del tiempo permite capitalizar a favor nuestro la contradicción de la táctica militar enemiga. Si no aumenta su movilidad, nuestro hostigamiento, (incluidas las milicias) dispone de gran libertad de movimientos y de objetivos indefensos. Si aumenta su movilidad y extiende sus custodias, la disminución de potencia en esas unidades operativas, las convierte en objetivo fácil para nuestra táctica de aniquilamiento.

-Para poder contrarrestar nuestra aplicación simultánea (en el tiempo estratégico) de las múltiples combinaciones de movilidad y potencia (en el tiempo táctico) el enemigo debe des-

arrollar sus contratácticas en forma simultánea en el tiempo táctico; nosotros podemos aplicar todos los días una combinación de movilidad y potencia distinta, pero el enemigo debe tener todas las contratácticas en acción todos los días, esto significa, su máximo desgaste.

-La aparición de la lucha de masas genera las mejores posibilidades para nuestras múltiples combinaciones de movilidad y potencia en tanto que desequilibra por completo las tácticas y contratácticas del enemigo

c) Metodología.

-El tiempo por sí sólo carece de significación. Esto surge con la combinación del tiempo en el espacio y las armas, la relación de fuerzas en espacio y armas impone las características del uso del tiempo.

-El significado del tiempo se materializa en el movimiento de las fuerzas, en las campañas o maniobras, en la estrategia y en las tácticas.

-El uso táctico del tiempo que hemos señalado en los objetivos impone correcciones a nuestras tácticas, y a la vinculación de las mismas entre sí.

-La tendencia de unificar el accionar militar en una sola táctica nos priva de la multiplicidad de combinaciones entre movilidad y potencia, cuatro compañeros en un automóvil tienen poca movilidad para el hostigamiento (dos en moto) y poca potencia para el aniquilamiento (cinco en pic up).

-Esta tendencia, además, no refleja las diferentes relaciones de fuerza en el espacio y armas entre un lugar del país y otro.

-La vinculación entre las tácticas militares, milicianas y de lucha de masas, impone la subordinación de las dos primeras a la tercera, esto implica la modificación del militarismo en la concepción de la defensa activa.

-La máxima explotación del uso táctico del tiempo requiere como necesaria la iniciativa táctica permanente, ver una pinza y castigarla, conocer un conflicto de masas y apoyarla [sic] con hostigamiento o aniquilamiento, etc. Esta iniciativa sólo es posible si existe autonomía táctica de las unidades operativas. La autonomía, a su vez, sólo es posible si existe unidad de mando

estratégico, y esto sólo existe si hay unidad de concepción dentro de nuestras fuerzas.

-La iniciativa táctica surge, desde el punto de vista político, de la unidad de concepción sobre la estrategia y la táctica a aplicar. Esta unidad de concepción se construye bajo los principios de mayoría y minoría, hegemonía de la mayoría en la acción durante la discusión, elaboración en la acción, subordinación de la minoría y las precisiones contendidas en el documento sobre tratamiento de las contradicciones internas.

-La violación de estos principios acarrea la inevitable pérdida de la iniciativa en favor del enemigo:

a) Dispersión de la iniciativa por desarrollo [sic] de una autonomía táctica que prescinde de la subordinación estratégica.

b) Parálisis de la iniciativa por ausencia de autonomía táctica originada en la subordinación a una estrategia que no está definida según la opinión de alguna de las partes.

-Las precisiones, particularizaciones y planificaciones de las líneas políticas definidas corre por cuenta de todas las secretarías nacionales en sus particularidades respectivas. La iniciativa y las correcciones inmediata [sic] corre por cuenta de todos y cada uno de los miembros de nuestro partido.

-Las particularizaciones regionales se integrarán a las elaboraciones de las áreas correspondientes referidas a las hipótesis de guerra parciales.

-La vinculación de las tácticas en torno a las luchas de masas corre por cuenta de los secretariados zonales.

3-3. Armas.

3.3.1 Políticas.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El objetivo central consiste en utilizar el máximo del potencial humano de las fuerzas populares, asimismo, estas son las armas que permiten la aproximación indirecta al enemigo.

-Las armas político-sociales es lo que permite la simultánea gestación de las condiciones de contraofensiva, el poder político brota de la boca del fusil, cuando el fusil es alimentado por la política de masas y, a la vez, contribuye a la realimentación de la misma.

-Las armas políticas adquieren verdadera potencia solo si se trata de política de masa [sic].

-La política de masas existe cuando puede ser medida en término de millones de hombres. Para ello, no basta con definiciones y propuestas correctas sino que se necesita una gran prensa y propaganda capaz de llegar masivamente al Pueblo. El enemigo controla los medios de difusión de masas y los utiliza, nosotros debemos contrarrestar su difusión con nuestra prensa y propaganda masiva lo que no ha ocurrido hasta ahora.

-La máxima utilización de nuestras armas políticas nos permiten explotar las debilidades del enemigo y completar el aislamiento de sus fuerzas.

-En el plano político internacional, nuestro objetivo también es el aislamiento de la dictadura militar, deteriorando su imagen, difundiendo la nuestra y disputándole las relaciones.

b) Objetivo para las fuerzas enemigas.

-El objetivo central es obligarlo a combatir con las armas y tácticas político-sociales, sin tener contra armas ni contra tácticas eficaces para ello.

-En el enfrentamiento de lucha de masas contra lucha militar.

-El enemigo pierde la superioridad en la relación de fuerzas en cuanto espacios, estando obligado a dispersar sus fuerzas.

-Si la lucha de masas enfrenta a la lucha militar utilizando la vía de aproximación indirecta (trabajo a tristeza, sabotaje a la producción, etc.), el enemigo pierde su superioridad en la relación de fuerzas en cuanto a armas, ya que las armas militares pierden la capacidad de aniquilamiento y de hostigamiento, conservando solo la capacidad de custodia y reducción.

-Si la lucha de masas enfrenta a la lucha militar, prolongando el tiempo del enfrentamiento.

to el enemigo queda sometido al desgaste de una acción militar prolongada sin posibilidades de aniquilamiento (triumfo circunstancial y pasajero ya que no incluye el aniquilamiento), se ve obligado a la penetración profunda en el espacio popular en forma violenta e injusta, gestándose así las condiciones de su fractura.

c) Metodología.

-El aspecto principal consiste en asumir decididamente la iniciativa táctica, lo que en éste plano no resulta difícil, ya que el enemigo carece de ella.

-El desarrollo del máximo potencial humano supone la utilización de armas masivas, al alcance de todos los hombres pertenecientes al frente de masas de que se trate. Cuanto más masivo es un método de acción por lo general es tanto menos violento, en consecuencia, los métodos más masivos deben ser acompañados por otros menos masivos pero que aumenten la violencia a los efectos de agregar potencia.

-La determinación de las armas político-sociales como determinantes de ésta fase de la ofensiva estratégica de ningún modo significa que con ellas solas se puedan cumplir los objetivos, sino que lo correcto es que la totalidad de las armas concurren a desarrollar y fortalecer a la lucha de masas.

-Para lograr el correcto uso de las armas político-sociales es imprescindible conocer profundamente sus leyes y sus tácticas, de esto se deriva la necesidad de unificar en un Manual Único de Instrucción Táctica los criterios y los métodos de acción correspondientes a estas armas, del mismo modo en que los hemos hecho [sic] para las armas militares.

3.3.2. Militares.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El objetivo central es subordinar las armas militares a la estrategia de defensa activa integral con aproximación indirecta.

-Esta subordinación supone la mayor corrección aún en las líneas operativas de nuestra campaña, inclusive supone la subordinación de las campañas mismas a la situación de lucha de masas de cada zona.

-La redefinición de las líneas operativas exige una precisa y dirigida tarea de información e inteligencia a los efectos de garantizar la agilidad político-militar del accionar operativo.

-Subordinación de las armas militares a la lucha de masas no anula los objetivos propios de los militantes como tales, especialmente con el desarrollo de las contratácticas ofensivas a las diferentes tácticas militares enemigas, los contragolpes al centro de gravedad y las recuperaciones.

-La mayor precisión de las líneas operativas va por la Secretaria correspondiente y vía oral.

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-El objetivo central consiste en modificarles las armas principales, obligándolos a combatir contra las masas populares y modificarles la táctica principal obligándolo a buscarnos en nuestro espacio.

-La modificación de sus armas y tácticas principales significan el fracaso de su estrategia de cerco y aniquilamiento.

-La modificación de sus armas y tácticas principales implica básicamente restarle movilidad y selectividad a su ataque obligándolo a recurrir a la mayor potencia y al ataque indiscriminado. De este modo generamos las condiciones estructurales para retomar la iniciativa táctica en el plano militar y hacemos más cerrado el avance.

c) Metodología.

-La corrección del militarismo exige una continua coordinación del accionar militar con el político y de propaganda.

-La recesión de la iniciativa táctica en el plano militar supone la disputa con el enemigo por la misma, ya que en la actualidad la tienen ellos. Esto sólo será posible con la corrección de las líneas y de las tácticas operativas, desarrollando las múltiples variantes de combinación entre potencia de fuego y movilidad.

-En el plano de la conducción, la iniciativa táctica militar supone una planificación altamente centralizada y una ejecución de gran autonomía dentro de los marcos de las definiciones de

la planificación.

3.3.3. Organizativas.

a) Objetivos para las fuerzas propias.

-El objetivo central consiste en resolver correctamente la contradicción- centralización-autonomía para garantizar la autonomía táctica, subordinada a la centralización estratégica. Normalmente, esta contradicción mal tratada no antagoniza entre el autonomismo autárquico y el centralismo asfixiante. Esta contradicción se plantea permanentemente en la acción, adquiriendo en cada una, manifestaciones particulares.

-En la definición de las políticas por frente por función, es realizada por zona. El antagonismo se plantea entre la ausencia de planes nacionales uniformes. La síntesis consiste en la elaboración de planes nacionales, globales y parciales, de mediano y largo plazo en segundo lugar.

-En la confección de las políticas definidas, el antagonismo se plantea entre la ausencia de conducción centralizada y la imposición de la conducción centralizada.

-La síntesis consiste en generalizar el ejercicio de la conducción, según los diferentes niveles de la misma; la conducción, de cualquier nivel que sea, es centralizada por naturaleza y contiene siempre un aspecto de conducción global o estratégica y otro aspecto de conducción parcial, táctica.

-Todos los niveles de conducción son estratégicos en su nivel y tácticos en otro. El aspecto estratégico de la conducción supone la centralización de las decisiones que responden a su nivel, [mientras] el aspecto táctico supone la descentralización de la ejecución que implica la centralización de las decisiones que corresponden a su nivel, subordinado del anterior.

La generalización de la conducción diferenciando sus aspectos estratégicos y tácticos, permite la formación de cuadros, ya que todos los niveles realizan una práctica de decisión y ejecución cuyas leyes estructurales son idénticas.

-En la construcción del Partido, el antagonismo se plantea entre el funcionamiento inter-nista para la construcción organizativa. La síntesis consiste en el desarrollo diferenciado de

ambos aspectos, considerando como principal a la relación con las masas. Esto significa alargar los plazos que impone la realidad de los objetivos externos. En consecuencia, el funcionamiento interno disminuirá su frecuencia en tanto que el externo aumentará este nivel que la lucha de masas exige en cada momento. El funcionamiento interno se regirá por leyes diferenciadas del funcionamiento externo, dado que uno corresponde a la política de cuadros y el otro a la política de masas.

-La diferencia de frecuencias en los funcionamientos impone una mayor autonomía en la conducción externa cotidiana y una mayor centralización en la conducción política de mediano y largo plazo. Con autonomía cotidiana debe descansar en el nivel de los oficiales [sic].

-En el control del cumplimiento de los planes para su evaluación, el antagonismo se plantea entre el descontrol organizativo para impulsar la acción externa y centralismo organizativista que impulsa hacia la acción interna. La síntesis consiste en el control de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo y horizontalmente por medio de la descentralización de las concepciones y los planes. La socialización del control organizativo permite sustituir la presencia centralista de la jefatura por la presencia de la supervisión.

-En la preservación de los cuadros, el antagonismo se plantea entre la indefinición de políticas de seguridad y la definición de políticas de seguridad uniformes. La síntesis consiste en la definición de una línea política central y la planificación de soluciones diversas, según las zonas, los ámbitos y los individuos.

-La definición de la política central corresponde a los organismos centrales máximos de Conducción. La planificación particular corresponde a cada uno de los niveles organizativos, siendo supervisados por sus respectivos ámbitos supervisores.

-En el reemplazo de las bajas producidas por el enemigo, el antagonismo se plantea entre el retroceso organizativo y el traslado de cuadros desde otras zonas del país. La síntesis consiste en la autogeneración organizativa de cada zona, lo que supone una política de promoción de cuadros, facilitando su formación, por la participación y el otorgamiento de responsabilidades.

-Otro objetivo de las armas organizativas es el de generar las condiciones estructurales para el desarrollo de las contratácticas defensivas, entre las diferentes tácticas del enemigo.

b) Objetivos para las fuerzas enemigas.

-El objetivo central consiste en modificarle la táctica principal, convirtiéndosela en insuficiente para el aniquilamiento y por lo tanto inútil.

-La táctica principal del enemigo contiene los siguientes aspectos:

- 1) Secuestro
- 2) En citas
- 3) Torturas
- 4) Inteligencia
- 5) Recomienza el ciclo

-La combinación de contra tácticas ofensivas y defensivas deben contemplar todos los aspectos, proporcionando una solución para cada uno de ellos, para evitar el secuestro, la contratáctica ofensiva consiste en combatir militarmente para escapar, y la defensiva, la pastilla.

-Para evitar el aspecto particular de las caídas en citas (forma principal de caídas hoy), la contratáctica ofensiva consiste en cubrirlas armado normalmente y cubrirlas operativamente cuando la cita ha caído para hostigar y producirle bajas a las fuerzas enemigas, a la vez que, se alerta a los compañeros que desconocían la situación.

-Las contratácticas defensivas suponen una disminución de la cantidad total de citas y una mayor compartimentación de las mismas y de las contraseñas. Las citas diarias de control de seguridad carecen de sentido que se hagan por ámbito sino que deben hacerse por descompartimentación [sic]; las citas diarias como mecanismo de conducción para las comunicaciones y enlaces, significan una solución uniforme que no contempla los siguientes ritmos, según los niveles, del ejercicio de la conducción y, además, tiene un contenido inmediatista desde su origen. Por otra parte, la cita diaria como mecanismo de comunicación y enlaces, es un anacronismo. El chasqui es el mecanismo más antiguo

de comunicaciones de la humanidad.

-Para evitar que el enemigo consiga su objetivo en la tortura, la contratáctica ofensiva consiste en generar las condiciones que permitan luchar por escaparse o morir, a la vez que se lo hace perder tiempo al enemigo con información errónea; la contratáctica defensiva consiste en no contar nada. La tortura, aun la más salvaje, es soportable; cientos de compañeros heroicos nos lo han demostrado, del mismo modo en que los traidores y delatores nos demostraron que su colaboración con el enemigo no se originó esencialmente con la tortura, sino en sus propias debilidades ideológicas.

-La modificación de las armas y tácticas del enemigo nos permite descalabrarle la síntesis que ha logrado entre la contradicción estratégica y la autonomía táctica. En el enfrentamiento de lucha militar contra lucha de masas, el enemigo no puede otorgar la misma autonomía táctica que para el secuestro en una cita; mientras a ésta va un teniente, a la intervención militar sobre un conflicto de masas, va un coronel, que no actúa militarmente sobre los trabajadores sin consulta con su mando superior. De este modo también se le quita autonomía y por lo tanto iniciativa táctica al enemigo.

c) Metodología.

-También en este plano es imprescindible la posesión de la iniciativa táctica en nuestras manos. Para ello es necesario comprender a la realidad como multifacética y encarar su modificación con armas y tácticas también multifacéticas, a menudo el cambio operado en la realidad, incluso el ocasionado por nuestro accionar consciente, no es acompañado por los correspondientes cambios en las áreas y tácticas organizativas, por ejemplo, el cambio en las estructuras de conducción producido por la reestructuración se fue acompañando por el cambio correspondiente en las metodologías de comunicaciones y enlaces.

-Las áreas organizativas son también áreas y su uso se materializa a través de tácticas que le son propias, dadas las características particulares como áreas, en consecuencia, es necesario también una conducción operativa sobre las áreas organizativas y sus tácticas. Esta es tarea central de la Secretaría de Organización.

HACIA UNA POLÍTICA PARA LA CONQUISTA DEL PODER POR LOS TRABAJADORES Y EL PUEBLO ARGENTINO

Fragmento

(...)

La necesidad de una nueva política para la toma del poder por los trabajadores y el pueblo argentino partiendo de nuestra larga experiencia peronista

En nuestra larga experiencia de luchas populares la situación actual marca un hito trascendental. La razón de esto está justamente en que el Movimiento que ha aglutinado y dirigido nuestras luchas desde hace treinta años ha quedado agotado y huérfano.

Nuestro deber histórico en la actualidad es el de gestar una nueva estrategia para la toma del poder sintetizando la experiencia de treinta años de lucha, profundizando los aspectos positivos y reflexionando sobre los errores y limitaciones para superarlos.

Es evidente que semejante tarea no pretende ser agotada por estas pocas líneas, pero a modo de síntesis diremos que los errores y carencias fundamentales ya han sido expuestas sintéticamente más arriba. En cuánto a los aspectos más positivos centrales, escuetamente diremos que fueron:

a.- La coincidencia política sintetizada en las tres banderas de justicia social, independencia económica y soberanía política, una conciencia que forjada en la práctica de la lucha la podemos definir como antiimperialista, antioligárqui-

ca y antiburocrática, como el nacionalismo popular y revolucionario.

b.- El claro concepto de que la clase obrera es la columna vertebral, la fuerza principal de todo proceso de Liberación.

c.- La experiencia del movimiento como organización política de las masas populares al margen del sistema demoliberal.

d.- La necesidad de la construcción de un frente de liberación para constituir las alianzas con todos los sectores de la Nación que están dispuestos a enfrentar la penetración y dominación imperialista.

e.- La experiencia de la guerra integral como estrategia para la toma del poder, combinando todos los métodos de lucha.

f.- La enseñanza de que los hombres mueren pero la organización vence al tiempo, comprobada dolorosamente con la desaparición del Gral. Perón.

Sobre la base de esta experiencia de treinta años de lucha debemos diseñar nuestra nueva política para la toma del poder. Ella debe permitirnos superar el agotamiento y la orfandad actuales y encauzar nuevamente nuestras luchas contra la actual dictadura militar y tomar el poder en forma total y definitiva.

Antes que nada, tenemos que dejar en claro cuáles son los elementos que componen una estrategia para la toma del poder.

El primer aspecto es el análisis del problema principal que padece nuestro país y nuestra sociedad; o sea, cuál es el enfrentamiento principal que hay que dar, contra quien hay que darlo y junto a quién hay que luchar.

El segundo aspecto consiste en fijar los objetivos a alcanzar. Este aspecto se concreta en un programa de acción y de gobierno.

El tercer aspecto consiste en la definición de los métodos de lucha que es necesario desarrollar para alcanzar el triunfo en el enfrentamiento.

El cuarto aspecto, es la organización, o sea, las diferentes formas organizativas necesarias para que el conjunto de las fuerzas que participan del enfrentamiento puedan ejecutar los diferentes métodos de lucha.

Por último, el quinto aspecto es la previsión de las etapas que debe recorrer el proceso para alcanzar los objetivos finales.

Yendo al diseño concreto de una nueva política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo argentino, según nuestro criterio los ejes principales serían los siguientes.

I.- El enfrentamiento principal: está definido en última instancia por la lucha entre los capitales monopólicos extranjeros y la clase obrera industrial empleada por esos mismos capitales, por ejemplo, entre las patronales monopólicas de la industria automotriz y los obreros mecánicos que trabajan en sus plantas. Alrededor de estos dos polos principales del enfrentamiento principal se aglutinan todas las demás fuerzas sociales del país, conformando lo que llamamos el campo oligárquico-imperialista por un lado y el campo de la Nación por otro.

II.- Los Objetivos Programáticos: definidos genéricamente son la Liberación Nacional y Social. Precizando un poco más su contenido, podemos definirlos como la construcción nacional del socialismo, comenzando por la expropiación de los capitales industriales, agropecuarios, comerciales y financieros de la oligarquía y los monopolios. A los sectores de la mediana empresa nacional, tanto urbana como rural, que han fracasado en los intentos de la Liberación Nacional en los marcos del capitalismo y que son sometidos a la progresiva desaparición por la penetración monopólica, les ofrecemos la alternativa de la transición al socialismo, durante la cual podrán contribuir al desarrollo económico y social del país y su Liberación definitiva de toda dominación extranjera. Los pequeños empresarios del agro y de la ciudad, nada tienen que temer del socialismo, por el contrario, ya que en la actualidad son llevados a la quiebra y en el socialismo, por el contrario, se verán librados de la competencia y de la concentración ejercida por el gran capital y, además, no serán expropiados sus bienes de producción. Por último, el conjunto de los sectores medios del pueblo, suelen creer que el socialismo es un cuco que les quitará la casa, el auto y les comerá los niños. Esta es la mentira que cuentan los grandes capitalistas para evitar que el pueblo se pliegue a la construcción del socialismo y así mantener sus privilegios de explotadores. El socialismo expropia los bienes de consumo de todo el pueblo. Por lo tanto los sectores medios no tienen que temer nada del socialismo. Por el contrario, se verán liberados de la angustia cotidiana de la inflación, la desocupación y las crisis cíclicas e incurables del capitalismo monopólico dependiente.

III.- Los métodos de lucha: en un proceso revolucionario como el nuestro, todos los métodos de lucha se sintetizan en lo que denominamos "guerra popular integral". En esta estrategia se combinan siempre los métodos militares, paramilitares, gremiales y políticos, las tácticas operativas de cada uno de estos métodos deben adecuarse a la etapa del enfrentamiento que se vive en cada momento.

En una nueva etapa como la actual, en donde se enfrentan a una dictadura militar, el método principal es la lucha armada, sea, los métodos militares acompañados y complementados por los paramilitares. Los métodos políticos obviamente tienen mayor trascendencia en el conjunto de las formas de lucha dado que no hay legalidad para desarrollarlos en todas sus posibilidades. En cuanto a los métodos gremiales, se ven en parte afectados de la misma manera que los políticos, pero hay que tener en cuenta que estos métodos siempre tienen una gran importancia debido a que con ellos se logra la participación del conjunto de la clase trabajadora en la lucha y se afecta lo que más le duele al enemigo, o sea, la producción.

En el momento actual, los paros, las huelgas y las movilizaciones pasan a segundo plano y adquiere mayor relevancia el sabotaje a la producción sin romper las herramientas de trabajo. En el plano gremial estrictamente, la acción se dirige a lograr buenas posiciones de fuerza para negociar con la patronal; dado que la actividad gremial está legalmente prohibida, lo que debemos hacer es poner en práctica métodos que permitan lograr el mismo objetivo pero en forma clandestina, es decir, sin exponer nuestras fuerzas a la represión.

En consecuencia, las paritarias colectivas y legales, deberán ser sustituidas por negociaciones por fábrica o lugar de trabajo hechas en forma clandestina. ¿Cómo se logrará que las patronales acepten este nuevo método? Para ello es que hay que aplicar las tácticas combinadas que obliguen a la patronal a aceptar las nuevas reglas del juego. Esta es la función del sabotaje a la producción sin romper la fuente de trabajo como método de lucha gremial en la nueva etapa; y a esto le debemos sumar el accionar militar del Ejército Montonero sobre las patronales como método de presión de última instancia y expeditivo.

Por otra parte, hay que tener siempre presente que en cuanto cambien un poco las condiciones políticas y se puedan aplicar los paros o huelgas hay que sumarlos inmediatamente al conjunto de los métodos gremiales sin abandonar los anteriores.

IV. Las diferentes formas de organizarnos:

Hay que tener siempre presente que el conjunto de las formas organizativas que participan de una misma estrategia deben estar subordinadas a una de ellas, que es la rectora, la conducción de dicha estrategia.

Escuetamente reseñamos las formas organizativas fundamentales para el desarrollo de nuestra política para la conquista del poder.

a.- Una nueva estructura de conducción estratégica que supere las limitaciones de la conducción unipersonal. Esta estructura debe ser una organización política que exprese los intereses de los trabajadores, dado que como hemos dicho son estos los que deben tener la hegemonía del proceso. Se trata entonces de la necesidad de un partido revolucionario que con la ideología de la clase trabajadora conduzca la guerra popular integral, y, que a nuestro juicio, debe constituirse a partir de nuestra organización político-militar montoneros. Esto se debe a nuestra larga experiencia de lucha heroica y consecuentemente en la defensa de los trabajadores, a la certeza en los análisis y en las consignas políticas para los trabajadores demostrada a lo largo de varios años y a nuestra tradición peronista y revolucionaria. No hay que confundir la naturaleza de este nuevo partido revolucionario con el papel que jugó en el peronismo el Partido Justicialista o en el movimiento Peronista Auténtico el Partido Auténtico. Estos partidos políticos eran herramientas tácticas del movimiento para poder presentarse a elecciones. En un nuevo movimiento toda vez que haya que presentarse a elecciones también se formará una herramienta táctica para poder participar en las mismas. Pero el partido revolucionario al que nos referimos es una cosa diferente, es el reemplazo de la conducción estratégica unipersonal por otra que en lugar de ser una sola persona sea una Organización. El Partido Revolucionario Montoneros hará realidad la consigna de que los hombres mueren pero la organización vence al tiempo.

b.- Una nueva forma de organización para el movimiento, adecuando la estructura de las cuatro ramas a los frentes políticos concretos en que se desarrollan nuestras agrupaciones. Son precisamente las agrupaciones de base lo que dan razón de ser a una estructura orgánica del movimiento, a través de ellas se garantiza una organización y participación masiva de las bases del movimiento, y, a su vez, cuando la participación de las bases existe la burocracia desaparece. Por otra parte, el movimiento deberá estar conducido por el partido político revolucionario que

substituirá a la conducción unipersonal para garantizar que la hegemonía de los trabajadores en el movimiento se exprese como conducción orgánica. La nueva forma de organización del movimiento apunta en definitiva a la constitución de un nuevo movimiento que sea la continuación y a la vez la superación histórica del peronismo. En nuestro país, la existencia de una conducción estratégica unipersonal, como era el Gral. Perón, dio origen al nombre de la expresión política de todos aquellos que se identificaban con esa conducción estratégica. De este modo, la expresión política del movimiento de Liberación Nacional en desarrollo fue el peronismo.

En la actualidad, luego de la muerte del Gral. Perón y del fracaso de sus presuntos herederos, la palabra "peronismo" resulta insuficiente para definir la expresión política del nuevo movimiento.

Sin embargo, la vigencia del peronismo durante treinta años de nuestras experiencias de luchas populares marca a fuego dos elementos que estarán presentes en una nueva expresión política del movimiento popular argentino. En primer lugar, el nombre de una nueva expresión política popular debe reflejar la continuidad histórica del peronismo. En segundo lugar, el nombre de la expresión política es el reflejo de la adhesión popular a la conducción estratégica.

Partiendo de estos dos elementos y teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho acerca de la nueva estructura de conducción estratégica y de la nueva forma de organización del movimiento, creemos que nombre de la nueva expresión popular será el Montonerismo.

c.- Una organización gremial provisoria y clandestina, que nos permita desarrollar el tipo de lucha gremial posible en la etapa; al estilo de lo ocurrido durante la "revolución libertadora", debemos constituir una CGT en la resistencia. La misma deberá ser conducida por los compañeros que durante los últimos tiempos venían siendo los auténticos dirigentes sindicales representativos de sus bases, es decir, de aquellos compañeros que constituían las mesas y coordinadoras sindicales representativos de sus bases, es decir, de aquellos compañeros que constituían las mesas y coordinadoras sindicales que en Córdoba, Santa Fe, San Lorenzo, Rosario, Villa Constitución, Buenos Aires, La Plata, Berisso y Ensenada dirigían las luchas obreras por encima de las direcciones autocráticas de sus sindicatos.

d.- Un ejército popular fuerte y único, que

mediante el hostigamiento permanente vaya desgastando al enemigo hasta derrumbarlo y que, a la vez respalde con sus armas nuestro accionar político y gremial. El ejército también debe ser conducido por la nueva estructura de conducción, o sea el Partido Revolucionario, para garantizar que el poder político brote de la boca del fusil y que la política de la clase trabajadora sea la que guíe al fusil. La identidad política del Ejército debe ser la misma que la del movimiento.

e.- Un nuevo frente de Liberación Nacional, que corrija los errores de concepción que manifestaban en el FRECILINA y en el FRE-JULI. En primer lugar el frente debe ser esencialmente sectorial y no multipartidario, o sea, que debe estar compuesto por representantes gremiales, en primer lugar, y políticos, en segundo lugar, de los diferentes sectores sociales que comparten el programa de liberación. Por otra parte la conducción de los trabajadores en el frente debe ser explícita y orgánica. El modo de construcción del frente no debe ser exclusivamente a partir de los dirigentes de los distintos sectores, sino que debe hacerse simultáneamente en las bases, en el territorio real en el que coexisten todos los sectores sociales enfrentados a la alianza oligárquico-imperialista.

V.- Las Etapas: en toda guerra popular revolucionaria existen tres etapas. La primera, llamada de defensiva estratégica, en la que las fuerzas reaccionarias tienen globalmente más fuerzas que las fuerzas revolucionarias. La segunda, llamada de equilibrio estratégico, en donde el desgaste de las fuerzas reaccionarias y el crecimiento de las fuerzas revolucionarias ha hecho que la relación entre ambas sea pareja, aunque su naturaleza sea diferente. Por último, la tercera, llamada de ofensiva estratégica, en donde las fuerzas revolucionarias han desequilibrado a su favor la situación y comienzan el aniquilamiento definitivo de las fuerzas reaccionarias. Es importante tener en cuenta que en una guerra integral no existen sólo las fuerzas militares, sino que también actúan las fuerzas sociales, económicas y políticas. Es esto lo que permite a los revolucionarios aumentar continuamente sus fuerzas en la medida que sectores cada vez más amplios del pueblo se pliegan a las diferentes formas de lucha y organización de la guerra popular integral. En la actualidad nos encontramos en la etapa de defensiva estratégica. El enemigo ha lanzado una nueva campaña para intentar el aniquilamiento de las fuerzas

populares. El golpe de estado forma parte de esa estrategia.

Nuestro objetivo es destruir la campaña de aniquilamiento mediante la defensa activa, o sea, la defensa por medio del contraataque. Simultáneamente debemos preparar las condiciones para lanzar nuestra contraofensiva y destruir por completo la ofensiva de aniquilamiento que lanzó el enemigo. El desarrollo de la contraofensiva nos permitirá revertir la situación y llegar a la etapa del equilibrio estratégico para emprender luego la ofensiva estratégica. ¿Cuándo podremos dar esta contraofensiva? Cuando las FFAA sientan el desgaste de tener que combatir y tener que gobernar simultáneamente. La política económica vendepatria y la represión para defender esa política los llevará inexorablemente al enfrentamiento con toda la población. Allí, desmoronadas sus perspectivas políticas y comprobado que no pueden aniquilar militarmente a nuestro ejército popular, será el momento de lanzar nuestra contraofensiva.

Sin embargo no es esta la única condición necesaria para nuestra contraofensiva. Es preciso además que construyamos el dispositivo de nuestras fuerzas, que desarrollemos todas las formas organizativas de nuestra estrategia para la conquista del poder. Esta es nuestra primera y gran tarea.

Todas las agrupaciones del Movimiento Peronista Auténtico deben trabajar con todo su esfuerzo en la dirección de gestar esta nueva política para la conquista del poder.

Ello significa una gran tarea de propaganda, adoctrinamiento y organización tendiente a desarrollar todos los aspectos de la estrategia que hemos descrito.

Esta tarea debe estar dirigida tanto hacia la inmensa mayoría del pueblo peronista como hacia aquellos sectores populares que, sin haber militado en las filas de nuestro movimiento, están identificados con esta propuesta política. Se trata entonces de una tarea ardua y que debe desarrollarse con la mayor amplitud de criterio y sin ninguna clase de sectarismos. El objetivo es constituir el Movimiento de Liberación Nacional y Social en el más breve plazo posible.

Con la certeza absoluta del triunfo final, debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para superar el agotamiento y la orfandad del peronismo y encaminarnos resueltamente hacia una nueva política para la conquista del poder por los trabajadores y el pueblo argentino.

Montoneros

Conducción Nacional

PROPUESTAS DE RODOLFO WALSH AL DOCUMENTO DE LA CONDUCCIÓN

a. Asunto: observaciones sobre el documento del Consejo del 11/11/76

23 de noviembre de 1976

De: Base AS-P
A: S2

Estas observaciones son complementarias de las formuladas en nuestro punto Ideologismo y Política del 3/1/76.

Respecto de las críticas que allí formulamos, buena parte de ellas coinciden parcialmente con las rectificaciones del Consejo, y en ese sentido entendemos que el documento es un avance significativo para el conjunto.

Sin embargo pensamos que las rectificaciones son sólo parciales, porque no corresponden a una autocrítica profunda sobre los errores que nos condujeron a la actual situación, sino que tienden a corregirlos de facto ante la evidencia del mal resultado obtenido. Con este método el acierto o el error son azarosos y empíricos. A nuestro juicio lo principal son las razones políticas. Si son correctas, en apenas tres años un puñado de muchachos crecen hasta conducir una organización gigantesca y poderosa. Si son incorrectas, esa misma organización se desinfla y puede desaparecer.

Este ejemplo está tomado de nuestra propia historia y creemos que este momento de desánimo debe tenerse en cuenta. Si corregimos nuestros errores volveremos a convertirnos en

una alternativa de poder. Por lo tanto son falsas todas las visiones alarmistas sobre si tenemos tiempo o no. Tenemos todo el tiempo necesario, si lo sabemos usar.

1. Definiciones políticas

En nuestro país es el Movimiento el que genera la Vanguardia, y no a la inversa, como en los ejemplos clásicos del marxismo. Por eso, si la vanguardia niega al movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación. Esa es la nota distintiva de la lucha de la liberación en nuestro país, que debemos tener siempre presente. La vanguardia -Montoneros- generada por el Movimiento -el peronismo- debe conducirlo hacia su transformación en el curso de la lucha por el poder y el socialismo. Esos son los elementos básicos a los que debemos atenernos, lo que existe en la realidad y no en los libros. Montoneros y el movimiento peronista, al que aspira conducir.

Si eso no se tiene en cuenta, la literatura china o vietnamita no nos sirve, porque tiende a confundir nuestra lucha social con una guerra colonial, en la que la organización en Movimiento, Frente, Partido y Ejército tiene sentido porque se presupone la unidad del pueblo detrás de su conducción y contra el invasor extranjero. Nosotros en cambio tenemos que empezar por ganar la representación de nuestro pueblo a partir de los elementos con que contamos.

Hasta el 24 de marzo del 76 planteábamos correctamente la lucha interna por la conducción del peronismo. Después del 24 de marzo del 76, cuando las condiciones eran inmejorables para esa lucha, desistimos de ella y en vez de hacer política, de hablar con todo el mundo, en todos los niveles en nombre del peronismo, decidimos que las armas principales del enfrentamiento eran militares y dedicamos nuestra atención a profundizar acuerdos ideológicos con la ultraizquierda.

Las rectificaciones del Consejo apuntan a esta problemática, pero la insistencia en la creación del Movimiento Montonero con sus ramas nos parece indicar una insuficiente comprensión. Nuestras formas organizativas deben ser la organización o el Partido Montonero -que incluye a todo lo que genéricamente llamamos fuerza propia- y el Movimiento Peronista. Eso es lo que existe y a partir de ahí debemos construir. De otro modo invertimos enormes esfuerzos poniendo todo el Partido a la tarea de inventar el

Movimiento Montonero, que no tendrá existencia real.

En esa idea de que podemos inventar una forma organizativa y una identidad características del enfrentamiento en nuestro país, queremos generar las condiciones para que sea distinto y entonces podamos aplicar las fórmulas clásicas de otros países. Y nos parece tiempo perdido tratar de convertir este enfrentamiento social en una guerra nacional.

2. Militarismo

El documento del Consejo critica el militarismo, pero en términos militaristas. Todo el documento es como una clase de estrategia sobre la mesa de arena y nuestra realidad no tiene nada que ver con ese enfoque. Para hacer política, hay que empezar por pensar en términos políticos, y expresarlos con sencillez y claridad.

3. Triunfalismo

A pesar de los golpes recibidos y de las rectificaciones del documento, seguimos triunfales. Decidimos el fracaso total de los planes del enemigo y seguimos subestimándolo. Esto es muy grave y pensamos que en el fondo obedece a la incomprensión sobre nuestra propia historia. Trataremos de ejemplificarlo: al no reflexionar sobre las causas de nuestro crecimiento espectacular y nuestra representatividad popular en los años que van de 1970 a 1974-75, llegamos a pensar que no obedece a que actuamos correctamente, y con propuestas comprendidas y aceptadas por el pueblo, sino a que nosotros somos geniales, y si somos geniales es accesorio que acertemos o nos equivocemos. Todo lo que hagamos estará bien. Esto lo notamos en documentos como el último *Montonero* de 1975 y en la persistente ausencia de autocrítica.

4. Desmedida ambición de poder

Todo lo hacemos y lo pensamos a lo grande. Nuestra lucha es una guerra. Nuestra propaganda tiene que llegar a cuatro millones. Aunque criticamos el militarismo, todo el documento parece la receta para que un Ejército rompa el cerco de otro y luego lo derrote. Hay que ser más modesto. Nosotros tenemos que resistir junto con el pueblo a la dictadura. Necesitamos mucha propaganda. Tenemos que irnos organizando en la lucha sin delirios de grandeza y pensando en plazos largos. Ésta es la

síntesis de nuestras apreciaciones generales. Ahora pasamos a nuestras observaciones punto por punto.

1.2. 1. Situación frente al enemigo

No es cierto que haya fracasado el aperturismo. Ejemplos: el PC no participa en los conflictos, mientras negocia con el gobierno a través del Partido Intransigente y les paga viajes a Lázara y García Costa para que vayan al Congreso de la Internacional Socialista a defender a Videla; la UCR no rompe a pesar de todos los agravios, incluidos Solari Irigoyen y Amaya; la reacción de la Iglesia es tibia comparada con todo lo que han hecho y con los episcopados de Chile y Brasil, donde por mucho menos se enfrentan abiertamente con las dictaduras.

1.2.2. De las fuerzas populares

No es cierta la desaparición casi total de la izquierda no peronista, armada o no armada. Estos son bandazos que nos alarman. Hace unos meses el proyecto de vanguardia pasaba por el debate ideológico en la OLA, ahora no existen más. Existen y actúan. El ERP pinta (más que nosotros), edita regularmente sus revistas, que llegan a las fábricas puntualmente a pesar de todos los golpes que sufrieron, toman un canal de televisión, tienen una radio clandestina, operan en el litoral, hacen operaciones militares. El PC, los distintos partidos socialistas, también existen. Que sean una bosta es otra cosa. Con ese criterio nosotros tampoco existimos.

1.3.1. Situación internacional

Hay un notable exceso de optimismo. Al enemigo la situación internacional lo mejora. Consigue créditos para su objetivo inmediato de refinanciar la deuda y mantiene excelente relación con el bloque soviético que con su importancia los salva en el sector externo. La exposición soviética en Buenos Aires muestra que no se trata de coletazos de la relación con Gelbard, sino de una política que se mantiene con el actual gobierno.

1.3.2. Situación militar de nuestras fuerzas

Sugerimos repensar la especialización militar. Al cambiar nuestra hipótesis de guerra ¿no deberíamos también cambiar la metodología de construcción de nuestro Ejército? Tememos

que al producirse situaciones insurreccionales, de seguir con la división actual, los oficiales políticos no sepan su nivel de violencia, o los oficiales militares no sepan sobre qué blanco operar. No sabemos si la solución es alguna nueva forma de integralidad, o la subordinación de la estructura militar a la política o alguna otra que no se nos ocurre. Pero vemos que aquí hay un problema grueso.

2. 1. 1. La estrategia del enemigo. Espacio

No es cierto que haya "ausencia de identificación de nuestras fuerzas". Con la delación, el enemigo superó esa "debilidad congénita" del cerco. Al ser falso esto, es falso que el espacio principal sea el político. Es el militar, y éste es el gran triunfo que el enemigo consiguió sobre nosotros.

Esta línea de error sigue. Para nosotros el retorno a las masas es el retorno al espacio donde están las masas; en vez de librar el combate en la conciencia de la gente lo libramos en el espacio físico, lo cual es un error, coherente con el ideológico.

Al no corregir el ideologismo, no convocamos políticamente. Así, nuestra respuesta de volver a los barrios es elemental y peligrosísima. Nos van a golpear más duro todavía.

2.1.2. Tiempo

La contradicción entre guerra corta y naturaleza social del enfrentamiento valdría si se tratara de un enfrentamiento contra el conjunto del pueblo, pero lamentablemente lo que hay es una lucha militar contra nosotros.

Tenemos que ser más autocríticos y realistas. Por supuesto que hay lucha de clases; siempre la hubo y la seguirá habiendo. Pero uno de los grandes éxitos del enemigo fue estar en guerra con nosotros y no con el conjunto del pueblo. Y esto en buena medida por errores nuestros, que nos auto aislamos con el ideologismo y nuestra falta de propuestas políticas para la gente real.

2.1.3. Armas

Nuestras armas también son violatorias de las convenciones internacionales. Ellos se auto aíslan, pero nosotros también, y en ese trueque ganan ellos, porque nosotros teníamos con qué impedirlo y ellos no. Es un cambio de peón por alfil; ellos ya estaban aislados y consiguieron aislarnos a nosotros, planteando una lucha de aparatos, que nosotros no podemos bancar.

Nos parece espléndido que finalmente se comprenda la importancia de la censura de prensa.

No es cierto que no tengan armas políticas. Hacen toda clase de esfuerzos para no enajenarse a los partidos y a la burocracia sindical y logran resultados. La burocracia los ayuda a pasar la prueba de la OIT. Osella Muñoz y Vanoli se niegan a declarar por los derechos humanos en Estados Unidos. Los gremialistas los felicitan por la libertad de Pita.

Los radicales tienen varios embajadores, y un íntimo de Balbín (Ricardo Jofre, número 2 de Mor Roig en el plan político) es ahora número 2 de Villareal en la Secretaría de la Presidencia, a través de la cual hay un dialogo muy amplio y muy inteligente. Ellos hablan con todos, los que nosotros dejamos de lado para irnos a discutir con el ERP y el PC. Además no es cierto que no hayan establecido el cerco político. Lo que pasa es que lo establecieron con armas principalmente militares, por el terror, pero también secundariamente con armas políticas, que las tienen y las manejan muy bien. En todo este análisis vemos el triunfalismo que criticamos. Los subestimamos mucho, y esto está mal porque nos equivocamos.

2.2. 1. Nuestra estrategia. Espacio

Es mecanicista no explicar las razones del mecanismo en el salto cualitativo. Acá el problema es político y el lenguaje militarista no sirve. Es un grave error olvidar que ésta es una lucha política y que para la construcción organizativa las operaciones militares deben servirnos ante todo para hacer política, y no para construir un ejército cuando todavía no tenemos ganada la representatividad de nuestro pueblo. Lo que nosotros tenemos es una lucha de clases, con niveles crecientes de violencia, que debemos masificar, no es una guerra todavía. Además, siguen los bandazos, porque ahora que descubrimos que las contradicciones en el seno de la clase obrera no son antagónicas, parece que nos olvidamos que igual son contradicciones y nos olvidamos de nuestras definiciones de la necesidad de darnos una política para los sectores más dinámicos y de mayor nivel de conciencia. Es como si no pudiéramos tener dos ideas en la cabeza al mismo tiempo: si hay contradicciones, las consideramos antagónicas, cuando nos damos cuenta que no son antagónicas, nos olvidamos de que existen. Esto es reaccionario: anular con una opinión hechos de la realidad.

2.2.3. Armas

La concepción del repliegue al espacio seguro nos parece por varias razones errónea. Por militarista, al concebir la política como movimiento militar. Por ideologista, al aplicar conceptos de otras realidades trasplantados mecánicamente, incurriendo en los mismos errores que antes le criticábamos al ERP. Y fundamentalmente porque debido a nuestra ausencia de propuesta y a la confusión de nuestra identidad y de la identidad del pueblo, las masas no son un espacio seguro para nosotros. Lo perdimos por nuestro error.

2.3.1. Relaciones de fuerza. Económico

La contradicción con nuestra base social, derivada del aparatismo, no es porque gastamos más que lo que producimos, sino por nuestros errores políticos. Ahí está el aparatismo. Es querer imponer nuestros esquemas a la realidad. Negamos el Movimiento Peronista y el Movimiento Montonero no existe. Entonces ¿dónde nos vamos a refugiar cuando el enemigo aprieta? El error no está en que los compañeros son unos cómodos o vagos y por eso se refugian en el aparato, sino en que nuestra política ideologista e irreal hace imposible una buena relación con el pueblo. Si no corregimos eso, todo seguirá igual aunque la gente trate de irse a vivir a otro lado.

2.3.2. En la política nacional

Es una barbaridad hablar del "fracaso total del plan" del gobierno. Se puede hablar de fracaso parcial o de éxito parcial, pero como lo plantea el documento es nuestro famoso exitismo. Ya vimos cómo los partidos y la Iglesia no rompen ni endurecen demasiado la relación con el gobierno. Y las luchas de las masas todavía no son tantas ni tan duras, aunque lo serán, con nosotros o sin nosotros.

2.3.3. Internacional

Ya dijimos que no los vemos aislados a ellos. Sobre derechos humanos, queremos agregar que es cierto que han perdido muchos puntos, pero esto forma parte de una política del imperialismo, que aprieta con dos pinzas: la económica y la de los derechos humanos, para mejor someter a nuestros países. Los mandan a matar y después aprietan. Además, ahora van a institucionalizar los derechos humanos, creando

comisiones dirigidas por ellos, para regular las denuncias como mejor les convenga.

2.3.4. Militar

De nuevo el militarismo, aun para criticar al militarismo. Ese esquema no ayuda a pensar. Y falta una autocrítica en serio, porque nosotros dijimos en 1974, cuando murió Perón, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares. Hay que ir a fondo, porque si no, no sirve. También está el documento de la regional Baires después del golpe, diciendo que era el último desafío de la historia.

Es falso que no tengan reservas tácticas y que necesiten desaferrar tropas de una zona para llevarlas a otra. Nos están dando muy duro y sólo empeñan una parte mínima de sus fuerzas. Les sobran reservas tácticas. Este es un error gravísimo. Nos corresponde a nosotros esta crítica porque evidentemente no informamos bien cuál era la situación. Pero hay que corregir esa apreciación.

2.3.5. Síntesis

Ellos avanzaron en lo militar y también en lo político. Nosotros retrocedemos en ambos campos. Y esto porque sin política no era posible avanzar. Hay que admitirlo así aunque duela.

2.4. 1. Con las actuales estrategias

Nos parece perfecto. Y vemos que en ese punto se admiten de lleno, las cosas que en otros puntos sólo se admiten de refilón. Peronismo como la única forma de expresión conocida por el pueblo, entre otras.

3.1.1.a. Espacio político. Propias fuerzas

Nos parece uno de los aciertos fundamentales del documento plantear la resistencia masiva como propuesta principal de la etapa, pero no estamos de acuerdo en volcar esfuerzos en crear el inexistente Movimiento Montonero, en vez de invitar a esa resistencia al existente Partido Peronista, que en el transcurso de esa lucha irá cambiando y encontrando nuevas formas organizativas en su práctica y no en nuestra cabeza. No hay que crear estructuras al pedo. Los Montoneros conducen al peronismo. Eso es suficiente.

Para las fuerzas enemigas la pretensión

de hacerlas penetrar en el espacio político militar nos parece una manera militarista de decir que nos convendría que se pelearan con todo el pueblo. Y para eso lo fundamental no es que ellos penetren sino que nosotros estemos con el pueblo. Para eso, la clave es política. De otro modo seguimos en el ideologismo: si penetran, se convierten en ejército de ocupación, y entonces sí, podemos aplicar los conceptos vietnamitas. Hay que pensar en términos nuestros.

La personalización de la política nos parece peligrosa. Primero porque creemos que para el pueblo existen los muchachos, los montoneros, antes que Firmenich. Segundo, porque si a él le pasa algo, es un desastre.

3.3. 1. Armas

No es cierto que ellos no tengan iniciativa táctica con las masas. Ahora cuando rastrillan, pintan las casas y dan la vacuna, que es lo que hacíamos nosotros en otra época.

3.3.3. Organizativas

La autonomía tiene que estar en todo nivel y no en los oficiales, porque así el cambio es mínimo.

Si las cantadas fueran por debilidades ideológicas, lo mejor sería bajar la cortina, porque la ideología se modifica en medio siglo. Es por falta de confianza en un proyecto, debido a los graves errores políticos cometidos. Por eso se puede corregir y no vamos a ser derrotados.

b. Asunto: Aporte a la discusión del informe del Consejo

13 de diciembre de 1976

De: J S-I

A: J D-I

Se hace referencia a los ítems numerados del informe. En aquellos que se saltean debe interpretarse que no han surgido aportes de interés. Algunas de las cuestiones que se plan-

tean han surgido también en el ámbito de oficiales subordinados.

1.2.2. Situación de las fuerzas populares

Los elementos que se señalan no están numerados en orden de importancia. Debe empezarse por la situación de las masas, que es de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales.

Dentro de ese cuadro solamente sectores del peronismo sindical -Luz y Fuerza y Portuarios- han conseguido frenar el avance enemigo librando conflictos que terminaron en empate. La posibilidad de tal resultado está dada en ambos casos por la naturaleza crítica de la producción, que es permanente en el caso de los servicios eléctricos y estacional en el servicio portuario (próxima exportación de cosechas). En el caso de Luz y Fuerza debe computarse además la permanencia de una organización reivindicativa de calidad superior.

Los conflictos mecánicos y metalúrgicos carecen en cambio de esa perspectiva por no afectar producciones críticas en la coyuntura recesiva y deben terminar en derrotas a pesar de una superior calidad combativa de los cuadros.

Esto vuelve a poner sobre el tapete la primacía de la infraestructura básica de servicios y de los sectores obreros ligados a ella. Priorizar la industria textil o la administración pública como línea sindical me parece un error; en el primer caso porque al subconsumo recesivo debe corresponder a un achicamiento de la industria, y la lucha se da entonces en terreno elegido por el enemigo; del mismo modo librar batalla en la administración -salvo sectores metalúrgicos- es allanar el campo a la ola de despidos que reclama un sector del régimen.

Se insiste, en suma, en la posición ya conocida de este sector del D-I, a saber: que mientras dure el actual proceso de retirada de la clase trabajadora sólo podrá dar combate en sectores críticos delimitados, que son la producción de energía, la exportación de cereales y carnes, la producción y transporte de combustible, las telecomunicaciones, el sistema bancario y el sistema de computación de datos.

1.4. Situación militar

La descripción de la situación militar del enemigo es correcta, pero la nuestra es incompleta y en algunos pasajes inexacta. Por ejemplo cuando afirma que "nuestro Ejército dio un

salto cualitativo" (pág. 5, línea 1) para reconocer enseguida que "no hemos correspondido al salto de calidad dado por el enemigo" (pág. 5, línea 6). Igualmente cuando dice que "hemos aumentado la movilidad" (pág. 5). En lectura del ámbito subordinado este pasaje ha dejado la impresión de que soslaya la real gravedad de nuestra situación militar y omite datos importantes para su comprensión, por ejemplo porcentajes de pérdidas, territorios evacuados, etc. En consecuencia, ha suscitado desconfianza y malestar.

2.2. Nuestra estrategia en el espacio

El punto principal de la autocrítica es, como dice el informe, "la insuficiencia de nuestra política de poder para las masas" y efectivamente ella se refleja, ante todo, en nuestra actitud frente al peronismo.

Mi opinión, compartida por el ámbito subordinado, es que se ha hecho un pronunciamiento prematuro sobre el agotamiento del peronismo y que de ese pronunciamiento derivaron decisiones de importancia capital que hoy están sometidas a prueba.

El punto crítico a partir del cual se decretó el agotamiento del peronismo fueron las movilizaciones obreras de julio del 75 contra el "Rodrigazo". Allí pareció efectivamente que la clase obrera, al combatir contra un gobierno peronista, firmaba el acta de defunción del movimiento peronista. Este análisis omitía dos cosas: una, que sectores de vanguardia de la clase obrera estaban dispuestos a rebozar (sic) el peronismo siempre y cuando se diera una dirección de avance contra un gobierno vacilante como el de Isabel Martínez, pero que dentro de esa misma dinámica la clase trabajadora en conjunto, incluyendo las vanguardias, iba a retroceder hacia el peronismo cuando la marea se invirtiese por la presencia militar; otra, el peso efectivo que en tales movilizaciones tuvo la burocracia sindical peronista.

Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado y la dirección del peronismo se ha visto subrayada por el gorilismo del gobierno. En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero cono-

cido, hacia relaciones que dominan, hacia practicas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonerismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas; y es merecer el calificativo de idealismo que a veces nos aplican hombres del pueblo. En síntesis, creo que el Partido debió, y aún debe replegarse él mismo hacia el peronismo y que la propuesta inversa no es una verdadera propuesta para las masas en esta etapa, aunque pueda llegar a serlo en otra, pero en ese caso ya no se trataría de un repliegue sino de un avance.

Otra línea de análisis que concurrió para decretar el agotamiento del peronismo es la que, también a priori, ha resuelto que en la Argentina asistimos a la "crisis definitiva del capitalismo". Afirmaciones desmesuradas de este tipo proceden, a mi juicio, de una falta de formación histórica. El capitalismo en decenas de países ha sobrevivido a crisis más graves que la actual crisis argentina. Para dar un solo ejemplo, "la crisis definitiva" del capitalismo en Alemania debió enunciarse por primera vez en 1848, y aunque generaciones de revolucionarios reiteraron ese anuncio durante un siglo y cuarto, no se concretó ni siquiera en el período terrible -para los capitalistas- de 1919 a 1923, ni impidió que Alemania hoy sea el modelo de capitalismo.

Naturalmente si nosotros pensamos que la crisis del capitalismo es definitiva, no nos queda otra propuesta política que no sea el socialismo más o menos inmediato, acolchado en un período de transición, y esa propuesta contribuye a relegar el peronismo al museo. Todos deseáramos que fuera sí, pero en la práctica sucede que nuestra teoría ha galopado kilómetros delante de la realidad. Cuando eso ocurre, la vanguardia corre el riesgo de convertirse en patrulla perdida.

Creo que estos son los ejes de nuestra equivocada estrategia, y que en cambio son secundarias o derivadas las contradicciones masas-aparato, interior-Buenos Aires, etc., ya que la resolución de las mismas es materia de ejecución, mientras que los ejes políticos que planteamos son materia de concepción.

Aún esas antinomias, si se toman como subordinantes y no como subordinadas, encierran peligros considerables, y el mayor de ellos es omitir la singularidad de la configuración geográfica, histórica y social argentina, que es su núcleo urbano de 12 millones de habitantes y 60% de la población obrera, de la que necesariamente -a mi juicio- debe brotar también la singularidad de nuestro proceso revolucionario. Hecho que por ahora apuntamos sin perjuicio de intentar desarrollarlo por separado.

3.1.1. Objetivos políticos para la fuerza propia

Los objetivos políticos que a mi juicio deberíamos perseguir, surgen de lo que se acaba de expresar y no coinciden con lo que sustenta el documento. Más precisamente, no creo en la factibilidad de construir el Movimiento Montonero a partir del peronismo en este momento ni creo que ese Movimiento vaya a ser otra cosa que una estructura más del partido Montonero.

Entiendo que Montoneros debe seguir la dirección de retirada marcada por el pueblo, que es hacia el peronismo, y que la única propuesta aglutinante que podemos formular a las masas es la resistencia popular, cuya vanguardia en la clase trabajadora debe ser nuevamente la resistencia peronista, que Montoneros tiene méritos históricos para encabezar. Esta sí me parece una propuesta inteligible y aglutinante para las masas porque se funda en su experiencia concreta y en su percepción de la actual relación de fuerzas.

Esto no significa que el Partido vaya a renunciar a sus objetivos estratégicos, su propuesta intermedia de Movimiento Montonero, su propuesta final de poder socialista, su programa de largo plazo, en suma; significa poner la correcta distancia entre esos objetivos lejanos y la dura realidad actual, que no permite a las masas ni siquiera pensar el poder, sino resistir para sobrevivir.

3.2. [Sic]

Coincidiendo con el grueso de lo que afirma de aquí en adelante, creo que de esas afirmaciones surge la necesidad de ser aún

más radicales en las medidas que se proponen, y que, interpolando las reflexiones anteriores, yo formularía así:

a. reconocer que las OPM han sufrido en 1976 una derrota militar que amenaza convertirse en exterminio, lo que privaría al pueblo no sólo de toda perspectiva de poder socialista sino de toda posibilidad de defensa inmediata ante la agresión de las clases dominantes.

b. Definir la etapa como retirada en el aspecto estratégico y como resistencia en el aspecto táctico, sin fijarles límites temporales. Definir el conjunto del pueblo y en particular el pueblo peronista como terreno donde debe verificarse la retirada.

c. Definir el Peronismo y la clase trabajadora como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia Montonera como parte de la resistencia popular.

d. Retirar del territorio nacional a la Conducción Estratégica y a las figuras "históricas" que, independientemente de sus actuales niveles o funciones, son tanto para el enemigo, como para el pueblo, la encarnación de Montoneros, de Juventud Peronista o del Peronismo Auténtico, para quitar al enemigo la posibilidad de infligirnos derrotas decisivas al capturarlos o matarlos.

e. Mantener la actual estructura de Partido, asignando a la Conducción Estratégica en el exilio la función de conducir la retirada y a la conducción táctica que permanezca en el país la función de conducir la resistencia.

f. Definir la seguridad individual y colectiva como criterio dominante en la resistencia y elegir la CT con arreglo a ese criterio, flexibilizando los criterios de nivel y acentuando los criterios de compartimentación, desconocimiento por el enemigo y resultados obtenidos hasta ahora en la preservación de las estructuras confiadas a su mando.

g. Ligar la resistencia en forma absoluta a la política de masas, privilegiando en primer término las estructuras militares defensivas (documentación, información, comunicaciones) y las estructuras políticas, ofensivas (propaganda, agitación, prensa clandestina y descentralizada en lo interno, prensa internacional).

c. Asunto:

Aporte a una hipótesis de resistencia

2 de enero de 1977

De: J S-1

A: J D-1, S-2, S-3, S-4

I. Naturaleza del aporte

Este trabajo se eleva para su discusión en el ámbito partidario. Es el complemento del "Aporte a la discusión del documento del Consejo" y al "Curso de la guerra enero-julio de 1977 según la hipótesis enemiga". Recoge elementos de discusión surgidos en el ámbito propio y en el subordinado.

II. Consideraciones generales sobre la guerra y la resistencia

1. Marcha de la guerra

Se parte de la hipótesis de que la guerra en la forma en que la hemos planteado en 1975-76 está perdida en el plano militar (ver "Curso...") y que la derrota militar se corresponde en el plano político con el repliegue de las masas, que no asumen la guerra porque no vislumbran posibilidades de triunfo en la actual estrategia montonera (ver "Aporte a la discusión...").

2. Posibilidad de la resistencia

El fin de la guerra no significa la desaparición de formas significativas de lucha, salvo que previamente se haya producido el exterminio de la vanguardia, conforme a la hipótesis enemiga, para enero-junio 1977. Si tal exterminio puede evitarse, será posible y hasta cierto punto (sic) conducir esas formas significativas de lucha configurando una etapa de resistencia capaz de prolongarse largo tiempo. Un centenar de oficiales, dispersos en el territorio, sin otro lazo orgánico que la unidad de doctrina, es suficiente para sostener la resistencia si se cuenta con recursos adecuados en dinero, documentación, propaganda y explosivos. Al analizar esta hipótesis el enemigo habría llegado a la conclusión de que puede tardar hasta dos años en liquidar la resistencia de estos "grupos chicos" si las circunstancias políticas le resultan favorables. (C-2)

3. Objetivos de la resistencia

Lo que diferencia a la guerra de la resistencia es la respuesta a la pregunta sobre el poder. La guerra pone en la orden del día la conservación del poder que se dispone a la toma del poder que se carece (sic).

La resistencia cuestiona los efectos inmediatos del orden social, incluso por la violencia, pero al interrogarse por el poder, responde negativamente porque no está en condiciones de apostar por él. El punto principal en su orden del día es la preservación de las fuerzas populares hasta que aparezca una nueva posibilidad de apostar al poder.

La obtención de ese objetivo de supervivencia esta ligada a la desaceleración del enfrentamiento militar y a la aceleración del enfrentamiento político a partir del ingreso en el mismo de fuerzas actualmente espectadoras.

En un momento como éste la guerra ataca convulsivamente a las fuerzas sociales y políticas del disenso, sin que ella misma ofrezca posibilidades de triunfo en sus propios términos o sea en términos militares. Al librarla recogemos sólo sus desventajas. Desatar las fuerzas abrumadoramente mayoritarias de la oposición, y aun las del desacuerdo en las filas enemigas, es imposible mientras persiste un estado de guerra que tiende a volverse unilateral y ejemplificador al revés: 10 bajas propias por cada baja enemiga.

Ese objetivo se vuelve posible, en cambio, si el bando perdedor utiliza el "privilegio de la defensa", que consiste en no dar batalla en ese terreno, sustraerse como blanco masivo al accionar enemigo, reclamar por la paz y aunque no lo consiga, demostrar que la responsabilidad de la guerra recae en el enemigo. En este punto aparece la posibilidad y la legitimación de la resistencia; forma de guerra diluida que, sin fijarse plazos, puede arraigar en el pueblo si le propone formas de acción que estén a su alcance y aparezcan ligadas a su propia supervivencia.

La preservación de las fuerzas populares, incluida su vanguardia y la liberación de las fuerzas sociales y políticas del desacuerdo a través de una perspectiva de paz, tiende en última instancia a impedir que el enemigo pueda convertir el triunfo militar en victoria política integral, modelando un tipo de sociedad estable fundado en la explotación.

III. Transición de la guerra a la resistencia

El tránsito de la guerra a la resistencia,

que debe asumirse como un retroceso cualitativo cuya alternativa es el exterminio, implica maniobras de gran complejidad, cuyos espacios políticos, organizativos y militares se tratarán de esbozar con el desperejo nivel de procesamiento que permiten el tiempo disponible y las limitaciones personales, que incluyen un déficit de información interna.

1. La maniobra política

1.1. El ofrecimiento de paz

El pasaje a la resistencia debe ser precedido de un ofrecimiento de paz, que al mismo tiempo que reafirme los principios justos de la lucha liberadora, reconozca la derrota militar. Ese ofrecimiento debe girar alrededor de dos puntos mínimos:

1. Reconocimiento por ambas partes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y vigencia de sus principios bajo el control internacional.

2. Reconocimiento por ambas partes de que el futuro del país debe resolverse por vías democráticas.

El primer punto implica por parte del gobierno militar el cese de fusilamientos ilegales y torturas, la publicación de la nómina de detenidos, la vigencia del recurso de Hábeas Corpus y el restablecimiento de la opción para abandonar el país para los detenidos no procesados.

Para Montoneros implica el cese de toda acción militar antipersonal, y el uso de las armas solamente en defensa de la vida o la libertad.

1. 1. 1. Perspectiva del ofrecimiento de paz

La primera reacción del enemigo ante el ofrecimiento de paz será, seguramente, ignorarlo, pero no ocurrirá lo mismo con los partidos políticos, la Iglesia, capas medias, profesionales y empresarios y la opinión internacional. Si la propuesta es enérgicamente publicitada bajo el lema "La paz es posible en 48 horas", el gobierno militar puede verse obligado a responder formulando las condiciones inaceptables de rigor: (rendición incondicional, etc.), que serán rechazadas en tanto no se cumpla con el punto 1 de la propuesta, etc.

Entretanto Montoneros cumplirá unilateralmente una tregua limitada (de 30 a 60 días) durante la cual denunciará cada muerte que

produzca el enemigo como una demostración de que es él quien lleva adelante la guerra.

1.2. Llamamiento a la resistencia

Ignorado o rechazado el ofrecimiento de paz, Montoneros se dirigirá al pueblo mediante un documento con los siguientes puntos:

a. Durante siete años Montoneros ha encabezado la lucha del pueblo a un costo terrible de vidas, sufrimiento y heroísmo.

b. Reiteradamente Montoneros ha ofrecido la paz a las FFAA como lo demuestran el Operativo Dorrego, las relaciones sostenidas con los generales Carcagno, Anaya y Dalla Tea, las conversaciones con el almirante Massera y las negociaciones con el general Harguindeguy tras la detención de Roberto Quieto.

c. La paz ha sido de nuevo rechazada por las FFAA a pesar de que las condiciones de Montoneros eran mínimas: vigencia de los derechos humanos y de la voluntad popular.

d. Ello demuestra que las FFAA no persiguen solamente el exterminio de Montoneros sino la esclavización del pueblo y la supresión de toda forma política democrática.

e. En consecuencia, Montoneros convoca a la resistencia popular y explica en qué consiste.

2. El cambio organizativo

La organización para la resistencia difiere en aspectos sustanciales de la organización para la guerra. Esta última es centralizada, homogeneizada a través del funcionamiento partidario y dependiente de un aparato especializado. La organización de la resistencia se basa en grupos reducidos e independientes cuyo nexo principal es la unidad por la doctrina (a expensas de la unidad funcional) y que en función de una gran autonomía táctica rescata hasta cierto punto la "inteligencia" del cuadro individual.

2.1. Conducción estratégica y conducción táctica

La conducción estratégica es el Partido y conduce la retirada desde posiciones que no están expuestas al azar del combate. La conducción táctica dirige la resistencia como maniobra principal en el terreno (ver "Aporte a la discusión...").

2.2. Disolución de estructuras penetradas

Las estructuras penetradas (conocidas) por el enemigo deben disolverse obedeciendo al criterio de que una estructura tiene un plazo fijo de extinción (Ver "Curso de la guerra").

2.3. Reubicación de los cuadros

La reubicación de los cuadros en la etapa inicial de la resistencia obedece al principio de que la obligación central del cuadro penetrado es zafar de la penetración.

La reubicación del cuadro penetrado es requisito de su incorporación a la resistencia y sólo debe considerársela efectiva cuando disponga de vivienda cerrada en una zona donde es desconocido, documentación aceptable y cobertura de trabajo.

El lugar de la reubicación debe ser elegido individualmente para mantener la compartimentación, dentro de zonas prefijadas por la CT del Área para mantener la posibilidad de políticas zonales de resistencia.

2.4. Reducción de estructuras zonales

La reubicación de cuadros debe ir acompañada de la reubicación de las estructuras zonales. La conducción zonal puede quedar reducida a tres miembros; el responsable zonal (oficial mayor), un secretario político y un secretario militar (oficiales primeros).

El módulo de tres se reproduce hacia abajo a nivel de partido y de pueblo o barrio. La reducción numérica debe ir acompañada de una reducción en el funcionamiento con un máximo de una reunión mensual por ámbito a nivel de pelotón y una reunión trimestral a nivel de conducción de zona.

Los cuadros "regenerados" tras un período de reubicación se incorporarán localmente a la resistencia por métodos de reunión preestablecidos.

Ninguna estructura llevará constancia escrita de su funcionamiento, presupuesto, etc. y se fijan topes individuales y colectivos de descompartimentación que al ser superados impliquen la disolución del ámbito, la reubicación de los cuadros y su posterior regeneración.

2.5. Reducción del Área Federal

Las secretarías del Área pueden reducirse a tres: Secretaría General (incluye Prensa), Internacional y Conducción Táctica. Las dos pri-

meras funcionarán en el extranjero.

Los servicios del Área se disolverán y su personal y recursos se distribuirán en las resistencias zonales.

La excepción es el servicio de documentación, que debe considerarse prioritario, ya que de él dependen la reubicación de los cuadros penetrados y la regeneración constante de la resistencia. Por lo tanto debe reforzarse allí donde existe, crearse en las zonas en que no existe, y organizar un servicio central de documentación en el extranjero.

El servicio de finanzas debe asegurar la autonomía táctica de las zonas de resistencia distribuyendo los recursos con gran anticipación y por períodos prolongados (mínimo de seis meses). El esfuerzo prioritario debe ponerse en la reubicación de los cuadros.

La prensa debe descentralizarse a nivel de pelotón de resistencia, conservando a nivel de la conducción táctica "El Montonero" y a nivel de Secretaría General la Agencia Clandestina y eventualmente un órgano doctrinario editado en el extranjero.

El Departamento de Producción debe reestructurarse en función de la resistencia abandonando la fabricación de armas de guerra y fabricando y enseñando a fabricar explosivos, caños caseros y bombas incendiarias.

3. Los métodos de acción

Las líneas de acción de la resistencia son conocidas por el Partido y por el pueblo. Están admirablemente teorizadas en la "Correspondencia Perón-Cooke", a la que nos remitimos.

La línea militar de la resistencia se sintetiza en los siguientes principios: Ninguna acción militar que no esté ligada en forma directa e inconfundible con un interés inmediato de las masas.

Ninguna acción militar indiscriminada que impida hacer política en el seno del enemigo o nos quite la bandera fundamental de los Derechos Humanos.

Énfasis sobre el ataque a la estructura productiva y abandono del terror individual que "desorganiza más a las propias fuerzas que a las del enemigo" (Lenin). El atentado antipersonal debe ser un recurso excepcional resuelto en juicio, cuya comprensión popular exige un despliegue de propaganda muy superior al esfuerzo del atentado mismo.

Énfasis sobre "los millares de pequeñas victorias" más que sobre las operaciones espec-

taculares en que se fundamentan las grandes represalias.

Propaganda infatigable por medios artesanales: Si las armas de la guerra que hemos perdido eran el FAL y la Energa, las armas de la resistencia que debemos librar son el mimeógrafo y el caño.

d. Asunto: Curso de la guerra en enero-junio 1977 según la hipótesis enemiga

2 de enero de 1977

De: J S-1

A: J D-2, S-3, S-4

1. Origen

Este trabajo ha sido redactado por el J-S previa discusión con sus dos oficiales, desaparecidos en diciembre. Se funda en información disponible tanto en el Sector como en el Departamento.

2. Situación militar a fines de 1976

La situación militar en diciembre de 1976 coincide, en términos generales, con las previsiones que hizo el Sector el 12 de abril en un papel titulado "Aporte a la hipótesis de guerra y al plan nacional de operaciones", y está reflejada en el mapa n° 3 de ese aporte.

Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su plan de operaciones y pasó a la Fase 3 con varios meses de anticipación sobre lo que él mismo preveía.

Las correcciones que habría que hacer al mapa 3 son pocas y todas favorables al enemigo. Córdoba ha dejado de existir incluso como foco aislado. El enemigo irrumpió en Zona Paraná rompiendo la continuidad del eje Rosario-La

Plata; Zona Norte y La Plata están sometidas a un cerco creciente.

En definitiva el enemigo ha resuelto en 1976 el aspecto territorial de su guerra y encara en 1977 la liquidación del aparato partidario.

3. Objetivo de la fase 3, enero-junio 1977

El plan de operaciones enemigo en este período apunta a los siguientes objetivos:

a) Destrucción de las Conducciones Nacionales del Partido (CN y Secretaría Nacional).

b) Destrucción de los aparatos federales de finanzas, documentación, información y logística.

c) Impedir la regeneración de las conducciones zonales de Norte y La Plata y reducción de sus secretarías zonales.

d) Eventual destrucción de los secretariados zonales de Buenos Aires y Rosario. El sector estima que el enemigo cuenta con suficiente Inteligencia acumulada sobre la fuerza propia como para alcanzar sus objetivos en proporciones que oscilan entre el 60 y el 90%, sin que deba descartarse un acortamiento del plazo que analiza.

4. Descripción de la Inteligencia enemiga

El rasgo principal de la Inteligencia enemiga es el análisis estructural. Lo determinante es el conocimiento de nuestra estructura en sus aspectos político, ideológico, organizativo espacial, temporal y relacional, partiendo del supuesto de que conociendo los objetivos que persigue el adversario, virtudes y debilidades de sus cuadros, cadena de mandos, asentamiento zonal, funcionamiento y comunicación, se sabe lo necesario para destruirlo si se cuenta con superioridad de fuego y movimiento.

Dentro de esta concepción, la tortura, la delación y la formación de agentes conversos deben calificarse como procedimientos o técnicas de búsqueda, y no confundirse con el método principal. La cita cantada y la casa que cae son "accidentes lógicos" que derivan naturalmente del análisis estructural y en progresión geométrica con la Inteligencia acumulada. (Inconcluso)

e. Asunto:

Cuadro de situación del enemigo militar a comienzos de 1977

5 de enero de 1977

De: D-I
A: SMH

1. Durante 1976 el enemigo cumplió todos los objetivos de la Fase 2 de su Plan de Operaciones, pasó a la Fase 3 y se apresta en 1977 a realizar la Fase 4, que denomina de exterminio.

2. En el último trimestre de 1976 el número de muertos en el campo popular osciló entre 200 y 300 por mes.

3. Tras el aniquilamiento de la conducción del ERP en julio, el enemigo concentró su esfuerzo en Montoneros. A partir de fines de septiembre logró la destrucción de su Secretaría Política Nacional, conducciones zonales, de La Plata y Norte, y muerte de un miembro de la CN. Asestó fuertes golpes a las conducciones zonales de Sur, Oeste, Capital y estructuras de Prensa e Informaciones de AF. En el mismo período se produjo la caída de numerosos oficiales, aspirantes y soldados. La Inteligencia enemiga ha avanzado hacia un tipo de análisis estructural que le permitirá en grado creciente la búsqueda de estructuras prioritarias de conducción o del aparato federal. El conocimiento de la propia estructura le permite la selectividad de los blancos y el volumen de caídas y confesiones obtenidas por tortura facilita una renovación constante del ciclo de Inteligencia.

5. [Sic] El presupuesto de guerra, superior a los mil millones de dólares anuales, es el más alto de la historia. La PPBA ha sido reequipada, mejorando notablemente en movilidad y armamento. La PF ha dado un salto cualitativo en su sistema de comunicaciones con la incorporación del sistema DIGICOM.

6. El enemigo no experimenta carencia de personal y no ha necesitado apelar a reservas tácticas o estratégicas. Los planes de reclutamiento de PF se cumplen con anticipación.

7. La propaganda militar enemiga dispone de todos los medios de difusión, que utiliza para pregonar el aislamiento de la guerrilla y su próximo aniquilamiento, y para ocultar el fusilamiento de rehenes disfrazado como enfrentamiento.

8. La moral de combate enemiga se ve realizada por la certidumbre general de que el triunfo, sobre la guerrilla está próximo.

9. La evaluación sintética de esos elementos; es que la situación militar enemiga es la mejor desde que en febrero de 1975 las FFAA asumieron la conducción directa de las operaciones. La aparición de contradicciones entre ellos gira sobre políticas a seguir después de la derrota de la guerrilla, que sigue siendo el factor unificador.

10. Curso probable de acción enemiga, enero, junio 1977

* El enemigo iniciará sin dificultades la Fase 4 de su Plan de Operaciones, lo que en términos generales significa una intensificación global de su ofensiva con vistas al triunfo antes de junio.

* En relación con la propia fuerza, el plan de operaciones del enemigo apunta a la destrucción de las Construcciones Nacionales del Partido, aparatos federales de Finanzas, Informaciones, Logística y Documentación, y conducciones zonales del Área Sur y Rosario.

Esta estimación del Departamento de Información no coincide enteramente con el panorama militar del último documento del Consejo ni con la estimación de CN, que llega a través de SN, según la cual la ofensiva enemiga estaría llegando a su fin.

Reflexiones sobre la situación partidaria

El objeto de este trabajo es presentar algunos puntos de vista, no suficientemente sistematizados, sobre la etapa que vive nuestro Partido. Probablemente aparecerán en ellos algunas divergencias o por lo menos algunas dudas sobre la línea política militar, e incluso sobre el método de análisis que la sustenta. Situarlas por escrito no debe entenderse como una forma de cuestionamiento, sino de diálogo interno.

Los métodos de análisis:

La línea del Partido y los documentos que la expresan en los últimos 18 meses revelan, a mi juicio; una fuerte influencia del pensamiento maoísta en el aspecto político y de la doctrina de Clausewitz en el aspecto militar. Obviamente no se trata de cuestionar la utilidad de instrumentos que reposan en las experiencias fundamentales, sino de verlos como productos históricos. De esa visión surge la necesidad del propio producto histórico.

Establecida esta necesidad aparece lo que a mi juicio es la principal falencia del "pensamiento montonero", que es; un déficit de historicidad.

Ese déficit no estaba en la mente de los compañeros que para darle un nombre a la organización acudieron a la historia argentina (y latinoamericana) que va de 1815 a 1870. Esa visión inicial, sin embargo, se agotó en sí misma. En los actuales documentos montoneros apenas figuran referencias de historia argentina anteriores a 1945, ni siquiera a los propios caudillos montoneros.

Creo que en ese vacío histórico subyacen las "leyes" de la toma del poder en la Argentina y que esa determinación es más fuerte que las que surgen de cualquier otro producto histórico,

ya que es la determinación espacial y temporal concreta que nos corresponde a nosotros. Hay dos fallas del pensamiento de izquierda en las que recae, a mi juicio, el pensamiento montonero cuando analiza su problema central, que es la toma del poder. Una, privilegia las lecciones de la historia en que la clase obrera toma el poder y desdeña aquellas otras en que el poder es tomado por la aristocracia, por la burguesía. Ni Marx ni Lenin procedieron así. Ambos dieron a la toma del poder por otras clases un carácter ejemplar. La segunda falla deriva de la primera, y remite al punto de partida, a saber, la historicidad de nuestro pensamiento. Puesto que las lecciones de historia en que la clase obrera toma el poder se dan solamente a partir de 1917 y solamente en otros países, ése es el nivel cero donde empieza nuestro análisis. Un oficial montonero conoce, en general, como Lenin y Trotsky se adueñan de San Petersburgo en 1917, pero ignora como Martín Rodríguez y Rosas se apoderan de Buenos Aires en 1821.

La toma del poder en la Argentina debería ser, sin embargo, nuestro principal tema de estudio, como lo fue de aquellas clases y de aquellos hombres que efectivamente lo tomaron. Perón desconocía a Marx y Lenin, pero conocía muy bien a Irigoyen, Roca y Rosas, cada uno de los cuales estudió a fondo a sus predecesores.

LIBRERÍA Y EDITORIAL

ODILON

ESPECIALIZADA EN PSICOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Independencia 3018 - (54-11) 4932-3890 / 4932-4366

Ciudad Autónoma de Buenos Aires



**LUCHA ARMADA
EN LA ARGENTINA**